
BILOGIA
MATRIMONIO
DE CONVENIENCIA
I
MATRIMONIO
DE
CONVENIENCIA
MADISON DAVIS

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – Matrimonio por obligación

Primera edición, 2026

Todos los derechos reservados.



En una sociedad donde el deber pesa más que el deseo, dos almas descubren que la obediencia puede ser una forma de prisión… y el amor, su única fuga.

Una mujer que decide casarse por conveniencia, dispuesta a desafiar las burlas y las reglas de un mundo que la ha juzgado demasiado. Un hombre que acepta esa unión sin amor, creyendo que podrá mantener el control… hasta que la pasión se impone a la razón.

A su alrededor, otros corazones luchan contra los mismos dictados: la lealtad, el honor, la reputación. Pero el deseo no entiende de linajes ni de normas. Y cuando la atracción se convierte en desafío, ningún juramento resulta suficiente.

Dos matrimonios nacidos de la obligación.
Dos caminos donde el deber y la rebeldía se confunden.
Una verdad inevitable: **nadie puede elegir a quién ama… ni escapar de las consecuencias de hacerlo.**

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 1

-Sí, quiero—. Solo entonces se permitió pensar en lo que acababa de hacer. Pero, una vez pronunciadas aquellas palabras, ya no hubo espacio para la duda. El vicario siguió adelante y, enseguida, la voz alegre y despreocupada de su prometido articuló las frases que la convertían en su esposa. ¡Aún estaba a tiempo de protestar, de deshacerlo!, pensó, aunque el pánico se disipó tan deprisa como el suave beso que su nuevo marido rozó en sus labios.

—Valor— le murmuró al oído. Aun así, a ella le pareció advertir un trasfondo de diversión. No era un hombre que se tomara nada demasiado en serio, ni siquiera su propio matrimonio o el compromiso que había adquirido con ella.

Lady Caroline Haverton tampoco era una mujer que se lamentara por lo que no podía cambiar, se recordó mientras erguía la espalda y componía una sonrisa. El dolor no importaba; derramar lágrimas no alteraría su destino. Las lecciones de la vida, al menos, sí las había aprendido.

Tomó el brazo de su marido y dejó que la guiara por el pasillo hacia la parte trasera de la iglesia, donde los aguardaban los pocos invitados presentes y la multitud de curiosos que abarrotaba el templo aquella mañana.

Se situaron en la sacristía, de piedra gris y bañada por la luz fragmentada que atravesaba las vidrieras de colores. La novia llevaba un vestido blanco de manga larga y cintura alta, adornado con una sobrefalda dorada y transparente sembrada de diminutos brillantes que atrapaban la luz y la devolvían en destellos helados

sobre su piel clara. Una corona de orquídeas blancas se entrelazaba en sus suaves rizos azabache. Era menuda, pero proporcionada, desde los pechos altos hasta las caderas suavemente redondeadas. Su rostro, alabastrino y célebre por su belleza, permanecía sereno. Las largas pestañas sombreaban sus ojos cerúleos, ocultando cualquier emoción.

Su marido recibía felicitaciones; ella, a su lado, aceptaba los buenos deseos sin creerlos. Estaban allí movidos por la misma curiosidad que llevaba a los londinenses a presenciar un ahorcamiento: buscaban algo excitante, desesperado, inevitable. Aquel día asistían a ver cómo una de las mujeres más hermosas de Londres se casaba por fin. Hermosa y, según muchos, condenada, porque a sus veintisiete años no había logrado casarse con el hombre que deseaba. En cambio, había unido su vida a un completo desconocido para todos… y casi para ella misma.

Aun así, la nueva Lady Whitmore sonreía. Creyera o no en la sinceridad de los presentes, sabía lo que se esperaba de ella. No dejó que la expresión se desvaneciera, ni siquiera cuando un caballero de belleza imponente y su radiante esposa rubia, claramente embarazada, se detuvieron para felicitarla. Hubo un silencio notable en la fila tras la impecable pareja. Ni un destello en los etéreos ojos azules de la novia reveló que aquel hombre había sido, en otro tiempo, la esperanza de su corazón. No mostró flaqueza al felicitar a su esposa, que llevaba en su vientre al hijo que ella creyó que sería suyo.

Saludó con la misma serenidad a la siguiente pareja, un militar pelirrojo y su mujer, aunque medio Londres sabía que él también había sido objeto de sus esperanzas. Tampoco perdió la compostura cuando un caballero alto, elegante y distinguido le tomó la mano y su señora la saludó. Él había sido otro de aquellos hombres en los que, según los rumores, había puesto sus ojos.

No daría a nadie motivo de murmuración, aunque fuesen esos hombres la razón por la que ahora era una mujer casada. Ninguno la había elegido. Su nacimiento, su fortuna, su belleza célebre y su

encanto no le habían servido para conquistar a ninguno. Todos la habían rechazado, por destino o azar, según afirmaba su madre. Londres contaba versiones más crueles. Ella ya no sabía qué creer, salvo que había sido rechazada tantas veces que se había convertido en motivo de burla para todos, menos para sí misma.

Pero eso se había acabado. Ese mismo día se había casado. Tendrían que encontrar otra víctima.

Observó a los caballeros mientras recibía sus murmurados deseos de dicha. Eran tan fríos y encantadores como ella. Lo agradeció. Podía soportar las habladurías, pero no la lástima. Esa era, al fin y al cabo, la razón de haberse casado con un desconocido… o casi desconocido. Se conocían desde hacía dos meses.

Su padre le había presentado la oferta del vizconde dos meses antes. Entonces, ella la rechazó. Hasta que él habló con una seriedad que raras veces mostraba.

—Soy buen juez de hombres— le dijo— y lo bastante sensato para no fiarme solo de eso. Me he informado. Laurence Ashford, vizconde de Whitmore, es un partido inmejorable. Ha regresado del extranjero, ha tomado posesión de su título, es lo bastante atractivo para complacer a cualquier mujer, apenas cinco años mayor que tú y con una reputación irreprochable. Necesita una esposa adecuada.

—¿Por qué un hombre así querría casarse con una mujer a la que no conoce?— preguntó ella entonces—. ¿Una mujer sobre la que ha oído rumores… y no precisamente halagadores?

Él frunció el ceño.

—Ese tono…— murmuró con disgusto—. No siempre me hablaste así.

—Tampoco hablamos demasiado, ¿no le parece, padre?

Él bajó la mirada.

—Es mi culpa— admitió.

Un silencio tenso siguió a sus palabras. El conde Haverton pasaba en casa el menor tiempo posible. En el campo, se dedicaba a cabalgar, pescar o visitar a sus amigos; en Londres, a la política, los clubes y sus amantes.

A sus cincuenta y tantos años seguía siendo apuesto. Su cabello oscuro apenas mostraba canas y, aunque había ganado algo de peso, lo llevaba con dignidad. Sus ojos azules, intensos, marcaban su presencia. Caroline, su única hija, había heredado esa mirada y buena parte de su atractivo. Su madre, en cambio, era baja, regordeta y anodina. Su matrimonio había sido concertado, y su único pesar era haber tenido solo una hija, una hija hermosa a la que adoraba y a través de la cual vivía, aunque últimamente su falta de marido se había convertido en una angustia que la consumía.

Caroline sí había sentido la ausencia de su padre; su madre, quizá no tanto. Él vivía, en la práctica, como un hombre soltero, y eso había herido a su hija durante muchos años. Por eso, cuando él expresó ahora preocupación por ella, Caroline se lo señaló.

Él se encogió de hombros.

—Lo extraño no es que te lo diga ahora, sino que no lo hiciera antes. Todos pensábamos que tú y Damon Ryder acabaríais juntos.

Ella alzó la barbilla.

—Yo también lo creí.

—Pero él se casó con otra. No hubo compromiso formal y nunca llegaste a relacionarte con él como mujer adulta. Solo fuisteis vecinos y amigos de niños. Pensamos que encajaríais… y nos equivocamos. No es el fin del mundo, Caroline.

Para ella sí lo había sido, aunque no lo mostrara. Tragó saliva. No derramaría lágrimas. No por eso. No ya.

—En cuanto a sus amigos— continuó él—, Sebastian Fairmont y el conde de Drummond… hombres excelentes, sin duda, pero nunca creí que fueran adecuados para ti, por mucho que tu madre insistiera.

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿Habría servido de algo, salvo para enfadarte? Creí que los favorecías porque era una forma de seguir viendo a Damon. Tal vez querías que lamentara no haberte elegido.

Ella desvió la mirada.

—Decírtelo habría sido peor— insistió él—. Un padre sensato no le dice a su hija que cree que el hombre que ella quiere no le conviene. Si luego te hubieras casado con uno de ellos, me habrías odiado. Si no, me habrían culpado de envenenar tu juicio. Si me hubieras dicho que estabas enamorada de un gitano, me habría callado. Aunque, en ese caso, al menos podría haber intentado sobornarlo para que se apartara. ¿Cómo iba a disuadir a hombres como Drummond o Fairmont? Son honorables. Y, aun así, creo que has tenido suerte.

—Pero no podía decírmelo, claro— replicó ella con amargura.

—Quizá no he sido el padre más presente, pero tampoco un tirano. Nunca te obligué a casarte. Tu madre me ha reprochado durante años que no hiciera nada, y ahora teme que todas las mujeres de tu edad ya estén casadas… menos tú. Pensé que encontrarías el amor a tu debido tiempo. Ahora me preocupa tu futuro. Whitmore podría hacerte feliz si le dieras una oportunidad. Ha venido a ofrecerte su mano.

—¿Por qué a usted? ¿Por qué no a mí directamente? No somos tan anticuados.

—No lo hizo para evitar rumores. Teme escándalos desde que su familia sufrió tantos. No quiso exponerte ni exponerse.

—Muy considerado— murmuró ella con frialdad—. Pero ¿por qué un hombre tan respetable propone matrimonio a una mujer llena de rumores? ¿A una coqueta vanidosa y egoísta incapaz de ver más allá de su propio espejo?

—Los envidiosos dicen cualquier cosa de una mujer hermosa. Tu reputación es intachable. Y él lo sabe. Ha dicho que te comportas

como una princesa destronada que recuerda que su trono aún existe.

Caroline permaneció inmóvil, sosteniendo la cabeza alta. Había vivido así toda su vida: sonreír, resistir, encararse al mundo. Y el mundo la aceptaba a su manera, aunque murmurara a sus espaldas. Los chismes herían, pero la cobardía la habría destruido. Era tan hija de su padre como de su madre. De niña lo adoraba, pero al crecer él se apartó, como tantos padres.

Todos lo respetaban, incluso su madre. Caroline siempre había querido ganarse su aprobación. Y ahora un desconocido, recomendado por él, deseaba casarse con ella por su nombre y su belleza. Su apariencia le había servido siempre, pero esta vez la avergonzaba. Ella esperaba amor. Y nunca lo encontró.

—Cumplirás veintisiete en primavera— añadió su padre—, y a Whitmore no le importa.

Ella palideció.

Él suspiró.

—También pensé que Damon era un buen partido. Luego quise darte tiempo para sanar tu corazón. No lo has hecho. Y… —se alejó unos pasos— llega un momento en que un hombre desea su propia vida. Tu madre no padece mis ausencias. Tú sí. Pero ¿cuánto debe un hombre vivir por su hija? Si permaneces aquí, acabarás siendo compañera de tu madre. Te mereces otra cosa.

—¿Cree que no puedo encontrar marido por mí misma?

—Creo que te costaría encontrar uno mejor que Whitmore. Si no puedes encontrar amor, busca estabilidad. Antes de que sea tarde.

—Entonces —soltó ella entre rabia, dolor y vergüenza—, ¿por qué no?

—Bien —respondió él sin permitirle retirarse.

Y ya era tarde para dar marcha atrás.

El vizconde de Whitmore resultó exactamente como lo había descrito su padre: encantador, algo superficial, divertido e inofensivo. La miraba con aprecio, tenía buen aspecto y la hacía reír. Jamás la comprometía con gestos indebidos. Parecía haberla escogido por las mismas razones por las que elegía la ropa elegante que vestía siempre.

Era culto, bien educado, de modales impecables y, quizá lo mejor, no estaba marcado por rumores londinenses. Había pasado diez años fuera, casi toda su vida adulta. No existían historias turbias sobre él. Y, si había tenido amantes, nadie lo sabía. Caroline comenzaría su vida con una pizarra limpia, con un hombre sin pasado discutible al que otros pudieran aludir en su contra.

Su familia tampoco representaba problema alguno: su madre era tímida, su hermana se mostraba impresionada por la belleza de la futura novia y su hermano pequeño la admiraba abiertamente. Caroline lo examinó todo con atención y no halló impedimentos. Salvo uno: su corazón no estaba comprometido.

Aun así, aceptó. Creyó que su padre acabaría retirando su apoyo o que el propio vizconde diría o haría algo para romper el compromiso. Nada de eso ocurrió. El tiempo avanzó con rapidez. Un noviazgo breve, un compromiso aún más corto. No podía detenerlo. Encontró razones para seguir adelante. Se libraría de la lástima, de las burlas, de la etiqueta de solterona. Tendría más libertad como mujer casada que la que había tenido como hija única en una casa dominada por las apariencias. No era lo que deseaba, pero la libertad resultaba más tolerable que la humillación.

Caroline estudió a su nuevo marido con atención contenida. Aprobó su aspecto. Era de estatura media, bien formado, delgado y en buena condición física. Le habría gustado que fuese más alto, pero nada más desentonaba. Siempre estaba pulcro y bien vestido. Sus rasgos eran masculinos, suavizados por el rizo rebelde de su cabello castaño. Su piel clara mostraba un bronceado inusual para la moda, aunque había sido marinero, y eso lo explicaba. Tenía unos ojos extraordinarios, de un azul lavado por la lluvia. A veces parecían

fríos, pero cuando la miraba brillaban con un tono crepuscular. Una cicatriz le cruzaba el labio inferior hasta la barbilla cuadrada. Algún día le preguntaría cómo se la había hecho. Del mismo modo, comprendía que él no buscaba conocer sus impresiones sobre su aspecto ni su historia.

No era un matrimonio por amor.

Una sombra se proyectó sobre ella y alzó la vista. Un hombre rubio y gigantesco la contemplaba con una sonrisa amable y una tristeza evidente en los ojos. Ella respondió con la barbilla alzada. El teniente Oliver Tuner había mostrado interés en ella tiempo atrás, aunque Caroline siempre creyó que solo intentaba distraerla de su amigo Sebastian Fairmont. Podría haber puesto a prueba ese interés, pero él no tenía título y ella ya no tenía corazón… ni paciencia.

Así que cumplió con su madre, complació a su padre y aceptó mejorarse mediante un matrimonio adecuado. Whitmore también era atractivo, aunque no deslumbrante. Y era vizconde.

—Lady Whitmore —murmuró Oliver—, les deseo felicidad y una vida larga.

—Teniente Tuner —respondió ella—, se lo agradezco.

—Y a vos, Laurence —añadió con calidez—, granuja afortunado. Siempre conseguís lo que os proponéis.

Laurence inclinó la cabeza.

—Gracias, Oliver. Es un honor contar con vos hoy.

—¿Honor? ¡Bah! —rió Oliver—. «Envidia» y «rencor» definen mejor lo que siento.

—Como siempre —repuso Laurence con ligereza.

Ambos rieron.

Caroline arqueó una ceja. Era evidente que eran amigos. Oliver, al advertir su expresión, se explicó:

—Laurence y yo coincidimos en la escuela. Luego volvimos a encontrarnos en nuestras ocupaciones al servicio de Su Majestad

durante las guerras. Él se embarcó; yo serví en el ejército. De vez en cuando, nuestros caminos se cruzaron.

Laurence exhaló un suspiro.

—Y pensar que debería haberlo visto venir desde una milla de distancia.

Oliver le dio un golpe amistoso en el hombro, uno que habría derribado a otro hombre, pero no al vizconde.

—En cualquier caso, lo vi venir —añadió Laurence—. ¿Sigue en pie la cita en Gentleman Jackson's cuando regresemos de la luna de miel? Veremos quién vence a quién.

Oliver alzó las manos.

—Ni hablar. No quiero dejar viuda a vuestra esposa tan pronto.

Caroline forzó una sonrisa. Aún no sentía lealtad hacia su marido, pero verlo convertido en objeto de burla la avergonzaba. A ambos.

—Porque —prosiguió Oliver—, aunque tengáis título, os colgarían igual si me matáis. La soga de seda estrangula lo mismo que el cáñamo de los plebeyos. ¿Y qué sería de vuestra pobre esposa? —Al advertir la confusión de Caroline, añadió—. Oh, no temáis. Tengo alcance y fuerza. Pero vuestro marido es como un terrier: rápido, feroz y astuto como el demonio.

—Ella no lo sabe —intervino Laurence con suavidad—. Marchad ya, Oliver. Milady y yo debemos continuar con los saludos. Nos veremos más tarde.

Se volvió hacia Caroline.

—Por ahora, debemos cumplir aquí y después en la celebración. ¿Os veremos allí? —preguntó a su amigo.

Oliver se llevó la mano al pecho.

—Por supuesto.

Y se alejó.

Laurence se inclinó hacia ella.

—He estado fuera, pero conozco a mucha gente aquí —susurró antes de atender al siguiente invitado.

Excepto a mí, pensó Caroline con resignación irónica. Y volvió a sonreír mientras saludaba a los presentes en el día de su boda.



—¡Ha sido magnífico! —exclamó la madre de Caroline con inmensa satisfacción mientras contemplaba los restos del salón de baile aquella noche, cuando los últimos invitados ya se habían marchado —. Ha sido la mejor fiesta de boda que ha visto Londres en años, si se me permite decirlo. Es poco habitual celebrar un banquete de boda y, además, un baile, pero no me sorprendería que a partir de ahora todos lo imitaran.

Las flores que adornaban el salón estaban marchitas, con los tallos vencidos y los pétalos esparcidos por el suelo. La madera pulida aparecía cubierta por los restos de una celebración exitosa: granos de tabaco, plumas aplastadas bajo los zapatos, trozos de comida, manchas de pasteles deshechos, bebidas derramadas y las huellas de cientos de zapatillas y botas. Al personal le llevaría días devolverle el brillo, casi tantos como raspar la cera de las innumerables velas de las lámparas de araña y de los candelabros, que ahora titilaban débilmente, consumidas hasta los casquillos.

—Bien hecho —aprobó su marido.

—Gracias —añadió su nuevo yerno con una ligera inclinación—. Ha sido todo lo que esperaba y más. Vuestras celebraciones han demostrado al mundo que se trata de una unión bienvenida. Mi madre estaba encantada. Se ha retirado antes solo porque no está acostumbrada a una hora tan tardía ni al ruido. Mi hermana y mi hermano se han visto obligados a acompañarla, o seguirían aquí. Nos habéis colmado de honores y os estoy agradecido.

—Ha sido todo cuanto podía desear —comentó Caroline.

Miró hacia la puerta y vaciló. Le resultaba extraño decir buenas noches y marcharse de aquella casa. Por eso seguía allí. La mayoría de las parejas abandonaban pronto la fiesta para iniciar su luna de miel. Ella y su marido, en cambio, se habían quedado hasta el final. Caroline le había dicho a Laurence que deseaba disfrutar cada instante de su fiesta de boda y él respetó su voluntad. Debería reconfortarla, pero aun así se sentía extraña. Después de todo, había tenido que pedir permiso a otra persona para hacer lo que quería. No le ocurría algo así desde hacía años.

Sin embargo, él continuaba conversando con su padre, de modo que Caroline aún no tenía que marcharse.

—Estoy realmente contenta —confesó su madre en un susurro conspirador—. Su madre, pese a su pasado, se comporta ahora como una dama y nos está profundamente agradecida. El hermano y la hermana estarán bien. Yo me ocuparé de la muchacha, a ver si consigo casarla también de manera maravillosa. Qué idea tan espléndida. Me dará algo que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Entonces ahora estoy jubilada? —preguntó Caroline con una sonrisa que delataba la broma.

—Por supuesto —respondió su madre con naturalidad—. Estás casada.

—Estoy casada, no muerta, mamá —replicó Caroline con un leve matiz de aspereza.

—Solo quería decir que ahora podrás acudir sola a las fiestas, si así lo deseas. Pero como es probable que pronto tengas descendencia, eso no durará mucho.

Al levantar la vista, vio a su marido y a su padre esperándolas con paciencia.

—Oh, cielos, ¿ya ha llegado el momento de decir buenas noches?

—A menos que queráis ofrecerme más langosta —intervino Laurence. Y, antes de que ella pudiera llamar a uno de los exhaustos criados que recogían el salón, añadió—: Es una broma. No podría comer ni un bocado más.

Laurence y Caroline cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la puerta.

—Buenas noches, adiós —se despidieron lord y lady Haverton mientras el carruaje de los recién casados se ponía en marcha.

—Adiós —susurró Caroline, mirando hacia atrás, hacia ellos y hacia la casa brillantemente iluminada. Luego se volvió hacia delante y fijó la mirada, con determinación, en la oscuridad.

Capítulo 2

Caroline se recostó en el oscuro carruaje. De verdad lo había hecho. Iba camino de una nueva vida. Le parecía casi imposible.

—Esta noche nos alojaremos en mi casa de la ciudad —comentó Laurence mientras el carruaje avanzaba por las calles sombrías—. Después pasaremos unas semanas en una casa de campo en Devon que pertenece a la finca. Es un lugar encantador, con un lago, una cascada, jardines y, sobre todo, una bendita soledad. El sitio perfecto para conocernos mejor.

Esperó su reacción. Ella no le dio ninguna. Un viaje al continente le habría resultado mucho más atractivo. Sabía que necesitaban conocerse, pero el lugar que él describía le parecía insoportablemente aburrido.

—Luego —prosiguió—, pensé que podríamos ir a Hollyfields, la finca de mi tío, ahora residencia principal de mi familia. Es grandiosa. Creo que te gustará.

Le habló de su nuevo hogar y Caroline escuchó solo a medias. Sin duda iría. Lo que no pensaba era pasar el resto de su vida allí. De joven había adorado la finca de su familia, pero entonces tenía a sus padres, a sus mascotas y a sus amigos. Eso quedaba muy lejos. Ahora se moriría de soledad en el campo. Londres era su hogar.

La casa de él estaba cerca del parque, a apenas unas calles de la de sus padres, de modo que llegaron en un suspiro. Ella lo agradeció. No es que estuviera cansada; estaba acostumbrada a las reuniones sociales y a las noches largas, pero tenía demasiado en qué pensar. Quería estar sola.

La casa era espaciosa y estaba bien equipada. Ya la había visitado. Sin embargo, mientras un criado la ayudaba a quitarse la capa en el vestíbulo, Caroline pensó que resultaba extraño no saber qué habitación sería la suya. Supuso que lo extraño era todo: su situación, su vida entera. Siempre había tenido la vista puesta en casarse y, ahora que lo había logrado, comprendía que nunca se había detenido a imaginar cómo sería la vida después de la boda. No, al menos, con aquel hombre.

Bueno, se dijo, probablemente se llevarían bastante bien. Él era amable. Y la deseaba. Eso, en cierto modo, lo rebajaba un poco a sus ojos, porque la persecución siempre había sido infinitamente más interesante que capturar a un hombre con un simple pestañeo. Pero existían cosas peores que un marido cómodo. Y quién sabía qué coqueteos fascinantes le depararía el futuro. Ese pensamiento la animó. Solo serían coqueteos, por supuesto. Ella tenía principios morales. Sin embargo, unos cuantos flirteos interesantes pondrían algo de sabor en lo que empezaba a parecer una vida alarmantemente insípida.

—Supongo que estarás cansada —comentó su nuevo marido—. A menos que te apetezca algo. La mayor parte de mi personal tiene la noche libre, pero sé manejarme en la cocina.

—No, gracias. No necesito nada ahora.

Él asintió, le ofreció el brazo y la condujo escaleras arriba. Al llegar al piso superior se detuvo en el pasillo, frente a una puerta.

—El cuarto de baño —anunció con una sonrisa—. Estoy muy orgulloso de nuestras tuberías. Tenemos agua caliente en el segundo piso. Detesto acostarme sucio, aunque esta noche solo sea por unos granos de arroz y un par de pétalos. He dispuesto que me preparen un baño en otro lugar, así que te cedo el mío, que es suntuoso. Si necesitas algo más, házmelo saber.

Hizo una ligera reverencia y se marchó.

Ella sintió un inmenso alivio. Por muy elocuente que pudiera ser él, no estaba de humor para conversar, y un baño caliente le

parecía el mayor de los lujos.

Y lo fue. Su propia doncella la había acompañado como parte de su dote y, de no ser por la novedad y el refinamiento del cuarto de baño, tan bien equipado, Caroline podría haberse imaginado todavía en casa.

Su ánimo mejoró aún más cuando vio su habitación: una estancia amplia y luminosa, con largas ventanas cubiertas por cortinas suaves. Los muebles parecían nuevos, del último estilo egipcio, ligeros, dorados, de madera clara. La luz de la lámpara se derramaba sobre unas finas alfombras turcas, un armario, un escritorio y una enorme cama cubierta de colchas. Una puerta entreabierta revelaba un vestidor bien amueblado. Todo en tonos dorados, azules y rosados.

Caroline despidió a su doncella, se quitó la bata y se puso un camisón. Subió a la cama alta y suspiró al hundirse en el mullido colchón de plumas. Después de todo, pensó, el matrimonio no estaba tan mal. Tenía una casa nueva y grandiosa, libertad y tranquilidad.

Había olvidado apagar todas las lámparas, pues una seguía encendida. Pero estaba demasiado cómoda para levantarse. Cerró los ojos y los volvió a abrir cuando oyó que la puerta se abría.

Su marido entró en la habitación y cerró tras de sí. Tenía el cabello húmedo, aún perlado de gotas de agua, y llevaba una bata larga. Al acercarse a la cama comenzó a desatarse el cinturón.

Caroline se incorporó de un salto.

—¿Qué estás haciendo?

—Irme a la cama. Con mi esposa —respondió con naturalidad.

—No había pensado… No creía… —titubeó—. Me sorprende, milord.

Después de todo, él tenía todo el derecho, pero ella no había imaginado que quisiera intimar tan pronto.

—¿Por qué te sorprende? —preguntó, deteniéndose junto a la cama—. Me conoces. Es decir, lo suficiente.

—De verdad… —balbuceó—. Estamos casados, sí, pero aun así apenas nos conocemos.

Él ladeó la cabeza.

—Creo que ha llegado el momento de remediarlo.

Era tan amable, tan lógico, tan tranquilo, que ella se relajó. No parecía presa de ningún tipo de lujuria. Simplemente, Caroline no lograba comprender la situación.

—En muchos aspectos seguimos siendo unos desconocidos —intentó explicar.

—Lo sé. Y pronto dejaremos de serlo —repuso con suavidad.

Ella se llevó la mano al cuello para cubrirse el pecho, que el camisón no disimulaba demasiado.

—Supongo que tenemos mucho tiempo para… empezar eso.

Sabía perfectamente qué significaba hacer el amor. Era consciente de que, tarde o temprano, tendría que someterse. Pero él había sido tan tranquilo y desarmante que Caroline había imaginado que sus relaciones íntimas —como su eventual muerte— ocurrirían en un futuro remoto, del que aún no tenía por qué preocuparse.

—¿Estás enferma? —preguntó Laurence.

Ella negó con la cabeza.

—¿Asustada?

—Por supuesto que no.

—¿Te repugna la idea de que te toque?

—No digas disparates.

—Pero no lo deseas —concluyó él con un suspiro—. Bien, veamos qué podemos hacer al respecto.

Levantó la colcha.

—¿Quieres que te deseé? —jadeó ella—. ¿Qué vas a tratarme como a una… prostituta?

Él parpadeó.

—Por supuesto que no. Mi querida Caroline, estás muy equivocada. A nadie le importa lo que piensen las prostitutas. Por eso son tan solicitadas. A mí sí me importa cómo reaccionas a mis caricias. Mira —añadió con una sonrisa en la que asomaba una auténtica diversión—, si lo posponemos te pondrás tan nerviosa que saltarás con cada ruido. Pensarás que cada vez que me acerque a ti es porque ha llegado el momento y te preguntarás: «¿Quiere empezar ahora?». Vamos, somos marido y mujer. Eres encantadora, no puedes estar tan sorprendida…

Dudó, con una mano en la banda de la bata.

Sus ojos se volvieron pensativos.

—¿O es que pensabas que no me interesarías? ¿He sido tan correcto? Creía que lo habrías visto en mis ojos, pero no estabas mirando, ¿verdad? Un matrimonio de conveniencia no tiene por qué ser estéril, y no hablo solo de hijos. Compartir el placer puede formar parte del acuerdo. Aunque no lo fuera, no tengo intención de compartir mi cama con una mujer reacia. Pensaba que, a tu edad… —vio su expresión y rectificó—. Si la renuencia a acostarte con tu marido es la razón por la que no te has casado antes, deberías habérmelo dicho.

—¡No es por eso por lo que no me he casado! —replicó de inmediato.

—¿Pero no estás dispuesta?

—Pensaba conocerte mejor antes de seguir adelante.

—Con el progreso que hemos hecho por ahora, no parece probable que eso suceda en un futuro inmediato. A menos que sigamos adelante, claro. Yo estoy deseando que llegue ese momento.

Ella se mordió el labio inferior.

Él hizo una pausa.

—No soy irrazonable. Puede que, después de todo, esto haya sido un error. Si es así, aún se puede hacer algo para poner fin al matrimonio, siempre que sea antes de que empecemos a serlo también en el sentido físico.

Caroline se quedó sin aliento. ¿La estaba amenazando? Una anulación o un divorcio eran algo raro y escandaloso, más vil que cualquiera de los chismes que Londres hubiera podido inventar sobre ella.

—No. Estoy dispuesta —dijo, casi sin aire—. Es solo que no me lo esperaba… No sé qué esperaba. Pero estoy lista. ¿Qué quieres que haga?

Él volvió a suspirar. Se sentó en el borde de la cama y le acarició el rostro con los dedos.

—Esta —murmuró, casi para sí— va a ser una noche muy larga.

Caroline abrió mucho los ojos.

Era hermosa hasta incluso horrorizada, pensó Laurence con una ironía teñida de admiración. Su sentido del humor despertó, igual que otra parte de su cuerpo muy interesada. Ella se mantenía rígida, con la respiración acelerada haciendo subir y bajar sus hermosos pechos. Sus ojos estaban tan abiertos que él alcanzaba a ver el brillo azul incluso en la penumbra. Era realmente una mujer espectacular.

Estuvo tentado de inclinarse, asustarla aún más y luego sorprenderla con un simple beso en la punta de su deliciosa nariz antes de dejarla en paz aquella noche.

Tres cosas lo hicieron dudar. La primera, que estaba casi seguro de que sería una manera desastrosa de empezar el matrimonio.

Su esposa no era una jovencita ingenua, sino una mujer hecha y derecha que, si los rumores eran ciertos —aunque solo fuese a

medias—, había estado locamente enamorada de otro hombre, o de tres. No podía ignorar lo que él pretendía. Confiaba incluso en que ella estuviera ansiosa, frustrada tras años de pasiones interrumpidas, porque dudaba que hubiera llegado a consumar nada. Estaba casi seguro de que aún era virgen. Conocía las normas de la sociedad y, lo que era más importante, a los hombres con los que se la había relacionado. Si alguno de ellos hubiese ido demasiado lejos, se habría casado con ella y el asunto habría terminado allí. Sin duda, si hubiera habido encuentros frecuentes y ella hubiera estado tan ansiosa por casarse como decían los rumores, habría utilizado esa intimidad como palanca para lograr un matrimonio legal mucho antes.

Virgen o no, tenía que ser sofisticada después de tantos años en la ciudad. No vería con buenos ojos a un marido indeciso. Y esa primera impresión dejaría huella durante mucho tiempo.

La segunda razón era que aquella era su cama y esa, su alcoba.

La tercera, que ella era endiabladamente hermosa.

Siempre le habían gustado las mujeres morenas. Quedó deslumbrado la primera vez que la vio. Nada de eso se comparaba, sin embargo, a lo que sintió al entrar en su habitación unos momentos antes. La había visto con trajes magníficos: telas doradas, sedas azules, satén y gasas vaporosas. Aquella noche le resultaba aún más seductora, sentada en su cama, envuelta únicamente en un sencillo camisón blanco. Porque ahora sabía que era su esposa.

Conocía bien las líneas de su cuerpo. La moda femenina se encargaba de ello. Era menuda, pero perfecta en sus proporciones. Sus pechos, altos y bien formados, se adivinaban bajo el tejido. Cada vez que bailaba con ella, le costaba esfuerzo no centrar la atención en el valle curvo entre ellos y no preguntarse si su piel sabría tan fresca y dulce como parecía. Era delgada, pero de caderas redondeadas. Siempre le había llamado la atención su trasero pequeño y firme. Y, aunque su rostro era célebre, lo que más lo tentaba era aquella boca deliciosa, con el labio superior un poco más

corto, posado sobre el inferior, más lleno, como si estuviera hecha para besos largos y apasionados.

No la había presionado durante su breve noviazgo. No era un matrimonio por amor. Si se hubiera mostrado demasiado ardiente, habría dado la impresión de que solo la quería para su conveniencia física y no por un acuerdo de mutuo beneficio. Pero la conveniencia tenía su importancia.

Necesitaba esposa, y pronto, pero también tenía otras necesidades. Casarse con una mujer que deseaba era una razón importante por la que aquella noche fuera Caroline, y no otra dama de buena familia, quien ocupaba su cama. Era cierto que se había casado porque debía hacerlo, pero no quería pasar el resto de su vida rodeado de amantes.

Ella era inteligente y aguda, muy a la altura. Debía saber lo que implicaba ser esposa. Él había tenido paciencia, dispuesto a esperar hasta que ella no pusiera objeciones a sus atenciones. Ese momento había llegado.

Se inclinó un poco más y la oyó jadear. Se detuvo, sorprendido por varias ideas inquietantes. Había supuesto que su frialdad era parte de su carácter general. ¿Y si no lo era? ¿Y si era algo específico? ¿Y si ella había interpretado su corrección como falta de virilidad? ¿O se equivocaba en muchas cosas? ¿La habrían forzado a casarse con él? ¿Su padre, la ignorancia de ella… o las consecuencias de haber sido demasiado libre?

Ninguna de esas posibilidades le agradaba. Tampoco la repentina y perturbadora sospecha de que tal vez a Caroline simplemente no le gustara que la tocaran. ¿Era esa la razón de que nunca se hubiera casado? ¿Era el tipo de mujer que prefería ser adorada y adorar desde la distancia?

—Caroline —dijo lentamente—, ¿hay algo que deba saber?

—¿Como qué? —preguntó ella, genuinamente perpleja.

—¿Soy yo? ¿La idea de hacer el amor conmigo? ¿O la idea de hacerlo con cualquiera? Maldita sea —gruñó cuando ella se limitó a mirarlo—. ¿Eres virgen, querida?

Ella asintió.

Él se relajó. A menos que se produjera un milagro inminente, se libraba de una de las peores dudas. No es que deseara especialmente acostarse con una virgen; había oído decir que iniciar a una mujer exigía más trabajo del que valía. Pero al menos su esposa no estaba encinta de otro. Tenía que aclarar cuál era exactamente el obstáculo. Además, todo debía empezar alguna vez, y él quería que el sexo formara parte de su matrimonio.

—¿Te agrada la idea de la intimidad física? —preguntó al fin.

—No, o no me habría casado, ¿verdad? —replicó ella con nerviosa actitud desafiante.

—¿Te repugno?

—He dicho que no —respondió con algo de su antigua aspereza.

—¿Hay alguien más? —insistió con mayor suavidad.

Ella bajó la mirada hacia las sábanas.

—No. Nada de eso. Es solo que me has sorprendido. Antes no has dado muestras de interés. O eso creía. Pensé que no era una prioridad para ti. Y por eso no estaba preparada.

—Bien —dijo él con alivio, mientras dejaba caer la bata—, eso es algo que puedo remediar.

Ella cerró los ojos.

Capítulo 3

Laurence se metió en la cama junto a su esposa. Ella aún no había abierto los ojos.

—Muy correcto —comentó cerca de su oído—. Ha sido un error por mi parte. Supongo que debería haberme metido en la cama, taparme la cabeza con las mantas y luego quitarme la bata. Pero pensé que eso podría resultar todavía más alarmante.

Ella soltó una risa inesperada.

Él ladeó la cabeza. Era un sonido extraño viniendo de ella. ¿Una risita? ¿De aquella mujer tan mundana? Comprendió entonces que había muchas cosas que no sabía sobre su esposa.

Lo que sí sabía, sin embargo, le agradaba. Más allá de su belleza, apreciaba su ingenio, y ella poseía las habilidades sociales y la posición que él necesitaba en una esposa. Todo era superficial, lo sabía. Nunca había pedido más. Ni ella tampoco. No necesitaban conocerse en profundidad, estrictamente hablando. No para el matrimonio, y desde luego no para lo que estaban a punto de compartir. Pero aquella distancia hacía que esa primera vez resultara un poco más complicada.

No era un hombre frío, como lo acusaba su hermana Camille. Ni despiadado, como ella insistía. Era práctico, o al menos su pequeña familia lo había obligado a serlo. Había regresado a Inglaterra con los bolsillos llenos, solo para descubrir que también tenía las manos ocupadas. Necesitaba a alguien que se encargara de Camille y le encontrara un lugar en la sociedad antes de que arruinara su vida del mismo modo que lo había hecho su madre. Necesitaba a alguien que ayudara a su madre a recuperar una

posición respetable, y alguien a quien su hermano Bernard, incorregible como era, pudiera admirar lo bastante como para civilizarse.

En realidad, solo se había creído enamorado dos veces. La primera, en la universidad, cuando se encaprichó locamente de una camarera local a la que pensaba rescatar con grandes gestas románticas… hasta que ella le dejó claro que él no tenía los fondos necesarios para el tipo de salvación que ella esperaba. La segunda fue con Clarissa, y su padre la obligó a casarse con otro hombre. Aun así, como solo se emborrachó durante unas semanas tras su deserción, no podía haber estado tan perdido. A veces la recordaba, pero eso no significaba que la añorase. Era, como le había repetido a Camille, un hombre práctico.

Quizá no siempre lo había sido, pero ya no tenía forma de saberlo. Su madre se había casado con Peter Proctor y, tras aquello, todas sus ideas sobre el amor se habían sacrificado en aras del deber. A sus treinta y dos años dudaba mucho que fuese susceptible de enamorarse de nuevo. Por fortuna, un hombre no necesitaba perder el corazón para encontrar placer. Y Lady Caroline cumplía todos sus requisitos como esposa, empezando por el hecho de que su aspecto lo complacía enormemente.

No había nada de malo en buscar un poco de consuelo para sí mismo mientras ponía en orden a su familia. Había estado solo demasiado tiempo y deseaba compartir su vida. Si tenía que casarse, había decidido hacerlo del modo más agradable posible. No tenía paciencia con jovencitas. Se estremecía solo de imaginarse intimando con una criatura frívola recién salida del colegio. Las viudas mundanas que había tratado desde que empezó a buscar esposa tampoco eran de su gusto.

Había comenzado a buscar esposa en otoño, cuando regresó a Inglaterra y descubrió el desastre en que se había convertido su familia. Las mujeres cuya mente armonizaba con la suya no tenían el cuerpo que él deseaba; o eran demasiado mayores, o ya estaban casadas. No podía permitirse esperar indefinidamente al amor

verdadero, si es que tal cosa existía. Camille parecía decidida a condenarse, aunque no fuera a propósito, porque era demasiado abierta y confiada; prácticamente suplicaba que alguien tan ruin como su padrastro la empujara hacia un matrimonio igualmente desastroso. Su presentación en Londres ya se había retrasado; no podía aplazarla otro año más.

Y si su madre lloraba un poco más, acabaría ahogándose en sus propias lágrimas. Era aún peor cuando intentaba mostrarse estoica. Estaba demasiado sola. Si él se casaba con alguien capaz de reintegrarla en la sociedad, quizá volviera a sonreír.

En cuanto a Bernard, algún día terminaría sus estudios, si lograba aplicarse, y necesitaría un nombre del que pudiera sentirse orgulloso.

Laurence necesitaba una esposa, y con rapidez. Había escogido a una mujer exquisita, sofisticada, despierta en casi todos los sentidos… salvo, al parecer, en uno. Ahora tenía que enseñarle a dar y recibir placer, porque compartir el placer lo hacía todo mucho mejor. Estaba convencido de que podría lograrlo.

Se volvió de lado, apoyando el codo en la almohada y la cabeza en la mano. Le sonrió.

—¿Sueles dormir sentada?

Oyó una risita sorprendida.

—¿Vamos a dormir? —preguntó ella.

—Con el tiempo —respondió en voz baja.

Ella quedó inmóvil. Luego, en silencio, obediente pero rígida, se tumbó boca arriba, adoptando la inmovilidad de una figura tallada sobre su propia tumba.

Laurence suspiró. Se inclinó hacia ella, jugueteó con un rizo negro como la tinta y le soltó la cinta del cabello. La melena se derramó, oscura como la noche que los envolvía. La dejó deslizarse entre sus dedos mientras la acariciaba.

—Caroline… —susurró.

No le dio tiempo a responder. Se inclinó sobre ella y rozó sus labios con los suyos. Le costó toda su determinación contener el impulso de averiguar si aquel cosquilleo eléctrico podía transformarse en fuego. Se apartó y esperó.

¿Esperaba que hablara?, se preguntó Caroline.

¿Cómo iba a hacerlo? Aquello era una especie de agonía. Siempre había sabido qué decir, qué hacer. Y, por supuesto, sabía qué era lo que él pretendía. Había crecido en el campo y había observado el comportamiento de los animales. Había visto a personas apareándose en las sombras de los barrios más sórdidos de Londres por los que pasaban sus carruajes. Una vez, en un baile de máscaras, se topó con una pareja que no estaba tan oculta como creía. Una mujer no llegaba a su edad sin saber qué hacían juntos hombres y mujeres.

Su madre le había dado algunos consejos matrimoniales días antes, una tarea penosa para ambas, pues detestaba el tema. Caroline, avergonzada, hizo una broma para desviar la conversación. Eran íntimas, pero nunca amigas. Caroline no había tenido una amiga cercana desde la infancia. Su madre decía que se debía a los celos de las otras jóvenes, porque ella era demasiado hermosa. Fuera como fuese, sabía lo suficiente. Le parecía un asunto incómodo e indigno, en el mejor de los casos. Pero era una mujer de honor; pagaba sus deudas. Aquello formaba parte del acuerdo. Era una obligación social de la que no podía librarse con palabras.

Laurence volvió a rozar sus labios con los de ella. Caroline advirtió que él esperaba algo distinto.

Se resignó y se dispuso a dejarle hacer lo que quisiera. Pero él no lo hizo.

«¿Se habrá desmayado mi esposa?», pensó, apartando la boca de la de ella.

—Solo estaba intentando ser complaciente —soltó Caroline con brusquedad, incapaz de soportar la idea de que se burlara de ella.

Se estremeció cuando él acercó la boca a su oído. La calidez de su aliento la distrajo.

Había permitido que otros hombres la besaran antes, por curiosidad, para saber cómo sería y cómo reaccionaría ella. Ninguno de aquellos besos se había parecido a lo que imaginaba que sería un beso de Damon, así que terminó por dejar de experimentar. Aun así, a veces era lo esperado y ella lo consentía. Laurence también la había besado, pero sus besos habían sido escasos, suaves, casi ceremoniales. Aquella noche eran distintos. Su boca interrogaba la suya, y aquello la conmovía como nunca.

Cerró los ojos, aún más desconcertada.

Debía de ser la hora, pensó; la profundidad de la noche, la cercanía de aquel hombre y el conocimiento de lo que tenía derecho a hacer. Estaba caliente, olía limpio, a jabón, a vino tinto y a un leve rastro de especias dulces. Caroline admitió para sí misma que sentía curiosidad, algo bastante natural tras tantos años.

Se estremeció. Él no la sujetaba ni la forzaba. Solo dejaba que sus labios la rozaran aquí y allá, casi en todas partes.

—Es agradable ser complaciente —le susurró—. No me quejo de la complacencia. Pero la cooperación sería mucho mejor.

Sus labios volvieron a posarse con ligereza sobre los de ella.

Caroline abrió mucho los ojos.

—¿Cooperación? ¿Qué quieres que haga?

De verdad no lo sabía. Según lo que siempre había entendido, aquello era algo que hacía un hombre y que una mujer permitía. Ella se lo estaba permitiendo, ¿no?

Él se apartó un poco y la miró con el ceño apenas fruncido.

Había estado prometida a Damon Ryder, había pasado tiempo con el conde de Drummond y con Sebastian Fairmont, entre otros

caballeros muy mundanos, y ¿no sabía lo que él esperaba de ella? Si mentía, lo descubriría pronto. Así que, ¿para qué fingir? De nuevo, se encontró fascinado.

—Sin duda, algunos hombres estarían encantados con la mera complacencia. Pero siempre he pensado que hacer el amor es como bailar. Si una persona sigue el ritmo, da las vueltas y marca el compás mientras la otra se limita a dejarse arrastrar, no es muy divertido para ninguno, ¿no crees?

Ella lo miró, desconcertada.

—Por ejemplo —insistió—, incluso en un baile, una dama se aferra a su pareja. Así que, para empezar, ¿podrías pensar en esto como una especie de vals horizontal?

Tuvo que contener la tentación de sonreír ante su propio símil, una versión torcida de lo que los mojigatos decían sobre el vals. La risa solía facilitar las cosas, pero en aquel momento no resultaba apropiada si ella hablaba en serio.

Le pareció que la piel de Caroline adquiría un leve tono rosado, aunque quizá fuera solo un juego de la luz de la lámpara. Ella puso una mano en su hombro y la otra en su brazo. Apenas lo tocó, con cautela, pero él se estremeció.

—Sí —susurró—. Así está mejor. Ahora, si pudieras intentar…

«Responder» era la palabra que buscaba, pero nunca había tenido que pedírselo a una mujer. A esas alturas y en esa posición siempre había existido un acuerdo tácito, y el entusiasmo nunca había sido un problema. Se obligó a serenarse y buscar inspiración.

—Deja que tus emociones fluyan —le dijo—. Es como bailar, querida. También es como nadar —añadió con un punto de desesperación al ver que ella seguía mirándolo sin moverse—. ¿Sabes nadar?

—Mi padre me enseñó —respondió en voz baja, como si él hubiera dicho algo completamente absurdo.

—Excelente. Entonces, si pudieras soltarte… Me refiero a soltar la guardia sobre tus sentimientos, no sobre mí. Eso se sintió muy bien —añadió, con una risa entrecortada, cuando ella retiró las manos como si él quemara—. Sí, gracias, así está mucho mejor.

Ella volvió a apoyarlas donde estaban antes.

—Abrazarme está bien; tocarme también lo estaría —añadió.

Notó cómo el cuerpo de Caroline se tensaba de nuevo.

—Pero solo si tú quieres —se apresuró a aclarar.

—Por ahora —prosiguió—, solo quiero que confíes en que no voy a dejar que te hundas ni caigas. Limítate a sentir lo que estamos haciendo. Como escuchar la música cuando bailas —susurró, posando los labios en su mejilla—. Como flotar libremente —murmuró, mientras su boca descendía hacia su cuello y su mano se deslizaba hacia su pecho—. Como ser libre.

Apartó el camisón y acercó la boca al pezón, de pronto tenso, que su palma había descubierto.

Ella contuvo el aliento. La sensación era exquisita. Antes la habían tocado, fugazmente. Pero aquello escapaba a cualquier comparación. Se sorprendió de su propia reacción y se sintió complacida por la de él, porque parecía tan perturbado como ella. Durante un instante se preguntó si no estaría insinuando que debía corresponderle del mismo modo.

Resultaba difícil pensar en lo que él quería decir o en lo que ella debía sentir, porque, a medida que sus labios y sus manos se movían, las sensaciones acababan por anular cualquier pensamiento. A él parecía encantarle, porque murmuraba:

—Sí… qué dulce… Así, precisamente… Es bueno, ¿verdad, Caroline?

Lo era. Su cuerpo era fuerte; su tacto, ligero como una pluma y, al mismo tiempo, ardiente. Tenía los hombros anchos, el pecho firme y los músculos delgados en los brazos. La sensación de su piel contra la de ella era extraña y excitante a la vez. Mantuvo los ojos

cerrados con fuerza para no ver lo que él hacía ni lo que ella permitía, porque aquello podría avergonzarla lo suficiente como para arruinarlo. Así lograba concentrar el placer en un único punto. No sentía culpa. Estaban casados y eso estaba permitido. Pero iba mucho más allá de lo que había imaginado.

Él apartó el camisón con cuidado. Ella notó el roce suave de su cabello cuando le acarició la cabeza mientras descendía hacia el otro pecho. Sus labios en su pezón resultaban deliciosos; su lengua hacía que todos sus sentidos se desbocaran. Era impactante. Era maravilloso. Caroline se retorció para ayudarlo a bajar el camisón de sus hombros y luego se contorsionó para librarse de la tela arremolinada en su cintura. Al final, frustrada, alzó las caderas para que él pudiera quitárselo por completo, esa prenda que era lo único que aún se interponía entre ambos. Él había dicho que sería como nadar, como bailar. Pero no se parecía a nada que ella hubiera vivido.

Cuando su mano descendió más, ella abrió los ojos de par en par. Él la observaba con los párpados pesados, la voz suave pero tensa.

—No voy a hacerte daño —dijo—. No es algo perverso. Confía en mí. Espera… ya verás.

Ella cerró los ojos con fuerza.

Él procuró no sonreír. Tardó unos minutos en volver a acariciarla en otros lugares, lo cual a ella no le importó en absoluto, antes de que su mano regresara a ese punto que tanto la había sorprendido. Esta vez, tras un instante de tensión, Caroline volvió a relajarse. Contuvo el aliento, aunque no por miedo. Laurence calculaba, medía, decidía cuánto tiempo debía esperar, hasta dónde podía avanzar antes de asumir un papel más activo y hasta qué punto sería capaz de detenerse si ella se arrepentía.

Era tan suave y redondeada; su piel caliente olía a peonías y se movía en sus brazos sin darse cuenta. Se deslizaban uno contra otro, inquietos, cálidos, húmedos. Él se sintió aliviado, conmovido. Tras

todas sus vacilaciones, ella era puro fuego: receptiva, abierta a cada caricia, con apenas algún murmullo de sorpresa.

Cuando su respiración cambió y él se alzó sobre ella, Caroline abrió los ojos y se dio cuenta de que yacía bajo él, expuesta como la sábana sobre la que reposaba. De modo que, cuando al fin la penetró, se tensó de golpe, abrumada por la vergüenza de su propio abandono. Le dolió. Y cuando él siguió empujando, volvió a doler. Permaneció inmóvil, conmocionada y confusa por el repentino cambio de sensaciones, mientras él continuaba, atrapado en un éxtasis ardiente que ella no podía compartir y que él no sabía que ella no compartía.

Había decepción y enfado en su mirada mientras lo observaba, y no solo hacia él, sino también hacia sí misma. Porque él le hacía daño y porque ella lo había seguido sin saber cuándo detenerse, sin comprender si podía o debía hacerlo. Aquello le dolía más que lo que ocurría en su cuerpo, porque era el tipo de mujer que necesitaba saber qué estaba bien.

Por fin, él terminó con unas últimas embestidas profundas y un gemido de saciedad. Luego quedó inmóvil. Cuando recobró el sentido, se incorporó sobre los codos y la miró. Ella tenía la cabeza vuelta hacia un lado y los ojos cerrados. Él reprimió otro gemido, esta vez carente de placer. Se dejó caer a su lado y la rodeó con el brazo.

—Lo siento —murmuró—. La primera vez nunca es fácil.

—Tenía que hacerse —respondió ella.

Él frunció el ceño.

—No era una operación quirúrgica, aunque quizá lo haya parecido. Si te sirve de consuelo, nunca volverá a doler así.

—Sí, claro. Eso me han dicho —replicó Caroline.

—Caroline… —insistió en voz baja—. Lo siento.

—Sí —respondió ella, sin matiz.

Le pasó los dedos por el cabello, pero fue como si la empujara. Ella permaneció rígida en sus brazos. Al final, la soltó, y solo entonces ella se movió.

—Bueno —dijo con energía, incorporándose y subiendo las sábanas hasta el pecho—, creo que será mejor que me asee.

Él no encontró palabras, de modo que guardó silencio mientras ella se deslizaba fuera de la cama.

Caroline se agachó para recoger el camisón, se lo ciñó al cuerpo y cruzó la habitación hacia el vestidor, donde había visto un lavabo con su jarra. Cerró la puerta con suavidad tras de sí.

Cuando terminó de asearse, volvió a ponerse el camisón y regresó al dormitorio. Laurence permanecía inmóvil, respirando lenta y regularmente. Parecía profundamente dormido. En cualquier caso, ella no sabía qué podría decirle, así que se metió agradecida en la cama y se acomodó a una distancia prudente.

Bueno, pensó. Ya está.

Tras todos sus éxitos y todas sus derrotas, había logrado su objetivo. Estaba casada, se había acostado con su marido. Todo había terminado, aunque no como lo había soñado.

No tenía sentido llorar. Tampoco serviría de nada. Si no podía tener al hombre que deseaba, se conformaría con un marido amable. Eso no había cambiado. Laurence no era un mal hombre; no era cruel ni desconsiderado. Era, simplemente, un hombre. Ella no lo amaba, y lo que acababan de compartir no le había proporcionado el consuelo que parecía ofrecerle a él. Él estaba claramente satisfecho. Si ella se sentía decepcionada y engañada, no era culpa suya ni de él. Así eran las cosas.

Respiró hondo, con un leve dolor en el pecho. El matrimonio no le ofrecía tanta libertad como había imaginado. Aquello del sexo era incómodo y vergonzoso y, además, ahora estaba a su disposición para repetirlo cuantas veces él quisiera, o para cualquier otra cosa que pudiera exigirle. Aun así, se esforzaría por ser una buena

esposa, porque era lo correcto y ella intentaba ser justa en todo. En realidad, él no le había hecho ningún daño que ella no hubiera permitido. Ahora que sabía lo que implicaba, sin duda podría soportarlo.

Le dolía la cabeza; sentía la garganta cerrada, como si tuviera un nudo que no podía tragar. Se negó a humillarse. No lloraría. Debería haberlo esperado, pero aquella intimidad sin verdadera intimidad le dolía tanto en el corazón como en el cuerpo. No era culpa suya. Estaba segura de que él había hecho lo mejor que sabía. Sin embargo, sentía como si un viento helado soplara a través de su alma. Rezó con fervor para que su amabilidad incluyera seguir la moda de tantos maridos y convertirse en un esposo frecuentemente ausente.

Se giró de lado, dándole la espalda, y por fin se quedó dormida.

Laurence esperó hasta oír cómo se serenaba su respiración antes de abrir los ojos. No quería correr el riesgo de que supiera que estaba despierto, porque no tenía idea de qué decirle. Había hecho todo lo que estaba en su mano. No había sido como él había esperado para ella, pero al menos no debería tener demasiadas quejas. Él, al menos, lo había intentado.

Se quedó mirando al techo. Debería sentirse más que satisfecho. Tenía una esposa hermosa y complaciente, que le había proporcionado un placer exquisito. Acababa de vivir un interludio que habría despertado la envidia de la mayoría de los hombres de Londres. Con un poco de suerte, podría esperar muchos más en los años venideros.

Entonces, ¿por qué se sentía culpable, engañado y vacío?

Estaba moderadamente deprimido y sorprendentemente decepcionado, mucho más allá de la pequeña muerte que solía seguir al clímax. Debería sentirse exhausto y triunfante y, en cambio, se notaba cansado e inquieto. Nunca antes había compartido la cama con su esposa y supuso que, aunque había sopesado todos los

aspectos prácticos de aquel matrimonio, aún conservaba en algún rincón de la cabeza, y del corazón, un par de sueños adolescentes de romance.

Había sido una necedad pensar que una mujer virtuosa y de buena cuna pudiera disfrutar del sexo como lo hacían las profesionales o las mujeres con experiencia. Pero quizá llegara a hacerlo. Al menos tenía algo hermoso que contemplar mientras hacían el amor, y sus hijos serían guapos e inteligentes. Eso era algo.

Se recordó que era un hombre práctico. Se volvió de lado, cerró los ojos y decidió dejar de pensar. Era hora de dormir. Ese sentimiento, se dijo, igual que había dicho a Caroline que el dolor de la primera vez desaparecería, sin duda también cambiaría con el tiempo, a medida que se acostumbrara a ello.

Aun así, tardó bastante en conciliar el sueño.

Capítulo 4

Le dolía la cabeza cuando despertó y sentía las extremidades tan pesadas como el corazón. Caroline se encontró sola en la cama y se sintió tan inmensamente agradecida por ello que, durante un instante, olvidó el malestar físico. No sabía qué le habría dicho a su nuevo marido si hubiera abierto los ojos y lo hubiera encontrado allí, observándola. Si se hubiera mostrado cordial, lo habría detestado. Si se hubiera disculpado, se habría odiado a sí misma. Si hubiera tenido un aire de suficiencia, con la luz de la conquista en la mirada, la habría enfurecido. Si no hubiera dicho nada, lo habría tomado como un insulto. Y si hubiera intentado acercarse de nuevo… se estremeció.

No sabía cómo habría reaccionado ni siquiera ante una simple pregunta amable sobre cómo había dormido. Nunca había compartido la cama con otra persona, y la mera novedad de aquello era algo a lo que tendría que acostumbrarse. ¿O quizá no? Se incorporó de golpe y pensó con mayor calma. ¿Esperaría él que durmieran juntos todas las noches? ¿Podía negarse? ¿Se consideraría eso una falta de entrega, una ofensa? ¿Se suponía que una esposa debía compartir la cama de su marido además de su cuerpo?

No tenía amigas casadas a las que preguntar, pero sabía que sus propios padres no habían compartido ni un chiste en años, y mucho menos una cama.

Aquello requería reflexión.

En cuanto a lo ocurrido entre ellos la noche anterior, decidió que lo mejor sería ignorarlo y confiar en que él hiciera lo mismo. ¿De qué otro modo abordaban las parejas asuntos tan íntimos? Al

menos, las parejas que se casaban por conveniencia. Los verdaderos amantes no tendrían ese problema. Debía de ser una delicia exquisita dormir junto a la persona amada y despertar contemplando su rostro antes incluso de verse a uno mismo…

Se negó a seguir por ese camino.

Recordó sus molestias en cuanto bajó los pies al suelo. Tuvo que detenerse porque un mareo la obligó a agarrarse al poste de la cama. Descubrió que debía moverse con cuidado, pues se sentía rígida como una anciana artrítica. Avanzó despacio hasta la ventana y descorrió la cortina. La luz la hizo retroceder; le dolían los ojos. Aun así, entrecerrándolos, comprobó que no debía de ser muy tarde, porque la calle estaba desierta. Laurence se había levantado y marchado temprano, sin duda. También ella estaba despierta antes de la hora habitual, ya que su doncella no había acudido a ayudarla a vestirse.

Mejor así, pensó Caroline, dejando caer la cortina. Quería demostrarle que lo sucedido la noche anterior no la había afectado, aunque su cuerpo opinara lo contrario. La cabeza le latía y tenía la sensación de moverse a través de un almíbar espeso. Le dolían las articulaciones. Al girar la cabeza, la visión se le nubló y el mareo se intensificó.

Sabía por qué le dolían los músculos de la cara interna de los muslos, pero el resto no tenía sentido hasta que comprendió que debía de haber bebido más brandi de los que recordaba durante la cena de bodas. Probablemente estaba pagando ahora las consecuencias.

No deseaba nada más que volver a meterse en la cama. Pero también quería demostrar que estaba preparada para todo lo que el matrimonio pudiera traerle, así que se obligó a continuar.

—¡Oh, milady! —exclamó su doncella al entreabrir la puerta y verla sentada ante el tocador, cepillándose el cabello—. ¡Lamento muchísimo no haber entrado antes! Pensé que seguiría durmiendo

después de… Es decir, milord Whitmore dijo que debía dejarla descansar.

—Muy amable por su parte —respondió Caroline—. Pero, como ves, estoy despierta. Nunca duermo bien en lugares nuevos.

Le tendió el cepillo y suspiró, aliviada. También le dolían los brazos, y la simple tarea de peinarse se le antojaba una tortura. Sin embargo, era importante que se mostrara presentable aquella mañana. Observó su reflejo mientras la doncella trabajaba.

Al menos el cabello estaba bien. Sus rizos brillaban y conservaban su volumen. Se examinó el rostro. No estaba tan mal como había temido. Quizá un poco pálida, pero el leve rubor de las mejillas le daba cierta vida. Sus ojos parecían especialmente luminosos. Bastaría con ponerse un buen vestido y estaría perfecta.

—Tráeme el nuevo vestido rosa —indicó—. Estoy cansada del azul.



El lacayo condujo a Caroline al comedor para el desayuno. Laurence ya estaba sentado a la mesa, pero se levantó en cuanto ella cruzó el umbral. No había nada ofensivo en su expresión, solo una cordial bienvenida. Se sintió agradecida por ello.

—¿Has dormido bien?

Habría sido incómodo si no se tratara de una pregunta tan corriente, la misma que cualquier anfitrión habría hecho a cualquier invitado. Se la habían formulado en docenas de casas de campo en las que se había alojado.

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Bastante bien —respondió con la naturalidad de cualquier caballero—. Me sorprende verte levantada tan temprano. Pensaba

que las damas de la alta sociedad dormían hasta el mediodía.

—No sabía cuáles eran tus planes para hoy ni a qué hora debía levantarme —replicó con sencillez—. Ayer no lo hablamos.

—Sin duda, un descuido por mi parte. ¿No deseas desayunar? Podemos hablar de planes mientras comemos.

Ella observó la variedad de platos calientes dispuestos en el aparador.

—Sí, gracias.

Se acercó, examinó los manjares con atención y, por fin, eligió huevos al horno, tomates asados, beicon, tostadas y jamón.

Sin embargo, una vez sentada, cuando el criado depositó el plato ante ella, descubrió que la sola visión de la comida le apagaba el apetito. Tenía tan pocas ganas de comer como de ponerse a bailar en ese momento. Sintió que el rostro se le encendía al recordar cómo Laurence había comparado hacer el amor con bailar. Abrió los ojos de par en par y dejó el tenedor sobre el plato.

Había oído decir que algunas mujeres notaban los efectos del embarazo casi de inmediato, aunque siempre lo había tomado por un cuento de viejas. Sin embargo, se sentía claramente indispuesta. ¿Podía ser que aquel episodio tan embarazoso y doloroso ya estuviera produciendo consecuencias? No sabía si alegrarse o alarmarse.

—¿No te apetece la comida? —preguntó él.

—No, no le ocurre nada. Es mi apetito lo que no parece estar de acuerdo con la hora. Suelo levantarme más tarde y sospecho que mi estómago lo sabe, aunque yo no. De momento, solo café, por favor —añadió, dirigiéndose al criado.

Laurence la observó con atención. El vestido rosa realzaba el suave rubor de sus mejillas y hacía brillar aún más sus ojos. Ahora sabía de primera mano que la moda no exageraba: el cuerpo de Caroline estaba a la altura de la delicadeza de su rostro. La vio respirar y recordó cómo se veían sus pechos a la luz de las velas.

Dudaba que alguna vez olvidara la sensación de tenerlos entre las manos o la de sus labios sobre su piel.

Se había procurado una esposa encantadora, sin duda. Se preguntó, distraído, cuántos años pasarían antes de poder llevarla a la cama a plena luz del día, si es que alguna vez lo hacía. Un siglo, pensó. Ahora ni siquiera lograban conversar con soltura. Antes de casarse habían sido más naturales el uno con el otro, al menos hasta la noche anterior.

No podía lamentar haber compartido la cama con ella. Sospechaba que, de no haberlo hecho, las cosas entre ambos serían iguales o peores, y que el muro de incomodidad se alzaría aún más alto. Lo que sí lamentaba era lo torpe que se había vuelto todo. Suspiró. Así se desvanecían las ridículas esperanzas que había albergado de pasar varios días juntos, a solas, disfrutando del tiempo y conociéndose. Ese tipo de escenas pertenecían a los amantes. Y estaba seguro de haberla decepcionado aquella noche. Se había decepcionado a sí mismo.

—Bien —dijo al fin, dejando el tenedor—, ya que estás despierta, ¿qué te parecería adelantar nuestra luna de miel en lugar de quedarnos aquí? Mi familia ya ha regresado a Hollyfields. La tuya no esperará verte en Londres. En realidad, no tenemos gran cosa que hacer en la ciudad ahora mismo. Así que, ¿por qué no partimos de inmediato? Hoy hace un día espléndido y quién sabe cuánto durará. El camino nos llama… a menos que tengas otros planes.

—¿Mis planes?

Dudó un instante y sonrió. Había tanta tristeza en aquella sonrisa que él quedó desconcertado. Le habría gustado decir algo para animarla, pero no estaba seguro de qué la hacía tan infeliz.

—No tenía planes —respondió, con la misma sonrisa irónica—. Ninguno en absoluto.

No les costó nada partir. Caroline no había deshecho su equipaje y el ayuda de cámara de Laurence ya tenía el suyo preparado para el viaje, de modo que fue sencillo cargarlo todo en otro carruaje y ponerse en marcha. Tomaron un coche para la doncella, el ayuda de cámara y el equipaje, y otro para ellos.

Laurence, sin embargo, no ocupó el interior con su esposa. Era un cálido día de primavera, le encantaba viajar a caballo y, sobre todo, no deseaba pasar horas en un carruaje cerrado fingiendo disfrutar de la compañía de su flamante esposa. Tenía la incómoda sospecha de que ella se sentía igual de aliviada al verlo mantenerse a distancia.

¡Maldición, maldición, maldición!, pensó mientras cabalgaba junto al carruaje, una vez dejaron atrás el tráfico de Londres. El día era excepcional. Soplaba una brisa suave, el sol pálido resultaba agradable y el paisaje era espléndido. Amapolas escarlatas y brillantes manchas amarillas de colza ondulaban en los campos por los que avanzaba. Tenía una esposa hermosa, llevaba casado apenas un día, el resto de sus vidas se extendía ante ellos…

¡Maldición!, repitió.

Porque no le apetecía hablar con ella más de lo que le apetecía volver a acostarse a su lado. Y, aun así, tenían por delante años de vida en común. El problema iba mucho más allá de una noche de bodas decepcionante. Podía aceptar que buena parte de aquella mala experiencia fuera culpa suya, pero también sabía que cualquier esplendor futuro en la cama solo sería posible si una mujer estaba enamorada del hombre o del acto en sí. Él no le había dado un buen motivo para apreciar el acto sexual y, además, no se trataba de un matrimonio por amor. Había creído que encajaban tan bien en otros aspectos que el afecto podría llegar. Al menos —se corrigió— la afinidad quizá lo hiciera.

Se sintió hondamente apesadumbrado consigo mismo.

¿Pero qué otra opción tenía? Había regresado a casa para enfrentarse a un mar de problemas y, como un Hamlet menos

melodramático, había decidido luchar contra ellos. Si nada cambiaba, veía a su madre hundirse en una melancolía creciente hasta desvanecerse por completo. Existían formas de quitarse la vida que no incluían pistolas ni venenos. Le preocupaba que, al perder cada vez más interés por el mundo, ella terminara dejándose ir. Había adelgazado y se mostraba apática. Ningún médico parecía capaz de ayudarla. Además, existía la posibilidad muy real de que su hermana se fugara con el próximo hombre que le sonriera y de que su hermano continuara metiéndose en líos en la escuela.

Los sermones, las órdenes y las amenazas no habían servido de nada. Tampoco los razonamientos ni las súplicas. Había hecho lo que creía mejor: casarse con una mujer que aportara aire fresco y vida a su casa.

Espoleó al caballo y avanzó por el camino, alejándose del carruaje para ahuyentar su inquietud y poner a prueba su determinación. Lo que realmente deseaba era abandonar la calzada, galopar campo a través y no mirar atrás jamás.

Se detuvieron a almorzar en una posada junto al camino.

—Bueno, al menos es acogedora —comentó Laurence con un intento de optimismo mientras examinaba el pequeño comedor privado.

La posada era antigua, pero estaba limpia, y su ligero deterioro le confería cierto encanto. Las ventanas del frente tenían cristales gruesos, deformados por el tiempo, que dificultaban ver el exterior, aunque dejaban pasar bastante luz. Bastó con eso para que advirtiera que su esposa no tenía buen aspecto.

Estaba pálida y distraída.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, sintiéndose algo ridículo, porque era evidente que no.

—La verdad es que no demasiado bien.

Le dedicó una sonrisa tenue, apenas una sombra de la habitual.

—Creo que es una reacción a todo lo que ocurrió ayer.

El semblante de él se tensó.

—Me refiero —se apresuró a añadir Caroline al advertir lo que él pensaba— a la boda y a los preparativos. No tienes idea de cuántas pruebas de vestidos tuve que hacer para tener el ajuar listo a tiempo. Ni de cuántos preparativos tuvo que supervisar mi madre, o más bien, de cuántos discutimos. Solo recordar las negociaciones para decidir qué parientes y amigos invitar a cada celebración me agota incluso ahora. Tuvimos la ceremonia, la recepción, el banquete y luego el baile. Era algo novedoso; queríamos sentar precedente y que se copiara. Pero supongo que ya no soy tan joven como antes —concluyó con una sonrisa de autocrítica que casi iluminó su rostro.

—Tendrás todo el tiempo del mundo para descansar cuando lleguemos al lodge —repuso él—. Lo digo en serio —añadió, sorprendiéndose a sí mismo—. Creo que sería mejor posponer la parte más íntima de nuestro matrimonio, al menos por un tiempo.

Ella alzó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

¿Era aquello alivio o simple sorpresa?, se preguntó él, atrapado por aquel azul profundo en el que un hombre podría ahogarse con facilidad.

—No es culpa tuya ni mía —continuó—. Pero esa parte del matrimonio requiere que nos conozcamos mejor, creo yo. Al menos, si deseamos que funcione bien. Y estás agotada; cualquiera puede verlo. Vayamos al albergue y tomémonos nuestro tiempo antes de ir a Hollyfields y enfrentarnos al resto de nuestras vidas. También nos tomaremos nuestro tiempo con otras cosas. Se supone que la luna de miel sirve para conocerse mejor. Eso haremos… ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió.

—Pero, por favor, créeme, no quería decir que fueras la causa de mi cansancio de hoy.

—No temas, te creo. En el fondo, soy un monstruo arrogante —comentó con una sonrisa torcida—. Ahora bien… esta comida tiene buena pinta, ¿no te parece? Ese pastel de carne, por ejemplo, rebosa salsa. ¿O prefieres los riñones?

—Ninguno de los dos —respondió con un leve estremecimiento —. Creo que hoy será mejor que coma poco, después del exceso de ayer.

—Como desees —dijo él, sirviéndose un trozo de cordero.

Mientras comía al pastel de carne, no advirtió la expresión de consternación que cruzó el rostro de Caroline al verlo hacerlo.

Ella se levantó de forma brusca.

—¿Me disculpas? Debo encontrar el cuarto de señoras.

Laurence se puso en pie al instante.

—¿Es por el viaje? ¿Te ha alterado? Podemos quedarnos aquí a pasar la noche. Aún nos esperan cinco o seis horas más de camino. Si te mareas con facilidad, podemos dividirlo en etapas más cortas.

Ella negó con la cabeza.

—El viaje no me molesta. Sigo creyendo que es algo que comí o bebí ayer. Por favor, continua con tú almuerzo. Me sentiré mejor en cuanto deje de verlo. Estaré lista para salir cuando quieras.

—Pediré unas botellas de agua y limonada para que las lleves en el carruaje. Incluso un poco de agua azucarada servirá —añadió —. Debes beber durante el viaje. Ordenaré que el cochero detenga el carruaje de vez en cuando para asegurarme de que bebes. Te ayudará, ya lo verás.

Ella asintió y salió con rapidez de la estancia, justo antes de que él pudiera servirse también los riñones.

Ella bebió un poco de limonada, pues Laurence insistió en cada parada que hicieron. Pero Caroline se sentía peor a medida que avanzaba el día y, conforme pasaban las horas, podía beber menos, así que él terminó por dejar de presionarla. Ella se negó rotundamente a que detuviese el viaje, y por eso él sintió un inmenso alivio cuando, al caer la tarde, por fin se desviaron de la carretera principal y tomaron el largo sendero que conducía al albergue.

Agradeció la penumbra moteada que caía sobre el camino mientras avanzaban bajo los imponentes árboles que lo bordeaban. Oyó el murmullo del arroyo junto al sendero y se relajó. Se sentía mejor ahora que estaban allí, y estaba seguro de que ella también lo estaría. El albergue era un lugar que calmaba el cuerpo y el espíritu. Inmersa en la soledad y rodeada de belleza natural, la casa y sus tierras ofrecían placeres sencillos: pescar, pasear o sentarse en los jardines junto al estanque. Cuando estaba lejos de Inglaterra, él soñaba con aquel lugar, la única parte de su herencia que su padrastro no había podido vender a sus espaldas.

Si él y Lady Caroline tenían algún futuro, lo encontrarían allí. Y si no lo tenían… al menos aquel sitio sanaría su alma y lo prepararía para los años venideros.

Pasaron junto a muros púrpura de rododendros en flor, rodearon una curva sombreada entre enormes helechos y, cuando volvieron a ver la luz, las vacas de un prado cercano alzaron la cabeza para observar cómo la pequeña caravana avanzaba por el camino. Tras la siguiente curva, apareció la casa: dos plantas, una veintena de habitaciones, imponente en tamaño pero nada abrumadora. Construida con piedra antigua, parecía encajar en el paisaje con la naturalidad de un árbol que hubiera crecido allí desde siempre.

Cuando se detuvieron frente a la entrada, Laurence desmontó y caminó hacia la primera calesa. Esperó con impaciencia mientras el cochero bajaba la escalerilla. Caroline estaría acostumbrada a casas señoriales y palacios, pero él estaba convencido de que pocos

lugares en Inglaterra igualaban aquel refugio rural en belleza y serenidad.

La portezuela del carruaje se abrió y Caroline se asomó. Se inclinó para poder descender y bajó los peldaños con cuidado. Al tocar el suelo, tomó el brazo de Laurence y miró a su alrededor.

Entonces lo miró a él con una sorpresa inmensa, dio un traspié, jadeó, cerró los ojos…

Y se desplomó a sus pies.

Capítulo 5

Laurence cargó a su esposa en brazos hasta el umbral sin sentir el menor atisbo de alegría.

—Mi esposa se ha puesto enferma —anunció al personal, que quedó paralizado en el vestíbulo, mirándolo con asombro—. Traed a un médico. Llamad a su doncella. Voy a subir con ella. ¿Está preparada la habitación azul? —añadió sin detenerse mientras ascendía la escalera.

—Sí, milord —respondió la ama de llaves.

Laurence avanzaba con rapidez, pero no apartaba la vista del rostro de la mujer que llevaba en brazos. Parecía ahogada. Estaba pálida, fría, completamente inconsciente. Solo el leve ascenso y descenso de su pecho le indicó que seguía con vida. Mantenía la calma —años de urgencias en mar y tierra se la habían inculcado—, pero estaba alarmado. Aquello no era un simple mareo. No era un desvanecimiento por agotamiento. No era una indigestión, a menos que hubiera sido envenenada.

Su nueva esposa estaba gravemente enferma.

Era ligera, pero pesaba de un modo extraño, como si toda chispa vital se le hubiera escapado. Seguía siendo hermosa —trágicamente hermosa—, como una Ofelia rescatada de unas aguas que ya la reclamaban. Era ridículo sentirse culpable, se dijo. Lo ocurrido entre ellos la noche anterior no podía haber causado aquello… ¿o sí? Recordó cuán afectada había estado después. Ella había fingido normalidad, pero él había visto más de lo que había dicho.

Y aunque sabía que no era razonable, al acostarla en la cama sintió un nudo de culpa y un temor más profundo.

Le tocó la frente. Ardía. Pero los brazos… los brazos estaban helados. Le tomó las manos, frías como mármol, y las frotó entre las suyas.

¿Dónde estaba la maldita doncella? ¿Y el médico?

Se volvió para salir en busca de ayuda, pero se detuvo al oírla gemir.

Caroline intentaba incorporarse.

—Quédate quieta —dijo, sentándose en la cama y sujetándola con cuidado—. Te has desvanecido. Si te levantas demasiado pronto, te volverá a ocurrir.

—Yo no me desmayo —susurró ella, débil, pero con un eco de su antigua altivez.

Eso sonaba más a Caroline. Laurence esbozó una sonrisa involuntaria.

—Quizá no —concedió—. Pero esta vez sí. Espera un poco hasta que se te aclare la cabeza.

Ella se dejó caer contra su hombro y lo miró. Sus ojos brillaban demasiado, de un azul inquietante. Él sintió un escalofrío.

—Laurence… me siento horrible —susurró—. De verdad. Ahora es más que el estómago. Me duele la garganta casi tanto como la cabeza, y me late tanto que apenas puedo pensar. Pero ya no creo que sea porque estoy… embarazada. ¿Tú crees? Digo… ¿crees que es posible?

—Dios santo… —murmuró él, rodeándola con los brazos—. No, Caroline, sinceramente no lo creo.

—Bueno, es un alivio —musitó ella.

—Sí… —asintió él.

Esperaba que fuera cierto. La idea de que hubiera concebido tras una experiencia tan torpe y desafortunada lo helaba. Y, evidentemente, a ella también.

Pero entonces Caroline volvió a estremecerse. No eran escalofríos de angustia ni de miedo.

Era fiebre.

Y esa certeza despertó en él un miedo completamente distinto.



Laurence, con el gesto rígido, se apoyó en la pared mientras el médico examinaba a Caroline.

—Soy su marido. No hay necesidad de hacerme esperar fuera —declaró con firmeza.

—Como gustéis —murmuró el médico.

Era un hombre corpulento, claramente sacado de su cena con premura. El título de Laurence no parecía impresionarlo; la gravedad del estado de Caroline, en cambio, sí.

—¿Y decís que esto comenzó esta mañana? —preguntó tras examinarle la lengua por segunda vez.

Ella asintió, apretando los labios al sentir dolor con el gesto.

—¿Tiene tos?

Laurence estuvo a punto de responder que no, pero Caroline se adelantó:

—Sí. Comenzó esta tarde, en el carruaje.

Él se quedó inmóvil. No lo sabía; no habían viajado juntos en la misma calesa.

—No hay manchas… —murmuró el médico, apartando la bata que la doncella había colocado con torpeza y examinando la piel blanca del pecho—. Tampoco erupciones. ¿Solo náuseas repentinas, malestar estomacal, luego fiebre, escalofríos, dolor de cabeza y muscular?

—Sí. ¿Eso es bueno o malo? —preguntó Caroline, demasiado inquieta para sentir pudor por su desnudez parcial.

El hombre murmuró algo ininteligible, le cerró la bata y volvió a auscultarla, apoyando la cabeza sobre su pecho.

Cuando se irguió, la miró con atención renovada.

—Acaban de llegar de Londres, ¿verdad?

—Así es —respondió Laurence—. ¿Eso es relevante?

El médico frunció el ceño y se incorporó.

—He recibido cartas de un colega allí. Hay una infección virulenta circulando por la ciudad. Esto se parece mucho a los casos que describe. Aquí aún no la habíamos visto… ahora, por supuesto, ya la tenemos.

—¿Qué podemos hacer por ella? —preguntó Laurence, casi sin aliento.

—Le dejaré medicinas. Asegúrense de que las tome exactamente según mis indicaciones.

Se dirigió al tocador, abrió su maletín y extrajo frascos y sobres. Preparó dos pócimas, envolvió un polvo en papel doblado y anotó las instrucciones con letra apretada.

Al despedirse de Laurence en la puerta, añadió en voz baja:

—Su doncella puede atenderla. Os aconsejo manteneros alejado si deseáis evitar el contagio. Y mantenedla separada del resto del servicio. Esta infección se propaga con una facilidad aterradora; no querría que se extendiera por toda la casa.

—¿Cuándo se recuperará? —preguntó Laurence, con la voz tensa.

—Es joven y fuerte. Podría mejorar en una semana… o no. Creo que se trata de una variante de un moquillo contagioso llegado de Francia. Siempre nos envían lo mejor —añadió con amarga ironía —. Podría ser una gripe severa. En algunas zonas se ha vuelto epidémica. Dios quiera que aquí no ocurra lo mismo, ya lo pasamos bastante mal en dos mil tres. Puede resultar leve o virulenta. Confiemos en que sea la primera. Aseguraos de que beba agua con limón cada hora y tome sus medicinas. Y rezad. Volveré mañana. Si aparecen manchas o empeora de repente, enviad a buscarme de inmediato. Buenas noches, milord.

Pero aquella sería una mala noche.

La primera de muchas.



Una semana después de llegar al albergue, Laurence se sentía tan exhausto como aparentaba. Se levantó de la silla junto a la cama de Caroline, donde había pasado otra noche en vela. Tras asegurarse de que ella seguía dormida, se acercó a la ventana y apartó un extremo de la cortina para mirar al exterior.

Volvía a llover.

Qué luna de miel tan extraña, pensó mientras contemplaba la campiña empapada.

No había tenido tiempo de compadecerse de sí mismo; tampoco ahora. Todo su dolor era por su esposa. Empezaba a creer que existía una posibilidad real de quedarse viudo antes de que aquella luna de miel terminase.

Caroline se debilitaba un poco más cada día. La tos era fuerte, incesante, y la fiebre no cedía. Conseguir que tomara las medicinas se había convertido en una batalla, y lograr que probara un solo bocado, en una empresa aún más ardua. Laurence había

permanecido a su lado desde el primer momento, aunque aquello parecía reconfortarlo más a él que a ella, pues Caroline estaba demasiado consumida por la enfermedad para notar casi nada.

Cada vez se preguntaba con mayor inquietud cuándo tendría que admitir que era necesario avisar a sus padres. No quería alarmarlos sin motivo, pero… ¿acaso se engañaba creyendo que aún no había motivo? Resultaba inconcebible que algo así estuviera ocurriendo. Se había casado con una mujer joven, hermosa y llena de vida. Ahora, quizá se estuviera muriendo. Todo en apenas unos días. Todo desde aquella primera noche en que había posado sobre ella unas manos cargadas de deseo… y de indiferencia.

Apoyó la frente contra el cristal frío. Sabía que lo ocurrido entre ellos no podía haber causado aquello… y, sin embargo, le dolía recordarlo. No podía decir que hubieran hecho el amor, ni que la hubiera amado, ni siquiera apreciado más que a otras mujeres con las que había estado. ¿Era aquella culpa insoportable otra consecuencia de haberse casado sin amor?

Había visto la muerte en el campo de batalla, hombres jóvenes desangrándose bajo el sol, pero presenciar cómo la belleza se apagaba lentamente era distinto. Caroline era vulnerable, delicada, y él no podía hacer nada para detener a aquel enemigo invisible.

Sentía lástima e impotencia. Pero, peor aún, la veía desvanecerse sin tener a su lado a nadie que la quisiera de verdad. Si estaba destinada a morir, ¿no merecía que alguien la lamentara por algo más que compasión? ¿Debería llamar a su familia? Las supersticiones heredadas de la vida en el mar le susurraban que hacerlo sería invitar a la derrota; pronunciar el nombre de la desgracia era abrirle la puerta.

Pero ella no mejoraba. Nada surtía efecto. Las ventosas y ampollas destinadas a bajar la fiebre no habían hecho más que marcar su piel frágil. La fiebre le resecaba los labios hasta agrietarlos; los polvos que el médico recetaba le provocaban arcadas. No retenía nada, ni medicinas ni alimento. Cada amanecer la encontraba más delgada, más frágil, más distante.

El cuarto día le habían cortado el cabello. Laurence protestó, pero el médico insistió en que le restaba fuerzas. Tal vez fuera cierto, pero verlo… verlo, a él casi lo derrumbó. Aquella melena azabache que había acariciado la primera noche, ahora reducida al cuero cabelludo y arrojada al fuego como algo inútil. Caroline estaba demasiado enferma para oponerse; quizá demasiado enferma para comprenderlo. Él, en cambio, sintió como si le arrancaran algo propio.

La sangría del quinto día estuvo a punto de provocar una tragedia. Laurence entró en la habitación, aún ajustándose el cuello después de asearse, y vio al médico sosteniendo la muñeca fláccida de Caroline mientras la sangre escapaba en un hilo oscuro. El color de su rostro se desvanecía con cada gota. Laurence perdió el control: gritó que se detuviera, lo expulsó del cuarto y lo amenazó con consecuencias que, en otro momento, jamás habría pronunciado.

Desde entonces, solo él, la doncella y el ama de llaves cuidaban de Caroline. El médico se negó a regresar. Mejor así, pensó Laurence. No confiaba en aquel hombre, ni en sí mismo si volvía a verlo cerca de ella.

En su lugar, había enviado a buscar a un cirujano de Londres. Rhys Godwin. Habían servido juntos; era excelente en su oficio… y le debía un favor.

Pero la pregunta que lo atormentaba mientras observaba el cielo encapotado era si llegaría a tiempo.



—¿Ajedrea y flor de saúco? —Laurence soltó una risa cansada—. ¿Pulmonaria y potentilla? Supongo que después recitará: «Hierve, hierve, caldero infernal…». No lo creo, señora Wyndham. Gracias, señora Fletcher —añadió, dirigiéndose a su ama de llaves e

ignorando a la mujer regordeta que acababa de hablar—. Pero no creo en la brujería.

—¡Ni yo tampoco! —replicó la mujer, ofendida—. La milenrama, la flor de saúco y la menta son remedios tradicionales contra la gripe. La pulmonaria y la potentilla alivian la tos. La verónica y la agrimonia también pueden servir. Se conocen desde los tiempos de Culpeper y ningún médico moderno los ha desacreditado.

Laurence se frotó los ojos doloridos. La señora Fletcher había acudido a su estudio para anunciarle que una curandera muy respetada en el distrito deseaba verlo. Había accedido a recibir a la señora Wyndham, aunque solo fuera para hablar con alguien sobre la enfermedad de Caroline. Esperaba encontrarse con una anciana ignorante; en su lugar, halló a una mujer de mediana edad, pulcra, aunque ajena a la moda, que hablaba con un acento digno de una dama.

—Mi padre fue terrateniente aquí, en el distrito —explicó con orgullo—, pero mi madre y mi abuela eran herbolarias. Me enseñaron cuanto sabían. He estudiado aún más por mi cuenta. Puede que no sea capaz de curar a su señora, pero no le haré daño. Tal vez pueda aliviar algunos de sus síntomas, milord, y, como mínimo, ayudarla a descansar mejor.

—Pero esas hierbas, esas infusiones… —murmuró él, abatido.

—Pueden hacerle bien. No prometo milagros. Cuando la señora Fletcher me envió aviso, vine de inmediato. Conozco estos síntomas. El doctor Collins debería haberme llamado, aunque seamos viejos adversarios, pero ni siquiera él puede contradecirme en esto. Jamás me recomendará, por supuesto. Supongo que le irrita que mi consulta sea tan concurrida como la suya. Y que mis pacientes suelan quedar satisfechos. Aun así, si no me quiere aquí, me marcharé. He venido por deber, no por interés. Trabajo no me falta.

Laurence se frotó la barbilla, sorprendido por el roce de la barba: hacía días que no se afeitaba. Y aún más que no le importaba. No sabía qué decidir. Caroline no mostraba ninguna

mejoría; quizá incluso empeoraba. Pasaba la mayor parte del tiempo sumida en un sueño febril. Él la refrescaba con paños fríos cuando ardía, la envolvía en mantas cuando temblaba… pero no veía avance alguno.

¿Le administraría aquellos remedios?

Permaneció de pie, indeciso. Estaba escribiendo una carta a los padres de Caroline cuando la mujer apareció, y comprendió que su mente estaba tan desordenada como su aspecto. Llevaba demasiado tiempo sin dormir ni comer.

No lloraba aún la muerte de Caroline; era demasiado pronto. Pero sí lamentaba la insensatez que los había llevado a casarse. ¿Cómo habían podido ser tan necios? Nunca hablaron de lo esencial. Conversaciones ligeras, chismes, moda, teatro… nunca aquello que importaba. ¿Por qué casarse sin amor ni afecto? Sin embargo, ambos lo aceptaron.

Se habían casado por conveniencia. Y ahora, enfrentado a la posibilidad de perderla, comprendía con un peso insoportable cuán equivocados habían estado. Durante las largas horas junto a su cama, viéndola debatirse entre la vida y la muerte, sintió cómo su propio corazón se hundía. Si ella moría sin haber conocido el amor —el suyo o el de otro—, no sería solo triste: sería casi un pecado.

Pero ¿y si cometía otra estupidez ahora? ¿Permitir que aquella mujer le administrara remedios o rechazar su ayuda?

—Va a venir un médico de Londres —explicó.

—No está aquí —respondió ella con calma—. ¿Tiene su esposa tiempo para esperar?

—Yo tengo todo el tiempo del mundo —replicó él con amargura —, pero mi esposa…

Calló. Había visto medio mundo y todo tipo de supersticiones: amuletos grotescos contra la sífilis, bolsitas de hierbas para el mal aire… Y también había visto a más de un hombre beber una poción

extraña y mejorar poco después. ¿Sugestión o efecto real? A esas alturas, le daba igual.

¿Qué otra opción tenía? Rhys Godwin llegaría, sí… pero ¿cuándo? ¿A tiempo?

La pregunta era otra. Si él fuera quien yaciera en aquella cama, delirante de fiebre, ¿qué querría?

—Señora Wyndham —dijo al fin, con una cortesía fatigada—, ¿le importaría acompañarme a verla antes de que decida?

Ella asintió. Entró con él en la habitación de Caroline y se detuvo al contemplarla. La figura frágil yacía en el centro de la enorme cama, tan pálida que parecía desvanecerse entre las sábanas.

La curandera contuvo el aliento.

—Ah, pobre niña…

—¿Sigue creyendo que puede ayudarla? —preguntó Laurence —. Debo hacer algo.

—Entonces hágalo —respondió ella, firme.

Laurence se sentó y bajó la cabeza, incapaz de mirar. No la levantó hasta que oyó a la mujer pedirle que la ayudara a sostener a Caroline para darle un sorbo de la primera infusión que había preparado.

El amigo de Laurence, el cirujano llegado de Londres, arribó al caer la tarde. Rhys Godwin, alto y delgado, ocultaba unos ojos marrones y bondadosos tras unas gafas de montura fina.

—Vine en cuanto recibí tu carta, Laurence —comentó mientras se quitaba los guantes—. Llamé a mi carruaje y dejé la consulta llena de pacientes.

—Lamento haberte causado molestias…

—¡No digas tonterías! No ha sido ninguna molestia. Te debo mucho más que esto por lo que hiciste en el *Forthright*, y también por aquel desafortunado incidente en España. Si puedo ayudarte ahora, considéralo un pago atrasado. ¿Cómo está ella?

—No me debes nada, pero haz todo lo que puedas, Rhys. Lo necesita. Despedí a su anterior médico; necesitaba a alguien en quien pudiera confiar.

—Ese soy yo. ¿Dónde se encuentra?

Laurence lo condujo hacia la escalera. A mitad de camino vaciló, dudó un instante y al final se volvió hacia su amigo.

—He permitido que una mujer del pueblo la cuide… o al menos, lo hacía hasta que llegaste. Parecía competente y yo… necesitaba ayuda. Y… —bajó la mirada, avergonzado— estoy siguiendo algunos de sus remedios, aunque tengo reservas. No parecen dañinos. Hoy mismo la ayudé a darle una infusión de menta, flor de saúco y milenrama. No soy tan insensato —añadió al ver la expresión severa del cirujano—. La mujer tenía buenas referencias y, maldita sea, Rhys, ¿qué otra cosa podía hacer? Expulsé al maldito médico porque me parecía que la estaba matando más deprisa que la fiebre. Al menos pensé que las hierbas serían inocuas.

—¿Hierbas, inocuas? —Rhys arqueó una ceja—. ¿Como la cicuta, el beleño o la belladona? —Le dio una palmada en el hombro, suavizando el reproche—. No importa. La milenrama y la flor de saúco pueden ser útiles en ciertas infecciones. Si eso es lo que padece, no le harán daño e incluso podrían ayudarla.

Al entrar en el dormitorio, la señora Wyndham alzó la vista.

—Sigue dormida —informó—, aunque creo que respira con algo más de facilidad. Puede que sea solo un deseo mío. ¿Qué opinas tú, Rhys? Y, antes de nada… ¿cómo has estado?

—Por todo lo sagrado… —el cirujano sonrió con afecto genuino —. ¡Josephine! Has encontrado un ángel guardián, Laurence. La señora Wyndham y yo somos viejos amigos. Sus ensayos son muy apreciados en la Academia y sus investigaciones nos han resultado de gran utilidad. ¿Cómo estáis vos y vuestro buen esposo, Josephine?

—Bastante bien. Si milord me hubiera dicho que vos erais el cirujano al que había llamado, me habría quedado mucho más tranquila. La señora no mejora, Rhys. En absoluto.

—Veámosla —respondió, acercándose a la cama.

La examinó con minuciosidad profesional. Le tomó el pulso, apoyó el oído sobre su pecho, evaluó la respiración. Luego alzó uno de los delgados brazos de Caroline y frunció el ceño al ver las marcas.

—¿Ventosas? —preguntó con tristeza, subiéndole la manga para observar los círculos rojizos que desfiguraban su piel—. A menos que la haya atacado un pulpo, claro está —añadió con amargura.

Se inclinó para examinarle el costado.

—¿Y estas atrocidades a lo largo de las costillas? ¿Ampollas? Levantar ampollas para bajar la fiebre… prácticas del siglo pasado que, por desgracia, no desaparecerán hasta el próximo.

Prosiguió con la revisión.

—Y este corte en la muñeca, por supuesto, para sangrarla. Eficaz en fiebres provocadas por heridas de bala. ¿Pero para esto?

Se volvió hacia Laurence.

—Has tenido suerte de limitarte a echarlo. Yo lo habría estrangulado con mis propias manos.

Regresó entonces su atención a la paciente.

—Bien. Dejadme trabajar. Veremos qué se puede hacer.

Capítulo 6

Laurence sintió un leve toque en el brazo y se despertó de inmediato, incorporándose con expresión confundida. Solo había querido descansar un instante, pero cuando cerró los ojos aún era de noche y ahora la habitación estaba inundada de luz.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —murmuró, poniéndose en pie con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo está ella?

—Shh, tranquilizaos, milord. Sigue igual, y eso es una buena noticia —respondió la señora Wyndham—. Rhys se retiró hace un rato. Yo hice la guardia nocturna, ¿recuerda? Pero necesito traer agua caliente y prefería no dejarla sola. Dudaba marcharme mientras vos dormíais. Sé que es absurdo, porque ella no notaría la diferencia… pero no puedo soportar la idea de dejarla ni un instante.

—No es absurdo, es bondad —repuso Laurence, sintiendo cómo el corazón recuperaba su ritmo—. Id a descansar. Yo estoy… despierto.

Ella lo observó con cierta incredulidad.

—Bueno… quizá "descansado" no sea la palabra —admitió él, mirándose la ropa arrugada—. Dormí vestido, porque no tuve fuerzas para más. Pero me siento mejor.

—Milord, cerrar los ojos cinco minutos no es descansar. Tampoco lo es pasar días sin comer ni tomar aire fresco. No le habría despertado si no fuera necesario. Y aun así… supongo que ni siquiera lo era.

—Lo sé —concedió con suavidad—. Ella está muy sola, y su estado cambia de un momento a otro. Id. Yo me quedaré.

Pero ¿quedarse para qué?, pensó mientras regresaba a la silla junto a la cama. ¿Podía morir mientras dormía? Y, si así fuera, ¿qué importaba que él vigilara? ¿O qué podía significar para ella abrir los ojos y encontrarlo allí? Apenas la conocía. ¿Cómo se consuela a una desconocida?

Se sentó y la contempló, atormentándose con preguntas sin respuesta.

Caroline seguía atrapada en sueños febriles. Él permanecía atento a cada respiración. Su rostro estaba pálido, los labios descoloridos. Menos mal que la señora Wyndham había tenido el buen juicio de cubrirle la cabeza con un gorro de encaje. Laurence había visto horrores en el mar y en el campo de batalla, pero la visión de la delicada cabeza rapada de Caroline le provocaba un vuelco en el estómago.

Si lo peor ocurría, pensó con un amargo ataque de autodesprecio, jamás volvería a casarse por conveniencia. Nunca más sacrificaría algo tan crucial como el matrimonio a una decisión cómoda o práctica, aunque eso significara no volver a casarse jamás. Ahora comprendía lo que antes no había querido pensar. Los necios se precipitan, y él había sido uno de ellos. ¿Qué habría sido de unos hijos criados sin afecto, con padres que apenas se conocían? ¿Qué habría sido de él mismo?

¿Y si ella sobrevivía? ¿Cómo seguir adelante ahora que veía con claridad la magnitud de su error?

La puerta se abrió y Laurence levantó la vista. Rhys asomaba la cabeza.

—No noto ningún cambio —informó Laurence—. Vuelve a acostarte.

—Imposible —replicó el cirujano con un bostezo, entrando—. Me ocurre lo mismo en casa. No puedo dormir sabiendo que quizá pueda ayudar en algo, aunque sea una posibilidad remota. Se supone que un médico de Londres debería ver a sus pacientes, imponerles su curación y retirarse a dormir el sueño de los ricos y

satisfechos. Pero la mayoría de las noches acabo en St. Guy's atendiendo a quienes no pueden pagarme durante el día. No sé cómo mi Mary Anne lo tolera.

—No se me ocurrió preguntártelo. ¿Cómo está ella?

—Tan bien como siempre, mejor de lo que merezco. Lamenta no haber podido asistir a tu boda, y yo también. Un paciente grave me retuvo, naturalmente. Los enfermos suelen empeorar cada vez que planeo algo agradable. Y Mary Anne estaba ocupada con nuestro bebé más reciente; si todo va bien, nacerá el mes próximo. Pero en cuanto se recupere, está deseando conocer a tu esposa.

Se interrumpió, carraspeó y ajustó las gafas antes de mirar con atención a Caroline.

—¿Sabes…? —dijo en voz baja tras observarla unos instantes —. Puede que, después de todo, tu esposa llegue a conocer a la mía algún día.

Laurence se incorporó de golpe.

—¿Qué ocurre?

—Lo que no ocurre —respondió Rhys—. Lleva varios días sin empeorar. Su color no se ha deteriorado; respira con la misma dificultad que ayer. No digo que debamos celebrarlo… pero ha llegado el amanecer y ella sigue aquí. Eso es importante. Muchos se van al alba o al anochecer. Ella está resistiendo. Es una buena señal.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Wyndham desde la puerta, inmóvil, con una palangana de agua humeante entre las manos.

—Nada grave —respondió Rhys, tranquilizándola—. Solo lo comentábamos. Caroline sigue luchando, y eso basta para cierto alivio.

—Entonces quizá sea mejor que deje a la señora a solas un momento —dijo la mujer con suave autoridad—. Dicen que la conversación puede penetrar en la mente dormida, igual que el

dolor. Tiene sentido suponer que el consuelo también. Pensaba refrescarle la cara y las manos antes de que despierte.

—Excelente idea —asintió Rhys—. Llamadnos cuando terminéis. Vamos, Laurence, acompáñame. Necesitamos un café fuerte para volver a sentir algo de vida.



Se acomodaron en la pequeña sala de estar y compartieron un desayuno improvisado con lo poco que habían logrado reunir en la cocina. Rhys observó a su viejo amigo con mirada experta, dio un sorbo al café y murmuró con ironía:

—Si fueras uno de mis pacientes, te daría dos días como máximo. Tienes un aspecto deplorable.

Su voz se suavizó al añadir:

—Debes quererla mucho.

El rostro de Laurence, demacrado y ensombrecido por una barba incipiente, parecía aún más hundido bajo el peso de unas ojeras profundas. Pero nada delataba tanto su agotamiento como la tristeza que velaba sus ojos.

—No —respondió en un hilo de voz—. Esa es la parte más terrible, Rhys. No la amo. ¿Cómo podría? Apenas la conozco.

El cirujano frunció el ceño, como si aquella confesión le doliera.

—Ah… entonces es un matrimonio concertado.

—No exactamente. Soy libre. Y eso es lo despreciable: lo concerté yo mismo.

Rhys alzó las cejas, sorprendido.

—Bueno, quizá no del todo —continuó Laurence con un suspiro cansado—. La razón fue mi familia. La mía, no la suya. Al volver a

casa encontré el caos: Proctor había arruinado a mi madre. Yo podía enviarle dinero, sí, pero no fortaleza. Ni devolverle su lugar en la sociedad. Sus engaños y tropelías lo habían destruido todo. Ya no era bienvenida en ningún salón respetable. ¿Y mi hermana? —soltó una risa áspera—. Convertida en mujer, pero comportándose como una potranca sin domar. Pasa más tiempo en los establos que en un baile. Y a los hombres les encanta, desgraciadamente. Malinterpretarán su franqueza natural, y no solo habrá escándalos… también arruinará su futuro. Y en cuanto a mi hermano… mejor no hablar. Si lo expulsan otra vez del colegio, lo recibiré con un puñetazo antes que con un saludo.

Se pasó la mano por la frente.

—Necesitaba una esposa, Rhys.

—¿Y tú? —preguntó Rhys con intención.

—Yo… —Laurence bajó la vista al café—. Yo no pude encontrar el amor. Así que me conformé con una mujer a la que pudiera admirar.

—¿Y por qué se casó ella contigo?

Laurence se removió en la silla.

—Por las circunstancias. Por los finales infelices de… ciertas relaciones en las que había puesto demasiadas esperanzas. Y por el cansancio de ser el objeto de los cuchicheos de la sociedad, de su supuesta "falta de éxito". Ya conoces la historia. Londres entero la conoce. Se casó conmigo para acabar con los rumores. Y, a decir verdad, podía haber elegido mucho peor. Ambos podíamos. Fue, dentro de lo posible, un acuerdo sensato. Libre y razonable —su voz se quebró apenas—. O eso creí. Pero ahora… maldita sea, Rhys, ahora veo lo necio que fui.

Rhys apoyó una mano en la mesa.

—Ya lo entiendo. ¿Y te parece más trágico que muera joven porque no te amaba?

Laurence alzó la cabeza de golpe, herido por la insinuación.

—Creo que sobrevivirá —continuó Rhys con calma—. Pero si lo hace, tendrás que enfrentarte a un problema mayor que la culpa.

—¿De verdad crees que puede vivir?

—Sí. Si supera esta etapa, y cada vez me inclino más a pensar que lo hará. La gripe está devastando Londres. Los ancianos y los pobres mueren porque no tienen reservas ni fuerzas. Pero ella es joven, fuerte, y ha tenido cuidados adecuados. —Se ajustó las gafas —. Y tú… ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió Laurence con brusquedad.

—¿Desde que llegaste a Londres?

Laurence vaciló.

—Tuve una indisposición antes de la boda. Lo atribuí a los nervios. Calambres, falta de apetito…

—¿Y alguna visita extra al retrete? —preguntó Rhys con ironía —. Como supuse. Pasaste lo mismo, pero de forma leve. Y lo superaste sin darte cuenta. Ocurre a menudo.

Laurence apretó los labios.

—¿Entonces crees que fui yo quien se lo contagió?

—Tú y media ciudad. No importa. Lo que importa es que eso me hace más optimista. A la mayoría no los mata el virus, sino lo que viene después. Una constitución fuerte resiste. Y la suya lo era antes de caer enferma. —Se levantó—. Subamos. Quiero verla otra vez. Empiezo a creer que saldrá adelante.

—Dios, ojalá tengas razón —murmuró Laurence mientras se dirigían a la escalera—. Si se recupera, ¿cuánto tiempo crees que tardará en volver a estar… bien?

—Nadie puede decirlo. Ha pasado por algo muy duro. Si estás pensando en reanudar las relaciones…

—¡Por supuesto que no! —lo interrumpió Laurence, horrorizado —. Me refería a Hollyfields. A cuándo podremos viajar… y a cuánto tardará en recuperar su aspecto.

Rhys lo miró con una mezcla de sorpresa y reproche.

—¡Vamos, Rhys! —protestó Laurence—. Deberías conocerme mejor. No lo pregunto por mí. Si vive, lo primero que la atormentará será su reflejo en el espejo. Se enorgullece de su belleza. Es… parte de quien es. Es valiente, orgullosa. Eso fue lo que me atrajo de ella.

Se detuvo al pie de la escalera.

—La primera vez que la vi, esperaba para entrar en un baile. Yo estaba en un nicho y ella no me había visto. Llevaba un vestido azul, exactamente del color de sus ojos. Se quedó observando el salón como un general que estudia un campo de batalla. Y, aun así, parecía… asustada. Frágil. Entonces respiró hondo, como quien se lanza al vacío… y entró sonriendo, como si el mundo entero fuera suyo. Fue como ver nacer a una reina. Ese valor me impresionó más que su belleza.

Rhys lo escuchaba con creciente atención.

—Por eso temo lo que viene —prosiguió Laurence—. Porque si sobrevive, tendrá que enfrentarse a algo casi peor que la enfermedad: verse a sí misma… así. ¿Cómo va a soportarlo?

—¿Lady Caroline? —exclamó Rhys—. ¡Por todos los santos! La reconocí al verla, pero no la asocié contigo. —Frunció el ceño—. Sí, será difícil. El cabello volverá a crecer, aunque quizá no igual al principio. Podría incluso volver a caer antes. La piel se recuperará, con tiempo y buena alimentación. Lo mismo su figura. Todo puede volver. Pero llevará meses. Quizá más.

Enderezó los hombros y respiró hondo.

—Por ahora, veamos si despierta con lucidez, si puede hablar, si recuerda. Luego veremos si camina. Después… el tiempo dirá.

Laurence apoyó una mano en su hombro.

—Solo sálvala, Rhys. Lo demás lo dejaré al destino.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseguró el cirujano—. Lo demás, como dices, ya no nos pertenece.



La puesta de sol era pálida, y el crepúsculo descendía despacio, suave como un suspiro. Había sido un día magnífico, templado y despejado. Ahora los pájaros entonaban sus cantos vespertinos y una brisa ligera agitaba las copas de los árboles. El aroma de las flores impregnaba el aire con un perfume casi embriagador. Laurence avanzó por el sendero del jardín y volvió a mirar su reloj: solo debía permanecer allí unos minutos más. Por muy agradable que resultara el paseo, había salido únicamente para acallar las protestas de Rhys y de la señora Wyndham, que insistía en que jamás abandonaba la habitación de Caroline. Ella decía que no necesitaba ocuparse de otro inválido. Rhys había sido más directo:

—Sal —le había ordenado.

Laurence inspiró hondo. El aire era tan dulce que casi le dolía respirarlo. Alzó la vista y distinguió los primeros destellos de estrellas en un cielo que se tornaba lentamente púrpura. Aquello era un bálsamo; sentía cómo los músculos se aflojaban y el ánimo se elevaba. Dios, cuánto había echado de menos esa sensación.

La marina no había sido su primera elección. Amaba el mar, sí, pero adoraba la tierra firme. Sin embargo, la Royal Navy le había ofrecido lo que necesitaba: ascenso rápido, oportunidades y dinero… además de una vida al aire libre. En la práctica, había pasado demasiadas horas encerrado en camarotes estrechos, demasiado tiempo lejos de ese aire libre que aguardaba justo al otro lado del casco, fuera de su alcance. Ser oficial no tenía nada que ver con ser un caballero en un crucero placentero; rara vez había ocasión de disfrutar del viento o del sol.

Se pasó distraídamente la mano por la cicatriz que le cruzaba la barbilla y sonrió al recordar que, cuando realizaba tareas fuera del barco, solían ser peligrosas. A veces, también dolorosas. Las cicatrices eran un recuerdo permanente de ello. Pero aquel trabajo le

había dado el ascenso y la estabilidad económica que entonces necesitaba.

Desde la muerte de su padre y el precipitado segundo matrimonio de su madre, su vida le parecía una persecución constante de lo necesario. ¿Cuándo le tocaría obtener lo que de verdad deseaba? ¿O acaso lo que deseaba y lo que necesitaba eran, en el fondo, lo mismo?

Rhys y la señora Wyndham tenían razón, pensó mientras se dejaba envolver por la serenidad del crepúsculo. Necesitaba ese aire libre. No podían abrir la ventana de la habitación de Caroline —una corriente, por leve que fuese, podía perjudicarla—, pero para él el aire fresco era un aliado. Le devolvía algo de esperanza, recordándole que existía un mundo más allá de sus preocupaciones, un mundo lleno de belleza. Notó cómo se deshacían los nudos de su espalda y cómo la calma del atardecer apaciguaba sus nervios.

El albergue no era grande, no como Hollyfields, pero lo apreciaba más. No había sido construido para impresionar, sino para abrazar el paisaje que lo rodeaba. Miró a su alrededor. Alguien había cuidado el jardín con esmero: rosas tempranas, prímulas tardías, un arco cubierto de glicinas cuyo púrpura se fundía con las sombras y un laburno amarillo que resistía el avance de la noche.

Era un lugar donde un hombre podía pasear para calmar el espíritu, perderse entre campos verdes o seguir senderos apacibles. Podía cabalgar por los prados, detenerse junto a arroyos cristalinos y pescar una trucha para la cena. Podía levantarse al alba y contemplar la apertura de los nenúfares en el estanque o dirigirse al lago al final del camino, tomar una barca, recostarse y escuchar el murmullo del agua mientras el día transcurría sin prisa.

Pero el día se desvanecía. Rhys le había advertido que aquel era el momento más peligroso, cuando la vida podía extinguirse también.

Laurence se dio la vuelta y regresó a la casa.

Capítulo 7

Laurence había terminado de cenar con prisas y ahora descansaba en una butaca cómoda junto a la cama de su esposa. Intentaba leer. Hasta su conversación con Rhys no había tenido la serenidad necesaria para concentrarse siquiera en una línea, pero ahora, al creer que ya no debía permanecer allí sentado, escuchando con temor el último aliento de Caroline, por fin podía volver a abrir un libro. Aquello le parecía casi un lujo. Aun así, sus sentidos permanecían alerta.

Al oír un leve sonido, alzó la vista. Sus músculos se tensaron y luego se relajaron al reconocer a la criada que entraba de puntillas para encender las lámparas. El largo crepúsculo había terminado. La joven observó un instante la cama de Caroline y le dedicó a Laurence una sonrisa dulce y triste antes de retirarse con la misma suavidad con que había llegado. Él retomó la lectura con un suspiro de placer.

Tardó en advertir el cambio. Al principio solo percibió que volvía a distraerse, incapaz de fijar la atención en las palabras impresas. Miró a su alrededor. Nada parecía distinto: las lámparas difundían un resplandor cálido, rosado, y una pequeña hoguera mantenía a raya el frío nocturno. Sin embargo, el ambiente había cambiado. Algo nuevo se había deslizado en la habitación.

Dejó el libro y se levantó. Sin ganas, pero con una sospecha creciente, se acercó a la cama.

Caroline lo miraba.

Intentó hablar. La voz se le quebró. Lo intentó de nuevo.

—¿Caroline? —murmuró.

—He estado enferma.

Laurence asintió.

—Muy enferma —le rozó la frente—. ¿Recuerdas algo? ¿Cuánto ha pasado?

—Demasiado —respondió él.

—¿Estoy mejor ahora?

—Creo que sí. ¿Qué sientes?

Ella intentó humedecerse los labios resecos.

—Tengo sed.

—Por supuesto. Dame un instante.

Fue hacia la jarra y la palangana. Sus manos estaban sorprendentemente firmes, aunque el pulso le latía con violencia. Humedeció un paño y regresó para refrescarle los labios.

Ella lo observó con atención.

—Eso ha estado bien… pero tengo sed. ¿Puedo beber un vaso de agua?

—No lo sé. Debo preguntarlo primero.

Entonces se dirigió a la puerta y alzó la voz:

—¡Está despierta! ¡Está hablando!

Cuando regresó a su lado, ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Estaba tan enferma?

Eran sus mismos ojos, pensó Laurence con un alivio que casi le desgarró el pecho: azules, intensos, inmensos.

Tomó su mano, procurando que no se notara la mueca que le provocaba sentirla tan frágil.

—Sí. Muchísimo.

—¿Pero no puedo beber agua?

—Cubitos, si el médico lo permite.

Ella intentó incorporarse, pero volvió a caer sobre las almohadas y frunció el ceño.

—Me siento muy mareada.

Laurence la sostuvo con cuidado, esforzándose por disimular el estremecimiento que le causaba notar lo prominentes que estaban sus hombros bajo la tela.

—Es natural —dijo con suavidad—. Llevas mucho tiempo en cama.

Ella se llevó una mano a la cabeza y volvió a fruncir el ceño.

—¿Un gorro de dormir? Yo no uso gorros de dormir.

—Ahora sí —respondió él.

Miró hacia la puerta. Había demasiadas cosas que debía saber, pero no en ese momento, y nunca de sus labios. ¿Dónde estaba la señora Wyndham?

Caroline volvió a humedecerse los labios con el paño.

—¿Podré beber pronto?

—Pronto.

Ella examinó su rostro y su expresión se tensó.

—¿Me traerías un espejo?

Laurence permaneció inmóvil.

—¿Por favor?

Abrió la boca, pero no llegó a responder.

—¡Ah! Aquí está la señora Wyndham —exclamó con un alivio apenas disimulado—. Caroline, la señora Wyndham es la buena mujer que ha estado cuidándote. Es vecina y herbolaria, un verdadero tesoro en estos tiempos. Y detrás de ella llega el doctor Godwin, cirujano de renombre y viejo amigo mío, que ha venido desde Londres, incluso interrumpiendo su cena para hacerlo. Rhys,

te presento a mi esposa. Y bien… señora Wyndham, doctor, milady desea un vaso de agua.

Ninguno de los dos se movió. Ambos contemplaban a Caroline con una alegría contenida.

—Sí, un vaso de agua —concedió ella—. Y un espejo.

Las sonrisas se borraron de inmediato.

—Una cosa antes que la otra —intervino la señora Wyndham—. Con su permiso, doctor, creo que una dama que despierta tras un sueño tan largo necesita un buen lavado. Se sentirá mucho mejor, milady.

—Así es —confirmó Rhys—. Pero antes, mi lady, permitidme escuchar vuestro corazón y observaros un momento. Luego quedaréis en manos de la señora Wyndham, y hablaremos.

La examinó con rapidez y delicadeza.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó Caroline cuando terminó.

—Diez días en total —respondió Rhys.

Ella se incorporó de golpe y miró a Laurence con ansiedad.

—¿Se lo dijiste a mis padres?

—No. No quise alarmarlos. ¿Te molesta?

—Te agradezco que no lo hicieras —murmuró, dejándose caer de nuevo.

—Y ahora, caballeros, fuera —ordenó la señora Wyndham—. Cuando milady esté lista para recibir visitas, os avisaré.

Laurence y Rhys se retiraron al vestíbulo. Cuando la mujer salió al fin, cerró la puerta con suavidad y negó con la cabeza.

Laurence palideció.

—No, no —se apresuró a decir ella—. Está bien. Solo muy agotada. Se durmió en cuanto terminé de lavarla. Me dio las gracias

con una dulzura que partía el alma… Está en un sueño reparador. No temáis; me aseguré antes de salir.

Laurence miró a Rhys.

—¿Ha pasado la crisis?

—Creo que sí —respondió—. Ha sufrido tanto por los tratamientos de su antiguo médico como por la propia gripe, pero no ha tenido complicaciones graves. Sus pulmones suenan limpios y su corazón es fuerte.

Laurence asintió.

—¿Cuánto tardará en recuperarse por completo? Quiero decir… en volver a estar como antes.

—Seguirá el patrón habitual —explicó Rhys—. ¿Qué opináis, señora Wyndham?

—Estoy de acuerdo —respondió ella—. Ahora, si me disculpan… hace días que no regreso a mi casa.

—Enviaremos el carruaje —dijo Laurence—. Le estamos profundamente agradecidos.

La mujer inclinó la cabeza con dignidad y se marchó.

Laurence volvió su atención a Rhys.

—Bien. ¿Cuánto tiempo hasta que se recupere de verdad?

—Dos o tres días para recuperar fuerzas. Cuando pueda moverse un poco, estará irritable y malhumorada, como es natural. Después, con buenos cuidados, en unas semanas debería volver a ser ella misma.

Laurence frunció el ceño.

—Y… ¿cuándo deberíamos darle un espejo?

—Cuando tú lo decidas.

Laurence suspiró.

—Si dependiera de mí, no vería uno hasta dentro de esas semanas. Los escondería todos, si fuera necesario.

Rhys sonrió.

—Como los husos en la historia de la Bella Durmiente. Y ya sabemos cómo terminó aquello.

Laurence soltó una breve risa.

—Exacto. Lo que quiero saber es si verse ahora podría perjudicarla.

—Creo que la inquietud la retrasará más que la verdad —respondió Rhys—. Pero sí, espera. A menos que insista.

Se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con gesto pensativo. Cuando volvió a ponérselas, su tono cambió.

—Sé que era muy hermosa, Laurence. Pero quizá das demasiada importancia a eso… a menos que su aspecto actual te resulte insoportable. Si es así, sería mejor que encontraras algún asunto urgente en Londres. En su estado, cualquier indicio de repulsión la destrozaría. Más vale que crea que te has ido por negocios a que piense que no puedes mirarla.

Laurence cerró los puños.

—Eres un insensato si crees eso de mí.

Rhys dio un paso atrás, sorprendido. La señora Wyndham también pareció inquieta.

—No volveré a defenderme de una acusación semejante —añadió Laurence con una emoción contenida—. Si eres mi amigo, lo sabrás sin necesidad de palabras. Escúchame. No es mi opinión lo que temo… es la suya. No quiero que desee huir de sí misma. Y eso es imposible.

—No puede ser tan superficial —replicó Rhys.

—No conozco a la señora —intervino la señora Wyndham—, pero conozco a las mujeres. Todas lamentan perder su aspecto. No porque seamos superficiales, sino porque nos enseñan que nuestro

valor depende de ello. Seguiremos sintiéndonos así hasta que vosotros, caballeros, empecéis a admirar a las mujeres feas, a halagar narices grandes y cabellos lacios con el mismo entusiasmo con que elogiáis un rizo perfecto… hasta que busquéis conocer la mente antes que la apariencia.

—¡Tonterías! —resopló Rhys—. ¿Y cómo conoceremos su mente si no nos acercamos a ellas?

—Exactamente —replicó la mujer—. ¿Y con qué frecuencia invitáis a bailar a un patito feo? ¿O a una mujer mayor? ¿Cuántas veces os sentáis a conversar con ellas para descubrir esa mente tan admirable?

Rhys abrió la boca, pero Laurence lo interrumpió. No había escuchado casi nada.

—Creo —dijo despacio— que será mejor que me quede cerca de ella estos días. Necesita la cama para ella sola, por supuesto. Yo dormiré en el vestidor. Quiero estar allí si ocurre cualquier cosa.



Laurence despertó y permaneció inmóvil unos segundos. La cama del vestidor no era cómoda, pero había dormido en lugares infinitamente peores. La luz del amanecer inundaba la estancia; no había corrido las cortinas la noche anterior porque había pedido a la criada que no entrara a abrirlas. Ahora que por fin había disfrutado de una noche de sueño ininterrumpido, no pensaba renunciar a uno de los grandes placeres de su vida: el sol matutino sobre la piel.

Se estiró despacio, sintiendo el calor de la luz sobre su cuerpo desnudo, y casi ronroneó de satisfacción. Después de tantos años durmiendo hacinado entre marineros, hacerlo así le parecía el mayor de los lujos.

Entrecerró los ojos. Debían de ser alrededor de las seis. Solo se oía el canto de los pájaros. Se levantó, abrió la ventana de par en par y respiró hondo. Otra ventaja de dormir allí: podía gozar de todo el aire fresco que quisiera sin preocuparse de que una corriente perjudicara a Caroline.

Caroline. Tenía que verla. Asegurarse de que lo sucedido la noche anterior no había sido un sueño.

Se pasó la mano por la barbilla. ¿Debería afeitarse primero? ¿Ponerse presentable? No podía esperar. Se lavó el rostro con rapidez, se enjuagó la boca, se cubrió con una bata y se dirigió a la puerta que comunicaba con el dormitorio azul. La abrió con sigilo.

La habitación estaba en penumbra, aunque una de las cortinas había sido apartada para dejar pasar la luz. No distinguía su figura entre las mantas. Avanzó unos pasos.

Y casi tropezó con ella.

Caroline estaba acurrucada en el suelo, frente al tocador, encogida sobre sí misma, la frente apoyada en las rodillas, los brazos rodeando la cabeza. Laurence sintió cómo se le helaba la sangre.

—¿Caroline? —susurró, inclinándose hacia ella—. Caroline.

Ella apartó el rostro.

Laurence le tocó el hombro. Ella se estremeció.

La alzó en brazos sin esfuerzo. Como seguía rígida, hecha un nudo, se sentó en la cama con ella entre los brazos. Solo entonces se obligó a mirarla.

Y el corazón se le contrajo.

Caroline se había quitado el gorro de dormir. En cuanto advirtió hacia dónde se dirigía su mirada, escondió el rostro contra su pecho. Él bajó la vista y contempló el cuero cabelludo completamente expuesto, de un rosa pálido, apenas cubierto por un rebrote oscuro y áspero, tan incipiente como la barba que él no se había afeitado.

Un pinchazo en el pecho lo hizo apartar la mano. Descubrió entonces que ella sujetaba un espejo de mango plateado. Sus dedos estaban tensos, blancos por la presión. Laurence intentó retirarlo con suavidad.

—Por favor, suéltalo —murmuró—. Me estás clavando en el pecho, ¿lo notas?

La frase surtió efecto. Ella aflojó el agarre y él apartó el espejo sobre la colcha.

—Caroline… —la voz se le quebró—. Lo siento tanto. Esto cambiará. Tu cabello volverá a crecer. Tu aspecto regresará. No será así para siempre.

Quiso acariciarla, pero al posar la mano en su espalda sintió cada vértebra bajo la tela del camisón. Se limitó a sostenerla con cuidado. Intentó verle el rostro.

—No es tan importante —añadió—. Es algo temporal. Estabas tan enferma que temimos perderte. Lo único que has perdido es tu aspecto… por ahora.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué más tenía que perder? —exclamó con un hilo de voz roto.

Él buscó palabras. Y no las encontró. Apenas la conocía. ¿Qué más poseía Caroline? ¿Orgullo por su música? ¿Por su bordado? ¿Por su elegancia natural? ¿Por su ingenio social? No lo sabía. No sabía nada.

—Tu vida —respondió al fin, con suavidad—. Podrías haber perdido la vida.

—Ahora no soy nadie —susurró ella—. No soy nada.

—Eres Caroline —replicó él con firmeza—. Caroline, Lady Whitmore. Una mujer inteligente, ingeniosa y con estilo. Tanto, que no me sorprendería que lograras poner de moda la calvicie en

Londres. Espero que todas las damas se afeiten la cabeza en una semana.

Esperaba oír aquella risita inesperada. No ocurrió.

—Aunque, pensándolo bien —añadió deprisa—, cuando volvamos a Londres solo tendrás un peinado más corto para que te lo imiten.

Ella al fin lo miró.

—No es solo mi cabello —dijo—. Mírame, Laurence, si puedes soportarlo.

—Estás pálida —respondió él, examinándola—, pero es normal. Pasará.

—No me entiendes —susurró ella, con una amargura que desgarraba—. Estoy blanca como el vientre de un pez. Si fuera solo eso… Pero mírame bien. Tengo ojeras, los labios grises y agrietados. Mis brazos están llenos de marcas azules y negras. Tengo cicatrices redondas, cortes en las muñecas y moretones en los codos. —La voz se le quebró—. Y tengo el pecho y el vientre cubiertos de esos círculos oscuros.

Él la abrazó con más fuerza para contener los temblores, pero respondió con una ligereza deliberada:

—Querida, escúchate. Te quejas de ser demasiado blanca… y luego de ser azul, negra y roja. Me pareces extraordinariamente colorida.

Ella no sonrió. Solo lo miró con aquellos ojos azules —los únicos que la enfermedad no había logrado marchitar—.

—Mi cuerpo está consumido —susurró.

—Precioso comentario sobre haberte casado conmigo —repuso él con ironía suave.

Ella lo miró sin comprender al principio.

—Veo que también has perdido el sentido del humor —continuó él, con una tristeza serena—. Caroline… te vi. Te veo. Pero

estoy tan agradecido de que sigas aquí, viva, que tu aspecto es lo de menos. Si no crees que recuperarás tu belleza, al menos cree esto: estás viva. Para mí, eso es lo más importante.

—Eso lo dices por culpa —murmuró ella—. O por deber. Porque no hay otra razón para desear que viva, no ahora. ¿Por qué ibas a quererlo? Apenas me conoces.

El golpe fue tan certero que Laurence no pudo responder de inmediato. Ella había puesto voz a lo que él había reconocido —y lamentado— durante días. Pero sabía manejar impactos; había comandado hombres en tempestades reales.

—No me casaría con una mujer necia —respondió al fin, con calma firme—. Eres inteligente. Tienes ingenio, o lo tenías antes de enfermar. Tu mente está bien formada. Eso lo sé.

Alzó la mano para acariciar su cabello y recordó que no podía. En su lugar, le sostuvo los hombros. Ella no reaccionó al principio, pero poco a poco su cuerpo comenzó a relajarse. Apoyó la cabeza en su pecho.

—Me avergüenza que me veas así —susurró.

Laurence decidió fingir que la malinterpretaba.

—No te avergüences. Incluso los mejores marineros pierden la calma cuando creen que el barco se hunde. No importa. Olvidaré que te vi perder la fe en mí, aunque solo fuera un instante.

Hubo un silencio.

Y entonces la oyó: una risita leve, temblorosa, pero real.

Por primera vez en días, Laurence pudo volver a respirar.

Capítulo 8

-Me gustaría sentarme al sol, por favor —pidió Caroline.

Laurence se detuvo en seco. Estaba a punto de dejarla en una silla a la sombra de un viejo tilo, el lugar donde ella se había sentado los últimos días de buen tiempo.

—Rhys me cortaría la cabeza por eso —repuso al fin, mirándola mientras yacía en sus brazos—. No puedes arriesgarte a que te dé el aire, y hoy corre brisa.

—La brisa es cálida —objetó ella—. Me gustaría sentir el sol en la cara.

—Te saldrán pecas —gruñó, porque no podía confesarle lo que en realidad le preocupaba: lo que podría ocurrirle a aquel pobre cuero cabelludo expuesto si se sentaba a pleno sol.

No podía ponerse una peluca. Ninguna de las que vendían en las tiendas de la zona, ni siquiera una de las buenas que habían encontrado en el desván, abandonadas por anteriores ocupantes. Las pelucas solo llevaban un cuarto de siglo fuera de moda; antes de eso, casi todos los que habían pasado por la casa, hombres y mujeres, las usaban. Laurence había registrado los áticos y había bajado cubierto de polvo y con aire triunfante para presentar la colección.

Caroline las había contemplado con horror, escandalizada por los estilos anticuados.

La señora Wyndham, en cambio, se mostró encantada.

—Lo bueno del cabello humano —aseguró— es que basta un buen lavado para que renazca.

—Puedo arreglarlas como usted desee, mi lady —prometió la doncella de Caroline.

Había una selección asombrosa, con colores y texturas tan variados como quienes las habían llevado. Caroline eligió tres cuyo tono coincidía casi a la perfección con el suyo. Cuando su doncella terminó de lavarlas, recortarlas y peinarlas, y le mostró el resultado, los ojos de Caroline se iluminaron: por un instante, la expresión de su rostro delgado recordó a Laurence a la mujer que había sido.

Pero no pudo usarlas. El peso y la presión, incluso de la más ligera, le provocaban dolor. Cuando lo intentó de nuevo unos días después, cuando los dolores de cabeza empezaban a remitir, el cosquilleo del cabello incipiente hacía que llevar una peluca fuera más que una molestia: se convertía en una tortura, un picor insoportable, según ella. Así que decidió usar gorros de encaje mientras esperaba a que el cabello volviera a crecer y fingió que nada le sentaba mejor.

Con aquellos gorros de volantes tenía un aire casi pintoresco; ya no era la deslumbrante lady Caroline, sino algo parecido a una pequeña peregrina hambrienta. A Laurence no le importaba. Se había acostumbrado a aquella desconocida pálida. Lo que le resultaba insoportable era su dolor. Estaba seguro de que nunca se quejaba de lo que realmente le dolía. Protestaba por la dureza de las sillas o por el frío de las habitaciones, pero rara vez por lo importante, y jamás por su aspecto. Ni siquiera había sido necesario ocultar los espejos de la casa: tras aquel primer incidente, Caroline los evitaba por completo.

—¿Pecas? —replicó ahora, irritada—. ¿Y no sería mejor que esta palidez? No pienso quedarme tanto tiempo. —Su voz se suavizó —. Es solo que… tengo tantas ganas de sentir la luz del sol en la piel. Es extraño, ¿verdad? El sol es el peor enemigo de una mujer elegante, pero ahora lo añoro. Supongo que porque ya no soy elegante. ¡Oh, basta de autocompasión! Bájame, antes de que te empiecen a doler los brazos. Y al sol, por favor.

Él estuvo a punto de sonreír ante aquel comentario. Si sus brazos se cansaban, desde luego no era por el peso. La llevaba todos los días porque no soportaba delegar esa tarea en un lacayo. Físicamente, sostener a su frágil esposa era tan fácil como emocionalmente duro. Pesaba tan poco que podría haberla llevado durante horas sin más esfuerzo del que suponía cargar con un pañuelo. Le recordaba a un pequeño mono araña, y la imagen le evocó de inmediato el animal que una antigua amante en España solía llevar al hombro. Cuando alzó por primera vez a Caroline, la semejanza fue tan intensa y desconcertante que no la había olvidado.

Caroline había sido una mujer menuda que se agrandaba por su presencia y su belleza extraordinaria. Ahora era, simplemente, una mujer muy pequeña. El cambio en su cabello era lo de menos. Los huesos se le marcaban bajo la piel; Laurence nunca se había dado cuenta de lo poca cosa que era en realidad. Supuso que había estado demasiado ocupado admirando sus pechos, sus caderas, sus nalgas. Ese recuerdo lo avergonzó.

Ella había dicho que no tenía nada que perder salvo su belleza. Aquellas palabras le habían dolido por ambos. Y, sin embargo, encerraban algo de verdad. Sus rasgos seguían siendo finos, pero la extrema delgadez los dominaba. Su figura había desaparecido. ¿Qué le quedaba?

Durante los primeros días de convalecencia había estado tan agria y malhumorada que él llegó a pensar que también había perdido su carácter. Ahora se recuperaba poco a poco, y con cada día que pasaba se mostraba menos irritable. Tal vez recuperara todo lo que la enfermedad le había arrebatado. Incluso si así fuera, Laurence se preguntaba cuál sería el futuro para ambos. Si recuperaba su aspecto, quizá eso le bastara a ella. ¿Lo sería para él? La enfermedad no solo la había transformado a ella: lo había obligado a replantearse qué significaba realmente el matrimonio.

Mientras la llevaba, buscó en el jardín un lugar que conciliara sus deseos y sus temores: bastante sol para hacerla feliz, suficiente

sombra para apaciguar sus propias inquietudes. En Inglaterra, incluso en verano, el sol era un bien escaso, de modo que los jardines se diseñaban para aprovechar al máximo la luz. Aunque solo se trataba de un lodge de campo, seguía siendo residencia de un caballero, y los prados que lo rodeaban estaban cuidadosamente mantenidos por ovejas o jardineros.

Había un bosquecillo, pero quedaba lejos. Riachuelos y arroyos surcaban los alrededores, y un antiguo propietario, ingenioso, había desviado uno para hacerlo correr cerca de la casa. Construyó un canal de piedra, bordeado de flores, que desembocaba en un estanque ornamental lleno de nenúfares y peces dorados. Pero todo aquello quedaba a pleno sol.

Laurence podía haber ordenado traer una sombrilla para su esposa convaleciente, y lo haría. Por el momento, llegó a un compromiso. Había un banco bajo un enorme olmo; allí la sentó, en una franja de luz moteada, justo al borde del dosel de hojas. Le colocó una manta sobre los hombros y se sentó a su lado, mientras ella cerraba los ojos y alzaba el rostro hacia el cielo.

Cerca del mediodía, todo estaba en calma. Los pájaros habían terminado de saludar la mañana y el único sonido era el murmullo de las hojas sobre sus cabezas. Laurence estiró las piernas y se rindió a aquel silencio.

—Debes de estar aburrido —comentó Caroline de pronto, sin abrir los ojos, como si hablara con el cielo—. Menuda luna de miel: llevar a una inválida de la silla a la cama y de la cama a la silla. Puedes ir a montar a caballo, ya lo sabes. —Hizo una pausa, tragó saliva y añadió con la misma frialdad contenida—. Incluso podrías marcharte un tiempo, si quisieras. Volver a Londres… o a donde sea.

—¿Ah, sí? —replicó él con cautela—. ¿Puedo?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, solo la culpa y el deber te mantienen a mi lado, ¿no?

Ella seguía sin mirarlo. Él, en cambio, no apartaba los ojos de su rostro. Había recuperado algo de color, y no sabía cuánto debía al

sol sobre aquella piel delicada y cuánto a las emociones que Caroline contenía con tanto esfuerzo. No era poca cosa ofrecer a su marido que se marchara en plena luna de miel. Laurence no se hacía ilusiones sobre su relación y sabía que ella podría soportar su ausencia. Pero no tenía familia ni amigas cerca, solo criados. Aquella generosidad lo conmovió y lo desconcertó. Fuera lo que fuera lo que había esperado de ella, no era eso.

—Quedaría muy bien —observó con ligereza— dejar sola a mi esposa durante la luna de miel porque se encuentra indispuesta, ¿no crees? ¿Y cuántos me creerían si alegara algo así?

Caroline pareció relajarse. Eso, al menos, estaba dispuesta a aceptarlo.

—No soy exactamente un animal de ciudad —prosiguió él—. Me encanta este lugar. Puedo montar a caballo, como dices, o salir a caminar. Y disfruto mucho pescando; las truchas de aquí son excepcionales.

Ella abrió por fin los ojos y giró la cabeza hacia él.

—¿Truchas? ¿De verdad? —preguntó, súbitamente interesada —. Pero tú has sido marinero. Pensaba que los marineros solo pescaban ballenas, delfines y cosas enormes.

Laurence rió.

—Ballenas, pocas. Caballas y otros futuros guisos, unos cuantos. No tiene encanto alguno: pescar en el océano es cuestión de mareas, suerte y fuerza bruta. Pero las truchas… Ah, para eso se necesita sigilo, astucia y buena mano. Alguien dispuesto a practicar hasta lograr el lanzamiento perfecto y a escoger el señuelo adecuado. Es mucho trabajo solo para demostrar que uno es más listo que un pez. Pero cuando lo consigues —si lo consigues—, la cena sabe tan bien como la de cualquier banquete. Incluso si se te escapa.

—Sí… —suspiró ella—. Lo sé. Ojalá pudiera acompañarte. Pero apenas puedo caminar, y mucho menos vadear si hace falta. Como

dices, no hacen falta músculos, pero ahora mismo no tengo fuerza ni para sacar un pececillo del agua. —Su ánimo se animó de nuevo—. Cuéntame más, por favor. ¿De qué tamaño son aquí? ¿Cuál es tu lugar favorito para lanzar el anzuelo, un pozo profundo o un tramo de arroyo? ¿Al amanecer o al atardecer? ¿Y usas moscas hechas por ti o compradas?

Él soltó una breve carcajada.

—¿Tú, pescadora? Me sorprendes. Dime, ¿quién diseña tus vestidos de pesca?

—No soy pescadora, soy una dama que pesca con caña, si no te importa —replicó con dignidad—. Y uso ropa de chico… o la usaba. De niña pescaba con mi padre. Íbamos al amanecer y nos quedábamos hasta el atardecer, o hasta que lográramos algo que justificara el esfuerzo. Mandó hacerme unas botas especiales y, cuando vio cómo quedaba mi ropa después de mojarse porque yo me lanzaba tras cada pez, me permitió llevar pantalones.

Laurence no podía imaginarla con pantalones, vadeando en agua helada, lanzando la caña y sacando un pez del anzuelo. Ni antes de la enfermedad, ni ahora.

—Además, se me daba muy bien —añadió Caroline, alzando la barbilla, como si hubiera adivinado sus dudas—. Usaba una mosca azul, mi señuelo favorito. Me costó aprender a lanzar, y estuve a punto de abandonar en esa fase. Un día hice un lanzamiento tan torpe que el anzuelo terminó clavado en mi brazo. Tuvieron que sacarlo con un pequeño corte y me dejó una cicatriz. ¿La ves? —alzó la manga ajustada para mostrársela.

Señaló una fina línea blanca en el antebrazo. Entonces vio su expresión: no solo había lástima, también conmoción y dolor. Comprendió que aquella pequeña marca apenas se distinguía entre los moretones violáceos y amarillentos, las huellas de ventosas y los cortes que cubrían su brazo delgado. Se bajó la manga con rapidez y, alzando la cabeza, añadió con brío:

—Supongo que ahora ya no parece gran cosa, pero entonces pensé que mi madre se enfadaría muchísimo. Mi padre dijo que era una medalla de honor. Bueno, tenía que decir algo para que dejáramos de llorar los dos.

—¿A eso llamas cicatriz? —se apresuró a replicar Laurence, con fingido desdén—. ¿Ves esto? —se tocó la barbilla—. Esto es de un cañón. Me la hice en combate.

—¡Vaya! —exclamó ella, distraída—. ¿Corriste mucho peligro?

—De mí mismo —rió él—. Me hice la herida, literalmente, con un cañón. Algún idiota no lo había asegurado bien y rodó durante un temporal. Intenté hacerme el héroe y amarrarlo yo solo. Estuvo a punto de fijarme a la cubierta para siempre. —Hizo una pausa y añadió con aire travieso—. Si quieres ver una cicatriz de batalla de verdad, hay una en mi pierna y otra en la cadera… pero solo si me lo pides amablemente y cuando nos conozcamos un poco mejor.

Caroline se quedó inmóvil. Él se dio cuenta enseguida de que quizá no había sido el comentario más acertado para hacerle a su propia esposa, una mujer que, en teoría, ya debería conocer cada una de sus cicatrices.

—Bueno —prosiguió con demasiada rapidez—, supongo que aquello puso fin a tus jornadas de pesca.

—Oh, no —negó ella—. Volvimos a salir, aunque los dos fuimos más cuidadosos. Llegué a ser bastante buena, aunque nunca pesqué la gran trucha de la que hablaba mi padre. Me alegro. Estoy casi segura de que la vi una vez, dormida en aguas poco profundas, con el sol brillando sobre sus escamas. Era enorme. Astuta y fuerte, decía él. La llamábamos tío George, y papá insistía en que le diéramos los buenos días antes de empezar a pescar y las buenas noches antes de irnos, aunque no lo viéramos. Afirmaba que, si no lo hacíamos, no volveríamos a pescar nada, porque él era el rey del río.

Sonrió al recordarlo.

—No creo que mi padre quisiera atraparlo jamás. Y, si alguna vez lo intentó, estoy convencida de que lo devolvió al agua. El tío George era el alma del estanque; sin él, aquello solo habría sido… pescar.

—¿Sabes qué? —dijo Laurence de pronto, con una chispa de inspiración—. ¿Te gustaría verme pescar? Dentro de unos días, cuando estés un poco más fuerte y haga algo más de calor, podemos llevarte una silla. Mi lugar favorito está bajo unas ramas que sobresalen; allí siempre corre un aire fresco, incluso en días templados. Es una zona profunda del estanque, junto a unas rocas, justo antes de que el lecho descienda y el agua empiece a correr. No será tan divertido como pescar tú misma, pero estoy seguro de que disfrutarás corrigiendo mi lanzamiento y criticando mis señuelos.

Le sonrió, y vio cómo ella empezaba a devolvérsela, tímidamente.

—¿Sabes? Creo que voy a llevarte ahora mismo para que, al menos, lo veas. Si te apetece.

—Me apetece —respondió ella en voz baja.

—Entonces voy a traerte algo más abrigado —anunció él, poniéndose en pie—. Y, ya que estoy, enviaré a un muchacho al pueblo para ver si conseguimos una silla de ruedas.

La expresión de Caroline se ensombreció.

—No la necesitaremos por mucho tiempo —se apresuró a explicar—. Si fuera realmente necesaria, estoy seguro de que Rhys lo habría dicho. Nos dejó una lista interminable de instrucciones antes de marcharse y no mencionó nada de eso.

Rhys les había advertido que no se dejaran engañar por la aparente mejoría. Aunque ya había superado el mayor peligro, seguiría siendo vulnerable hasta recuperar fuerzas, de modo que debían actuar con prudencia. Aun así, pensó Laurence, un par de distracciones bien escogidas solo podrían favorecer su recuperación.

—Cuanto más lo pienso, más excelente me parece la idea —añadió con buen humor—. Podré llevarte en silla a todas partes. Incluso te conseguiré un bastón con protuberancias. Podrás agitarlo y refunfuñar, y darme un bastonazo cada vez que tome un giro equivocado. Si vas a hacerte la inválida una temporada, al menos hagámoslo con estilo, ¿no?

Ella sonrió. No era aún la sonrisa provocadora de antes, pero iluminó su rostro pálido y cansado.

—Solo tardaré un momento —dijo Laurence.

Alzó el brazo para llamar la atención de un jardinero que trabajaba cerca de la casa. El hombre, anciano, empezó a acercarse despacio.

—No te dejaré sola —la tranquilizó—. Aquí tienes a alguien que te hará compañía mientras no estoy, y que se encargará de cualquier cosa que necesites. Además, puede entretenerte hablándote de nabos y cardos.

—Me encantaría —respondió ella—. Yo también solía cultivar un huerto.

—Me sorprendes —comentó él, inclinándose ligeramente a modo de despedida antes de dirigirse al jardinero.

Y tú me sorprendes a mí, pensó Caroline mientras lo veía alejarse a grandes zancadas.

Qué amable había sido con ella. Cuando despertó de la fiebre y vio su rostro preocupado, sintió una inesperada satisfacción al encontrarlo allí. Cuando se vio en el espejo al día siguiente, creyó que él se sentiría horrorizado, que se quedaría a su lado solo por obligación y que acabaría marchándose. Pero no lo había hecho. Seguía allí, mostrándole paciencia y encanto.

Mientras lo observaba, empezó a apreciarlo con nuevos ojos. Se movía con una gracia natural; el sol arrancaba reflejos de trigo maduro en su cabello castaño. Era, se dio cuenta, un hombre muy atractivo. Le sorprendió no haberlo advertido antes. En Londres no

era más que uno entre tantos caballeros bien vestidos, pero allí, lejos del bullicio, podía verlo tal como era.

Vestía de forma sencilla, pero cuidada. No llevaba ropa gastada y deformada, como algunos terratenientes. Sus botas estaban bien lustradas; el pañuelo al cuello, anudado con desenfado, era blanco y limpio. La chaqueta marrón y los pantalones gris paloma resultaban sobrios, elegantes sin esfuerzo. En Regent's Park habría pasado desapercibido entre tantos dandis de colores estridentes, cuellos imposibles y botas recién bruñidas. Allí, en cambio, aquellos hombres de ciudad habrían parecido ridículos, pensó por primera vez. Y, por primera vez también, se preguntó si no lo parecían siempre.

Qué extraño, pensó al observar su andar. Había supuesto que un antiguo marino se balancearía al caminar, como los viejos lobos de mar del puerto de Londres. Sin embargo, Laurence se movía como un hombre acostumbrado a recorrer largas distancias a pie. La moda masculina no ocultaba nada: los pantalones seguían cada línea de las piernas, hasta el punto de que algunos caballeros rellenaban las pantorrillas. Laurence no lo necesitaba. Difícilmente podía olvidarlo.

Recordaba aquellas piernas musculosas, la espesa mata de vello que las cubría y la sensación, extraña al principio, de ese contacto contra sus propias piernas, y luego entre ellas. Allí, al aire templado, cómoda y cálida, se permitió recordar la noche de bodas sin la ansiedad que la había atenazado entonces. Al evocar ciertas imágenes, volvió a sentirse débil y lánguida, aunque sin rastro de náuseas.

Recordaba también el vello suave que cubría sus extremidades como la pelusa de un melocotón firme. Tenía vello en el pecho; lo había notado. Ahora desearía haberlo visto… y más. Pero casi todo había sucedido bajo las sábanas, y ella estaba demasiado abrumada por la avalancha de sensaciones como para fijarse en los detalles.

Recordaba sus besos y lo ocurrido antes de que la decepción borrara el placer. Recordaba la mirada en sus ojos… y lo que no

había dicho.

—Milady, ¿os encontráis bien? —interrumpió de pronto una voz masculina desconocida—. Perdonad que me atreva, pero os habéis puesto un tanto rara de repente.

—Oh, no, estoy bien —respondió ella, alzando la vista.

El viejo jardinero la miraba con el ceño fruncido.

—Os habéis sonrojado de golpe. ¿Queréis que llame a alguien de la casa para que os lleven a la sombra? ¿O preferís que os ayude yo? Soy más fuerte de lo que parezco, mi lady. Con tanta azada, plantar y arrancar raíces, no queda otra.

—Estoy segura de que sí —repuso ella con rapidez—. Pero el sol no me molesta. Lo estoy disfrutando. Es algo tan poco frecuente estos días. La primavera inglesa es preciosa, pero casi siempre húmeda.

—Ah, tenéis razón, milady —se animó él—. No recuerdo una racha tan buena de días… Bueno, miento. La primavera del siete fue parecida. ¿Recordáis que los narcisos brotaron en enero y luego se helaron cuando volvió el frío?

Siguió hablando de primaveras antiguas. Era un hombre muy mayor, de modo que recordaba muchas.

Caroline dejó que su mente divagara, siguiendo el hilo de algo dulcemente perturbador. ¿Qué era lo que la había dejado tan absorta un momento antes? Ah, sí: recordaba cuando había hecho el amor con Laurence… o, más bien, cuando él había hecho el amor con ella, porque ella no había hecho nada salvo permitir y sentir. Y había habido tanto que sentir. Y tanto que escuchar. Nunca olvidaría el suspiro profundo de satisfacción que brotó de él al estrecharla contra su cuerpo cálido. Pero, mientras la tomaba, no había dicho nada.

Se quedó muy quieta. Escuchaba solo a medias al jardinero, que ahora describía con minucioso detalle una tormenta de granizo del tres. Caroline, en cambio, pensaba en el silencio de Laurence.

¿Qué podría haber dicho, después de todo? Nunca «te amo». Esa era una ficción que ninguno de los dos pretendía sostener. Ni «cómo te deseo», ni «cuánto placer me das», porque suponía que ese tipo de palabras un hombre las reservaba para su amante. Una risa agria le subió a la garganta.

¿Qué habría sido si él la hubiera amado? ¿Y si ella lo hubiera amado a él? ¿Tendría alguna vez ocasión de saberlo, o la rechazaría en el futuro salvo cuando necesitara un heredero? Y si él solo la buscaba por obligación, ¿debería ella buscar un amante? Si había sido tan difícil elegir marido, ¿cuánto más lo sería encontrar a alguien guapo, amable, generoso y discreto, alguien que la atrajera, alguien como… Laurence?

Caroline abrió mucho los ojos.

¿Podía una mujer encontrar placer sin amor? Un hombre, sin duda, sí. Y, aun así, cuando llegara el día inevitable, ¿sentiría solo alivio cuando él se marchara con otra, como aseguraba su madre?

—Bueno, ahí viene Su Señoría —anunció el jardinero, sacándola de sus pensamientos—. Ha sido un placer charlar con vos, milady. Espero que os recuperéis pronto.

—Gracias —respondió ella distraída, mirando a Laurence.

Él traía un pesado chal de tartán.

—Gracias por cuidar tan bien de mi esposa —dijo al jardinero —. Ahora, así es como lo haremos. Coloco este chal sobre mis brazos, te levanto, te envuelvo como si fueras una salchicha escocesa y te llevo conmigo. Luego extendemos este objeto tan valioso en el suelo y, ¡voilà!, se convierte en una manta para que te sientes mientras admiras mi selección de lugares de pesca. Veremos si encontramos una trucha tan grande como tu tío George. ¿Vamos?

Caroline no respondió de inmediato. Se había sentido halagada, pero de pronto advirtió que él le hablaba como a una niña. ¿Era así como se trataba a los enfermos? ¿O la enfermedad había cambiado la manera en que él la veía?

Ella no podía soportar mirarse, pero no hacía falta; él la veía todos los días. Ahora que la había visto rota y débil, existía la posibilidad de que nunca volviera a hablarle como un hombre habla a una mujer deseable; de que jamás volviera a encontrarla deseable. Cuando recuperara las fuerzas y el aspecto, pensó, quizá todo regresaría a lo de antes…

¿A lo de antes? Antes solo habían sido dos desconocidos casados, conversando para llenar el tiempo. Se entregaban sin amor. Entonces le había bastado. Pero ahora, enfrentarse a la perspectiva de una vida entera así le resultaba insoportable. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque el sol seguía brillando en un cielo despejado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Laurence—. ¿Quieres volver dentro?

—¡No! ¡Nunca! —exclamó ella.

Él la miró, intrigado.

Ella comprendió enseguida cómo había sonado.

—No, por favor —se apresuró a aclarar—. No quiero volver a la casa todavía. Estoy bien, de verdad. Me sentiré mejor después de conocer a tu abuelo Trucha.

—Tus deseos son órdenes.

Extendió el chal sobre sus brazos, la alzó, la envolvió con cuidado y le dedicó una sonrisa.

—¿Lista?

—Guíame —respondió Caroline—. No tengo más remedio que seguirte.

Capítulo 9

Los sirvientes del lodge se quedaron observando el elegante carruaje de cuatro caballos que avanzaba traqueteando por el camino de entrada. En cuanto se detuvo y se abrió la portezuela, un caballero de gesto airado saltó al suelo y se dirigió hacia la casa sin siquiera esperar a que la dama que viajaba con él descendiera.

Se apresuraron a avisar a su amo, pero Laurence ya bajaba las escaleras. El ruido del carruaje se había oído desde el piso superior, en el dormitorio, donde había pasado la mañana haciendo compañía a su esposa.

Un lacayo abrió la puerta principal. El conde de Haverton se encontraba en el escalón, golpeando los guantes contra la palma de la mano. Era el único gesto que delataba su agitación; su expresión permanecía rígida, fría.

—En vuestra nota decíais que mi hija estaba enferma —dijo en cuanto vio a Laurence—. No me habríais escrito de no ser grave. Naturalmente, vine de inmediato. Recién casados o no, es algo que no podía ignorar.

—Y no debíais —respondió Laurence—. Me alegra poder deciros que se está recuperando. Pero ha estado muy enferma durante un tiempo.

—¿Durante cuánto? —preguntó el conde.

—Diez días y diez noches muy malos. Fue la gripe, que a algunas personas les ataca con especial dureza. Ahora ya está fuera de peligro.

—¡Qué alivio! —exclamó la madre de Caroline desde detrás de su marido—. ¡Gracias a Dios! ¡Y qué sobresalto! Metimos lo

imprescindible en unas maletas en cuanto recibimos su mensaje y salimos sin demora. Mi marido ni siquiera quiso detenerse por el camino para refrescarse…

—Diez días —repitió el conde con frialdad, interrumpiéndola—. Entonces, ¿por qué no nos avisasteis antes?

—Tenéis razón, debí hacerlo —admitió Laurence—. No quise enviar noticias hasta que hubiera perdido la esperanza… y me negué a perderla. Os escribí en cuanto ella empezó a mejorar.

—Un sentimiento loable —masculló el conde—, pero mi hija ha estado aquí, en medio de la nada. Yo podría haber traído a los mejores médicos de Londres.

—Ya había uno aquí —replicó Laurence—. El doctor Godwin, de Londres, consultor del propio príncipe. Se marchó ayer. Además, Caroline ha sido atendida por una excelente herbolaria local en la que él confía plenamente. La señora Wyndham está con ella ahora mismo. Están leyendo juntas, ya que los ojos de Caroline se cansan enseguida, así que solemos leer en voz alta.

—¿Podemos verla? —preguntó el conde, con voz tensa.

—Por supuesto. Ahora mismo, si lo deseáis —Laurence señaló la escalera—. A menos que prefiráis tomar algo antes.

—Gracias, pero no podré probar bocado hasta verla —declaró la condesa, adelantándose ya hacia los peldaños.

Sin embargo, fue Laurence quien entró primero en el dormitorio. Se deslizó por la puerta y la cerró tras de sí, dejando a los condes en el pasillo.

—No creo que sea amable sorprenderla —explicó—. Permitidme prepararla antes.

El conde asintió de mala gana.

Laurence se volvió hacia la cama.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció a Caroline—. Ese ruido era el carruaje de tus padres. Están aquí, deseando verte. Y, me

temo, algo molestos conmigo por no haberles contado antes lo de tu enfermedad.

—¿Por qué tenías que decírselo? —preguntó ella.

—Porque tardarás un tiempo en recuperarte por completo… y porque son tus padres.

Caroline se humedeció los labios y llevó la mano a la cofia.

—¿Tengo buen aspecto? —preguntó, nerviosa.

—A mí me lo parece —respondió él. Dudó un instante y añadió, esforzándose en ser honesto—. Mucho mejor que hace una semana, ¿no os parece, señora Wyndham?

—Muchísimo —asintió la herbolaria—. Has recuperado algo de color, comes un poco más cada día y ya no estás tan demacrada. Sin duda, has mejorado mucho.

Era cierto, pensó Laurence. Pero tanto él como la señora Wyndham habían elegido ver solo lo mejor. Por primera vez se permitió contemplar a Caroline como lo harían sus padres: dolorosamente delgada, con las mejillas hundidas, pálida como leche cuajada, la enorme cofia de encaje blanco ocultando la cabeza rapada. Ellos esperaban encontrar a la deslumbrante novia que habían dejado en Londres. Contuvo una mueca. Aun así, no había mentido: estaba infinitamente mejor que una semana atrás.

—¿Los dejo entrar? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió ella, enderezándose en la cama. Se volvió hacia la puerta y sonrió.

La sonrisa se borró de golpe. Empalideció aún más y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. No por la alegría de ver a sus padres, sino por lo que leyó en sus rostros al verla.



Pasó un día entero antes de que la casa recuperara algo de calma. Aun así, cuando por fin lograron que la madre de Caroline dejara de retorcerse las manos, salió de la habitación llorando desconsoladamente.

—¡No sé qué hacer! —exclamó, casi sollozando, ante su nuevo yerno—. Si le digo que está mejor y le prometo que recuperará su belleza, me acusa de que solo me importa su aspecto. Si no lo menciono, me pregunta por qué no digo nada. No puedo complacerla, ¿qué debo hacer?

—Esperar —respondió Laurence—. Es natural que esté disgustada por su estado. Eso la vuelve irritable contigo y consigo misma. Dale tiempo. Se repondrá, en todos los sentidos, cuando le llegue el momento.

—Tiene razón —dijo el conde.

Laurence advirtió que era la primera vez que el conde se dirigía directamente a su esposa desde su llegada. No percibía hostilidad entre ellos, solo la distancia de dos vidas paralelas. La enfermedad de su hija los había unido en una preocupación común, pero poco más.

—Ahora solo conseguimos alterarla —prosiguió el conde—. Se está recuperando, y eso basta por ahora. Está en buenas manos y nosotros no podemos ayudar más, de modo que lo sensato es volver a Londres. Me gustaría visitarla de nuevo cuando estéis instalados en Hollyfields. Dijo que no viajarían hasta que estuviera en condiciones. Supongo que para entonces estará más restablecida.

—Nos gustaría mucho recibiros allí —aseguró Laurence—. Esto es solo una reacción momentánea; la enfermedad la ha dejado irritable, y ¿quién podría culparla? Para cuando lleguemos a Hollyfields, apuesto a que estará más animada.

—Aun así, quiero hablar con ella antes de marcharme —dijo el conde.

—Hazlo —murmuró la condesa entre sollozos, secándose los ojos—. No se enfadará contigo. Dile que la quiero… a pesar de lo ingrata que es conmigo.

El conde dejó escapar un suspiro, intercambió una sonrisa cansada con Laurence, asintió y fue a despedirse de su hija.

Caroline estaba sentada junto a la ventana, envuelta en una manta, con un chal sobre los hombros.

—Bueno —dijo su padre cuando ella no se volvió hacia él.

Se balanceó sobre los talones mientras la observaba.

—Nos vamos. Es lo mejor por ahora. Te recuperarás, quizá más rápido sin que te estemos rondando. Estás en buenas manos; eso era lo único que me preocupaba. No he cambiado de opinión —añadió al no obtener respuesta—. Laurence me sigue pareciendo un buen hombre. Te cuida. Es lo que puedo ver desde aquí. Dime, ¿estás de acuerdo?

—No tengo ninguna queja sobre él —murmuró ella, sin mirarlo.

Él asintió despacio.

—No he cambiado de opinión sobre él, como te he dicho. ¿Has cambiado tú la tuya?

Caroline alzó la vista y lo miró directamente.

—Seré sincero contigo, como siempre lo he sido —continuó él —. Lo elegiste porque no encontraste a nadie mejor. Yo también creía que él no te importaba demasiado, en ningún sentido. Me gustaría saber si al menos eso ha cambiado.

Ella se encogió de hombros. Estaba tan apagada que resultaba difícil leer algo en su expresión, pero cuando sus ojos azules se encontraron con los de su padre, él vislumbró un destello de la mujer que conocía.

—Ha sido mejor de lo que esperaba —musitó—. Mejor de lo que me merecía, creo. Fue una locura casarme con un desconocido.

Ahora lo sé… demasiado tarde, por supuesto. Pero sí, es un buen hombre. Tenías razón. ¿Eso te hace feliz?

—Solo si te hace feliz a ti —respondió él, frunciendo el ceño—. Ojalá fuera así. Deseo muchas cosas… —suspiró—. Él dice que debes darte tiempo para recuperarte. Creo que tú también necesitas tiempo para ver si otras cosas se acomodan.

Dudó un instante y añadió:

—Y debo darte tiempo para que comprendas que siempre he querido tu felicidad, y solo eso. Ojalá algún día lo veas así.

Se inclinó y le besó la frente.

—Tu madre te manda recuerdos —añadió—. Y dice que no la entiendes.

Se intercambiaron una breve mirada cómplice.

Su voz se suavizó.

—Ella también te quiere, lo sabes.

—Lo sé.

Caroline suspiró.

—Se lo diré de tu parte. Ahora puedes irte.

—Cuídate, *my Belle* —dijo él.

Vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Solías decir eso cuando era niña.

—Sigues siendo mi niña —repuso, apoyando una mano sobre la de ella—. Recuérdalo. Y recuerda también que la naturaleza solo hace una parte del trabajo. El resto depende de ti. Debes luchar, negarte a rendirte, incluso frente a tus propias dudas.

Ella se mordió el labio para no derrumbarse.

—¿Por qué no pudiste ser así antes, padre? —preguntó, alzando la barbilla—. Así de preocupado, así de cariñoso, así de… cálido. Lo eras cuando yo era niña. No lo has sido desde entonces.

Él apartó la mirada y se estudió las manos.

—Antes no me necesitabas… —respondió al fin—. O eso creía.

Se enderezó y caminó hacia la puerta.

—Perdóname por eso —dijo, sin volverse—. Y recuerda: si alguna vez me necesitas de nuevo, para lo que sea, solo tienes que decírmelo. No cometo el mismo error dos veces, ya lo sabes. Cometo otros nuevos —añadió, intentando hacerla sonreír.

Pero Caroline no rió. Solo lo siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró tras él.



Caroline se sentía tan alegre como mareada cuando bajó las escaleras por primera vez. Iba sola. La señora Wyndham la seguía de cerca, orgullosa como una gallina con su polluelo. Caroline rechazó toda ayuda, se aferró a la barandilla con uñas y dientes y descendió despacio. Los sirvientes, ocultos en los nichos del pasillo, contenían la respiración. La señora Wyndham no se separaba de ella y, aunque Caroline avanzaba con lentitud, se sentía eufórica.

Había llegado al vestíbulo por su propio pie. Lo había logrado.

Recordaba perfectamente lo que la herbolaria le había repetido una y otra vez: primero debía sanar el cuerpo; el aspecto vendría después. Aire fresco cuando el tiempo lo permitiera, ejercicio en cuanto pudiera, y sus remedios a base de hierbas, que tomaría junto con las medicinas que el doctor Godwin había dejado.

Laurence se había mostrado receloso al principio.

La señora Wyndham le explicó que algunas de sus preparaciones eran equivalentes a las del médico, pero con la ventaja de nutrir el cuerpo al mismo tiempo que lo curaban. Habló de aceite de hígado de bacalao para fortalecer los huesos y devolver

el brillo a un cabello que aún no había crecido, de culantrillo dorado para cuando apareciera, de tomillo silvestre para el dolor de cabeza y el apetito, de ruda, de cataplasmas de sello de Salomón para las marcas de ventosas y sangrías, y de caléndula, costmary y manzanilla para suavizar y aclarar la piel. Añadió que una dieta rica en huevos, leche y bayas haría el resto.

Él bromeó con calderos y brujas. Ella replicó con picardía que la belleza también podía ser obra de un buen brebaje y le pidió que no se lo contara a su marido. Laurence terminó por reír y, al final, prometió que no se preocuparía.

Caroline, en cambio, sí se preocupaba.

Y, aun así, diez días después, estaba de pie en el vestíbulo, decidida a llegar hasta el salón caminando por sí misma para que, cuando Laurence saliera de la biblioteca, la encontrara allí.

Él la vio antes de lo previsto. Acababa de salir de la biblioteca y se detuvo al verla plantada en medio del vestíbulo. Tenía el rostro pálido y una expresión un poco vacilante. Llevaba uno de aquellos enormes gorros de encaje que hacían que su cabeza pareciera desproporcionada respecto al cuerpo, y el cuerpo, envuelto en un vestido azul de mangas largas y cuello alto, flotaba alrededor de ella en pliegues sueltos. Estaba tan menuda, tan delgada, tan frágil, que su primer impulso fue correr a tomarla en brazos antes de que se desplomara. Dio un paso hacia ella… y entonces vio a la señora Wyndham detrás, frunciendo el ceño y haciéndole una seña muy clara con la mano.

Déjela.

Laurence volvió a mirar a Caroline y reparó en sus ojos: brillantes, vivos, llenos de expectación jubilosa.

—Milady —dijo al fin, comprendiendo—. ¿Has pedido ayuda a algún lacayo? Deberías haberme llamado.

—He bajado sola —respondió ella.

En cuanto lo dijo, alzó la cabeza con brusquedad. De pronto, aquellas palabras le sonaron infantiles incluso a ella misma. ¿Qué clase de criatura patética se enorgullecía de algo así? Ella era Lady Caroline Haverton-Whitmore, la gran belleza de la sociedad londinense, y estaba comportándose como una inválida que esperaba aplausos por bajar unas escaleras.

—¿De veras? —preguntó él, sincero, con una sorpresa y una alegría que no intentó ocultar—. Es magnífico. ¿Por ti misma? Pronto estaremos corriendo carreras. Será mejor que empiece a entrenar. Venir, siéntate y cuéntame cómo ha ido. ¿O prefieres que vayamos directamente a bailar?

—Iba al salón —murmuró ella.

—Qué coincidencia. Yo también.

Le ofreció el brazo. Caroline se aferró, al principio procurando no apoyarse demasiado, pero aquel brazo le resultó tan firme como una roca y terminó por ceder. Se dejó sostener mientras él la conducía hasta el salón, uno de sus refugios favoritos desde que le habían permitido abandonar el dormitorio.

La estancia era sencilla pero acogedora, rústica y elegante a la vez, con alfombras mullidas y sillones cómodos. Los tonos cálidos —marrones, rojos, dorados— la hacían parecer luminosa pese al frío que se empeñaba en alargar la primavera un día más. La luz se filtraba a través de los cristales antiguos de las altas ventanas y el fuego chisporroteaba en la gran chimenea de piedra.

Laurence la acomodó en una butaca y sonrió.

—Esto está muy bien —comentó—. No bromeaba cuando dije que pronto volverías a estar fuerte. No tardaremos en tenerte correteando por ahí. ¿No lo cree, señora Wyndham?

Al alzar la vista, la herbolaria ya se había escabullido.

—Supongo que ha querido dejarnos solos —dijo Laurence—. Esa mujer es la discreción hecha persona, además de un auténtico ángel de la guarda. No sé cómo podremos compensarla. No acepta

dinero. Rhys asegura que su marido es generoso y que no lo necesita. Donar a su obra benéfica favorita, como pide, casi me parece poco. Ha sido nuestra salvación, pero dice que cura por sentido del deber… y por amor a la aventura.

—Afirma que es una tradición de familia —añadió Caroline—. Que, si el mundo fuera distinto, se habría hecho médico.

—Así que tenemos una intelectual entre nosotros —ironizó él.

—No lo creo —respondió ella, pensativa—. No vive con la nariz metida en los libros. Pero es tan culta como cualquier hombre, y más que la mayoría. No detesta a los hombres; adora a su marido y a sus hijos. Solo que, según ella, los hombres tratan a las mujeres como niñas… hasta que enferman. Entonces son ellos los que se vuelven niños. Nunca he conocido a nadie como ella —admitió—. Claro que nunca he pasado mucho tiempo con mujeres.

—¿Por qué? —preguntó Laurence, inclinándose hacia delante.

Caroline dudó. Aquel punto le resultaba incómodo, incluso vergonzoso, aunque su madre insistiera siempre en que no tenía motivo para sentirse así. Pero él lo había preguntado.

—Tuve amigas cuando era niña, por supuesto —empezó—. Pero se fueron alejando a medida que crecí.

Bajó la vista, la fijó un instante en sus manos y luego la alzó de nuevo con una mezcla de desafío y súplica.

—Las muchachas, las mujeres… comienzan a competir en lugar de cooperar en cuanto llega la edad de buscar marido. Esa edad llega muy pronto. Fui a mi primer baile en el campo con dieciséis años. Y las otras chicas empezaron a comportarse de otra manera conmigo.

—Porque los hombres se arremolinaban a tú alrededor —supuso él con suavidad.

Ella asintió, sin mirarlo.

—Mi madre decía que no debía tomármelo como algo personal —recordó—, pero lo hice. Me dolió. Y supongo que intenté vengarme atrayendo aún más a los hombres y a los muchachos. Lo conseguí. Recibí ofertas como flores en primavera, sobre todo de los caballeros que sabía que las otras estaban considerando.

Sonrió con amargura.

—¿Por qué sigo hablando así? —se corrigió con ligereza forzada —. Qué tonta debo de parecer, qué patética… cuando ahora solo atraigo médicos.

Se inclinó para ocultar el rostro y buscó a tientas el pañuelo.

—Maldición —dijo, ahogada en un sollozo—. Odio esto. Pero las lágrimas fáciles son parte de la recuperación, o eso dice la señora Wyndham.

Laurence esperó. Ella necesitaba tiempo para recomponerse; él también.

Aquello añadía otra pieza incómoda al rompecabezas: no las lágrimas, que comprendía, sino la ausencia de amigas. La mayoría de las mujeres, incluso las grandes bellezas, contaban con algún círculo femenino. Ella no.

Otro golpe a sus planes, otra prueba de la insensatez que había sido casarse tan deprisa. Se había casado para ayudar a su madre y a su hermana y había elegido, precisamente, a una mujer que no se llevaba bien con otras mujeres. Bien hecho, se dijo con amargura. Su hermosa esposa había perdido la belleza y, a primera vista, parecía no tener nada más que ofrecer.

Pero sabía que aquello no era del todo cierto.

Caroline poseía un orgullo feroz, determinación, y coraje. No se había quejado ni siquiera durante lo peor de la enfermedad, sino que en los momentos más graves, lo único que hacía era culparse a sí misma. Era inteligente, aguda, con un sentido del humor vivo y persistente. Le gustaba pescar. ¿Qué más habría bajo aquella superficie dañada?

Más le valía descubrirlo. Por ella y por él.

Tal vez ambos hubieran cometido un error irreparable, pero eso no significaba que no pudieran encontrar algo valioso dentro de aquel matrimonio.

Él no la conocía mejor de lo que ella lo conocía a él. Al menos podía intentar cambiarlo. Y la mejor manera, pensó, sería empezar por hablarle de sí mismo y esperar a que aquello despertara recuerdos, respuestas, confidencias. Luego le tocaría escuchar con atención… y confiar en que, cuando ella empezara a hablar de sí misma, encontraran algo firme sobre lo que construir.

Capítulo 10

Laurence se sentó y escuchó el crepitar del fuego en la chimenea hasta que Caroline se calmó. Cuando ella guardó el pañuelo en la manga, él se recostó en la silla, entrelazó las manos y dijo:

—¿Dices que no tenías muchos amigos cuando eras más joven? En cuanto a mí, tenía demasiados.

—¿De verdad? —preguntó ella, aún distraída.

—Sí, demasiados amigos, o eso decía mi madre. Me crié en el campo. No en Hollyfields, que es la mansión de mi difunto tío y mucho más grandiosa que donde yo crecí. No; fue en una finca más pequeña, en el suroeste del país. Algún día te llevaré allí. Me encanta ese lugar, pero sé que vivir en Hollyfields dará a mi familia más prestigio e influencia, y eso es lo que ahora necesitan. La nuestra era una finca muy cuidada, una casa apartada de un caballero agricultor.

Hizo una pausa, evocando el recuerdo.

—Mi padre me dejaba hacer lo que quisiera. «Lo que quieras, con una supervisión juiciosa», como decía él. Pensaba que, si iba a convertirme en un hombre capaz de enfrentarse a un mundo cambiante, debía conocer algo más que la finca y el colegio. Así que me permitía jugar con todos los niños del lugar: hijos de herreros, de granjeros, de quien se me antojara. Me encantaba. Pasaba los veranos y las vacaciones jugando con los chicos de la finca y del pueblo, aprendiendo de ellos. Aprendí más de lo que mi padre creía, aunque sospecho que lo sabía y que, en realidad, era justo lo que pretendía.

Esbozó una sonrisa nostálgica.

—También me llevaba a pescar, pero fueron el guardabosques y su hijo quienes de verdad me enseñaron a hacerlo bien. Del mismo modo, fue el hijo de un granjero quien me contó por primera vez la verdad sobre hombres y mujeres y las cosas misteriosas que podían hacer juntos, y los dos hijos del herrero quienes me mostraron dónde ver a los contrabandistas locales descargar vino del distrito. Ellos y los demás chicos eran mis compañeros más cercanos, mis mejores amigos, y me enseñaron cómo funcionaba el mundo, con lo bueno y lo malo. Como era de esperar, fue el hijo de un vicario quien se convirtió en mi amigo más sincero cuando…

Su expresión cambió. Se aclaró la garganta y prosiguió:

—En tiempos difíciles.

Ella había olvidado sus lágrimas. Lo escuchaba ahora con atención absoluta.

—¿Qué tiempos difíciles?

Respiró hondo y bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Muchos. Cuando murió mi padre y, después, mi madre volvió a casarse. Se unió a un canalla, debes saberlo. Tan precipitadamente como la madre de Hamlet, aunque, gracias a Dios, Peter Proctor no era pariente nuestro. Tampoco mató a mi padre, aunque no dudo de que lo habría hecho si lo hubiera conocido y hubiera visto qué podía ganar casándose con su viuda.

Alzó la vista, con una sonrisa forzada.

—Y, como aquel desafortunado príncipe danés, regresé del colegio con la intención de consolar a mi madre y descubrí que ya se había casado. Me quedé horrorizado. Aun así, quise tener esperanzas. Al principio, Proctor parecía un buen tipo.

Se levantó y se acercó a la ventana.

—Era un hombre atractivo, si te gustan los tipos grandes, afables y rubicundos. Seguro de sí mismo, cordial… supongo que parecía alguien en quien ella podía apoyarse. A mi madre no se le daba bien estar sola —añadió, mirándola—. Había sido muy hermosa

y estaba acostumbrada a que los hombres se ocuparan de todo. Mi padre lo hacía. Solo le pedía que fuera una flor preciosa en un jarrón, que adornara su vida y fuera feliz con él. Al fin y al cabo, su propio padre la había educado para no ser otra cosa.

Hizo una mueca que era casi una sonrisa.

—¿Cuántos hombres de nuestra clase piden algo más a sus hijas o a sus esposas? Mi madre pensó que Proctor sería igual que su padre… y que el mío. Se equivocó de forma terrible.

Caroline se incorporó un poco, inquieta. La descripción le resultaba incómodamente cercana, pero él seguía absorto en su relato.

—Proctor también quiso que mi madre fuera eso para él —continuó—, y quiso además el dinero de mi padre. Cuando lo dilapidó en un tiempo sorprendentemente breve, encontró otro uso para ella; o, mejor dicho, para su nombre y su posición. La utilizó como pasaporte a las mejores casas, porque, aunque tenía conexiones, no poseía un rango propio. Necesitaba moverse en sociedad para estafar a más gente y quedarse con su dinero.

—Supongo que podríamos haber soportado la ruina —añadió—. Pero la vergüenza fue insoportable, al menos para mí.

Se detuvo.

—Una palabra adecuada sería «insostenible». Me marché del país porque él ya no podía ni quería mantenerme, y empezaba a resultar evidente que tampoco podría sostener a la familia. Sus inversiones fraudulentas salían a la luz; se rumoreaba que la cuadra de caballos de pura sangre que vendía a precios exorbitantes pertenecía en realidad a otro; se hablaba en voz baja de sus trampas en el juego. Cada vez le costaba más mantener el estilo de vida al que se había acostumbrado con nuestro dinero. Y ese dinero se agotaba tan deprisa como su suerte en las mesas.

—Los padres de mi madre habían muerto hacía tiempo y su padre dejó la herencia a su hijo, como dicta la costumbre. Mi tío

estaba arruinado. Así que me alisté en la marina. No tenía dinero para comprar un puesto en el ejército, y me dijeron que en la marina un hombre podía ascender por mérito. Y así fue. Trabajé muy duro.

Abrió las manos y observó las palmas.

—Los callos desaparecieron, pero tuve los míos. Valió la pena. Trabajar así me convirtió en un hombre… y en uno rico. Los años lejos de casa fueron un precio pequeño —dijo en voz baja—. Me gusta navegar y el cielo abierto sobre mí, así que el servicio me sentaba bien.

Sonrió, algo más sincero.

—Pero habría vivido feliz sin tantos años lejos de Inglaterra, siguiendo el viento, lejos de mi hogar y de mi familia.

Se detuvo al ver la expresión de Caroline.

—No llores por mí. Sobreviví y saqué provecho: mental, físico y económico. De hecho, mi mayor problema con el servicio de Su Majestad era la impaciencia por volver y demostrarle a Proctor lo bien que me había ido… y lo poco que haría por él. Pero cuando dejé el puente de mando, me destinaron a otro asunto y pasé un tiempo sin noticias de casa. Cuando regresé, descubrí que me habían arrebatado el premio. Proctor había muerto y desaparecido. Todo lo que me quedaba era mi fortuna… y mi familia.

Su sonrisa se volvió sarcástica.

—Pobre de mí, ¿verdad? Tengo más que la mayoría y ningún derecho a quejarme.

De pronto rió.

—Mira lo que he hecho. Te pregunto por ti y me paso el tiempo hablando de mí mismo. Eso no está bien, pero al menos te he mostrado el camino. Ahora —dijo, sentándose frente a ella y mirándola con expectación—, cuéntame más de ti. ¿Qué te gusta hacer? ¿Qué detestas? Puede que nuestra luna de miel no sea convencional, pero podemos aprovecharla para conocernos mejor.

Ella se relajó. Aquello sí era una conversación. De esas que sabía sostener incluso en su lecho de muerte.

Empezó a hablar… y se detuvo. La idea le cortó el aliento hasta que vio la expresión de Laurence y cómo se incorporaba.

—No te preocupes, no me está dando ningún ataque —se apresuró a decir, indicándole que se sentara—. Es solo que tengo tantas cosas que decir que no sabía por dónde empezar. Estaba a punto de desplegar una conversación encantadora y trivial, de las que dominaba a la perfección. Es necesario saber hacerlo para triunfar en sociedad. Pero nada de eso te diría quién soy, salvo que sé hacerlo. Creo que la mejor manera de conocerme es pasar tiempo conmigo. El tiempo, creo, te dirá lo que quieres saber.

Lo observó con curiosidad.

—Excelente respuesta —dijo él—. La mejor evasiva que he oído jamás. No me extraña que seas tan admirada. Entonces —añadió entre risas—, ¿quieres que viva contigo? De acuerdo. Creo que puedo hacerlo.

Ella le lanzó una mirada burlona que en otro tiempo habría devastado a una sala llena de hombres.

—¿Crees que puedes vivir conmigo? Eso es algo que aún no puedes saber, ¿no?

—Entonces estoy deseando descubrirlo.

Ella sonrió, pero el ánimo se le apagó de pronto. Por muy ingenioso que fuera aquel intercambio, resultaba una conversación extraña para una pareja en su luna de miel. Aquello deberían haberlo hablado durante el noviazgo. La luna de miel debía ser el tiempo de la cercanía, del anhelo cumplido, del encuentro de los cuerpos.

Eso le recordó que había algo más que debía decir, algo difícil. Ella siempre pagaba sus deudas, y ahora no podía hacerlo. Bajó la mirada y habló con esfuerzo:

—Lamento que nuestra luna de miel haya acabado así. Pronto podré volver a ser tu esposa, en todos los sentidos.

Alzó los ojos y vio cómo él retrocedía un instante antes de dominarse.

—¿Te estás disculpando? —preguntó con una expresión ahora distante—. No hay nada por lo que disculparse. Yo podría haber enfermado. Y, en cuanto a tus deberes como esposa, estoy dispuesto a esperar hasta que estés bien.

Aquella fugaz reacción le había dicho más que sus palabras. Se había horrorizado ante la idea de acostarse con ella.

—Ah… no pretendía entristecerte de nuevo.

Le tomó la mano.

—Dime, ¿estás cansada? No me sorprendería. Has hecho demasiado. ¿Te llevo arriba?

Ella asintió.

Él la alzó en brazos y se dirigió a la escalera. Caroline se aferró a su cuello con fuerza. No porque temiera caer, sino porque no quería ser una carga… y porque, lo comprendió entonces, le gustaba abrazarlo.

Él la trataba con tanto cuidado que las lágrimas volvieron a brotar. Escondió el rostro contra su pecho. Sintió el cabello de su nuca bajo los dedos, suave y limpio, y aspiró su aroma: jabón de limón y algo más, indefinible y fascinante.

Laurence estaba tan concentrado en cada peldaño que ella pudo mirarlo sin que lo advirtiera. Sus pestañas eran oscuras y cortas, muy densas. Nunca se había fijado en ello. Tampoco lo había observado tan de cerca; tal vez porque había atravesado el compromiso aturdida, esperando que todo terminara sin permitirse imaginar que de verdad se casaría con él. Tal vez también, admitió ahora, porque la inquietaba su mirada azul grisácea, brillante y perspicaz.

Era un hombre muy atractivo, pensó de nuevo, sorprendida por su propia audacia. Por supuesto que lo encontraba atractivo. No había otros hombres cerca. Pero lo era, y además era un buen hombre, y nunca lo había visto con claridad. Qué afortunada era… ¿o no?

—¿Otra vez llorando? —preguntó él con voz ronca—. Tranquila. La señora Wyndham te preparará uno de sus elixires y pronto te sentirás mejor. Has avanzado mucho; esto es solo un pequeño tropiezo. Calla —susurró—, o nos caeremos los dos.

Ella le regaló una risita, aunque era falsa. Él le hablaba como a una niña. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a verla como a una mujer? ¿O acaso nunca lo haría?

—Me gusta bailar tanto como pescar —dijo ella.

Laurence se detuvo a mitad de un peldaño y alzó una ceja.

—Y el teatro, como sabes, y leer novelas de Minerva Press, como no sabes. Y me encantan los cerdos de mazapán y, hablando de cerdos, me vuelven loca los pasteles de Banbury, o cualquier pastel con pasas. Pregúntame lo que quieras, Lau…

Iba a decir «Laurence». Se detuvo. Se dio cuenta de que nunca lo había llamado por su nombre. Nunca lo había llamado de ninguna manera. Se había casado con un desconocido y se había acostado con uno, y quizá seguiría siéndolo siempre. Tal vez él tampoco volviera a acostarse con ella, salvo cuando el deber superara su renuencia a compartir el lecho con una mujer fea.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella negó con vehemencia, sin atreverse a hablar, ahogando los sollozos. Se avergonzaba de lo llorona que estaba siendo, y esa vergüenza solo agravó las lágrimas.

—Está decidido —dijo él, reanudando la subida—. Es hora de acostarse, milady. Pronto te sentirás mejor y, en cuanto ocurra, nos iremos a casa. Al fin y al cabo, esto nunca fue más que una visita.

Créeme, te sentirás mejor cuando estemos en mi… en nuestra casa, con mi familia.

Eso detuvo sus lágrimas.

Las ahuyentó.



—Te lo repito, ahora tienes color en las mejillas y los moretones han desaparecido —le dijo la señora Wyndham a Caroline—. Puedes mirarte sin pestañear. Estás mucho mejor de lo que crees.

Caroline se apartó del espejo y, en silencio, se despegó el vestido del cuerpo para mostrar lo holgado que le quedaba.

—No merece la pena arreglarlo; pronto volverás a caber en todos tus vestidos —añadió la señora Wyndham con serenidad.

Caroline la miró fijamente y luego, desafiante, se quitó la cofia de encaje. Su cráneo bien formado estaba cubierto por un vello oscuro tan fino que parecía una sombra.

La expresión de la señora Wyndham no cambió.

—Está creciendo. Y ya empieza a rizarse.

—Sí, muy atractivo. Es exactamente igual que el pelo que tengo ahí abajo, solo que menos abundante —replicó Caroline con amargura, bajando la mirada hacia su abdomen antes de volver a colocarse la cofia.

—Te está creciendo el cabello —insistió la herbolaria—. Puedes caminar sin quedarte sin aliento. Ayer fuiste a pescar…

—Ayer me senté en la orilla y lo vi pescar —la corrigió Caroline.

Pero se detuvo, recordándolo. No le había molestado no poder pescar, sino que se había divertido más de lo que habría imaginado viéndolo a él.

Laurence era un pescador excelente. Lanzaba el anzuelo con una precisión impecable. Pero no había sido eso lo que más le había gustado. No podían hablar para no ahuyentar a las truchas, y aun así se habían entendido. Él se había encargado de ello, incluso a costa de no pescar nada. La entretuvo exagerando cada gesto, fingiendo resbalar en una roca y estar a punto de caer al agua, mostrando un disgusto teatral cuando lanzó mal el anzuelo a propósito y una alegría desmesurada que se transformó en horror cuando simuló sentir un tirón en el sedal… y perder el señuelo.

No había pescado nada. Y ella se había reído como hacía tiempo que no lo hacía.

La señora Wyndham advirtió su ensimismamiento.

—Llevas aquí más de un mes. Su familia debe de preguntarse por qué aún no os habéis reunido con ellos.

—Desde luego no estarán pensando que estamos disfrutando de una luna de miel maravillosa —replicó Caroline con aspereza—. Él les contó lo enferma que estaba. Y si te preocupa tener que seguir viniendo aquí para cuidarme, no tienes por qué hacerlo —añadió con altivez—. Ahora puedo arreglármelas perfectamente sola.

—Exactamente —respondió la mujer mayor. Luego sonrió—. Vendría a cuidarte todo el tiempo que me necesitaras. Pero, milady, aunque te sorprenda, he llegado a apreciarte también como persona. Eres una mujer de carácter fuerte, y eso me gusta. Y eres amable cuando no tendrías por qué serlo. La enfermedad convierte a algunas personas en monstruos. He visto a mujeres menos enfermas que tú comportarse de forma atroz con sus familias y con quienes las cuidaban. Tú siempre has sido educada, incluso con los criados. Y por muy sarcástica que te pongas cuando estás abatida, el sarcasmo no es lo mismo que lanzar cosas. Créeme, he tenido que esquivar más de un orinal volador.

Caroline sonrió a su pesar.

—Eres culta y tienes un gran sentido del humor —continuó la señora Wyndham—. Me alegro de haberte conocido. No te sugiero

que te marches de aquí por mi bien, sino por el tuyo y por el de tu marido. Ha llegado el momento.

—Querida señora Wyndham —suspiró Caroline, encogiéndose de hombros—. Tiene razón. Perdóneme por haberle contestado de mala manera. Le estoy profundamente agradecida. No podría haber sido más amable conmigo. Me ha visto en mi peor momento y aun así me ha animado a sacar lo mejor de mí misma. Por eso le confieso algo que no le diría, o quizá no podría decirle, a nadie más: me iría mañana mismo, pero… tengo miedo.

La herbolaria la observó sin interrumpirla.

—Soy una consentida —continuó Caroline, con los ojos buscando comprensión—. Solía ser muy hermosa. No creo que sea inmodestia decirlo, al menos no ahora que ya no lo soy. Pero ahora comprendo cuánto significaba para mí. Era quien yo era. No digo que siempre me diera todo lo que quería —añadió con una sonrisa torcida—. No lo hacía. Pero me definía. Era famosa por ser guapa. ¿Cómo voy a moverme ahora por el mundo con este aspecto? Y con el que tendré durante un tiempo… si no para siempre. Esto me ha cambiado. Ya lo ha hecho. Me siento desnuda. Me siento… desconocida para mí misma.

—Entonces diría que ya es hora de que te conozcas de verdad.

—¿Cuál será mi futuro? —susurró Caroline, casi para sí.

—Nadie lo sabe, milady, tenga el rostro que tenga. Pero no podemos escondernos del futuro. No sirve de nada. Estará ahí aunque cerremos los ojos. La cuestión es si queremos vivirlo escondidas o no.

Caroline alzó la vista.

—¿Eso es un desafío?

La señora Wyndham se encogió de hombros.

—Si decides tomarlo como tal. Yo solo he dicho la verdad.

—Ya veo. Bien, que nunca se diga que rehusé un reto, por caro que fuera —respondió Caroline. Esbozó una sonrisa triste al añadir —. Al fin y al cabo, siempre he sido experta en saltar sin mirar, ¿no?

Capítulo 11

Todo comenzó —al menos según los cálculos de Caroline— tres horas y veinte minutos después de abandonar el albergue.

Fue entonces cuando se detuvieron en una posada junto a la carretera para almorzar. Laurence, que había cabalgado por delante del carruaje, entró en el patio y les hizo señas para que lo siguieran. Desmontó, intercambió unas palabras con el posadero y regresó a grandes zancadas hacia el carruaje.

La doncella de Caroline abrió la ventanilla para que pudiera hablar con su esposo.

—Está limpio y la comida huele de maravilla —le dijo Laurence —. Es un buen lugar para detenernos.

—Puedo continuar el viaje —protestó Caroline—. No estoy cansada. Apenas es mediodía.

—Le prometí a la señora Wyndham que haríamos paradas frecuentes —repuso él—. Si te agotas, existe la posibilidad de que sufras una recaída, o eso me advirtió.

—Pero solo he viajado sentada en un carruaje —insistió ella—. ¡No estoy haciendo ningún esfuerzo!

Laurence abrió la portezuela y le tendió la mano para ayudarla a bajar por la escalerilla.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo—. Nadie en Hollyfields sabe que vamos a llegar, así que no hay nadie esperándonos. Sí, estás mucho mejor, pero es por mí por quien estoy preocupado. Si tienes una recaída, la señora Wyndham me

cortará la cabeza. Ahora, ven, y acompáñame a comer algo. O dos bocados, si de verdad quieres complacerme.

No tuvo más remedio que aceptar.

La posada era encantadora, muy antigua, de estilo Tudor a juzgar por su entramado de madera, recién pintada y cuidada con esmero. Glicinas y laburnos trepaban por una pared y por un enrejado, proyectando sombras amarillas y púrpuras sobre un pequeño patio donde se disponían varias mesas. Caroline las miró con nostalgia. Laurence siguió la dirección de su mirada y negó con la cabeza.

—Encantador —concedió—, pero demasiado expuesto a corrientes repentinas, justo lo que la señora Wyndham dijo que debías evitar. Y quién sabe cuándo pueden cubrirse las nubes. No. Te quedarás dentro hasta que me ganes en una carrera a pie, milady. Ven.

Ella le tomó del brazo y entraron.

El día era soleado, pero no caluroso, de modo que el interior no resultaba sofocante. Aun así, Caroline habría preferido sentarse al aire libre. Se sentía bien y, además, notó que estaba emocionada. Aquella libertad recién recuperada hacía que incluso una simple posada rural le pareciera una aventura después de semanas confinada en una habitación.

Le inquietaba tener que convivir con la familia de su marido en una finca rural, sobre todo porque sabía que tendría que quedarse allí hasta recuperar un aspecto más parecido al suyo. Pero, fueran cuales fuesen sus temores, aquel era un buen día. Estaba viva y volvía a estar sana. Alzó la cabeza y sonrió. Ahora que había decidido abandonar el albergue, estaba preparada para enfrentarse a cualquier cosa.

Pero no a lo que ocurrió a continuación.

—Milord —saludó el posadero, inclinándose ante Laurence—. Y milady —añadió con una mirada fugaz a Caroline—. Bienvenidos. Sus

sirvientes serán atendidos con gusto, pero creo que el comedor privado será más adecuado para ustedes. Por aquí, si me hacen el favor.

Los condujo a través de la taberna, donde varios hombres del lugar bebían y charlaban. Miraron con curiosidad a los recién llegados y luego volvieron a sus jarras y a los chismes locales.

Laurence y Caroline se acomodaron en una sala acogedora, con ventanas antiguas de cristal grueso y abombado que dejaban pasar la luz, aunque impedían ver el exterior. La esposa del posadero, nerviosa y solícita, tomó la comanda con rapidez. Cuando Laurence terminó de pedir, ella hizo una reverencia y se retiró. Solo entonces él se recostó con satisfacción. Miró a Caroline. Su sonrisa se apagó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, inclinándose hacia ella y tomándole la mano—. Estás muy pálida.

—Estoy bien, muy bien —respondió ella.

Pero no era verdad. Se sentía profundamente enferma, y no era algo que quisiera explicarle.

Había atravesado una sala llena de hombres sin que nadie reparara en ella. Por primera vez en su vida.

El posadero la había mirado apenas un instante antes de volver a dirigir la atención a Laurence, como si ella no existiera. Los hombres de la taberna la habían examinado de pasada y luego habían desviado la vista, no por respeto, sino porque no consideraron que mereciera una segunda mirada. Ni siquiera la mujer del posadero parecía haberla visto. Caroline había temido ese día, convencida de que, cuando se aventurara de nuevo al mundo, la observarían con descaro por lo fea que estaba. Aquello era mucho peor. Ahora era invisible.

Desde que tenía memoria, bastaba con que entrara en una habitación para convertirse en el centro de atención. Su presencia provocaba siempre alguna reacción en hombres, mujeres e incluso

niños. Las mujeres miraban su rostro, su cabello, su vestido; algunas con envidia, otras con cálculo, preguntándose cómo conseguir aquel aspecto. Otras la observaban con desesperación, sabiendo que no podían competir con ella.

Caroline estaba más acostumbrada a las reacciones masculinas, pues apenas prestaba atención a las mujeres. Había visto lujuria descarada en muchos hombres al verla por primera vez. Con mayor frecuencia, aparecía en sus rostros una aprobación súbita, un interés inmediato. Ese deseo podía no ser grosero, pero incluso los hombres felizmente casados disfrutaban de la compañía de una mujer hermosa. Se erguían más, sonreían más. Hasta los niños reaccionaban de forma distinta; muchos se volvían tímidos a su alrededor y luego la miraban fascinados. Algunos le habían preguntado si era una princesa de cuento.

Jamás había sido ignorada.

Caroline revisó su apariencia. Sabía que no estaba tan mal como semanas atrás. Llevaba una cofia, pero también un sombrero de moda que la cubría, dejando visible solo su perfil. Era un perfil pálido, de mejillas hundidas, sí, y el vestido seguía quedándole grande. Pero ya no parecía al borde de la muerte. No había nada grotesco en ella, nada llamativo…

Entonces comprendió, con un estremecimiento, que quizá era peor para una mujer ser fea que simplemente poco agraciada, porque al menos una persona fea llamaba la atención.

—Supongo que no estoy acostumbrada a verme así —dijo al fin.

—Estás muy bien —repitió Laurence.

Ella comprendió que no la entendía… o que prefería no hacerlo.

Terminaron el almuerzo casi en silencio. Caroline no tenía ganas de hablar ni de comer, pero sabía que, si no lo hacía, él empezaría a insistir, así que concentró toda su atención en el plato. Después retomaron el viaje.

Cuando las sombras de la tarde empezaron a alargarse, Laurence se acercó de nuevo a la ventanilla del carruaje.

—Haremos una parada temprana para pasar la noche —le anunció—. En The Rose and Peach, justo delante. Es una posada excelente, famosa por su cocina. Además, tiene historia: Carlos II se alojó allí, y se dice que nuestro Jorge la visita de vez en cuando.

Aquella información no hizo sino empeorar su ánimo.

—Ya lo verás —le prometió él, antes de alejarse.

Caroline reunió todo el valor que pudo mientras el carruaje entraba en el patio del Rose and Peach. Tal como temía, Laurence tenía razón. La posada estaba llena de carruajes elegantes. Enfrentarse al mundo tal como era ya había sido difícil, y ahora tendría que enfrentarse, quizá, al mundo que conocía.

—¿Milady? —preguntó su doncella—. ¿Os encontráis bien?

—Sí —respondió Caroline, porque no sabía qué otra cosa decir.

Si se negaba a quedarse allí, la siguiente posada podría ser igual de concurrida, igual de refinada. Tenían que detenerse en algún momento, y empezaba a sentirse cansada. Tal vez no pudiera evitarlo todo, pensó, pero podía hacer algo. Se ajustó bien el sombrero y decidió mantener la cabeza baja por si reconocía a alguien conocido.

Entonces se dio cuenta de que, aunque se cruzara con alguien de Londres, probablemente no la reconocerían. No supo si eso la tranquilizaba o la hería aún más.

Así, una joven apagada descendió del carruaje del brazo de su marido.

No se sintió más segura al recorrer el estrecho pasillo que conducía al comedor privado del Rose and Peach. Laurence, sin embargo, parecía no advertir nada.

Caroline lo observó mientras él le servía una porción del asado que acababa de traer el camarero. Aquella noche vestía tonos

marrones y dorados, con una chaqueta y unos pantalones que armonizaban con su cabello castaño. El día a caballo bajo el sol había dorado su rostro con un leve bronceado. Caroline pensó que nunca lo había visto tan atractivo.

—Es un poco pronto para cenar —comentó él—, pero pensé que te resultaría más fácil comer ahora. Más tarde habrá mucha gente y no estaba seguro de que pudiéramos conseguir un salón privado.

Ella asintió, aliviada y consternada a la vez, porque comprendió que él sabía exactamente qué la había perturbado al mediodía… y por qué estaba tan callada aquella noche.

—Gracias —murmuró.

Intentó tragar el asado que él aseguraba que era excelente, aunque a ella le sabía a polvo.



Su dormitorio estaba en el segundo piso, con suelos irregulares e inclinados y techos combados. Era solo cuestión de antigüedad; por lo demás, todo se encontraba bien cuidado. No había polvo ni olor a moho y, aunque los muebles eran mucho más viejos que sus ocupantes, estaban limpios. Había un tocador con un espejo moteado y una silla esbelta a un lado; cerca de la cama, otra más amplia. La enorme cama ocupaba casi todo el espacio y, aunque la colcha brillante le daba a la estancia un aire alegre, ocultaba un colchón tan irregular como el propio suelo.

Laurence vio a Caroline detenerse en el umbral, observándolo todo.

—No es lo que quería —dijo—, pero es lo único que pude conseguir. Pedí dos habitaciones comunicadas. Hemos tenido suerte de encontrar siquiera esto. Están llenos hasta los topes.

Literalmente. Mi criado y tu doncella duermen en el ático con otros sirvientes. No te preocupes, no te molestaré. Puedo dormir en una silla; es un lujo comparado con algunos camarotes en los que he tenido que acomodarme.

—Oh, no —respondió ella—, no es eso. La cama es lo bastante grande para los dos… y para los sirvientes también, si se lo propusieran. Solo me sorprendió lo inclinada que está la habitación.

Él rió.

—Ni siquiera me había dado cuenta. En el mar, las habitaciones siempre estaban inclinadas.

Ella rió también, aunque aquellas palabras la entristecieron más de lo que quiso admitir. No quería que durmiera en una silla, no tanto por él como por ella. No estaba acostumbrada a viajar, se sentía vulnerable por su aspecto y, quizá de forma infantil, deseaba no estar sola aquella noche. Pero no podía decirlo, del mismo modo que no podía reprocharle que no quisiera compartir la cama.

Laurence se quedó en la puerta.

—Te enviaré a tu doncella —anunció—. Yo bajaré a ver cómo están los caballos. Sí, ya sé, es un eufemismo para ir a la taberna a tomar una o dos cervezas. Es demasiado pronto para dormir, aunque para ti ya es hora. La señora Wyndham dijo que debías acostarte con las gallinas. Yo soy más de búhos. Pero he cabalgado todo el día, así que no me quedaré despierto hasta tarde. Seré silencioso cuando vuelva. Buenas noches, Caroline. Que descanses.

Dormir era lo último en lo que Caroline pensaba cuando despidió a su doncella. Se sentó ante el pequeño tocador y, bajo la luz de la lámpara, se examinó como quien contempla el rostro de una desconocida.

Ya no se estremecía ante su cabeza rapada. Había aprendido a mirarla y, además, el cabello estaba creciendo: casi una pulgada. Parecía una oveja negra recién esquilada. Pocos hombres llevaban el

pelo tan corto, pero al menos era cabello. Sus ojos ya no estaban tan hundidos. Podía casi reconocerse. ¿Qué faltaba?

Observó su cuerpo. No era el mismo. No sabía que tuviera tantos huesos. Los notaba al rodearse el abdomen, al girarse en la cama, al bañarse. Clavículas afiladas, codos puntiagudos, huesos visibles en muñecas y tobillos, como si el esqueleto hubiera intentado abrirse paso. Se estremeció. Casi lo había logrado.

Tiempo, insistía la señora Wyndham. Caroline apagó la lámpara. Tiempo tenía, pero ¿cómo se llenaba ese tiempo? Apartó la colcha y se metió en la cama. Las viejas plumas del colchón amortiguaron por fin sus huesos cansados y, por primera vez en mucho tiempo, pudo olvidarlos.

Pero no podía dormir. Pensaba en la cama en la que dormiría la noche siguiente. Así que seguía despierta cuando Laurence entró en silencio. Estuvo a punto de saludarlo, pero recordó que él quería que descansara. Y, en cualquier caso, había poco que decir.

Él se desnudó con rapidez. Caroline observó, con los ojos entrecerrados, cómo doblaba cada prenda con cuidado. Era meticuloso como un gato. Los caballeros tenían ayuda de cámara, y él también, pero no la necesitaba. La marina le había enseñado a valerse por sí mismo.

A través de las pestañas lo vio desnudo. Su cuerpo era musculoso, compacto, bien proporcionado. La anatomía masculina la conocía por las estatuas antiguas de Londres, pero aquello era vivo, real. Aquella parte curiosa que ahora reposaba con discreción podía volverse formidable, aunque en reposo era solo otro elemento armónico en un físico notable. El resplandor dorado de la lámpara pulía sus líneas y, por primera vez en su vida, Caroline contempló algo que le pareció más hermoso de lo que su propio cuerpo había sido jamás.

Entonces él dudó. Fue hasta su bolsa, sacó una camisa de dormir y se la puso. No había usado ninguna la primera noche que

compartieron cama. Quizá por hallarse en una posada pública. O quizá para no avergonzarla.

Apagó la lámpara, entreabrió la contraventana y la luz de la luna lo recortó mientras miraba la noche. Luego se acercó a la cama. Caroline cerró los ojos con fuerza. Lo oyó detenerse; supo que la observaba. Después se tumbó en el extremo más alejado. No la tocó. Ese gesto la hirió más que todo lo ocurrido durante el día.

Podía soportar que los desconocidos no la miraran. Pero era su luna de miel. Y estaba junto a un marido que no deseaba que su cuerpo rozara el suyo.

—Me preguntaba si pensabas acostarte en el granero —dijo ella en la oscuridad.

—¡Estás despierta! —respondió él, girándose—. ¿Te encuentras mal?

—¿Por qué crees que estoy enferma cada vez que hago algo inesperado? Estoy bien. Solo que no puedo dormir.

—Debería haberte llevado conmigo. Dos vasos de la cerveza de este casero y habrías subido dormida. No me extraña que la posada esté a rebosar. Su cerveza es puro rayo.

—¿Estás borracho? —preguntó ella.

—No. Solo alegre. Se necesita bastante más para nublarme el juicio. Dime, ¿por qué no duermes?

—Estoy preocupada —admitió—. No conozco a tu familia. Voy a un lugar nuevo, con un papel nuevo… y no soy yo misma. Me siento desnuda y desarmada.

Él se acercó y la tomó con cuidado entre los brazos. Caroline se entregó con un suspiro de alivio, apoyando la cabeza en su hombro. Él tenía el cabello húmedo y olía a sándalo. Aquel aroma la reconfortó.

Laurence le deslizó la mano por la espalda y luego por la cabeza. Ella se tensó. Los rizos cortos y elásticos se cerraron

alrededor de sus dedos, y él rió suavemente.

—Creo que vas a marcar tendencia. A ver… ¿cómo llamaremos a tu nuevo peinado? ¿El gladiador? No, demasiado masculino. Ya está: à la mouton, como un cordero en primavera. No, espera… à la terrier. Tenía un Airedale con ese mismo pelaje. Pero no te preocupes, quería mucho a aquel… perro.

Era absurdo, indignante. No pudo evitar reír.

Él se recostó en la almohada, llevándola consigo. Caroline permaneció quieta en sus brazos, segura y extrañamente en paz. Él no podía verla; ella sentía su respiración, su calor, su firmeza. Se relajó. El latido constante bajo su mejilla la calmó. Y entonces llegó algo inesperado: una oleada de vida, un hormigueo que nacía en cada punto donde sus cuerpos se tocaban. Los pechos rozando su pecho, las piernas rozando las suyas. Por primera vez sintió un deseo físico verdadero.

Había anhelado a un hombre antes, pero aquel hombre había elegido a otra. Ahora era distinto. Conocía lo que el cuerpo de Laurence podía hacer; recordaba su noche de bodas. Y él era su marido, tan cercano como el pulso que sentía bajo la piel.

Laurence, por su parte, creía que por fin descansaba. Le había arrancado una risa, y eso le bastaba. Pero no estaba cómodo. Ella era tan ligera, tan afilada, tan frágil, que temía lastimarla con el menor movimiento. Tampoco quería herirla de otro modo. Era la primera vez que lo buscaba así. Podía soportarlo. Lo mínimo era sostenerla hasta que se durmiera.

Ella rozó su mejilla con la suya. Luego alzó el rostro y posó los labios en la mejilla de él.

Laurence se quedó inmóvil.

Caroline apoyó la mano en su hombro y dejó que sus labios tocaran los suyos.

Él no se movió. No podía. Tenía que pensar en ella.

Sintió un impulso nervioso de reír. ¿Ahora intentaba seducirlo? Aquella audacia le habría resultado bienvenida semanas atrás, cuando su deseo por ella era casi insoportable. Pero ahora…

Sus labios seguían siendo suaves y dulces. El resto no. Ella estaba demasiado frágil. Demasiado vulnerable. Sabía que podría romperla con solo tocarla. Y también sabía que no podía acostarse con ella sin deseo… y no sentía ninguno por aquel cuerpo consumido, casi infantil. Pensó en hacerlo "por consuelo", y el pensamiento lo heló.

Le acarició la mejilla.

—Gracias —susurró—. Pero será mejor que me des las buenas noches antes de que me des ideas. Si crees que la señora Wyndham me mataría por permitirte sentir la brisa, imagina lo que haría si hiciera lo que más deseo ahora. Otro momento, otro lugar. Lo mejor para los dos es que duermas, querida.

Sintió cómo ella se tensaba y se apartaba.

—Solo quería mostrarte mi gratitud —replicó ella, seca, acomodando la almohada.

—Lo sé —mintió él. Había sentido la electricidad entre ambos, pero la idea de tocarla lo paralizaba—. Los hombres somos torpes. Perdóname por malinterpretarlo, pero solemos llevar la gratitud demasiado lejos. Literalmente.

Rió, aunque no tenía ganas. Ella no.

Y ninguno de los dos durmió durante un buen rato.

Compartieron la oscuridad, el silencio… y la distancia.

Capítulo 12

El carruaje cruzó el puente sobre un estanque ornamental, tomó la última curva de la larga avenida blanca y entonces Caroline vio Hollyfields por primera vez. Se quedó mirándolo fijamente. Su madre habría estado encantada. Su nueva casa era magnífica.

Una enorme mansión de estilo palladiano, amplia, blanca y alargada, se erguía sobre una suave elevación, dominando los ondulados acres circundantes y pareciendo ocupar por sí sola un acre entero. Una escalera en abanico, de peldaños blancos y poco profundos, ascendía hasta un imponente pórtico delantero. Más allá, el parque se extendía domesticado, como el fondo de un cuadro de un viejo maestro.

Laurence había dicho que Hollyfields era grandioso. Había dicho que a ella le gustaría. Quizá antes habría sido cierto, pero después de sus semanas en la rústica cabaña, Hollyfields le resultaba abrumador. Además, disminuida como estaba, Caroline se sentía reacia, desprevenida y ansiosa ante la idea de supervisar una casa tan grande, como sabía que se esperaría de ella.

Parecía capaz de gobernar aquel lugar; parecía capaz de gobernar un palacio, pensó mientras observaba a Laurence cabalgando delante, erguido y cómodo sobre su gran caballo roano. El carruaje se detuvo cuando él tiró de las riendas. Laurence desmontó y entregó el caballo a un muchacho que acudió corriendo. Miró hacia la casa y esbozó una sonrisa al ver cómo se abrían las grandes puertas. Por un momento pareció dispuesto a entrar directamente, pero se volvió hacia el carruaje, donde su nueva esposa aguardaba.

—Hollyfields —anunció, innecesariamente, tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

Caroline respiró hondo y se preparó para afrontar su futuro. Iba tan lista como podía estarlo. Vestía uno de sus mejores trajes, un vibrante azul verónica con finas rayas amarillas, adornado con diminutos capullos de rosa bordados. Se lo había hecho confeccionar en su mejor momento, pero ahora pensaba que quizá le favorecía aún más. La costosa tela desviaba la atención de su figura; las mangas largas ocultaban sus brazos delgados; el cuello alto disimulaba tanto las clavículas prominentes como los últimos restos de los moretones; una banda de seda bajo el pecho insinuaba la forma perdida, y el color realzaba sus ojos, lo único que la enfermedad no le había arrebatado. Un sombrero de paja rubia cubría su intrincado gorro de encaje veneciano. Se había aplicado un leve rubor. No podía hacer más.

Alzó la cabeza y se dijo que no había nada que temer. Puede que no conociera la casa, pero sí a quienes vivían en ella. Quizá se sorprendieran por su cambio, pero no debía temerles. La madre de Laurence era demasiado educada para mostrar abiertamente su conmoción; Camille, la hermana, respetaba a la dama londinense que su hermano había elegido; y Bernard, el hermano menor, la miraba con franca admiración. Caroline no esperaba diversión en aquella familia, pero sí la aceptación y la consideración que le permitirían recomponer su espíritu herido.

Tomó el brazo de Laurence y no tuvo que fingir la sonrisa que le nació al ver a la familia reunida en la puerta. Aquel era su nuevo hogar, su refugio hasta que recuperara fuerzas suficientes para abandonarlo.

La primera en adelantarse fue la madre de Laurence, con la mirada fija en su hijo mayor. Él había heredado de ella el color de los ojos, pero poco más. Alyce Proctor era alta y delgada; su cabello rubio estaba desvaído; su personalidad, apagada. Monótona y deferente, no se parecía en nada a Laurence ni a sus otros hijos. Camille, de cabello castaño y ojos marrones, irradiaba vitalidad.

Bernard, de dieciséis años, era brusco y desgarbado, parecido a su hermano, aunque más bajo y más cuadrado de facciones.

—Bienvenida a casa —dijo Alyce en voz baja antes de abrazar a su hijo.

—¡Laurence, Laurence, Laurence! —canturreó Camille, danzando a su alrededor hasta que él se volvió para permitirle estrecharlo con fuerza.

—Qué bien que hayas vuelto —añadió Bernard, dándole una palmada en la espalda.

Luego, casi al unísono, se volvieron hacia su nueva cuñada. Caroline se preparó. Sabía que les habían contado lo enferma que había estado. Tendría que atender más a sus miradas que a sus palabras; allí descubriría las reacciones verdaderas.

—¡Oh, querida! —exclamó su suegra, llevándose una mano al pecho—. ¿Caroline? ¿Eres tú, Caroline? ¿Qué ha ocurrido?

Y entonces Caroline comprendió que aquello no sería un refugio.



—Creo que hay algo que debe quedar perfectamente claro —dijo Laurence, caminando de un lado a otro por el salón de su madre. Se detuvo, se volvió y los miró con dureza—. No se le debe decir lo mal que está. Y sí —añadió, dirigiéndose a su hermana—, recuperará su aspecto. Y no, no era algo que debieras preguntarle. Y tú —miró a Bernard—, jamás debiste decirle que no la habrías reconocido ni en mil años. ¿En qué estabas pensando?

—Se sorprendieron, querido, eso es todo —intervino su madre con suavidad—. Te prometo que se disculparán.

—Prefiero que no lo hagan —respondió Laurence—. Solo abriría otra herida. Que no vuelva a ocurrir. Marcharos —ordenó a sus hermanos—. Nos veremos en la cena.

Cuando ellos se fueron, claramente aliviados, Laurence se volvió hacia su madre.

—Querido, perdóname —dijo ella antes de que él pudiera hablar—. La culpa es mía. Mi sorpresa los empujó a decir lo que dijeron. No supe dominarme. Pobre muchacha… Haré todo lo posible para que olvide esta tarde. Haré cuanto esté en mi mano para que se sienta cómoda aquí. Dime qué puedo hacer para compensarla… y para compensarte a ti.

—No tienes que compensarme a mí —respondió él—. Y creo que es mejor no mencionar nada más al respecto. Solo… no llores.

Ella asintió y, secándose los ojos con un pañuelo delicado, añadió:

—Supongo que ya has tenido bastante. ¿Qué hacemos ahora por ella?

—Darle tiempo.

—Y descanso —convino ella—. La envié al dormitorio del señor, pero ahora haré preparar la habitación amarilla. Es alegre y da al sur; podrá disfrutar del sol durante las siestas.

Laurence frunció el ceño.

—Sea cual sea su aspecto, estamos casados, madre.

—¿Pretendes que comparta tu cama? —replicó ella con cautela —. Está tan frágil… Estará mejor sola, donde pueda descansar sin molestias. No puedes esperar que cumpla ahora con sus obligaciones matrimoniales…

Vio su expresión y se apresuró a añadir:

—No pretendía entrometerme. Solo pensaba en ella. Haz lo que creas mejor.

—La decisión debe ser suya —dijo Laurence con firmeza—. Nosotros nos encargaremos.

Se despidió y se dirigió a su dormitorio. Dudó un instante ante la puerta, pero entró.

La habitación era enorme, con un vestidor anexo. Su tío había dormido allí, y lo primero que Laurence hizo al heredar la casa fue enviar la cama antigua al ático y comprar una nueva. La que eligió complacía su gusto de marino: grande, de madera clara, con postes tallados con sirenas, delfines, tritones y conchas. Su madre había bromeado diciendo que su futura esposa la desterraría también al ático.

Ahora Caroline estaba de pie junto a la cama. La puerta del vestidor permanecía entreabierta; su doncella deshacía las maletas. Caroline aún llevaba la cofia y observaba uno de los postes tallados.

—Esta cama es muy peculiar —comentó.

—Lo es —asintió él, acercándose—. Era una cama de soltero.

—Ya lo veo —rió ella—. Esta sirena está casi cubierta por su melena, pero si miras justo detrás, como seguramente has hecho, verás que su trasero está tan desnudo como el del delfín que la acompaña. ¡Y Neptuno! —rió de nuevo—. Ese tridente es… formidable.

A Laurence le encantó su reacción.

—Bastante intimidante —murmuró—. Para mí. Por comparación.

—¿Por comparación? —susurró ella—. No te subestimes.

Él sonrió, aliviado. Había recuperado su ingenio.

—Si lo deseas, podemos cambiar la cama —dijo—. O la habitación. Mi madre sugirió que quizá prefieras tu propio dormitorio durante un tiempo. Si así lo quieres, no me molestará. Tenemos la habitación amarilla, la roja, la azul… todos los colores que puedas imaginar. Incluso podríamos redecorar.

Ella mantuvo la cabeza girada.

—¿Quieres que duerma aparte? —preguntó.

—Quiero lo que tú quieras.

—Eso no es justo —replicó ella, alzando la barbilla—. Es cruel hacerme elegir. Dime, Laurence, ¿qué quieres tú?

Él comprendió entonces. Había notado algo antes, sin entenderlo del todo: ella lo había llamado por su nombre. Por fin lo supo.

—Entonces no hay problema —dijo—. Quiero que te quedes conmigo.

Ella se quitó la cofia y apoyó la cabeza en su pecho. Él la rodeó con el brazo.

—Bien —susurró ella—. Entonces está decidido. Y, Laurence…

—¿Sí?

—Por favor, no quites la cama. Aún no he estudiado ni la mitad de los tritones.

—¿De verdad? ¿Cuál mitad?

Rieron con tanta fuerza que la doncella se sobresaltó.

Capítulo 13

-¿Pescar? —preguntó Bernard con entusiasmo, dejando el tenedor y el cuchillo—. Puedo llevarla a pescar, Laurence.

—Tonterías —replicó Camille, apuntándolo con el cuchillo—. Tus lanzamientos siempre acaban en los árboles. Si quiere pescar manzanas, entonces sí, envíala con él. Yo sé dónde están los peces de verdad, y no me refiero a esas carpas perezosas del estanque del molino que pesca Bernard.

Caroline fingió concentrarse en cortar la carne de su plato. El hermano y la hermana de Laurence discutían por el privilegio de llevarla a pescar, pero ninguno se dirigía a ella. Laurence debía de haberlos intimidado tras la escena de aquella mañana, o más bien tras su reacción al verla tan cambiada.

Incluso ahora, mientras debatían quién iba a entretenerla —ya fuera pescando, montando a caballo, paseando o mostrándole la zona—, evitaban mirarla directamente. Resultaba agotador sentarse allí fingiendo no notarlo, intentando mostrarse interesada y obligándose a comer. La forma en que desviaban la vista le recordaba su aspecto más que cualquier palabra explícita.

La madre de Laurence comía en silencio, interviniendo solo para pedir a sus hijos que se calmaran. A menudo dirigía a Caroline miradas cargadas de compasión. En cierto modo, aquello era peor que ser ignorada: la trataba con tanto cuidado, con tanta preocupación silenciosa, que parecía temer que su nueva nuera siguiera al borde de la muerte.

Caroline podría haber cenado en su habitación. Laurence incluso se lo había sugerido tras el viaje. Pero decidió bajar: era un

reto, y nunca los había rehuido.

—Me llevaré a mi esposa a pescar, niños —dijo Laurence con calma, desviando la discusión hacia las protestas de ambos por haberlos llamado niños—. A menos, por supuesto —añadió alzando una mano para imponer silencio y mirando a Caroline—, que ella prefiera ir con otra persona.

—No —respondió Caroline—. Me encantaría ir contigo a pescar, de verdad. Le he visto pescar truchas —añadió para los demás—, pero aún no he podido intentarlo yo misma. Ahora me siento mucho mejor y creo que puedo hacerlo.

Dudó un instante, pero decidió afrontar lo inevitable. Había demasiadas preguntas que su nueva familia no se atrevía a formular, y estaba cansada de silencios y suposiciones.

—Me siento mejor cada día —afirmó con una sonrisa dirigida a todos—. Sé que no me parezco en nada a mí misma, pero os prometo que me estoy recuperando y espero ser alguien que podáis reconocer muy pronto.

—¡No! —se adelantó, al ver que iban a responder—. Por favor, no os disculpéis otra vez. Es muy amable, pero veréis, sé que ahora mismo parezco algo diseñado para espantar cuervos del maíz. Pero estoy segura de que eso cambiará.

Laurence la observó sorprendido y luego le dedicó una sonrisa cálida, orgullosa. Bernard y Camille se quedaron inmóviles por primera vez desde que había empezado la cena, entre la risa y la vergüenza.

—Pero, querida —intervino la madre de Laurence—, no debes esforzarte demasiado para no tener una recaída.

—No me esfuerzo en exceso —replicó Caroline—. Ni pienso hacerlo.

Esbozó una sonrisa firme.

—Créanme cuando os digo que me siento mejor y que espero mejorar cada día. Por favor, no creáis que necesito cuidados

especiales.

Antes de que la señora Proctor pudiera insistir, Camille habló con entusiasmo:

—¿De verdad? ¿Crees que estarás lo bastante bien para ir a una fiesta dentro de unas semanas? Sally Hanover celebra una por su decimoctavo cumpleaños, con baile y todo, ¡y va a invitar a gente de todas partes! No irá a Londres para su presentación porque ya está comprometida con Andrew, el hijo de un vecino. Yo tampoco pude ir a Londres el año pasado para mi presentación, pero esto será lo mejor que tendré. ¿Crees que podrías venir? Laurence dijo que supervisarías mis reverencias en Londres, para asegurarte de que no cometiera errores. Por eso te eligió a ti, después de todo. Quiero decir…

Camille abrió mucho los ojos y se sonrojó al darse cuenta de lo que acababa de insinuar.

—Este baile no será tan grandioso como los que estás acostumbrada a ver —añadió a toda prisa—, pero ¿te gustaría ir? Podrías darme consejos para cuando por fin vaya a Londres.

La madre de Laurence levantó la vista. Sus ojos, habitualmente apagados, brillaron de pronto.

—¿Sabes? —dijo pensativa—. Podría ser una muy buena idea, Caroline. El terrateniente no es tan distinguido como lo que estás acostumbrada a ver, pero conoce a mucha gente interesante de la región. Así que, si te preocupa que noten los efectos de tu reciente indisposición, no deberías inquietarte.

—Por supuesto que iré —declaró Caroline antes de que la señora Proctor volviera a mencionar su salud—. Aunque tengan que llevarme en una litera.

Sonrió.

—No será necesario. Estaré allí. Puede que incluso parezca un poco menos enferma entonces.

Rieron porque lo dijo riendo. Pero Caroline estaba satisfecha. Aquello le daba un objetivo más allá de la simple supervivencia. La vida social siempre había sacado lo mejor de ella, así como su instinto competitivo.

No competiría con Camille, claro. No porque ya no pudiera hacerlo, sino porque la pobre muchacha tenía suficientes desafíos sociales sin añadirle otros.

Camille tenía un rostro agradable y un carácter jovial, pero era demasiado alta y demasiado robusta para ser considerada bella según los estándares habituales. Su cara era tan cuadrada como su figura; su tez demasiado fresca, su color excesivo. Tenía unos ojos marrones vivaces, un cabello castaño rizado bonito y una sonrisa contagiosa, pero Caroline sabía que los caballeros no componían poemas para chicas así.

Decidió que asistiría al baile. Podría ayudar a Camille, empezar a prepararla para su debut en Londres y, al mismo tiempo, ayudarse a sí misma a enfrentarse de nuevo al mundo. Si alguien la reconocía y comentaba su cambio con la suficiente sorpresa como para decir algo, lo soportaría.

La alternativa era esconderse.

Y ya había decidido que no lo haría.

Había soportado burlas antes. Susurros también. Por eso se había casado. Esconderse no acabaría con los rumores. Solo lo haría desarrollar una piel más gruesa.

Si había logrado escapar de la muerte, pensó, también lograría eso.



—Tengo muchas ganas de ir a un baile —anunció Caroline en la oscuridad del dormitorio. Estaba despierta cuando Laurence se metió

en la cama—. Pero un baile campestre me vale. De hecho, ahora mismo mataría por bailar con el personal de cocina. He estado demasiado enferma durante demasiado tiempo. Necesito demostrarle al mundo que sigo aquí.

—Estás aquí y aquí te quedarás —respondió él, bostezando—. Ahora, shh. Duerme. Cuanto antes lo hagas, más rápido te recuperarás.

—Me hablas como si fuera una niña —protestó ella—. No lo soy.

—Lo sé muy bien —dijo él, acercándose para atraerla hacia sí.

Caroline no se resistió. Laurence la rodeó con los brazos y le besó la frente. Cuando ella abrió los ojos, sorprendida, él posó los labios sobre los suyos. Sintió cómo respondían, cálidos y suaves, y cómo su cuerpo reaccionaba, acelerado. Pero también percibió el roce de sus costillas afiladas.

Se apartó.

—Ahora duerme —dijo—. Eso también llegará más adelante.

Ella se separó con brusquedad y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Él rió por lo bajo, volvió a estirar el brazo y la atrajo hacia sí, acomodándola en la curva de su cuerpo y cubriendo uno de sus pechos con la mano. Al principio ella se tensó, pero poco a poco se relajó hasta quedar acurrucada contra él.

Laurence apoyó la barbilla en su hombro.

—Shh —repitió, con una sonrisa en la voz—. Duérmete.

Quedaron encajados como cucharas. El cuerpo de Caroline se ajustaba perfectamente al suyo. Al menos esa parte no resultaba en absoluto huesuda, pensó con una sonrisa interior. Su calor creciente impregnó el aire con el aroma de su perfume de fresia.

No le preocupaba que una excitación involuntaria pudiera incomodarla. Seguía siendo muy consciente de su fragilidad y de lo desproporcionadamente fuerte que se sentía a su lado. Lo que de

verdad le aterraba era hacerle daño, físico o emocional. Debía vigilar cada gesto, cada caricia, y evitar a toda costa mostrar rechazo al tocarla.

No: la abrazaba porque ella necesitaba consuelo. Todo aquello era por ella.

Por eso le sorprendió la serenidad con la que, poco a poco, se quedó dormido junto a su cuerpo acurrucado.



—Estás preciosa —dijo Laurence al verla.

Caroline por fin exhaló. No mentía. Podía disimular cuanto quisiera, pero en aquellas semanas ella había aprendido a leer la verdad en sus ojos. Había desarrollado ese talento durante los días en que no confiaba en palabras amables y ahora veía con claridad cómo el azul frío de su mirada se templaba con una admiración sincera. Se regocijó en ello.

Iban a un baile local y, aun así, había tardado más en arreglarse que para su primera presentación en sociedad. Giró despacio ante él.

—¿Te gusta mi pelo?

Laurence rió.

—Lo que puedo ver, astuta.

Su cabello permanecía oculto bajo un gorro francés de satén azul, adornado con flores artificiales. Por la frente y las sienes asomaban mechones de rizos negros que ella había cosido al gorro. Por fin había encontrado un uso digno para una de las pelucas que no había podido llevar. El gorro combinaba con el vestido: azul, con flores bordadas en las mangas largas y abullonadas y en el borde de la falda.

Estaba emocionada, eufórica, encantada. Sentía que volvía a parecerse casi a sí misma. Seguía demasiado delgada y su piel no había recuperado del todo la antigua lozanía, pero se encontraba bien, mucho mejor de lo que habría esperado en tan poco tiempo.

—Estoy bien —dijo con aire satisfecho—. Pero mírate tú. Estás lo bastante elegante para Londres.

Él restó importancia al cumplido.

—Llevo lo que debo llevar. Se diría que un terrateniente se vestiría con menos formalidad, ¿no?

—No —replicó ella—. Un terrateniente es precisamente el tipo de persona que no lo haría.

Ambos sonrieron. Caroline pensó que estaba magnífico. El traje de noche se ceñía a su cuerpo atlético. Los pantalones beige resaltaban sus muslos musculosos; las medias blancas no necesitaban relleno. Sus hombros anchos destacaban bajo la chaqueta, y el pañuelo estaba anudado a la moda. Los rizos castaños, cortos y peinados hacia delante, completaban un conjunto tan masculino como elegante. Caroline sintió orgullo al tomar su brazo y bajar las escaleras hacia el vestíbulo.

—Pero mirad a la estrella de la noche —dijo cuando Camille se reunió con ellos.

—¡Bravo! —aprobó Laurence.

Camille se sonrojó aún más.

—Gracias —respondió con una sonrisa radiante—. Estoy guapísima, ¿verdad?

Llevaba un vestido transparente de seda dorada sobre otro blanco, ceñido a la cintura con una faja marrón rojiza. Disimulaba lo menos favorecedor y realzaba lo mejor. Las flores doradas entretejidas en sus rizos iluminaban su rostro y avivaban sus ojos marrones. Y Camille lo sabía. Habría brillado incluso sin adornos.

—Estamos todos guapísimos —declaró su madre, vestida con un vaporoso violeta y un turbante a juego—. Pero debemos marcharnos ya. Camille y yo iremos con Bernard en la carroza. Caroline y Laurence pueden ir en el carruaje pequeño. Es más cálido.

—Es verano —replicó Laurence con paciencia—. Podemos ir todos juntos.

Caroline lamentó haberlo hecho. No por el calor, sino por lo que dijo su suegra mientras se acercaban a la casa del terrateniente.

—Estás muy guapa, pero este será tu debut —comentó Alyce al entrar en la finca—. Así que te aconsejo que no te tomes a pecho lo que oigas. La gente puede ser descortés, incluso cruel, con los desconocidos.

—¡Mamá! Puede que hoy esté más guapa que nunca, pero he vivido aquí toda la vida —protestó Camille.

—No me refiero a ti, querida, sino a nuestra Caroline —respondió Alyce, mirando por la ventanilla las antorchas que iluminaban el camino—. Oh. Ya hemos llegado.

Era experta en decir cosas imposibles de rebatir, pensó Caroline con amargura mientras el carruaje se detenía. Estaba casi segura de estar recuperando su aspecto y sentía cómo regresaban su fuerza y su determinación. La fuerza, gracias al tiempo, la buena alimentación y el ejercicio. La determinación, porque pensaba demostrarle a su suegra cuán equivocada estaba. Se recuperaría. Volvería a ser ella misma, dijera lo que dijera aquella mujer.

No es que Alyce afirmara nada objetivamente falso. Simplemente elegía los peores momentos para expresar sus preocupaciones. Solo lograba recordarles a Caroline y a Laurence su reciente enfermedad, como si fuera algo vergonzoso que debiera ocultarse. Y aunque sus palabras sonaran amables, Caroline seguía sin convencerse de la intención que había detrás. No, se corrigió. Sí lo sabía. Su suegra no la apreciaba. No había calidez en sus ojos cuando se encontraban, solo frases hechas y una cortesía distante.

Caroline no sabía cómo cambiar aquello. Su propia madre podría… No. Su propia madre solo se enfurecería y empeoraría las cosas. No importaba. Pronto regresaría a Londres, donde la esperaban su madre y una ciudad entera dispuesta a recibirla.

La casa del terrateniente estaba engalanada para la fiesta de cumpleaños de su hija. Los muchachos del lugar, disfrazados de lacayos, reforzaban al servicio. El salón rebosaba flores. Los músicos afinaban. Las velas brillaban por todas partes y ninguna era de sebo, como se apresuró a presumir el anfitrión al recibirlos.

—¡Milord Whitmore! Bienvenido —exclamó—. Y Alyce, nunca has estado más hermosa.

Tomó la mano de la madre de Laurence con exageración y, al ver a Bernard, añadió:

—¡Bernard, muchacho! Mírate, hecho un caballero. ¡Y no! —fingió caer hacia atrás—. ¿Esa es nuestra Camille? ¿Te ha besado el rey de las hadas? Estás magnífica. ¿Verdad, Sally?

Sally y Camille se lanzaron de inmediato a intercambiar cumplidos, mientras Alyce las observaba con orgullo. Bernard se asomó al salón de baile para ver quién estaba allí. Laurence y Caroline permanecieron junto a la entrada.

—¿Dónde está la belleza con la que te casaste, milord? —preguntó el terrateniente, entrecerrando los ojos—. No me digas que no la has traído. ¿O está en casa porque ya está de parto? Mi Martha siempre se ponía mala cuando iba a dar a luz. No salía en nueve meses. Ha sido rápido, milord. Pero no puedo culparte. He oído que era una joya, una auténtica belleza.

—Y aquí está mi esposa, Caroline, Lady Whitmore —dijo Laurence, apretando los dientes.

—Oh —murmuró el anfitrión, enrojeciendo al verla—. No la había reconocido, milady. Estoy quedándome ciego como un murciélago. Necesito gafas, sin duda. —Se inclinó torpemente—. Es un honor conocerla y darle la bienvenida al distrito. Espero verla a

menudo. Y los rumores eran ciertos: es usted encantadora. Por favor, pase y disfrute de la velada.

Caroline entró agradecida de poder sostener el brazo de su marido, porque apenas sentía los pies. Estaba entumecida.

Aquel hombre no la había visto porque no la había reconocido. O, si la había visto, no había creído que fuera la mujer con la que Laurence se había casado.

Y entonces, con una punzada de tristeza, Caroline comprendió que no lo era.

No todavía.

Capítulo 14

Todos los invitados bailaban. Primero, bailes campestres y cuadrillas; después, minués y, más tarde, polcas. Los asistentes del terrateniente no paraban de moverse, girar y saltar, marcando pasos solemnes o entregándose con alegre abandono. A diferencia de las veladas londinenses, allí todos bailaban por turnos: jóvenes y viejos, incluso ancianos o cojos, acompañantes, amigos y parientes pobres que hacían las veces de sirvientes. Todos, excepto los propios sirvientes, los enfermos… y Lady Whitmore con su marido.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que nos vallamos a casa? —preguntó Laurence después de que Caroline rehusara bailar con él una vez más.

Estaban sentados en unas sillas junto al salón, observando a los demás, como habían hecho desde su llegada.

—Estoy bien —respondió ella con firmeza—, y no debemos marcharnos. Tu madre se ha ido porque sabe que estamos aquí y que podemos ocuparnos de Camille.

—Qué extraño —murmuró Laurence, frunciendo el ceño mientras recorría la sala con la mirada—. No es propio de ella ponerse a murmurar ni a jugar a las cartas como hacen tantas damas en estos eventos campestres. No se mezcla con la gente del lugar. Por lo general, vigila a Camille como un halcón.

—Ah, pero sabe que tiene dos halcones con vista de lince para sustituirla —replicó Caroline, recuperando la sonrisa—. Hablando de eso —añadió en voz baja—, mira allí. Tu hermano no aparta los ojos de esa joven del vestido amarillo. No puede quedarse toda la noche pegado a la pared. Seguro que pronto reunirá valor

para invitarla a bailar. ¡Y mira a Camille! Oh, Laurence, ¿por qué no me lo has dicho? No necesita mi ayuda ni la de nadie. ¡Es la joven más popular que he visto nunca!

Ambos miraron hacia donde Camille bailaba una polca con un muchacho desgarbado. El cabello se le había soltado en mechones sobre el rostro encendido por el esfuerzo. No había dejado de bailar desde que llegó, y un grupo de jóvenes aguardaba a que terminara la polca para tomar el siguiente turno como pareja.

—Es popular —concedió Laurence—. Nunca dije lo contrario. Ese es parte del problema. Es tan amable como honesta, y mi madre teme que se conforme con menos de lo que podría conseguir. Quiere que encuentre un marido mejor —es decir, más rico y de mayor rango— que los que hay por aquí. Tal vez lo logre, pero no quiero que las gatas de Londres le arruinen el ánimo en el proceso. Mi hermana necesita a alguien que le enseñe a ser vivaz sin correr el riesgo de que las madres celosas la tachen de salvaje o alborotadora. Y estarán celosas. Los hombres se agolpan a su alrededor.

Caroline asintió. Había visto a jóvenes así, aunque rara vez había tenido trato con ellas. Algunas no eran especialmente agraciadas, pero todas poseían algo indefinible que enloquecía a los hombres. Camille, con su carácter abierto y desenfadado, era una de esas mujeres. Quizá, pensó Caroline, ese fuese el motivo. Nunca había conocido a una joven más sincera, amable y simpática.

Laurence observaba el rostro de su esposa, disfrutando de ella más de lo que lo había hecho en semanas. Estaba volviendo a ser ella misma. Ya no era la gran belleza de antes, eso era cierto. Antes había sido como un cuadro de colores suntuosos y texturas ricas. Ahora se parecía más a un boceto magistral que mostraba lo esencial y dejaba el resto a la imaginación.

Y luego estaban esos ojos. No solo su color los hacía únicos, sino la inteligencia y la emoción que ahora brillaban con mayor claridad.

Ya no la deseaba del mismo modo. Sentía, más bien, un instinto feroz de protección. La enfermedad había suavizado sus aristas. Nunca había sido cruel ni dura, pero sí orgullosa. Aquella nueva Caroline le parecía casi domesticada, y eso no le gustaba. Ser domesticada y haber sido golpeada eran cosas demasiado parecidas para su gusto. Él quería ver de nuevo a la mujer altiva con la que se había casado. No importaba que no fuera tan hermosa como antes. Nada era perfecto. Podía ser feliz con menos, pero quería verla feliz a ella.

—Belle —dijo, poniéndose en pie—. ¿Me honrarías con este baile?

Ella alzó la vista, con una duda visible en aquellos ojos extraordinarios.

—Es la hora —insistió—. O bailas o nos vamos. Sí, soy un tirano, pero están tocando un vals, así que podrás apoyarte en mí si te mareas. Me gustaría bailar con mi esposa, si no te importa.

Le tendió la mano. Caroline la tomó.

Los bailarines hicieron sitio a la nueva pareja. Se había corrido la voz sobre quiénes eran. Y, si hubo susurros al ver que la gran belleza resultaba ser una mujer pequeña, pálida y de aspecto corriente, la mirada de su marido los acalló, al menos a los que él alcanzó a percibir.

El vals continuó y Caroline bailó con Laurence. Era un compañero excelente, atento al ritmo y a sus necesidades. Ya había bailado con él antes, pero entonces estaba demasiado pendiente de las miradas ajenas. Ahora él era su ancla, su puerto seguro. No veía a nadie más. Giraban y se deslizaban mientras él le sonreía y la hacía sentirse viva otra vez.

La música se aceleró y Caroline echó la cabeza hacia atrás, riendo con franqueza cuando los músicos apuraron el paso. El salón giraba a su alrededor. Sonrió a su marido… y casi perdió el compás al ver su expresión.

—Creo —dijo él, guiándola hacia el borde de la pista— que deberíamos parar y recuperar el aliento.

—¡Pero me siento bien!

—Lo sé, y así debe ser, pero necesitas tiempo para adaptarte.

Ella obedeció. No tenía alternativa: él ya la llevaba lejos del centro del baile. Al llegar a un rincón apartado, por fin lo miró, dispuesta a protestar. Entonces vio su expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmada—. ¿Le pasa algo a Camille? ¿A tu madre? ¿A Bernard?

Nunca le había visto esa combinación de consternación, preocupación y compasión.

—Belle —dijo con suavidad—, tu sombrero… o como se llame… se ha caído. Y tu pelo con él.

Se llevó las manos a la cabeza. Notó la cofia desplazada. Los rizos postizos se inclinaban hacia la oreja derecha, mientras que, al otro lado, su propio cabello corto y rizado quedaba a la vista. Intentó recolocarla, pero se detuvo al ver el rostro de Laurence, debatido entre la risa y la alarma.

—Tendrás que ser mi espejo —dijo con sorna—. No pienso cruzar la sala con la cabeza al revés.

Al ver cómo se curvaban sus labios, y pese a la angustia, todo le pareció de pronto absurdamente gracioso.

—¡Cielo santo! —murmuró conteniendo la risa—. ¡Debo de parecer que se me cae la cabeza!

—No. Solo parece que se te mueve el cuero cabelludo. No te preocupes. La mitad de la gente aquí se afeitó la cabeza en su día para llevar pelucas. Están acostumbrados. Ahora bien, en lugar de usar mis ojos como espejos —lo cual me agradaría, pero quizá no funcione—, ¿confiarías en mí para los honores?

Ella bajó la cabeza. Él alzó las manos.

—¡Oh, ahí estáis! —interrumpió una voz.

Caroline levantó la cabeza de golpe. Su suegra se acercaba, seguida de un pequeño grupo.

—Caroline, ¿adivina qué? —dijo Alyce, radiante—. ¡Aquí están algunos de tus amigos! Me pareció verte alejarte del baile, así que los traje.

Cinco figuras bien vestidas se detuvieron ante ella: el conde de Drummond y su esposa; el rubio Oliver Tuner; y Damon Ryder con su deslumbrante esposa. Todos mostraron la misma expresión de sorpresa que intentaron disimular al instante. Las damas luchaban por no parecer horrorizadas; los caballeros se aferraban a una cortesía tensa.

Caroline quedó paralizada. Desde su enfermedad, había tenido pesadillas en las que aparecía en público feliz… hasta descubrir que no llevaba ropa. La vergüenza la despertaba. Aquello era peor.

¿Damon? ¿Su primer y quizá único amor? ¿Drummond, tan mundano y mordaz? ¿Oliver Tuner?

—Podemos volver más tarde —ofreció amablemente el conde de Drummond.

—¡Sí! —exclamó Gillian Ryder con excesivo entusiasmo—. ¡Han empezado una polca! Mi favorita. Ven, Damon.

Como la dama estaba encinta y no bailaría una polca, siguió un silencio incómodo.

Lo rompió la voz de Alyce.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó llevándose una mano a los labios —. Pobre Caroline. ¡Tu pelo! O… lo que le haya pasado a tu bonito gorro. Qué pena, porque lo disimulaba todo tan bien.

Miró a su hijo.

—No sabía por qué os habíais ido solos. Pero tenía tantas ganas de sorprender a Caroline con sus amigos que os seguí. Reconocí al conde… y luego descubrí que todos te conocían. Estaba

tan emocionada que no supe esperar. Ahora lo veo. Seguro que Caroline no quería que la vieran así. ¿Puedes perdonarme, querida?

—No pasa nada, madre —respondió Laurence con paciencia al verla retorcerse las manos.

—No, sí pasa —sentenció ella—. Debemos darle tiempo a Caroline para que se reponga. Nos vamos ahora mismo.

—No —intervino Caroline, respirando hondo—. Buenas noches.

Hizo una pequeña reverencia a los recién llegados. Al incorporarse, Laurence le rodeó los hombros con el brazo y permaneció a su lado. Ella sabía que solo él percibía su temblor, así que encaró al grupo con la sonrisa más luminosa que pudo.

—Como ven —anunció—, me han sorprendido en un momento… delicado. Pero no hay razón para marcharse. He estado enferma, y el diablo anduvo metido en ello. Cuando estaba en mi peor momento me cortaron el cabello para combatir la fiebre.

Se llevó una mano a la cofia mal colocada.

—¡Ahora mírenme! O, mejor, no me miren. No estoy del todo calva como un recién nacido, pero tampoco es muy favorecedor, a menos que les guste el aspecto de una oveja recién esquilada.

Lanzó una mirada a Laurence.

—A algunos les gusta, pero no es precisamente… elegante. En cualquier caso, no me han cortado la lengua, y no los veía desde mi boda. Así que, por favor, no huyan. ¿Cómo están?

Laurence la contempló con una sonrisa orgullosa y enternecida.

—¡Bravo! —exclamó Gilly, la esposa de Damon—. Tienes carácter. Y te diré algo: esa cofia te queda tan bien que pensé que te habías afeitado la cabeza para inaugurar una moda. ¡Y, por Dios, si alguien puede imponerla, eres tú!

Las risas relajaron la tensión.

—¡Gilly! —negó Damon—. Eres la única mujer capaz de provocar un escándalo intentando evitarlo. Pero tienes razón, Caroline: esa cofia azul te sienta muy bien.

—¿Incluso torcida? —preguntó Caroline. Seguía sonriendo, pero la mandíbula le dolía de tanto forzarse.

—Especialmente torcida —terció el conde—. Confiemos en Lady Caroline para inaugurar una tendencia.

Los ojos de Caroline se deslizaron hacia la condesa. En otra vida —le pareció— había competido con aquella mujer por el conde y había perdido. En realidad, había intentado conquistar a cada uno de esos hombres y había hecho el ridículo cada vez. Aquello convertía el momento presente en un mal menor.

No era tan terrible, después de todo.

—El tocado no debería ir torcido —explicó Laurence—. Lo desajusté con mi entusiasmo durante el vals. En cuanto me di cuenta, llevé a mi esposa a un rincón oscuro para arreglarlo. Esperaba que pareciera que queríamos estar solos —añadió, mirando a su madre—. Somos recién casados, ya sabes. Bueno, en realidad, iba a intentar aprovecharme de ello —se quejó en broma para provocar otra ronda de sonrisas—. Estaba a punto de enderezarlo cuando llegaron ustedes. Como ven, soy torpe y lo empeoré.

La condesa ladeó la cabeza para observar a Caroline.

—Tu cabello es precioso y rizado, aunque corto. Creo que en unas semanas prescindirás del gorro. Mientras tanto, ¿quieres que te lo arregle?

—una buena idea —aprobó Gilly—. Yo te ayudo. Oliver, si te colocas delante de nosotras, nadie verá nada.

—Si él se pone delante —comentó el conde con sequedad—, no nos verá nadie ni aunque levantemos un granero.

Las risas volvieron.

—Por supuesto —dijo Oliver, con una reverencia—. Estaré encantado de ayudar. Siempre he deseado serte útil —añadió a Caroline con sinceridad—. Así que, si me disculpas la espalda… Me giraré para distraer a los curiosos mientras hago lo que pueda. Siempre quisiste ver mi espalda, ¿no es así?

Caroline asintió, intentando sonreír como los demás, luchando contra las lágrimas obstinadas que la asediaban desde que enfermó. Aquellos amigos la habían encontrado en su peor momento y, aun así, estaban siendo amables. Y, sin embargo, lo que le hizo querer llorar no fue la vergüenza, sino comprender de pronto que, aunque la hubieran sorprendido, aquel instante no estaba entre los peores.

No. No lo estaba.



—Ha salido bien, ¿verdad? —preguntó Laurence al entrar en el dormitorio más tarde aquella noche.

Caroline lo observó desde la cama. No hacía falta que explicara a qué se refería.

—Mejor de lo que esperaba. Mejor de lo que merecía —admitió en voz baja—. Yo… no fui muy amable con ninguno de ellos cuando estuve en Londres. Tienen pocos motivos para apreciarme. Y, aun así, se portaron de maravilla.

Él sonrió mientras se acercaba a la lámpara para apagarla, hasta que ella añadió, casi en un susurro:

—Es sorprendente lo amables que pueden ser cuando sienten lástima.

Laurence se volvió de golpe.

—Basta —cortó con brusquedad.

Ella lo miró, sorprendida.

—La única lástima que veo es la tuya, Belle. Estuviste muy enferma, es cierto. Pero te estás recuperando y tienes mejor aspecto del que crees. Si aún no eres como antes, pronto lo serás. Nadie iba a echar monedas en tu taza.

Caroline entrecerró los ojos. Tenía el cabello húmedo por el baño; la piel le brillaba incluso en la penumbra, y él parecía fuerte, seguro, imponente. ¿Qué sabía él de perder la confianza en el propio cuerpo? ¿De ver desaparecer aquello que siempre había definido quién eras? Recordó lo segura que se había sentido en sus brazos y se enfadó con él por ello.

—Puede que no me den limosna —replicó con aspereza—, pero tampoco me hacen cumplidos, salvo «oh, no estás tan mal». ¿Qué más pueden decir? ¿«Dios santo, qué te ha pasado»?

—La vida no se reduce a tu aspecto.

—¿Ah, no? ¿Me habrías pedido en matrimonio si fuera fea, bizca o gorda? No lo creo. Te casaste con una mujer a la que apenas conocías, pero a la que te gustaba mirar.

Él quedó inmóvil. No podía refutarlo.

—Pregúntale a cualquier mujer cuánto importa el aspecto —prosiguió ella, encendida—. Mejor aún, pregúntaselo a cualquier hombre. Podrá tener ojos de lucio y barriga de armiño, pero buscará una belleza en su cama.

—Entonces —respondió Laurence con ligereza forzada—, soy afortunado. Yo tengo una.

Caroline se incorporó sobre los codos, los ojos centelleantes, dispuesta a luchar. Él no quería discutir. Lo que ella decía era demasiado cierto y no se sentía orgulloso. Tenía que desviar el rumbo… y distraerse.

Se llevó las manos a la cinta de la bata y vaciló.

—Cielos, es tarde y tenía tantas ganas de acostarme que lo olvidé —murmuró—. No me he puesto camisón.

Era cierto, pero no lo habría mencionado de no habérsele ocurrido una idea providencial.

—¿Te importa si me meto en la cama tal como vine al mundo? —preguntó—. Es un lujo, después de tantos años durmiendo vestido, siempre listo para actuar. ¿Te molestará?

—En absoluto —replicó ella con frialdad—. Duermes tan lejos que podrías llevar armadura y no me daría cuenta.

Él rió entre dientes.

—Mentirosa.

Se despojó de la bata, se metió en la cama y la atrajo hacia sí.

—¿O tu reciente enfermedad ha afectado a tu memoria?

Ella murmuró algo ininteligible. Su desnudez la desarmó. No se resistió; apoyó la cabeza en su pecho. Era extraño y excitante. Solo se había desnudado por completo una vez, la primera noche. Desde la enfermedad, él se había acostado vestido con una camisa, casto como un monje. Pero no había nada de casto en el contacto de su piel cálida contra la mejilla de ella.

Intentó quedarse quieta. Estaba enfadada, sí, pero su cuerpo era tan caliente, tan firme, tan fascinante, que no pudo evitar moverse. No imaginó que él contuviera el aliento. Alzó el rostro; él bajó el suyo.

La besó. Fue un beso dulce, reconfortante, exactamente lo que necesitaba aunque no lo supiera. Buscó más. El roce de la lengua, el sabor embriagador, la impulsaron a desear aún más. Se separaron para respirar y volvieron a besarse. Y otra vez.

Caroline se regocijó al saberse deseada. Por fin tenía algo que ofrecer. Pero iba más allá de la vanidad: él parecía encenderse con su tacto. Intentó acercarse, torpe, forcejeando con la ropa de dormir, hasta que él la ayudó.

Desnuda, suspiró y rodeó como pudo sus hombros anchos. Se inclinó hacia él, piel con piel. Se deleitó con la fortaleza de sus brazos, con la presión creciente de su cuerpo contra el suyo. Se sintió vulnerable y poderosa a la vez. Los pechos se le erizaron y un latido lento comenzó a despertar en su centro. La vida regresaba.

Él la acarició. Su boca descendió de los labios a cada pecho, por turno. Recorrió su cuerpo con las manos, arrancándole estremecimientos. La buscó, y ella se movió, separó las piernas…

Él se apartó y bajó las manos.

—Todavía es demasiado pronto —murmuró, recostándose a su lado.

—¿Qué?

Se incorporó y se pasó la mano por el cabello.

—Es demasiado pronto. No deberíamos… Yo, desde luego, no debería.

Ella se inclinó hacia él hasta quedar frente a frente.

—¡Me siento bien!

—No podemos arriesgarnos a que te quedes encinta, Belle.

—Oh.

Se dejó caer sobre la almohada, torpe y necesitada, abochornada al pensar que él pudiera verla así.

—Pero —añadió él, pensativo— hay otras formas…

La rodeó con los brazos y volvió a acomodarse junto a ella. La besó de nuevo. Tras un segundo de vacilación, Caroline respondió. Los besos se hicieron más profundos y pronto él la acariciaba como si nada los hubiese interrumpido. Su mano se deslizó entre los muslos y, esta vez, no se detuvo. Los separó y la tocó, murmurando palabras tranquilizadoras.

Ella se tensó, luego se relajó. Contuvo el aliento cuando una excitación lenta y desconocida empezó a crecer. Intentó apartarse.

—No —susurró él—. Déjate llevar. Solo siente. Esto estará bien. Esto es para ti.

Apenas comprendía lo que decía. Sentía demasiado. Su mano profundizó y ella jadeó. Los dedos marcaron un ritmo constante que la arrastró con él. El latido ascendió en espiral. Todos sus sentidos se concentraron en un único punto, más allá de todo lo conocido, hasta que aquella vibración deliciosa estalló en una oleada tumultuosa.

—Ahí —le murmuró al oído mientras ella se arqueaba, sin aliento—. A eso me refería.

La estrechó contra sí mientras el pulso se aquietaba y la emoción se disolvía en una languidez satisfecha.

Y aunque el deseo lo punzaba, Laurence sonrió, consciente de haber hecho algo bien. No había sido compasión. Había sentido carne firme bajo sus manos y respuesta en sus labios. Caroline lo había deseado de verdad. Se sintió aliviado, pese a la incomodidad. Tendrían tiempo después. Toda una vida.

Intentó relajarse, pero notó su inquietud. Creyó haberle dado paz, pero ella se incorporó sobre un codo y lo miró, frunciendo el ceño.

—Pero tú… —balbuceó—. No has disfrutado nada. ¿Qué puedo hacer?

Nunca dejaba de sorprenderlo. Que pensara en su placer lo conmovía.

—Oh, podrías hacer muchas cosas deliciosas —respondió, tocándole la nariz—. Pero esta noche no. Estás cansada y es tarde. Prefiero que nos encontremos a la vez. De otro modo me sentiría como un maestro dando lecciones, más objeto que deseo.

Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Sí —murmuró, extendiendo la mano sobre su corazón—. Como suele ocurrir con las mujeres.

Él cubrió su mano con la suya y sonrió. Así que no había olvidado —ni perdonado— la discusión que había desencadenado todo aquello. Bien por ella.

Se acomodó y, al sentirla moverse, el deseo volvió a despertar.

—Por otro lado… —dijo despacio—, dado que eso puede tardar, quizá deberíamos reconsiderar esa lección más adelante.

—¿Dentro de un tiempo? —preguntó ella, de pronto alerta.

—Sí —murmuró, mientras su mano descendía por su espalda hasta la suave curva de sus nalgas—. Cuando vuelva de Londres y…

—¿Cuando vuelvas de Londres? —exclamó ella, incorporándose.

Laurence suspiró. Había dicho algo de más, o en el peor momento posible. Y supo, sin necesidad de más palabras, que aquella noche no habría tiempo para lecciones.

Capítulo 15

-No lo mencioné antes porque no quiero ir y lo he estado posponiendo. Pero ya no puedo —explicó Laurence mientras Caroline se incorporaba contra las almohadas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. He estado usando mi experiencia marinera para construir mi… nuestro futuro. Conozco los barcos, la reputación de sus capitanes, los puertos que frecuentan y qué mercancías se compran a buen precio. Procuro mantenerme al tanto de lo que conviene vender aquí para invertir en esas empresas. Y he navegado lo suficiente para entender mareas y ciclos del tiempo, de modo que puedo prever cuándo llegarán las tormentas y qué peligros pueden retrasar a un capitán en sus contratos.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Una carta no me dirá lo que averiguo en una tarde de taberna junto a los muelles. Los chismes de marineros sobrios se convierten en noticias de mercado en un día. Necesito ese día extra. Por eso, y por otros asuntos, debo estar allí. Al menos, no puedo ausentarme tanto tiempo. Nunca fue mi intención, pero nuestra luna de miel se alargó más de lo previsto.

Esbozó una sonrisa. Caroline no se la devolvió.

—Volveremos para la presentación de Camille en septiembre —repuso ella, contrariada.

—Sí, pero septiembre es dentro de una semana, Belle.

Caroline parpadeó.

—El tiempo ha pasado —añadió él con cautela al verla sorprendida—. Tú aún no estás lista para volver, pero yo debo

hacerlo, aunque sea por un tiempo. Hay cosas que no pueden esperar.

—Pero Camille…

—Camille puede esperar. Puede debutar en primavera.

Caroline guardó silencio. Laurence se inclinó, le dio un beso rápido en la mejilla y volvió a tenderse. Se acomodó bajo las sábanas buscando una postura cómoda. Había sido difícil decírselo, pero ya estaba hecho.

—Ahora duerme —pidió—. Hablaremos mañana.

Cerró los ojos. Caroline permaneció erguida.

—No —dijo por fin, en la oscuridad.

Él abrió los ojos.

—Tengo que volver a Londres —murmuró, somnoliento—. Regresaré tan pronto como pueda. Estarás bien aquí. Duerme.

—No. Yo también voy. Y Camille también. Y se acabó.

—Belle —protestó, cansado—, te has alterado por una tontería esta noche, solo porque se te cayó la cofia. Londres está lleno de gente cruel que vive del chisme, y cuanto más falso, mejor. A mí me pareces hermosa, pero tus estándares son más altos. ¿Cómo vas a lidiar con eso? Será mejor dejarlo para primavera, cuando todo vuelva a su sitio.

—Se lo prometí a Camille para este otoño —replicó—. Perdí la noción del tiempo, pero el tiempo ha seguido corriendo, y yo también. Puede que no tenga el aspecto que quisiera, pero lo soportaré. Si tú puedes.

No le dio margen para responder.

—No me quedaré aquí sola, escondiendo la cabeza bajo una… cofia.

Él rió por lo bajo.

—Tienes tiempo. No salgo hasta dentro de una semana. Puedes reunirte conmigo más tarde, si quieres. No decidas ahora. De hecho, mejor no digas nada a Camille ni a mi madre hasta estar segura.

Cerró los ojos y ya se deslizaba hacia el sueño cuando ella volvió a hablar.

—Haré las maletas.

—Como quieras —murmuró—. Pero ¿podrías dormirte primero?

La habitación quedó en silencio.

—Quizá sea mejor esperar —dijo Caroline al cabo de un momento.

—Lo que tú quieras —susurró Laurence—. Lo que te haga feliz.

Ella se acomodó, acurrucada contra su espalda amplia y cálida. El calor invitaba al sueño, pero demasiadas preguntas reclamaban respuesta.

¿Estaba lista para volver?

La idea la aterrorizaba. Ya no era hermosa. Sin duda los rumores volaban hacia Londres. Si regresaba demasiado pronto, daría nuevos motivos para murmurar. Pero si nunca recuperaba su belleza, ¿qué sentido tenía esperar?

Además, si no estaba allí cuando él volviera, la habladuría la pintaría como una gárgola escondida. Si aguardaba, quizá su retorno sería triunfal. Ni siquiera de eso podía estar segura.

Quedarse en Hollyfields, con la distante madre de Laurence y la expectante Camille, era la alternativa. Bernard regresaría al colegio. Quedarían ellas y el servicio. Sin presión, podría seguir recuperándose en paz. Hollyfields no era un mal lugar.

Pero estaría vacío sin Laurence. Y le había prometido a Camille su temporada. Ya la había retrasado una vez. Camille había

hecho tanto por ella que merecía su recompensa. Caroline sabía cuán doloroso era que le arrebataran un regalo así.

Sus padres estaban en Londres. Anhelaba verlos. Su padre sabría qué decir; su madre, qué hacer. Sonrió al imaginar la fiereza protectora de su madre. Si la gente murmuraba, su madre estaría allí; solo habría que vigilar que no pusiera a nadie en su sitio en público. La sonrisa se desvaneció. Murmurarían. Y Camille podía esperar a la primavera.

Mientras tanto, Laurence estaría en Londres: fiestas, bailes, teatro, conciertos y mujeres hermosas por todas partes, de alta y baja cuna, con alta y baja moral. Mujeres de las que oiría hablar y muchas más de las que jamás se enteraría. Cortesanas, actrices, esposas juguetonas, toda clase de mujeres discretas.

La otra opción era permitir que él viera a esas mismas mujeres y luego la mirara a ella y comparara. Una cosa era encontrarla atractiva cuando era la única mujer a la vista. Muy distinta, medirla frente a aquella competencia sin arma alguna.

Tenía razón, pensó. Era una decisión que llevaba tiempo gestándose.

La cuestión era si ella lo tenía.



Caroline llegó pálida y con los párpados pesados al desayuno. No había dormido. Laurence le había dado una semana para decidir, pero ella detestaba la indecisión. Un instante quería partir; al siguiente, esconderse hasta sentirse preparada. Con el ánimo cambiante, optó por callar. ¿Quién mejor que ella sabía cómo la vida trastoca cualquier plan?

Agradeció no haber tenido ocasión de decir nada. Todos estaban ocupados comentando la fiesta. Evitaron con cuidado

mencionar el incidente de la cofia o el encuentro con los viejos conocidos, pero no pudieron dejar de hablar de los amigos de Laurence y de cómo la popularidad de Camille auguraba un triunfo en Londres.

—Por mucho que me gustaría quedarme para seguir con las perspectivas de Camille, tengo que ir a hacer de señor feudal —anunció Laurence al terminar—. Primero veré a Thomson, que tiene un problema con el techo. Luego prometí pasar por la casa de los Driscoll: tienen un nuevo par de potros que quieren enseñarme. Volveré a la hora del té.

—¡Oh! ¿Puedo ir? —saltó Camille—. Quiero verlos. He oído que tienen gran potencial.

—Buena idea —bostezó Bernard, exagerando—. Creo que yo también iré.

—¡Ya veremos cómo te apartamos! —rió Camille—. Lo que él quiere ver es a Mary —le confió a Caroline—. La hija de los Driscoll. Acaba de cumplir dieciséis y está demostrando algo más que potencial, como Bernard descubrió anoche.

—Seguro que eres demasiado joven para pensar en nada serio, ¿no, Bernard? —intervino Alyce, alzando la vista del plato.

—Son los caballos lo que quiero ver —insistió él—. ¿Cómo voy a tomar nada en serio? Con mi mesada no compro ni una pulga de un caballo —añadió, lanzando una mirada agria a su hermano.

—Tienes dinero, —replicó Laurence—. Siempre te pasa lo mismo. La cantidad no importa.

Se inclinó y besó a Caroline en la mejilla.

—Bueno, me voy. Si queréis venir, buscad los sombreros.

En pocos minutos, la sala quedó vacía, salvo por Caroline y Alyce. Caroline se dispuso a inventar una excusa para marcharse. Siempre se sentía incómoda con su suegra, y esa mañana más aún. Tal vez lo ocurrido la noche anterior —llevar a Damon y a los demás — había sido un accidente. Nunca estaría segura.

—Caroline, querida —la llamó Alyce.

Caroline se sorprendió al ver lágrimas en aquellos ojos apagados.

—¿Puedes perdonarme lo de anoche? No quise herirte. Me siento tan necia por haberte impuesto a esas personas. Por favor, perdóname.

—Por supuesto —mintió Caroline—. Olvidémoslo.

—¡Ojalá pudiera! Es tan difícil… No debería serlo, y lo sé, lo que lo hace peor. Podría pedirte un paseo por los jardines o invitarte a mi salón. Pero nunca lo hago, ¿verdad? Sonaría extraño, y quiero que nuestra conversación sea natural. —Suspiró—. Ese fue otro error por el que espero tu perdón. Debes pensar que soy una mujer dura. Pero mi prioridad son mis hijos y, al estar tan centrada en ellos, no te he mostrado mi amistad. Por eso también te pido perdón.

Caroline tomó, de forma espontánea, la mano delgada y fría de la mayor.

—Te perdono de corazón —dijo—, pero no hay nada que perdonar.

—Yo, más que nadie, debí comprender cómo te sentirías al volver con nosotros como volviste. Yo también fui hermosa, aunque ahora cueste creerlo.

—¡Qué disparate! Sigues siendo encantadora —replicó Caroline—. Cualquiera vería que debiste de ser una gran belleza.

Alyce alzó la barbilla.

—Lo era. Pero ahora…

Caroline iba a protestar cuando una sensación incómoda la atravesó: estaba repitiendo, palabra por palabra, las mismas seguridades que exigía de Laurence. No era agradable reconocerlo.

¿Y por qué Alyce solo se disculpaba por no reconocer la pérdida de su belleza? ¿Por qué no por no ayudarla a adaptarse al nuevo hogar? ¿No comprendía que llegar como esposa a una casa

extraña tras una enfermedad desesperada había sido tan angustioso como perder el atractivo?

Quizá —pensó Caroline, con culpa— porque para Alyce no era tan importante.

—Eres muy amable —retomó Alyce—. Y con ese espíritu… Oh, cielo, ¿cómo decirlo? Quiero pedirte un favor, y no lo merezco.

Caroline frunció el ceño. Ahora sí, lágrimas auténticas corrían por las mejillas de Alyce. Aquello distaba mucho de la mujer que creía conocer.

—Dime —la animó—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Es una cuestión de dinero.

Caroline la miró, muda.

—Dinero —repitió Alyce, retirando la mano para secarse con un pañuelo—. Sí. ¡Qué ridículo! Verás, anoche hice algo que nunca hago. Como tú y Laurence estabais con Camille, tuve libertad. Acepté participar en un juego amistoso con varias damas. No comprendí que ellas conocían las habilidades de las demás, a diferencia de mí, y que se propusieron sacarme dinero. Perdí mucho. No llevaba esa suma, así que ofrecí vales. Por honor, esperan que pague, como dicen los caballeros.

Caroline soltó una risa incrédula.

—No es tan grave.

—Me temo que sí. El dinero de mi casa no alcanza, ni sumando lo poco que guardo. Nunca te lo pediría si no fuera imprescindible…

—Por supuesto —la interrumpió Caroline, avergonzada por la necesidad ajena—. Te daré el dinero.

—Préstamo —precisó Alyce, con rapidez.

—Sí, pero ¿por qué no se lo pides a Laurence? Le divertiría.

Alyce palideció.

—Oh, no. Por favor, no se lo digas. Sé que suena ridículo, pero prefiero que no sepa que fui tan tonta. Como sabes, cometí una gran estupidez al casarme con un hombre en quien no debí confiar. En realidad, por eso estás aquí, ¿no? Para ayudar a reparar aquel daño.

Miró a Caroline, que se quedó muy quieta. Caroline se sintió dividida entre el disgusto y la perplejidad. ¿Intentaba Alyce ganarse su amistad o mantenerla a distancia?

—He pasado años tratando de recomponer mi reputación ante mis hijos y ante el mundo —prosiguió—. No pagar lo que debo al vecindario sería devastador para nuestro nombre. Pensarían que soy como Peter, mi último marido. Decirle a Laurence que perdí esa suma por estupidez me destrozaría. Pero tú apenas me conoces; es más fácil pedírtelo.

La entrevista era de lo más extraña. Quizá aquella fuese la única forma que una mujer tan orgullosa tenía de solicitar un favor.

—Está bien —cedió Caroline—. Te daré el dinero. ¿Cuánto es?

Alyce dijo la cifra. Caroline se quedó sin aliento.

—¡Pero no tengo tanto! ¡Por Dios! ¿Cómo pudiste perder tanto tan rápido?

Alyce se encogió de hombros.

—Jugaban fuerte. Y supongo que pensaron que la señora de la mansión podía permitírselo, aunque ahora esa señora seas tú, ¿no?

Caroline hizo cálculos mentales.

—Nunca necesité efectivo; los comerciantes me conocían y, si no, podía firmar —murmuró—. Solía llevar alguna suma para pequeños gastos. Y mi madre me dio una buena cantidad antes de la boda. Tengo casi todo lo que necesitas. Pero no todo.

—¿No podrías pedírselo a Laurence? —sugirió Alyce—. Te debe bastante. No habrás gastado nada enferma, y él es muy

generoso.

—Supongo —dijo Caroline, todavía contando.

—Bien, él puede darte más. Sabía que podía contar contigo.

Alyce se levantó.

—Espero que mantengas tu palabra y no le digas una palabra. Si lo hicieras, me enteraría; él nunca me oculta un secreto. Ah, y ¿podría tener el dinero esta noche? Gracias, querida. Ahora me siento mejor.

Salió, dejando a Caroline dolida y confundida. No le gustaba que le recordaran por qué Laurence se había casado con ella, ni mendigar favores, menos aún a su esposo, que había sido generoso desde el principio.



—Oh, oh. Así que por eso te casaste conmigo —bromeó Laurence cuando, con las mejillas encendidas y vacilante, al fin le pidió el dinero aquella noche, mientras se preparaban para bajar a cenar—. Eres una cazafortunas.

—No me mires así. Bromeo —añadió de inmediato, tomándole los hombros—. Podrías haberte casado con cualquier hombre que hubieras querido. He sido un necio. Por supuesto que necesitas tus propios fondos. Debí darte una asignación desde el primer día. En cuanto llegue a Londres lo arreglaré con el señor Greer, mi banquero. Así no tendrás que pedírmelo a mí: se lo solicitas a él. Ahora, ¿cuánto necesitas ya?

Ella se lo dijo. Él alzó una ceja, pero la detuvo con un gesto.

—Bien. ¿Lo necesitas ahora?

Ella asintió.

Parecía desconcertado, pero fue al armario, abrió un cajón y sacó la cartera.

—No llevo tanto encima, pero está en la caja fuerte de abajo. ¿Lo quieres esta noche?

—Sí, por favor. Para no recordártelo ni pedírtelo de nuevo. Ya me cuesta bastante.

—Bajo a por ello. Vuelvo enseguida. ¿De acuerdo? Oh, Belle…

Se acercó y la abrazó.

—Qué mujer tan orgullosa —le susurró—. No pongas esa cara. Soy yo quien debería avergonzarse por no haberlo pensado.

—¿Les das una asignación a tu madre y a Camille? —preguntó ella, procurando sonar casual.

—Sí —respondió él, y dijo cuánto.

Caroline abrió mucho los ojos. Ya no volvería a inquietarse por las finanzas de Alyce, aunque le asombraba cómo una mujer tan comedida se había dejado arrastrar por el juego.

—¿De acuerdo? ¿Todos en tu mundo están ahora bien situados?

Él rió por lo bajo.

—Ahora vuelvo.

Salió. Caroline suspiró. Odiaba ocultarle nada, pues se sentía como si lo engañara. Pero estaba comprando la amistad de su suegra. Quizá algún día se lo contaría y se reirían… o suspirarían. Con tal de hacerlo juntas.

Laurence regresó con el dinero y se lo entregó. Ella lo tomó con cautela, como si quemara.

Él no supo qué decir: parecía más que avergonzada; parecía enferma otra vez.

—Vamos —dijo con suavidad, levantándole la barbilla con un dedo—. El orgullo está muy bien, pero se supone que debo

mantenerte. Yo debería avergonzarme. Tendría que haberlo previsto; nunca debiste pedírmelo.

—Gracias —susurró ella.

—Bien, hablando de fondos, bajaré a hablar con Bernard de sus últimas solicitudes. No se parecen a las tuyas, querida. Tú no tienes mano pesada con los dados ni juegas demasiado a las cartas como él —rió—. Guarda tu dinero y esa cara triste; nos vemos en la cena.

Cuando se marchó, Caroline fue al escritorio, sacó el pequeño alijo de un monedero de cuero, añadió los billetes y lo cerró. Abrió la puerta, se asomó al pasillo y, al no ver a nadie, salió y recorrió deprisa el corredor hasta el dormitorio de Alyce, apretando el paquete contra el pecho.

Llamó. Le sorprendió que fuera la propia Alyce quien abriera de inmediato.

—Vi a Laurence bajar a su estudio —susurró—. Te estaba esperando. ¿Lo tienes?

Caroline le tendió el paquete.

—Bien —dijo Alyce, tomándolo—. Gracias.

Y le cerró la puerta en las narices.

Caroline se quedó boquiabierta, herida y desconcertada. Luego se irguió, respiró hondo, se volvió con el rostro ardiendo y se encaminó hacia la escalera.

Había pagado mucho dinero, sí.

Pero había valido la pena.

Le había permitido tomar una decisión.

La cena fue aún más animada de lo habitual. Camille no dejaba de elogiar a los potros gemelos y se enfrascó en una conversación entusiasta sobre sus virtudes. En la mesa de Laurence, la charla nunca decaía, algo que Caroline empezaba a apreciar en su nueva familia. Hablaban casi tanto como su madre.

No fue hasta más tarde, en un breve silencio mientras Camille y Bernard atacaban los postres, cuando Caroline pudo hacer su anuncio.

—¿Sabes qué? —dijo a Camille, radiante—. Iba a ser una sorpresa, pero no puedo aguantar más. ¡Nos vamos a Londres la semana que viene! Con Laurence.

Laurence ladeó la cabeza y miró a su esposa mientras Camille soltaba un gritito.

—¡Oh, qué noticia! —exclamó—. ¿Verdad, mamá?

Alyce fingió sorpresa. Bernard empezó a quejarse de que lo enviaran al colegio justo cuando algo tan emocionante estaba a punto de ocurrir.

Caroline miró a Laurence. Se alegró al comprobar que él le devolvía la sonrisa, satisfecho con su decisión.

—Necesitaré que Nancy venga conmigo, Laurence —pidió Camille—. Debo llevarla. Mamá quiere conseguirme una buena doncella francesa, pero sin mi Nancy estaría perdida. Ella conoce mis gustos, y lo que no me gusta es tener que complacer a una criada nueva además de todo el mundo desconocido que voy a encontrar. Al menos déjame estar cómoda en casa. Dime que puedo traerla, por favor.

—No tengo que entrar tan pronto al colegio —protestó Bernard—. Puedo ir primero a Londres con vosotros, ¿no?

—Qué maravilla —intervino Alyce con voz fría—. Tendré que ponerme manos a la obra de inmediato para preparar un viaje tan inesperado. Bernard, irás al colegio. ¿No te parece, Laurence? Camille, no molestarás a tu hermano. Nunca dije que no pudieras

traer a Nancy; solo que necesitaremos a alguien experto para arreglarte el cabello en Londres. Ah, y Laurence, necesitaré fondos adicionales para hacer todo esto con tanta premura. Habrá muchos gastos necesarios y costosos; me temo que también necesitaré dinero en efectivo.

—Puedes cargarlo todo a mi cuenta, como siempre, madre —repuso Laurence con ironía—. Mi crédito es excelente, incluso en Londres.

—Pero necesitaré efectivo —insistió Alyce—. Propinas para los criados, *pourboires* para las modistas, incentivos para acelerar los vestidos. Con un poco más se accede a las mejores telas y a las últimas adquisiciones de cualquier guantería o casa de modas. Pequeños extras por servicios adicionales; ya me entiendes.

—Gracias a Dios, no —rió Laurence—. Pero no te preocupes: me aseguraré de que tengas fondos suficientes para la incursión de Camille en la ciudad.

—¡Londres! —canturreó Camille—. ¡Estoy deseando llegar!

Caroline miró a su suegra con curiosidad antes de añadir:

—Sí, yo también.

Y lo decía de verdad.

Capítulo 16

Ella no podía creer que pudiera volver a ser tan feliz. No sabía si se lo merecía, pero Caroline se sentía como si volara en lugar de viajar en carruaje camino de Londres. Seguía viva después de haber estado a punto de morir y cada día se sentía más fuerte. Se había casado por conveniencia y para salvar las apariencias, y había descubierto que estaba unida a un hombre que se volvía más importante para ella con cada jornada. Era atractivo, inteligente y amable. Su tacto despertaba sensaciones que jamás habría imaginado y sus palabras sanaban su espíritu. Lo más sorprendente de todo era que parecía aceptarla incluso ahora, cuando ya no era una gran belleza ni la estrella de la ciudad por la que avanzaban. Y estaba de nuevo en el hogar de su corazón. Hubo un tiempo en que pensó que jamás regresaría.

No importaba si debía esconderse; aquel era un lugar donde podía hacerlo y observar.

—¡Londres! —exclamó, asomándose a la ventanilla—. ¡Mira! ¿No es maravilloso?

—Todo ese entusiasmo… —comentó Laurence con una sonrisa —. Pero no es nada nuevo para ti. Eso tendría que decirlo Camille.

—Estoy demasiado impresionada para hablar —susurró Camille desde la otra ventana, contemplando el tráfico, los pregoneros, las multitudes y el bullicio incesante del mediodía londinense.

—Nunca me canso de verlo —aseguró Caroline—. Todo sigue igual, aunque haya estado fuera lo que parece una eternidad.

La sonrisa de Laurence se desvaneció.

—Pero ahora no es lo mismo —intervino Alyce con suavidad —. Al menos no para ti, querida.

Laurence giró la cabeza y fulminó a su madre con la mirada.

—¡Dios mío! —se llevó una mano al pecho—. Qué expresión tan feroz. ¿Qué creías que quería decir, Laurence? Solo le estaba recordando a Caroline que ahora es una mujer casada. No comentaba su aspecto, sino su estado civil. ¿Sigues mirándome así? ¡Ay, Dios mío! Vas a pensar que estoy insinuando algo sobre su antigua reputación. Sé que será la más fiel de las esposas. Ay, Dios mío, solo estoy empeorándolo, ¿verdad?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hoy en día hay que medir cada palabra —murmuró en su pañuelo—. Y eso solo lo hace todo peor. Nunca heriría a propósito los sentimientos de tu esposa.

No cuando lo hacía tan bien sin querer, pensó Caroline, mientras Laurence respondía con cansancio:

—Lo sé. Por favor, no llores, madre.

—Tiene razón —intervino Caroline—. No se preocupe, señora —añadió, esperando haber acertado—. He entendido perfectamente lo que quería decir.

Alyce abrió mucho los ojos.

—¿Señora?

Caroline disimuló una mueca.

—¿Prefieres que te llame madre también?

—Ay, querida, eso me hace sentir muy mayor.

—Entonces, ¿cómo deseas que me dirija a ti? —preguntó Caroline, consciente de lo extraña que resultaba aquella conversación tras tres meses de matrimonio con su hijo. Se dio cuenta de que nunca antes se había dirigido a ella por ningún nombre, pues sus intercambios habían sido breves, impersonales y poco frecuentes.

—Las variantes de "madre" no sirven, porque tú ya tienes una —respondió Alyce—. Alyce estará bien, ¿te parece?

—Alyce, entonces —aceptó Caroline, prometiéndose seguir como hasta entonces y no usar ningún nombre salvo que fuera imprescindible.

Alyce había aceptado el dinero que Caroline le había dado con un agradecimiento breve y distante. Luego le había deseado buenas noches con frialdad. Nunca volvió a mencionar el asunto. Si Caroline había esperado que aquel favor le granjeara su simpatía, se equivocaba. Nada había cambiado entre ellas, salvo la ciudad.

—¿Es Hyde Park por donde estamos pasando? —preguntó Camille con entusiasmo—. Estoy deseando ir a montar allí. ¿Es cierto que se puede ver a la flor y nata?

—Sí, a los Corinthians —respondió Laurence—, y a otros caballeros elegantes o aspirantes a serlo.

—No —rió Camille—. Me refería a los caballos, no a los caballeros.

Caroline y Laurence intercambiaron una mirada divertida, pero Alyce reprendió a su hija:

—Lo primero que debes hacer es conseguir la ropa adecuada para poder siquiera salir de casa. Hemos venido a presentarte en sociedad, que era el único propósito de tu hermano al casarse… —se detuvo y rectificó, mirando a Caroline—: al trasladarse a Londres, después de todo.

—Eso está muy bien —replicó Camille con aire presumido—. Belle conoce los mejores sitios para arreglarme. En un abrir y cerrar de ojos estaré vestida como una princesa. ¿Podemos ir al parque, Belle? No quiero renunciar a nuestros paseos, aunque mi malvado hermano solo me haya dejado traer dos perros a Londres. Tanto Muffin como Rags necesitarán ejercicio tanto como nosotras.

Caroline no miró a Laurence, pero sabía que él reprimía una sonrisa. Se preguntó qué diría Alyce del plan. Una dama podía

pasear por el parque con un pug en brazos o un pequeño spaniel sujeto con una correa. Muffin y Rags eran nombres encantadores, pero los perros eran dos largos y entusiastas retrievers de campo, demasiado impetuosos para la caza y poco fiables para cualquier trabajo. Aun así, eran los mejor educados de la perrera de Camille.

—No —dictaminó Alyce, como Caroline esperaba.

Pero lo que añadió a continuación la dejó rígida.

—Caroline no puede, o más bien no debe, acompañarte. El propósito de esta visita es hacerte aceptable para la alta sociedad.

La expresión de Laurence se volvió tormentosa mientras su madre continuaba, ajena a ello:

—Me temo que la aparición de nuestra Caroline dará tanto que hablar que te ignorarán por completo.

—¡Madre! —rugió Laurence.

Camille, consternada, miró a Caroline en busca de apoyo.

—No, tiene razón —intervino Caroline, alzando una mano para silenciar a Laurence—. Estoy de acuerdo. De hecho, he hecho mis planes en consecuencia.

Se volvió hacia Camille.

—Quiero que te diviertas y que encuentres un buen marido. Pero si tu entrada se ve eclipsada por la aparición de la otrora bella y ahora cambiada Lady Caroline, sin duda pasarás inadvertida. Lo sé —añadió—, no soy una gárgola. Pero se hablará de mí, y lo sabes. No es algo que me apetezca, y no estoy segura de poder soportarlo todavía. No te preocupes; no voy a esconderme, al menos no durante mucho tiempo.

Laurence la miró con intensidad. Ella negó con la cabeza.

—No habría venido si pensara hacerlo. Prefiero una gran reaparición después de Camille. Creo que será lo mejor, incluso si no hubiera pasado por una enfermedad tan… interesante. Puede que para entonces vuelva a ser yo misma. Si es así, iré contigo, acallaré

los chismes y la atención recaerá donde debe. ¿Y si no? Sea como sea —añadió con un destello de su antigua altivez—, lo afrontaré.

Respiró hondo y continuó:

—Mientras tanto, podemos hacerlo todo igual. Camille puede vestirse sin que me vean con ella. Las modistas pueden traer telas y patrones a casa, y…

—Pero yo quería ir contigo a ver las tiendas y los modelos —se lamentó Camille—. La moda no me importa tanto. ¡Quería divertirme hablando de ello contigo! Tú conoces a todo el mundo; podrías contarme historias y pasaríamos un rato maravilloso. Mamá, sé que tú también quieres ir —se apresuró a añadir—, pero Belle sabe mucho más de lo que se lleva ahora.

—Sin duda puedo aprender —respondió Alyce con rigidez.

—¡Tengo una idea magnífica! —anunció Caroline, adelantándose a la tormenta—. Conozco a una mujer que domina las últimas tendencias, tiene un gusto exquisito y, además, es una compañía deliciosa, al tanto de todos los cotilleos. Tiene tiempo y ha dicho que le encantaría encargarse de tu presentación. Pensaba verla esta tarde, si llegábamos a tiempo. Puedes venir conmigo. Y lo mejor —añadió, al ver que Alyce comprendía de quién hablaba y guardaba silencio—, nadie podrá decir que mi madre te eclipsará.

Camille sonrió.

Laurence tuvo que reprimirse para no aplaudir.

Caroline estaba tan nerviosa por su cita con Rhys Godwin como por la posibilidad de cruzarse con alguien conocido de camino a visitarlo. Habían acordado una hora en la que él le prometió que no tendría otros pacientes. Aun así, Caroline llevaba una pelisse larga y un sombrero negro que le ocultaba casi todo el rostro, y corrió desde el carruaje hasta el despacho de su pulcra casa adosada. Laurence la acompañó; no quiso oír hablar de que fuera sola.

La enfermera de Rhys, una mujer alta, delgada y severa, fue a anunciar su llegada. El cirujano salió de inmediato y los recibió con visible inquietud.

—Milady —saludó, tomando la mano de Caroline e intentando ver bajo la sombra del sombrero—. Por favor, pasen a la consulta y díganme qué les duele.

—No me duele nada —respondió ella al instante, y luego rió —. Bueno, quizá sí, pero ahora solo me duele la vanidad. He perdido mi belleza y soy tan vanidosa que casi me mata.

—Déjeme ver —pidió Rhys con seriedad—. Si entra en mi consulta, ¿podría quitarse el sombrero y el abrigo?

Caroline asintió.

—Laurence, ¿prefieres esperar fuera? —preguntó el cirujano.

—¿Es necesario? —replicó él.

Rhys miró a Caroline.

—No hay mucho que mi marido no haya visto —respondió ella con una tristeza serena—. No tiene sentido que me esconda de él ahora.

La consulta estaba presidida por una larga camilla de madera. Había también un escritorio con los instrumentos a la vista y un armario alto repleto de frascos con líquidos, polvos y lo que parecían raíces y semillas secas. La luz del sol entraba por las ventanas altas y por una claraboya en el techo. Caroline frunció la nariz ante el intenso olor herbal que impregnaba la estancia y entrecerró los ojos al ver los instrumentos de aspecto siniestro. Aun así, dejó que Laurence la ayudara a quitarse la pelisse. Se retiró la cofia, apartó la mirada de los hierros del escritorio y se quedó de pie, con la cabeza gacha, bajo la luz.

Laurence se metió las manos en los bolsillos y esperó, intentando verla como lo haría el médico. En las últimas semanas le había parecido más fuerte de lo que ahora parecía. Allí, en silencio, despojada de gestos y palabras, solo quedaba el cuerpo. Sin su

porte ni su ingenio para distraer la mirada, resultaba evidente lo mucho que aún le faltaba por recuperar. Le horrorizó haberle permitido regresar tan pronto a Londres.

Su cabeza seguía pareciendo demasiado grande para aquel cuerpo esbelto, y aquella dignidad orgullosa resultaba dolorosamente frágil, coronada por el escaso cabello que empezaba a crecer. Laurence sintió una punzada de vergüenza al recordar que había hecho el amor con ella. Estaba claro que todavía no estaba completamente bien.

Rhys, en cambio, parecía encantado.

—Muy bien —dictaminó, rodeándola con mirada experta—. Excelente. Ahora, ¿podría sentarse en la camilla para examinarla con más detalle?

Le auscultó el corazón, examinó sus manos, le pidió que tosiera, que tensara los músculos, observó su lengua y las plantas de los pies.

—Perfecto —concluyó al fin, con una sonrisa satisfecha—. Todo está como debe estar. Continúe haciendo lo que ha estado haciendo. Espero que la señora Wyndham le haya enviado suficientes preparados para seguir tomándolos aquí en Londres.

Caroline soltó una pequeña risa.

—Una bolsa llena… y casi otra, con instrucciones detalladas.

—Excelente. Coma muchos huevos, beba leche fresca, duerma lo suficiente y haga ejercicio moderado. No dude en escribirme si tiene cualquier duda. —Se aclaró la garganta y, evitando la mirada de Laurence, añadió—: ¿Sus ciclos han vuelto a la normalidad?

—Sí —respondió Caroline.

—Muy bien —asintió Rhys—. Continúe con el aceite de hígado de bacalao para devolverle brillo al cabello.

Caroline hizo una mueca.

—Lo sé, es repugnante —admitió él—, pero eficaz. El cabello se está espesando; devolvámosle el lustre. Llevará tiempo, pero no veo ninguna razón por la que no pueda volver a estar exactamente como antes, a más tardar en Navidad.

Caroline suspiró. El otoño acababa de comenzar y la Navidad se le antojaba lejana.

—Por lo demás, evite las corrientes de aire, no se salte las comidas y mantenga horarios regulares —continuó Rhys—. Puede beber alcohol con moderación; la cerveza y la ale incluso le sentarán bien. Vuelva a verme dentro de un mes. Ahora puede volver a ponerse el sombrero, aunque dejar que el sol y el aire den en el cuero cabelludo le sería beneficioso. Laurence, sé que ya lo ha visto todo, pero puede dejar que su esposa se arregle sola, ¿no?

Laurence sonrió y salió con Rhys al pasillo. Cuando cerraron la puerta, se volvió hacia su amigo.

—Ahora dime la verdad —pidió con gravedad—. ¿Todo lo que le has dicho es cierto?

Rhys se ofendió.

—Jamás miento a mis pacientes, salvo cuando van a morir, y eso solo porque no sirve de nada decírselo. Tu esposa está muy bien.

Laurence carraspeó.

—¿Lo suficientemente bien como para… las cuestiones matrimoniales?

—Oh —Rhys lo miró con expresión extraña—. ¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —repitió Laurence.

—No tiene nada que ver con ella —se apresuró a explicar—. Es solo que nunca te había visto tan evasivo con estos asuntos. ¡Y tú, que eres marinero! El matrimonio te ha cambiado.

—Si dejas de reírte —gruñó Laurence—, ¿podrías responderme?

—No hay ningún impedimento —afirmó Rhys—. Estuvo enferma, pero ya no lo está.

—Aunque no lo bastante como para tener hijos —insistió Laurence.

—Oh, ¿ahora practicas la medicina? —replicó Rhys con ironía —. No tenía noticia. Pero no, nunca he dicho eso. Está sana, aunque no tan fuerte como cuando te casaste con ella. Si decides esperar, no hace falta que te enumere las alternativas que pueden aliviarte a ti y proporcionarle a ella un consuelo similar, si así lo desea. De lo contrario… bueno, mejor no te digo lo que te sugeriría —concluyó al ver la expresión sombría de Laurence—. Además, las atenciones de un marido suelen hacer maravillas por el ánimo de una mujer, y ella misma ha dicho que su vanidad está herida.

Lo miró de frente.

—¿Quieres que te lo explique con detalle o prefieres un libro? Tengo uno reservado para estas ocasiones, con ilustraciones. Es de un autor hindú antiguo. No es para damas… aunque, en cierto modo, sí lo es.

—Ah, el Sutra —murmuró Laurence—. Por Dios, Rhys, no hacía falta. Lo leí en Eton… no, lo memoricé, como la mayoría. Y, como recordarás, tengo experiencia. —Dudó—. Entonces, ¿esas prácticas no retrasarán su recuperación?

—No, si ella las disfruta. Si no fuera así… bueno, mi enfermera podría hablar con ella.

—No es necesario —se apresuró a decir Laurence—. Te aseguro que no lo es. Más bien al contrario.

Rhys sonrió.

—Muy bien. Hay médicos que sostienen que las damas de buena cuna no deberían experimentar el éxtasis. Mi esposa opina que a esos hombres no se les debería permitir vivir. Y te recuerdo que ella es mucho más refinada que yo.

Laurence rió, no por la broma, sino por el alivio que lo invadía. No podía dejar de sonreír.

—¡Entonces estoy realmente bien! —exclamó Caroline al abrir la puerta y verlo con aquella expresión.

—Así es —respondió él con ternura—. Y lo estarás cada día más, te lo prometo.



—¿Dónde has estado todo el día? —reprendió Caroline a Laurence, dejando el cepillo del cabello y mirándolo con el ceño fruncido cuando él entró en el dormitorio.

Cuidaba su pelo recién crecido con una mezcla de paciencia y melancolía, cepillándolo cada noche, buscando si había ganado siquiera un milímetro durante el día. A Laurence le parecía que así tenía un aire travieso, casi pícaro, y se lo comentó.

—Dirías cualquier cosa con tal de llevarme a la cama —se burló ella—. Pero dime, ¿dónde has estado?

—Trabajando, como te dije. Ahora… ¿qué hay de ese asunto de nuestra cama?

Caroline le tendió los brazos.

Él rió, la alzó sin esfuerzo y la estrechó contra sí.

—Sí, es hora del remedio milagroso del doctor Whitmore —bromeó mientras la llevaba hacia la cama.

Durante la semana transcurrida desde que Rhys asegurara que Caroline evolucionaba muy bien, Laurence se había acostado con ella cada noche. Cada noche la había amado con cuidado y ternura, sin llegar al final, conteniéndose, pero asegurándose de que ella encontrara la calma suficiente para dormirse con facilidad entre sus brazos.

No le había pedido más, aunque deseaba mucho más.

Ahora, entre risas, cayeron juntos sobre la cama. Se desvistieron, se besaron y se acariciaron como habían hecho todas las noches desde la primera vez que la tocó de verdad. Sus manos y su boca la llevaron una vez más al clímax. Pero, a diferencia de otras veces, Caroline no se durmió de inmediato, acurrucada a su lado.

—Hay más cosas que puedo hacer por ti —murmuró al fin, con un susurro serio, mientras permanecían abrazados—. Tú mismo lo has dicho… y me lo han contado.

—¿Ah, sí? —preguntó él con cautela—. ¿Y quién te lo ha contado?

Por un instante imaginó a la severa enfermera de Rhys instruyéndola con gesto adusto, y juraría que el solo pensamiento le enfrió la sangre.

—En casa —respondió ella, evitando mirarlo—. Los criados. Y en reuniones… otras mujeres. Hablaban de formas en que un caballero podía quedar… satisfecho, aparte de hacerlo de la manera habitual.

Él sonrió, encantado.

—Así que existen otras formas —dijo, intentando que su voz sonara tranquila—. ¿Estás segura de que quieres saber más?

Ella asintió, y sus rizos cortos le rozaron la barbilla.

—Lo que tú haces por mí… —susurró, bajando la voz— yo también puedo hacerlo por ti, ¿no?

—Qué alumna tan aplicada… o debería decir curiosa —respondió él, divertido—. Sí, en cierto modo. Muy bien. Lo intentaremos mañana por la noche, si así lo deseas. Hay algo de anatomía involucrada, algo de latín y un poco de francés, como seguramente ya habrás oído.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

—Laurence… —preguntó más tarde—. ¿Por qué no vienes a mí… como hiciste la noche de nuestra boda?

Él se pasó la mano por el cabello.

—Porque todavía estás demasiado débil para tener hijos.

—Rhys no me dijo eso. ¿Te lo dijo a ti?

—No hizo falta. Cuando parezcas lo bastante fuerte como para cargar conmigo a la espalda, estarás lista para tener un hijo mío. Y, según él, eso será pronto, así que más me vale comportarme.

—Sí, será mejor —respondió ella con una sonrisa, acurrucándose contra él.

Un comienzo excelente, pensó Laurence, adormilado. Era asombroso cómo Caroline se transformaba cuando estaban juntos en la cama, como si toda corrección social se disolviera.

Había supuesto que una mujer como ella daría por sentadas sus atenciones. ¿Había cambiado por la enfermedad? ¿O por el cuidado y la paciencia? ¿O siempre había sido así, y él no lo había visto?

No iba a quejarse, fuera cual fuera la razón. Aquella intimidad era un triunfo. Caroline estaba radiante. En cuanto a él, había encontrado cierto alivio, aunque seguía con la sensación de que podría morir de frustración.

Pero no olvidaba lo rápido que ella había enfermado ni lo cerca que había estado de la muerte. Aún no estaba preparada para recibir toda su pasión, y él estaba decidido a esperar hasta que lo estuviera. Entretanto, sabía que había muchas otras cosas que podían compartir.

Se quedó dormido con una sonrisa, pensándolo.



—Llevará un vestido rosa pálido —explicó Caroline mientras ella y Laurence caminaban detrás de Camille, que avanzaba a grandes zancadas con sus dos exuberantes perros—, un tono que pensé que no le favorecería con su piel. Pero mi madre eligió la tonalidad más suave y pidió que añadieran un sobrevestido plateado para atenuarlo, y le queda precioso. Nos hará sentir orgullosos.

Laurence apoyó la mano sobre la pequeña mano enguantada que descansaba en su brazo y le sonrió. Había insistido en acompañarlas en aquellos paseos matinales por el parque.

—Necesitas algo más que un lacayo a tu lado —le había dicho a Caroline—. Además, lo disfruto. Es prácticamente el único momento que pasamos juntos estos días —añadió, con una mirada cálida.

—¿Y las noches? —había susurrado ella.

Habían compartido sonrisas cómplices.

Ahora, Laurence la contemplaba con placer. Ella llevaba un sombrero que ocultaba su cabello y realzaba su perfil delicado. Siempre se ponía una pelisse en esos paseos, incluso en los días templados, para que nadie adivinara su figura. Pero cada noche él veía y sentía cómo su cuerpo se redondeaba de nuevo. Pronto, se prometió…

No le sorprendía el deseo que le despertaba, pero sí la oleada de emociones que lo invadía cuando simplemente la veía sonreír. Se había casado por conveniencia y había recibido mucho más de lo que esperaba, más de lo que siquiera sabía que podía existir. Sin embargo, no estaba preparado para decírselo, del mismo modo que aún no se sentía listo para hacerle plenamente el amor. No era solo por la salud de ella, sino por su propio orgullo.

Habían sido realistas respecto a las razones de su matrimonio. Ella no podía saber que sus sentimientos habían cambiado; él mismo apenas empezaba a aceptar esa verdad. Quizá los de ella no lo hubieran hecho. Caroline lo apreciaba, de eso estaba seguro. También le gustaba, y disfrutaba de sus atenciones físicas. Pero se

preguntaba si su corazón llegaría alguna vez a implicarse. Temía haber perdido el suyo para siempre.

Eso era algo con lo que jamás había contado.

Ella era una maravilla constante. Femenina y valiente, inteligente y sensata, con una mente bien informada. Le gustaba hablar con ella, reír con ella. En resumen, se descubría profundamente enamorado, para su propio asombro. Si ella no correspondía a sus sentimientos, no podía culparla. Al fin y al cabo, su matrimonio había sido un acuerdo. Ella no lo había traicionado. Él sí, al enamorarse.

—Camille debe de estar ya lista para la presentación —seguía diciendo Caroline—. Suena como si fuera un ganso relleno dispuesto en una bandeja, ¿verdad? Pero no lo es. Es muy vivaz. Le hemos pedido que salte menos y que cuide su lenguaje, porque habla como una mujer de cuadra. ¡Pero creo que causará sensación!… ¿Por qué estás tan callado? —preguntó al notar su silencio.

—No estoy callado. Estoy asombrado. Tú y tu madre sois como dos capitanes de barco antes de la batalla. Los hombres de Londres no tienen la menor oportunidad. Igual que yo no la tuve.

El comentario fue suave, pero tuvo que esforzarse para mantener la expresión serena. Se sorprendió al sentir cómo se le calentaban las orejas mientras aguardaba su reacción. Qué absurdo resultaba: eran íntimos y, aun así, en muchos aspectos seguían siendo desconocidos. Se acostaba con ella todas las noches y ella acogía sus caricias con entusiasmo. ¿Acogería del mismo modo unas palabras torpes sobre sus sentimientos?

—¿No tenías ninguna oportunidad? —preguntó Caroline—. Pero tú no buscabas un matrimonio por amor.

Abrió la boca para responder, pero ella añadió:

—Como yo tampoco, claro.

Cerró los labios. Del mismo modo que estaba retrasando entregarle su cuerpo por completo, tampoco entregaría su corazón

hasta saber con certeza que sería bien recibido. Por orgullo… y porque no podía olvidar su reputación. Decían que jugaba con los hombres porque no podía conseguir a los que realmente deseaba. Que tenía una lengua afilada a la altura de su ingenio y que la usaba sin piedad con pretendientes desafortunados. Era famosa por su trato despectivo.

Laurence lo sabía antes de casarse y entonces no le importó. Ahora sí. Estaba unido a ella para toda la vida. Podía soportar que no lo amara. Lo que no podría soportar era su desprecio.

—Dime —preguntó con aparente ligereza—, ¿qué vas a ponerte?

—¿Importa?

—Para mí, desde luego.

—No te deshonraré —dijo ella, abriendo la sombrilla y ocultándole incluso el perfil.

—No —susurró él—, nunca lo harás.

Capítulo 17

-¿Lo crees? ¿De verdad lo crees? —preguntó Caroline.

—No digo cosas que no piense —respondió Camille.

—Yo tampoco —añadió la madre de Caroline.

Alyce guardó silencio.

Caroline volvió a mirarse en el espejo. Hacía mucho que no lo hacía con detenimiento. Aquella noche, sin embargo, tenía un motivo de peso. Había cedido a las súplicas de Camille y se disponía a realizar su primera aparición pública en Londres desde su matrimonio y su enfermedad. No quería despertar compasión y, sobre todo, no quería provocar sensación alguna. Ese papel pertenecía a Camille, y ella lo respetaría.

Camille estaba perfecta, pensó Caroline con un orgullo que no intentó ocultar: una joven lista para un baile, preparada para buscar su lugar en el mundo. Seguía siendo más robusta de lo que dictaba la moda londinense, pero llevaba un vestido impecable, el peinado realzaba su rostro y la expresión le brillaba de entusiasmo. Todo estaba en su sitio. Ahora le tocaba a Caroline asegurarse de no arruinar aquel momento.

Camille había argumentado que si Caroline se quedaba en casa, los rumores serían peores que si acudía al baile. Caroline lo aceptó a regañadientes. Sabía que no podía aspirar a deslumbrar; ni siquiera era posible. Solo pretendía mostrarse lo bastante digna como para frenar cualquier murmuración. Aquella noche era para Camille.

Se observó una vez más. Una mujer delgada, vestida con un sencillo traje azul oscuro, la miraba desde el espejo con atención

contenida. La preocupación era inevitable. Su figura resultaba aceptable, aunque sin la redondez en brazos y pecho que imponía la moda. El rostro triangular estaba claro, no pálido; los ojos, grandes y de un azul intenso, seguían siendo llamativos. Y el cabello… sorprendente. Corto como el de un muchacho, una maraña de rizos apretados, sujetos por una cinta estrecha. Parecía la cabellera esculpida de un fauno de mármol en un jardín clásico.

Aquella mujer no era la deslumbrante Lady Caroline que Londres recordaba. Y, sin embargo, a Caroline ya no le importaba. Solo deseaba no resultar escandalosa.

Se apartó del espejo y miró a Camille con decisión.

—No haría nada que te arruinara esta noche —aseguró—. Eso me dañaría más que quedarme en casa. Así que, por favor, sé franca conmigo. Dime si crees que debería no ir, o si estaría mejor con un turbante. Quería guiarte y estar a tu lado toda la velada, pero las primeras impresiones son decisivas. Tu madre y la mía pueden ayudarte con el protocolo igual que yo; Laurence estará allí, y también mi padre. Tendrás apoyo de sobra. Yo ya estoy casada con tu pobre hermano —añadió con una risa forzada—, así que mi futuro está asegurado. Esta noche es tuya. ¿Me quedo o voy?

Camille soltó una carcajada franca.

—Vas a venir, mi querida Belle. Y si te niegas, te arrastraré al salón tirando de tu pelo, que ya está lo bastante largo para eso. Lo haré aunque grites como una loca. ¿No sería una primera impresión maravillosa?

Caroline frunció el ceño.

—¿Estás segura de que no me iría mejor un turbante?

—Pregúntale a Laurence —respondió Camille, satisfecha—. Belle… vas a ser la reina del baile.

—No —replicó Caroline con solemnidad—. Aunque pudiera, no lo sería. La reina serás tú.

Se cogieron del brazo y descendieron por la larga escalera, seguidas por sus madres. Laurence y el padre de Caroline aguardaban al pie.

—¿Qué has hecho con mi hermana? —bromeó Laurence al ver a Camille—. Criatura hermosa y cruel, devuélveme a mi hermana ahora mismo.

—¿De verdad crees que voy a conquistar Londres? —preguntó Camille.

—Considéralo conquistado. Pero me traes un problema: tendré que empezar a rechazar pretendientes en la puerta.

Laurence se volvió entonces hacia su esposa. Caroline saludaba a su padre.

—¡Mírate! —exclamó el conde, tomándola de las manos mientras daba un paso atrás para contemplarla—. Confieso que me dolió cuando enviaste aviso de que preferías verme esta noche. Pero ahora lo entiendo. Querías sorprenderme, y lo has conseguido. Estás más guapa que nunca.

La abrazó con fuerza.

—Demasiado delgada —observó al separarse, frunciendo el ceño—. No es que no te siente bien —añadió enseguida—, pero estaba acostumbrado a verte con más redondez.

—Oh, dentro de poco habrá mucho más de mí —rió ella, secándose los ojos.

—¡Caroline! ¿Voy a ser abuelo?

—¡No, no! —exclamó horrorizada—. Solo quería decir que he estado comiendo bastante.

—Vivo con esperanza —repuso él.

Ella bajó la vista y jugueteó con los guantes.

—Como todos nosotros —intervino Laurence con suavidad—. Pero ahora debemos irnos. Londres merece conocer a dos hermosas jóvenes.

Caroline lo miró.

—A mi hermana, por primera vez —sonrió él—. Y a milady… que ha regresado.



—¡Todo Londres debe de estar aquí! —exclamó Camille, poniéndose de puntillas para observar el abarrotado vestíbulo mientras esperaban su turno para ser presentados.

—No, solo quienes importan —replicó la madre de Caroline, muy satisfecha.

Caroline permaneció en silencio, rígida como una estatua. Miraba al frente. Laurence tomó su mano y notó que temblaba. Sabía que estaba aterrorizada; casi podía oír el latido acelerado de su corazón. Le dolía que no se apoyara un poco más en él, pero admiraba su valor, como siempre.

Había entregado el abrigo a un lacayo y mantenía la espalda erguida, firme cuanto podía. Vestía con elegancia, pero ya no era la exquisita Venus que había dejado Londres en primavera. Era encantadora, sí, con un aire más juvenil. Aun así, Laurence pensó que nunca la había visto más hermosa. Sabía que lo creería fuese cual fuese su aspecto, porque su juicio estaba nublado por un sentimiento que no se atrevía a confesar ni a sí mismo: estaba perdidamente enamorado.

Camille no le preocupaba; su energía y buen humor conquistarían cualquier salón. Era su esposa quien lo mantenía en vilo. Aquella multitud, sus comentarios y opiniones, significaban demasiado para Caroline. Laurence le apretó la mano. Ella lo miró, como si hubiera olvidado por un instante que él estaba allí. Le dolió. Y le hizo comprender lo lejos que aún tenían que llegar, ocurriera lo que ocurriera esa noche.

Cuando anunciaron sus nombres, la tomó de la mano y, con Camille del otro lado, entraron en el salón de baile.

La gran sala brillaba bajo centenares de luces. Las flores trepaban en guirnaldas por columnas y balcones, y la orquesta interpretaba una melodía vibrante que competía con risas y conversaciones. Laurence se relajó: parecía imposible que una mujer tan menuda causara una impresión inmediata en un lugar así.

Pero lo hizo.

Las cabezas se giraron. Las voces se apagaron. Las miradas se fijaron en Caroline como si una corriente invisible hubiera recorrido la sala. Laurence sintió una oleada súbita de odio irracional hacia todos los presentes.

Caroline, sin embargo, no vaciló. Sostuvo su leve sonrisa como un estandarte. Laurence la miró y supo que acababa de perder para siempre lo que le quedaba de corazón.

Los primeros en acercarse fueron Damon Ryder y su esposa, Gilly. Laurence se tensó. Aquel hombre sabía que sus palabras tendrían peso. Casi lamentó no haber seguido su primer impulso: llamar a todos sus antiguos conocidos y suplicarles elogios. El terror de lo que Caroline diría si lo descubría lo detuvo. Ahora temía más por ella que por sí mismo.

—Milady —saludó Damon inclinándose sobre su mano—. Veo que se ha recuperado por completo. Y, más aún, se ha reinventado. Está espléndida.

—¡Me encanta su peinado! —añadió Gilly Ryder.

La mano de Caroline se alzó hacia sus rizos cortos, pero se detuvo a mitad de camino. Laurence no supo si ella interpretaba aquellos elogios como burla. Él también dudó.

—¿Escucho bien? —arrastró la voz el conde de Drummond al acercarse con su esposa—. Me parece oír el sonido de docenas de tijeras trabajando. Milady —se inclinó sobre la mano de Caroline—, creo que tendrá ocupados a los peluqueros de Londres durante

semanas. Mi amor —añadió, mirando a su esposa—, avísame antes de cortarte el cabello; no creo que muchas puedan lucirlo como ella.

—No temas, Drum —respondió la condesa—. Ojalá pudiera, pero no me favorecería.

—A Lady Whitmore le queda encantador —prosiguió Drummond—. Un gran avance respecto a los peinados de la generación pasada, ¿no? ¿Cómo llamaría a esto?

—Bueno, yo fui una víctima —repuso Caroline con gracia—, pero lo llamaría… la resurrección. Me lo hicieron cuando creían que moriría si no lo hacían.

—¡La mitad de esta sala morirá si no sigue su ejemplo! —exclamó Gilly—. Ojalá tuviera rizos. Me lo cortaría ahora mismo si pudiera verme como tú.

—Lady Caroline siempre ha sido ingeniosa —comentó una voz grave.

Caroline se tensó. Era Sebastian Fairmont. Había sido uno de sus pretendientes, y ella lo había tratado con crueldad en más de una ocasión. Esperaba un comentario mordaz.

—Nos preocupamos por usted —dijo él con sinceridad—. Me alegra verla de nuevo.

—A mí también —añadió su esposa, sonriendo con calidez.

—No es solo el cabello —intervino otra voz profunda.

El gigante rubio, Oliver Tuner, se unió al grupo. En su mirada había auténtica admiración.

—Se ha transformado y, aun así, sigue siendo excepcional. Ha vuelto, milady, y me alegra verla.

—Puede alegrarse, Oliver —sonrió Caroline—, pero prefiero que mire a quien me acompaña. Esta es mi cuñada, la señorita Ashford, nueva en la ciudad. Y mi único propósito aquí es protegerla de sinvergüenzas como usted.

Oliver se llevó una mano al pecho.

—Me hiere, milady. No la escuche, señorita Ashford. Aunque parezco un elefante, soy un cordero.

—Me parece que está usted en magnífica forma —respondió Camille, observándolo—. Dígame, ¿cuánto pesa? Creo que necesitaría una montura robusta, de al menos diecisiete palmos.

—Prefiero decírselo mientras bailamos —sonrió él—. ¿Me reservará un baile?

—Con gusto —respondió Camille—. Aunque solo sea porque un compañero de su tamaño me hará parecer encantadoramente pequeña.

La madre de Laurence soltó un suspiro resignado mientras los demás reían. Caroline sonrió por primera vez con verdadera sinceridad.

—Y aquí están nuestros amigos lord Wycoff y su esposa —anunció Drummond cuando una pareja vistosa se acercó.

—No necesita presentarnos —dijo el recién llegado, un caballero moreno y apuesto—. Lady Whitmore es pariente lejana, aunque últimamente demasiado lejana. ¿Cómo está, milady? Laurence, afortunado: tu esposa está de nuevo en plena forma. Nos preocupamos por ella.

—No había razón —respondió Caroline alegremente—. Ya soy yo otra vez.

—A la vista está —dijo Oliver.

Y también lo veía Laurence… con una mezcla de ira y tristeza creciente, durante el resto de aquella larga noche.



Laurence se quedó junto a la pared del fondo, donde apenas llegaban la luz y el sonido de la música. Desde allí podía ver y oír

perfectamente; quizá demasiado bien.

Caroline estaba bailando. Llevaba bailando desde que había entrado en el salón. Sin embargo, solo había bailado una vez con él. En cuanto terminó aquella pieza, Laurence la puso en manos de su padre, que, riendo, se la entregó al conde de Drummond. A partir de ahí, Caroline fue pasando de un caballero a otro: primero sus antiguos pretendientes, luego nuevas conquistas, y eran muchas. Aquella noche había acumulado docenas.

Desde las sombras, Laurence la observaba bailar y reír, conversar y dejarse rodear por admiradores, retomando con naturalidad su papel entre los caballeros de la alta sociedad. Llevaba su alianza en el dedo, pero no había ninguna otra señal de que necesitara algo más de él.

Era cierto que presentaba a Camille a cada uno de sus compañeros de baile y que estos, muy correctos, invitaban luego a su cuñada a la siguiente pieza. Pero aquello no bastó para acallar las dudas de Laurence. Caroline había regresado a su elemento y, desde donde él estaba, no parecía necesitar ayuda de nadie para desenvolverse.

—Me alegro de volver a verte, Laurence.

La voz sonó muy cerca de su oído. Se volvió.

Una mujer de belleza exótica, de cabello oscuro, le sonreía. Llevaba el pelo negro recogido, sujeto por un elaborado peine de carey, del que escapaba un largo rizo que caía sobre uno de sus pechos pequeños y altos, realzados por el pronunciado escote de su vestido de talle alto. El tono de la tela armonizaba con el rojo intenso de sus labios.

Angélica era una de las pocas mujeres que Laurence conocía capaces de usar carmín sin ser expulsadas de los círculos respetables, quizá porque sabía demasiado de la vida privada de quienes los componían como para que alguien se atreviera a criticarla.

Hija de un barón inglés y de una dama española, nunca se había preocupado por su reputación. Sus amantes tampoco. Se bromeaba con que se había casado pronto y a menudo. Cuando Laurence la conoció en España, ya había enviudado dos veces. Y aunque compartieron bastante más que un agudo sentido del humor, él nunca se había sentido tentado de convertirse en su tercer marido.

—¡Angélica! —exclamó—. Creía que estabas en Lisboa.

—Lo estaba. Pero cuando murió sir Frederick vine a acompañarlo en su último viaje.

—Mis condolencias —respondió Laurence, inclinando la cabeza—. No lo sabía.

Ella agitó el abanico con un gesto leve.

—¿Cómo ibas a saberlo? Te marchaste meses antes, sin despedirte. Te busqué, ¿sabes?

—No lo sabía. Y no creí necesario hacerlo. Nos habíamos separado semanas antes, cuando supe que pensabas casarte con sir Frederick.

—Oh, Laurence, pero tú siempre fuiste necesario. Sir Frederick, por amable que fuera, tenía edad suficiente para ser mi padre.

Él decidió ignorar el halago evidente.

—¿Y dónde está tu pequeño amigo Philippe? —preguntó—. ¿O ahora eres demasiado inglesa para llevarlo como adorno? Creo que un mono animaría esta velada.

—No sobrevivió al viaje, pobrecillo —respondió ella—. Lo echo de menos.

Sonrió, ladeando la cabeza.

—Me sorprende que tú también lo recuerdes. Siempre me pedías que lo encerrara y cubriera la jaula cuando yo… te entretenía.

—Angélica, querida —dijo Laurence, forzando una sonrisa—, no es un tema que debamos seguir evocando. Por muy agradable que fuera para ambos, ahora estoy casado. ¿Ves a esa dama encantadora, con vestido azul oscuro, que baila con ese joven teniente? Es mi esposa. Caroline, Lady Whitmore.

Angélica apenas giró la cabeza para seguir la dirección de su mirada.

—Lo sé —respondió—. La cuestión es si ella también lo sabe.

Al ver que él arqueaba una ceja, añadió:

—Vamos, Laurence. Tu esposa es famosa. Incluso en Lisboa había oído hablar de ella. Y ahora compruebo que los rumores eran ciertos: hermosa, ingeniosa y deliciosamente coqueta. Ha bailado con todos los caballeros solteros esta noche… y con unos cuantos casados. Sé que es tu esposa y te felicito; es un premio. Pero también está muy solicitada y muy ocupada, mientras que tú, claramente, no lo estás.

Laurence no respondió. Permaneció inmóvil.

Aquello pareció divertirla.

—Así que —continuó con gravedad estudiada—, si te apetece retomar nuestra amistad, no creo que haya dificultad alguna. Desde luego, no por mi parte. Ni por la suya, supongo —añadió, señalando con el abanico hacia la pista.

Laurence siguió aquel gesto y vio cómo Caroline salía de los brazos de un soldado alto, de casaca roja, para caer de inmediato en los de otro compañero ansioso: un hombre delgado, de aire poético, que tenía más cabello que ella.

—Sí —respondió él con fingida indiferencia—. ¿Y ves adónde se ha ido el caballero que acaba de dejarla? A bailar con la joven alta de rosa. Esa es mi hermana. Mi esposa está reclutando muy bien para ella esta noche, ¿no te parece?

—Oh, sí. La guerra se habría ganado mucho antes si todos los reclutadores amaran tanto su trabajo —ronroneó Angélica—. Vamos,

Laurence. Por entretenida que sea esta charla, nos conocemos demasiado bien para rodeos. No es mi estilo, ni el tuyo, según recuerdo. En cambio, los otros enredos en los que solíamos meternos eran muy agradables. Si no me falla la memoria.

Volvió a señalar a Caroline.

—Lo que es bueno para uno, lo es para el otro, ¿no? Sería la última en criticar las actividades de tu esposa, pero su gusto me desespera.

Clavó la mirada en el nuevo acompañante de Caroline y se estremeció con exagerado desagrado.

—Un poeta. O alguien que sueña con parecerlo. Qué horror. Esos jovencitos enjutos siempre están más interesados en sus propios estados de ánimo que en sus parejas; más les valdría hacer el amor con sus espejos. ¿Y el anterior? Esos soldados robustos tan a menudo no lo son tanto en realidad.

Se hizo un breve silencio, que ella aprovechó para estudiarlo.

—Pero hay caballeros —añadió con una sonrisa lenta— tan capaces y competentes que no necesitan uniformes ni artificios. Sigues estando en forma, Laurence. Nunca fuiste dado a los excesos… al menos en tu persona. En tus capacidades, gracias al cielo, sí. O gracias al cielo en su momento. Y ahí quería llegar. ¿Te interesa retomar nuestra amistad? Esta vez no hay ataduras posibles. Sé que no puedes casarte conmigo, pero eso no significa que no podamos divertirnos.

Seis meses, pensó él. Habían compartido seis meses de puro placer. Ella había sido una amante generosa e imaginativa, con un cuerpo largo, esbelto y flexible, que utilizaba sin inhibiciones. Nunca mostraba timidez ni vacilación; se movía con la seguridad de quien se siente a gusto en su propia piel. Podía cruzar los pasillos de su villa vestida solo con aquella piel olivácea, sin vergüenza, divertida por la reacción que provocaba.

Lo recordaba todo con nitidez.

Y, aun así, había sido capaz de dejarla sin mirar atrás.

En cambio, no podía apartar los ojos de su esposa, ni siquiera ahora. Ya no era la forma de hacer el amor lo que lo atraía, sino la persona con la que lo hacía.

—Te lo agradezco, pero no —respondió en voz baja, girando la cabeza hacia la pista—. Eres encantadora y me honra tu ofrecimiento. Pero no es posible. No se trata de moralidad, aunque quizá te sorprenda saber que tengo principios. Es, querida Angélica, una simple cuestión de necesidad. Solo hay una mujer para mí, y ya la he encontrado.

—¿De veras? —preguntó ella, con frialdad.

En aquella sola palabra había matices que él no recordaba haberle oído nunca. Tal vez no la conocía tan bien como pensaba.

—Ya veo —continuó—. Y también veo que el amor enturbia la vista, como dicen los poetas. Qué curioso. Porque, mi querido Laurence, no parece que tu esposa comparta tu loable sentido de la fidelidad, ¿no crees?

Él esbozó una sonrisa tensa.

—Solo si los puritanos tienen razón y bailar un vals equivale a hacer el amor. Pero no es así. Y, de serlo, imagina qué mundo tan extraño sería este.

—Te dejo con tu amor y tus ilusiones —replicó ella secamente, inclinando la cabeza—. Antes eras mucho más entretenido. Tendré que buscar a alguien tan divertido como solías ser tú. Quizá debería preguntarle a tu esposa. Parece conocer a todos los hombres de esta sala.

—Al menos —respondió él con la misma frialdad—, todos los hombres aquí quieren conocerla, a juzgar por la fila.

Hizo una breve reverencia.

—Buenas noches, Angélica. Buena caza.

Ella se dio la vuelta y se alejó.

Laurence permaneció allí, sin apartar la mirada de Caroline. Tenía la incómoda sospecha de ser un necio consumado. Porque no la vio mirar en su dirección ni una sola vez.

Pero ella no dejó de sonreír.

Y él no volvió a sonreír en toda la noche.

Capítulo 18

Laurence se despidió de su hermana y de su madre cuando el grupo llegó a casa tras el baile, en las primeras horas de la madrugada. Se mantuvo en silencio mientras su hermana y su esposa reían juntas, todavía charlando animadamente sobre los cotilleos que habían ido desgranando desde que subieron al carruaje para volver a casa. Su madre parecía cansada. Él, por su parte, conservaba una expresión cortés.

—Creo que ha ido bien —comentó Laurence por fin, mientras las acompañaba hasta la escalera.

—¿Y bien? —exclamó Camille—. ¡Oh! No recuerdo haberme divertido tanto. Creo que bailé con todos los hombres que había allí. Y no pisé más de diez o doce pies en total.

—Has tenido un gran éxito —observó su madre.

—En cuanto a eso, me pregunto cómo lo sabes, mamá —repuso Laurence con curiosidad—. Desapareciste pronto. Debías de estar muy segura del éxito de Camille. Me dijeron que dejaste un recado diciendo que te ibas a jugar a las cartas con las damas. Espero que hayas ganado.

Ella sonrió débilmente.

—No mucho. Pero ahora estoy muy cansada. Quizá he pasado demasiado tiempo en el campo. No estoy acostumbrada al horario de Londres y esta noche siento el peso de los años.

—Más vale que te acostumbres —dijo Camille—, porque me han invitado a docenas de bailes, veladas y fiestas. ¡Y quiero ir a todas!

—Tu nueva hermana puede acompañarte —indicó su madre.

—Lo haré, y con mucho gusto —aseguró Caroline alegremente—. Mañana revisaremos las invitaciones y elegiremos las mejores. —Se estiró con placer—. Oh, pero yo también estoy cansada. Buenas noches —dijo a Camille, y le dio un beso en la mejilla—. Has tenido un éxito rotundo. Todos los caballeros con los que he bailado me han dicho que vendrán de visita. Los que no estaban casados, claro. Y a los que estaban casados y me preguntaron lo mismo les dije exactamente a quién podían visitar. Espero que les haya gustado la idea de encontrarse con todo ese fuego y azufre. —Soltó una risita.

—Buenas noches, Alyce —añadió Caroline con mayor reserva.

Empezó a subir las escaleras y se volvió.

—¿Subes? —preguntó a Laurence al advertir que no la seguía.

—Dentro de un rato.

—Bueno —dijo—, me voy a la cama. ¿No estás cansado?

—Tengo algunas cosas que hacer antes de dormir.

—Yo no puedo mantener los ojos abiertos ni un momento más —declaró Caroline—. ¿No es extraño cómo podemos permanecer despiertos cuando estamos en medio de la diversión y, en cuanto nos damos cuenta de que estamos de nuevo en casa, es como si alguien abriera una costura y se saliera todo el relleno? —rió por lo bajo—. Le dije a mi doncella que no me esperara despierta. Así que ahora me callaré para no despertar a toda la casa. Buenas noches.

—Caroline —la llamó su suegra cuando ambas llegaron al rellano.

—¿Sí? —respondió Caroline, volviéndose con la mano en el pomo de la puerta.

—Mañana dormiré hasta tarde, como deberíamos hacer todos. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Bueno, me voy a la cama —bostezó Camille—. Nos vemos mañana, después de escribirle a Bernard y ponerlo verde de envidia. —Riendo entre dientes, se encaminó por el pasillo hacia su habitación.

—¿Puedo pasar? —preguntó Alyce en voz baja—. Dijiste que tu doncella está dormida y no me gusta hablar en el pasillo.

—Por supuesto —respondió Caroline, abriendo la puerta y dejándola entrar.

Se volvió y advirtió que Alyce tenía el rostro pálido, incluso a la luz rosada de la única lámpara encendida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Caroline con rapidez.

—Bastante bien. Pero avergonzada. Verás, tengo que pedirte dinero otra vez. No le conté toda la verdad a Laurence. Esta noche volví a jugar, porque me dijeron que algunas de las damas mayores estaban apostando pequeñas sumas en uno de los salones. Y volví a perder. Pensé que no lo haría y que, aunque perdiera, no importaría. Pero la idea que tienen las damas de Londres de «pequeñas apuestas» no coincide con la mía. Juegan más alto de lo que recordaba, y supongo que fue mi orgullo lo que me empujó a seguir cuando debería haberme detenido. Intentaba recuperar lo perdido. No lo conseguí. ¿Puedo volver a pedirte dinero? La misma cantidad que la última vez, más la mitad, debería bastar.

Caroline se quedó rígida, absorta en sus pensamientos. Los ojos se le nublaron un instante antes de volver a hablar.

—Creo que ha llegado el momento de que se lo pidas a Laurence.

—No puedo.

Caroline ladeó la cabeza.

—¿O no quieres? Podría conseguirte los fondos, pero no estoy segura de que deba hacerlo. Le pregunté a Laurence por tu asignación. Sin decirle nada, por supuesto —añadió al ver que Alyce

palidecía—. Te da una suma generosa. No soy quién para juzgarte, pero sin duda este es un problema con el que necesitas ayuda.

—Sin duda la necesito. Pero tampoco puedo acudir a él.

Caroline frunció el ceño.

—Hay algo más, ¿verdad?

Alyce vaciló y luego asintió.

—Pero no es nada que pueda contarte.

—Creo que no deberíamos hablar de ello ahora —dijo Caroline, frotándose la frente—. No puedo pensar con claridad. Estoy agotada, como seguro que tú también. ¿Mañana por la mañana?

Alyce asintió.

—Pero no más tarde. Es un asunto que hay que resolver antes de que pase otra noche. Y, de nuevo, te pido que no se lo digas a Laurence.

—No puedo prometértelo.

Alyce esbozó una leve sonrisa.

—Creo —dijo con curiosa dignidad— que cuando sepas más, lo harás.

Y salió de la habitación.

Caroline se desnudó con la mente confusa. No podía concentrarse en la imprudencia de Alyce. La noche había sido maravillosa, superando todas sus expectativas. Volvía a ser ella misma. Solo que ahora tenía todo Londres a sus pies, no solo a los hombres. Las mujeres también se habían mostrado amables por primera vez. Disfrutó conversando con muchas, y ninguna pareció hostil ni resentida por su popularidad. ¿Era porque sabían que casi había muerto? ¿O porque estaba casada y ya no representaba una amenaza? O…

Se detuvo mientras se bajaba una media de seda, sorprendida por un pensamiento desagradable. ¿Y si, después de todo, no era tan atractiva, sino simplemente digna de lástima, y se engañaba con tantos cumplidos vacíos?

Deseaba que Laurence entrara para poder preguntárselo. Quizá él no le diría la verdad para no herirla, pero ella sabría leerla en sus ojos.

Se puso una camisola, bostezó con fuerza y se metió en la cama. Se tumbó, pero los pensamientos se negaban a calmarse. No dejaba de recordar la fiesta, deseosa de comentarla con Laurence. Había presentado a Camille a todos los solteros, pero parecía que la muchacha solo se entusiasmaba de verdad cuando uno de ellos mencionaba a Oliver Tuner. ¿Pensaría Laurence que Oliver era un buen partido para Camille? ¿Creería que él estaba realmente interesado o que se trataba de simple cortesía? ¿Estaría tan sorprendido y encantado como ella por la atención que había recibido Camille? ¿Coincidiría en que la joven Thornton estaba aterrorizada por aquel lascivo y desagradable barón Manton? Y, si así era, ¿sabría cómo ayudar a la pobre criatura?

Había tanto de qué alegrarse, casi tanto como de qué discutir. Caroline frunció el ceño. Empezaba a impacientarse. ¿Por qué no subía a la cama para que pudieran compartir la satisfacción por una joven tan bien lanzada?

¿Y qué pensaría él del regreso triunfal de su esposa?

Había creído que estaría tan jubiloso como ella. Él había aprobado su aspecto; lo había oído de sus propios labios. Sin duda había visto su popularidad: había bailado toda la noche, había recibido cumplidos sin cesar. No la habían alabado así en años, sobre todo después de sus fracasos notorios con Damon, con Drum, con Sebastian… Un pensamiento frío enturbió el recuerdo.

Volvió a preguntarse por qué Laurence solo había bailado con ella una vez. Más tarde incluso se acercó para animarlo a otro vals. Él se negó, diciéndole que se divirtiera y recomendando a su pareja

—no recordaba cuál— que tuviera cuidado con los dedos. El resto de la noche se había mantenido atento, sí, pero callado. Y de camino a casa, había guardado un silencio de ostra.

Se incorporó. Era muy tarde, la casa estaba en calma y, aun así, él no había subido. ¿Estaría enfermo?

Caroline salió de la cama, se puso una bata y, demasiado inquieta incluso para calzarse, fue descalza en busca de su marido.

Lo siguió hasta el estudio y lo encontró junto a la única fuente de luz real en la casa a oscuras. La puerta estaba entreabierta, y pudo ver el fuego titilando en la chimenea. Eso, junto con la lámpara del escritorio, constituía toda la iluminación. Laurence estaba sentado ante el escritorio, con una pila de papeles delante.

Pero miraba las llamas danzantes. No parecía enfermo, solo infinitamente cansado.

Caroline se tomó un momento para contemplarlo sin ser vista. Rara vez tenía ocasión, pues él solía estar muy atento a ella. Sonrió con ternura. No era tan apuesto como Damon Ryder; ningún hombre en Inglaterra lo era. Tampoco tan elegante como el conde de Drummond; pocos podían rivalizar con él. No era tan alto e imponente como Oliver Tuner, ni tan delgado y refinado como Sebastian Fairmont. Pero no había otro como Laurence, y ninguno le aceleraba el pulso de aquel modo.

Llevaba el cabello revuelto y estaba en mangas de camisa. El resplandor del fuego recortaba su perfil duro en tonos carmesí y doraba sus pestañas cortas y espesas. Esos ojos podían parecer de hielo o de plata, pero cuando la miraban con pasión, ella ardía. A su manera, le resultaba más atractivo que Damon; tan inteligente como Drum y mucho más bondadoso. Era…

Se detuvo, consciente de su fortuna.

Se había casado con él porque no soportaba afrontar otra temporada sola y, al hacerlo, había encontrado a un hombre del que no quería separarse. Había hallado a su alma gemela en un

momento de su vida en que dudaba seriamente de conservar el alma. Él se la había devuelto poco a poco, con paciencia y comprensión.

Hubo un tiempo en que exigía admiración de todos los hombres y ni siquiera eso llenaba el vacío del corazón. Ahora sabía que solo necesitaba el amor de aquel hombre, porque él era su corazón. Había dado tanta importancia al aspecto porque creía que era lo único que tenía. Él le había demostrado lo contrario. Los otros hombres habían sido trofeos por los que competir, incluso Damon, el gran amor imaginario de su juventud. Ahora comprendía qué era el amor y se asombraba de lo que había llegado a creer antes. El amor era amistad y deseo, confianza absoluta y una necesidad esencial en todos los niveles. Para ella, el amor era Laurence.

Se sabía increíblemente afortunada mientras permanecía en el umbral, observándolo.

Él alzó la vista, como si la fuerza de su anhelo se hubiese hecho audible.

—Caroline —dijo, incorporándose a medias—. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—¡Oh, cielos! —repuso ella con desenfado—. ¿Me van a preguntar eso el resto de mi vida? Estoy bien, pero me preguntaba si tú lo estabas. Es tarde, ¿por qué no te has acostado?

—Aún no tengo sueño.

—Oh. —Cruzó la estancia y se sentó en uno de los grandes sillones junto a la chimenea. Se recogió los pies debajo, haciendo una mueca por lo fríos que estaban contra la piel—. No podía dormir. Sigo demasiado emocionada por el baile. ¿No estuvo Camille maravillosa? Todos los caballeros hacían cola para repetir con ella. Solo tuve que guiarlos y ya no querían separarse. Confieso que no sé cómo lo hace. No quiero decir que no sea atractiva —añadió deprisa al notar su silencio—. Es muy guapa, pero no es solo eso. Algunas auténticas joyas fueron ignoradas mientras los hombres se agolpaban a su alrededor. Me preocupé cuando vi a la cuñada de

Damon haciendo reverencias. ¡Qué pequeña belleza! Y la menor de las Swanson… ¿quién habría imaginado que sería tan atractiva? Pero Camille bailó mejor que todas. Se lo merece, y no puedo expresar lo feliz que me siento.

Él no respondió. La observaba con los ojos entornados, el rostro impasible.

Algo iba mal. Caroline se incorporó en el sillón.

—¿He hecho algo mal?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por cómo me miras —se obligó a reír—. ¿Te he ofendido de algún modo? Pensé que estarías contento con el debut de Camille y con que me aceptaran de nuevo.

—Estoy contento. Camille lo hizo bien, aunque no me sorprendió. En cuanto a ti, bailaste toda la noche y fuiste la reina del baile. Es evidente que lo pasaste en grande. ¿Qué más deseas, Caroline? ¿Que te envíe flores? No dudo de que mañana recibirás muchas. Tus compañeros de baile te enviarán obsequios. ¿Quieres que yo también lo haga?

Ella meditó un instante sus palabras. Entonces advirtió lo que la había inquietado desde el principio, como una nota falsa en una melodía: ya no la llamaba Belle.

Se levantó despacio.

—No tienes que enviarme flores. Sí, bailé. Sí, me divertí. Porque me sentí aliviada.

—Sí, vuelves a estar preciosa —replicó él con impaciencia—. Seguro que lo sabes. ¿Hay algo más que quieras oír?

—¿Crees que por eso estoy aquí y por eso me sentí aliviada? —alzó la barbilla—. Esta noche era tan importante para mí como para Camille, aunque por razones distintas. Para mí fue mucho más difícil. Tengo enemigos. Y me los he ganado. Si todos me hubieran dado la espalda, no habría sido injusto. Me alegré porque me

recibieron con amabilidad. Si fue por compasión, lo aceptaré. Pero ya está hecho. Camille se ha lanzado, yo he vuelto… y quiero saber qué te ocurre.

—Nada.

—Ya veo. —Se irguió y le dedicó una inclinación de cabeza—. Muy bien. Yo también estoy cansada… de hablar sola. Buenas noches.

Se volvió hacia la puerta. Él se levantó de un salto, rodeó el escritorio y le tomó la mano.

—¿Qué? —susurró ella, mirándolo a los ojos.

Laurence la atrajo hacia sí.

—Oh, Caroline —murmuró, con un hilo de voz herida—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué sucede?

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —preguntó, mirándola de frente.

—Oh, sí.

La alzó en brazos.

—Aún pesas muy poco —le susurró—, y estás helada. —Le sujetó uno de los pies fríos—. Y es muy tarde.

Aun así, abrió la puerta y salió con ella en brazos hacia el vestíbulo. No hablaron mientras subían. Caroline no dijo nada cuando él la acostó y lo observó con los ojos muy abiertos mientras se desnudaba y se tendía a su lado.

—No necesitamos esto —dijo él con voz ronca, apartándole el camisón.

Ella no necesitaba nada más que sus brazos alrededor, sus labios y su cuerpo sobre el suyo. No supo cuánto lo necesitaba hasta que le rodeó los hombros y se apretó contra él. Laurence se unió a ella con un movimiento suave y Caroline sintió cómo su cuerpo se

fundía con el de su marido. Solo entonces dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Él se detuvo, mirándola, conteniendo la respiración, aunque ella podía sentir su pulso desbocado.

—No pares —pidió con urgencia.

Él no se detuvo. Mantuvo la boca sobre la de ella mientras unía sus cuerpos de nuevo y bebía sus suspiros. Entre ambos fue creciendo una alegría extática y frágil que nunca habían compartido. Él nunca la había visto con tanta pasión; ella nunca había conocido una felicidad semejante. Por una vez estaban unidos en mente, cuerpo y alma, sin temores ni dudas. Él la acarició, le susurró; ella lo estrechó con fuerza. Por fin se estremeció y jadeó, sorprendida. Su cuerpo se arqueó; él la sintió apretarse, temblorosa, a su alrededor.

Entonces se apartó bruscamente para buscar su propio desahogo a solas, convulsionando a su lado. Permanecieron en silencio un rato, regresando poco a poco al mundo.

—¿Por qué? —preguntó ella al fin, en la oscuridad.

Él se incorporó sobre un codo y le acarició el rostro.

—Ya te lo he dicho. Porque aún no estás preparada para tener un hijo. Acabas de recuperarte.

Caroline guardó silencio. Él se levantó y fue al vestidor. Ella lo oyó lavarse. Regresó al cabo de unos instantes, fresco por la noche y con olor a jabón.

La buscó y Caroline apoyó la cabeza en su pecho. Laurence le acarició el cabello, sintiendo los rizos elásticos bajo los dedos. Pensó que quizá dormía. Lo esperaba.

No sabía si él podría dormir, porque ni el cuerpo ni la mente estaban saciados; seguía lleno de deseo, no por el acto, sino por ella. Aquella noche Caroline había regresado a su mundo con la misma naturalidad con que un pez se escapa de las manos y vuelve a sus aguas nativas. Él se había quedado en las sombras, observando su transformación… o, mejor dicho, su recuperación. La deslumbrante belleza de la alta sociedad londinense había vuelto.

Fuera como Lady Caroline Haverton o como Lady Whitmore, solo el peinado parecía haber cambiado desde la primera noche en que la vio presidir su corte.

Pero no había traicionado su pacto. Nunca le pidió un matrimonio fundado en la pasión, el intelecto o el amor entre iguales. Ahora que había probado eso, o empezaba a vislumbrar lo que el amor podía ser con ella, lo devastaba la idea de una eternidad de cortesía distante a la que quizá estaba destinado. ¿Se vería obligado a buscar mujeres como Angélica? Había muchas como ella: encantadoras, frías, expertas; compañeras del cuerpo, nunca del alma. Sin duda, a su esposa no le importaría. Volvería a ser la belleza voluble, encantadora y falsa que había sido. Pensó que la enfermedad la había cambiado, pero tal vez solo había sido un alto momentáneo en su vida vertiginosa. Estuvo asustada y dependiente. Ahora había vuelto a ser la de siempre. Lo había visto con sus propios ojos.

Al menos, aún lo quería. ¿Por cuánto tiempo? Era famosa por su inconstancia. Aunque disfrutaba de sus caricias, aquello se desvanecería a medida que se acostumbrara. ¿Cómo no iba a hacerlo? El corazón no estaba implicado. Nunca se habían dicho palabras de amor en todas sus uniones. Él, por orgullo. ¿Y ella? Porque Lady Caroline era quien era: el premio de la alta sociedad. Y él aceptó casarse con ella por eso.

Oyó cómo su respiración se volvía más lenta y su cuerpo se relajaba, vencido por el sueño. La abrazó con fuerza, colmado de la amarga dicha de quien posee aquello que más desea, sabiendo que quizá nunca podrá tenerlo del todo.

Capítulo 19

Caroline se despertó con la luz del sol. Se estiró y sonrió con puro placer. Laurence ya no estaba a su lado, pero volvería esa noche, y la siguiente, y la siguiente. Todo estaba bien; el mundo regresaba a su lugar, incluso mejor que antes.

Había triunfado en todos los sentidos y su marido parecía cautivado por ella. Ya no tenía que preocuparse por a quién había fascinado la noche anterior ni conspirar para sostener su posición. Londres volvía a aceptarla, a aprobarla. Y tenía a Laurence.

Se levantó y se lavó antes de que llegara su doncella, de modo que recibió a la sorprendida Meg con una sonrisa. Se puso su mejor vestido de mañana y dio una vuelta espontánea ante el espejo para admirarlo. Llamaron a la puerta. Envió a Meg a abrir, convencida de que sería Camille, aún exaltada por la velada.

No lo era.

Alyce estaba allí, de pie, con las manos entrelazadas. No tenía el aspecto de una mujer satisfecha, sino el de alguien que ha pasado la noche en vela. Caroline recordó la conversación inconclusa y su sonrisa se desvaneció.

—Puedes retirarte, Meg.

La doncella obedeció.

—Buenos días —saludó Caroline—. ¿No preferirías esperar a después del desayuno para esta conversación?

—Preferiría esperar hasta el año que viene, querida. Pero no puedo permitírmelo. ¿Has pensado en mi petición?

Caroline reprimió una sonrisa amarga. Había cosas mucho mejores en las que pensar, tan mejores que había relegado aquel asunto a un rincón de su mente. Aun así, ya tenía una respuesta.

—Ojalá pudiera ayudarte —respondió—, pero creo que no sería lo correcto. Si te doy dinero hoy, no puedes garantizarme que mañana no volverás a pedírmelo, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

La expresión de Alyce se tensó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Debes darme el dinero y no decírselo a Laurence. Nuestras vidas dependen de ello. Socialmente. Incluso la suya.

—¿De qué estás hablando?

Caroline tuvo el impulso de invitarla a sentarse, pero algo en su mirada la detuvo.

—No soy jugadora —dijo Alyce—. Al menos, no de cartas. El dinero no es para eso. Es para mi segundo marido. Me lo está exigiendo.

Caroline la miró sin comprender.

Alyce dejó escapar un suspiro.

—No está muerto. Yo misma no lo supe hasta hace poco. Se me acercó en el baile del escudero, poco antes de que partiéramos hacia Londres. Recibí un mensaje y pensé que era una broma cruel. Me reuní con él en el jardín. Había luz suficiente para reconocerlo. Está vivo. Hace años se difundió la noticia de que había muerto en una desgracia en alta mar. Fue él mismo quien la hizo circular, mediante intermediarios falsos. Si no le pago, lo contará todo.

—¡Que lo haga! —exclamó Caroline, retrocediendo—. Lo arrestarán en cuanto se atreva a mostrarse. Laurence me habló de él y del desastre que dejó atrás.

—¿Y el escándalo? —replicó Alyce—. Nos afectaría a todos. Sobre todo a Camille. También a Bernard. Laurence dirá que no le importa, pero le importará, aunque solo sea por ti. Y tú quedarías manchada por vincularte con nosotros. Dirán que estabas tan desesperada por casarte que elegiste a la familia de un delincuente.

Caroline se enderezó, negándose a mostrar cuánto la herían esas palabras.

—Podremos soportarlo. He sobrevivido a cosas peores.

—Quizá —concedió Alyce—. Pero no a lo demás. Es peor. Nunca estuve realmente casada con él.

Caroline abrió los ojos, incrédula.

—Nunca nos casamos. Yo dije que sí. Afirmé que habíamos celebrado una boda discreta, solo nosotros dos. Nadie pidió pruebas. ¿Quién inspecciona certificados? Él me aseguró que su esposa estaba loca y encerrada en una finca remota, muriéndose poco a poco. Le creí. Resultó que tenía dos esposas, ambas tan locas o moribundas como me había descrito. Me prometió que, cuando murieran, nos casaríamos en secreto y nadie lo notaría. Pensé que sería cosa de uno o dos años.

Caroline se dejó caer en una silla.

—¿Cómo pudiste?

Alyce alzó la cabeza.

—A diferencia de ti, elegí a un hombre por amor. Y, a diferencia de ti, yo necesitaba ese amor. Tras enviudar estaba sola, envejeciendo, más triste cada año. Peter era ingenioso, encantador, me hacía sentir joven y viva. Me dijo que, si no aceptaba, se marcharía. Pensé que sin él sería para siempre. Eso —sonrió con amargura— era cierto.

La miró con cansancio.

—¿Preferirías que hubiera vivido abiertamente en pecado? Muchas mujeres lo hacen, incluso en la alta sociedad. Pero los

nombres de esas mujeres son chistes obscenos. Pensé en mis hijos, en el nombre de mi primer marido. Creí que un engaño breve era preferible a un escándalo perpetuo.

—Pero Laurence…

—Estaba en el colegio. Nunca lo supo nadie. Y nadie debe saberlo. Solo tengo que pagar.

Soltó una risa seca.

—Dice que este será el último pago. Asegura que se marchará al otro lado del mundo. No sé si creerlo. Pero sí sé que, si se lo cuentas a Laurence, lo retará a duelo. Laurence es más joven y más hábil, pero Peter es un tramposo. No apostaría por el resultado. ¿Tú sí?

Caroline guardó silencio. Alyce añadió:

—Quizá tú apostarías. Pero recuerda que, si quedaras viuda tras un duelo, el escándalo también te alcanzaría. Es sencillo: dame el dinero y guarda silencio. Conservarás a tu marido y la posición que tanto te ha costado recuperar.

Caroline respiró hondo y recobró la compostura.

—No tomaré esta decisión ahora. He escuchado demasiado de golpe. Tu historia y algo más.

—¿El qué?

—Que no sientes ningún afecto por mí.

—Eso no puedo cambiarlo —respondió Alyce—. Lo demás lo hago por mi hijo. Y no creo que tú lo quieras. O, si lo quieres, es mientras te adore y te proporcione lo que deseas.

Caroline esbozó una sonrisa leve.

—No me adora. Ni yo lo querría.

Alyce inclinó la cabeza.

—Como digas. Pero ay de él si te niega lo que deseas: tu lugar en la sociedad. Si no me ayudas, lo perderás de nuevo, y esta

vez no lo recuperarás. Peter quiere el dinero para mañana por la noche. Te aconsejo que se lo des. Y si sientes algún afecto por mi hijo, no le digas nada. Si hay duelo, incluso sin él, nuestro nombre quedará arruinado. Lo promete. En eso le creo. Tú también deberías.

Se marchó sin mirar atrás.

Caroline se quedó inmóvil. La mañana había amanecido luminosa… y, de pronto, todo había quedado sumido en la sombra.



Cuando Caroline reunió por fin valor para bajar a desayunar, Laurence se levantó de la mesa para saludarla.

—¿Cómo estás esta mañana, querida? —preguntó con una sonrisa correcta, casi distante.

La frialdad la descolocó, sobre todo tras el ardor de la noche anterior. Pero su madre y su hermana estaban presentes, de modo que supuso que se mostraba cauto por consideración hacia ellas. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para detenerse en eso, así que murmuró una respuesta convencional. A él le bastó; volvió a sentarse y retomó el desayuno.

Caroline evitó añadir nada más, aunque podría haberlo hecho, porque Camille habló sin descanso sobre la velada durante toda la comida. Alyce escuchó en silencio y, en cuanto terminó, se excusó para retirarse.

Caroline no dejaba de observar de soslayo a su marido, tratando de descifrar su estado de ánimo. Él también estaba callado. ¿Por qué la ignoraba? ¿Qué había hecho para ofenderlo? Recordó su unión de la noche anterior y no encontró nada que pudiera haberle disgustado. Había sido un amante tierno y apasionado. Pero ahora, al pensarlo con más detenimiento, recordaba que ya antes había

estado distante en el baile y frío con ella después. Luego fue ella quien tuvo que buscarlo, y hasta su entrega pareció arrancada contra su voluntad, hasta que la pasión arrasó cualquier reserva. Ahora la distancia había regresado. Sonrió ante un comentario de Camille y se refugió tras el periódico, sin volver a mirarla.

Su suegra había asegurado que él la adoraba. Si la sórdida historia de Alyce era tan cierta como eso, pensó Caroline, le habían contado demasiadas mentiras. Era como si el amante de la noche anterior no hubiera existido.

Miró a Laurence y recordó todo lo que había sido para ella desde la boda: el hombre atento que la sostuvo durante la enfermedad y la animó a regresar a Londres; el ingenioso que la sostuvo cuando estaba abatida; el embustero amable que le decía lo bien que se veía cuando estaba al borde de la muerte. Estaba callado, pero ella recordaba al conversador encantador. Aunque ahora no le prestaba atención, no podía olvidar al oyente comprensivo a quien había confiado sus miedos y dudas. Lo observó llevar la delicada taza de café a los labios y pensó en el hombre generoso que la había iniciado en las artes del amor. Se estremeció al recordar al amante apasionado que la abrazó durante la noche.

Seguía observándolo cuando la revelación la golpeó con tal fuerza que se sintió como dentro de una catedral.

—¿Estás bien, Belle? —preguntó Camille al verla palidecer y jadear.

Laurence alzó la vista y clavó en ella sus ojos azul plateado. Caroline les hizo un gesto tranquilizador.

—Solo un pinchazo, nada más. No estoy acostumbrada a trasnochar tanto. Continúa, ¿qué decías?

Laurence agitó el periódico y volvió a leer. Camille retomó su parloteo. Caroline se desesperó.

¿Por qué solo cuando todo estaba a punto de serle arrebatado comprendía que una sola cosa importaba? Había

sobrevivido a la pérdida de su belleza, de su posición, incluso de su autoestima. No sabía cómo sobreviviría a la pérdida de Laurence, ni cómo se perdonaría si contribuía a ponerlo en peligro.

Pero ¿qué hacer con la petición de su suegra? Ni siquiera podía pedir hablar con él en privado para preguntarle qué le ocurría. Temía que, si lo hacía, el secreto saliera a la luz. No podía arriesgarse. No aún, no hasta decidir.

No era tonta. Pagar un chantaje solo alimentaba nuevas exigencias. ¿Y podía confiar en que Alyce dijera la verdad? Tenía delante a una enemiga real. Necesitaba a alguien en quien confiar; alguien valiente, sensato, de juicio firme. Conocía a un hombre así. Pero no podía acudir a él mientras existiera la mínima posibilidad de que resultara herido.

Tenía que haber alguien más. Debía encontrar a esa persona, y pronto. Sabía que necesitaba ayuda.

Caroline bajó la mirada a su plato y repasó opciones.

Su madre era su defensora más feroz, pero lo sería en exceso. Lo primero que haría sería arrancarle el pelo a Alyce. Entonces todo saldría a la luz.

No. Necesitaba a alguien discreto; no necesariamente alguien que la quisiera, sino alguien que la auxiliara si se lo pedía. Y lo necesitaba ya. Requería tiempo y espacio para decidir.

Se levantó de la mesa.

—¿Me disculpáis? Debo hacer unos recados esta mañana.

—¡Espero que no! —rió Camille.

Caroline la miró, desconcertada.

—Me prometiste que me ayudarías otra vez —explicó Camille —. ¿No lo recuerdas? ¿Por qué crees que voy así vestida?

Caroline la observó mejor. Camille llevaba un vestido nuevo y especialmente favorecedor.

—Dijiste que llegarían antes del mediodía —añadió la joven, extrañada al verla.

Caroline se llevó la mano a la frente. Lo había olvidado. Antes de poner en marcha cualquier plan —antes incluso de pensarlo— debía atender las visitas de la mañana. Camille había sido presentada la noche anterior. Aquella mañana, la sociedad acudiría a conocerla.



El salón del vizconde y la vizcondesa de Whitmore estaba lleno de flores, conversaciones y visitantes. Camille no se intimidó. No tartamudeó ni se acobardó ante la horda de apuestos caballeros que se inclinaban ante ella, ni ante las elegantes damas que acudían a darle la bienvenida a su círculo.

—Tu cuñada es encantadora —comentó Oliver Tuner a Caroline mientras, apartados a un lado de la sala abarrotada, observaban a Camille recibir a sus invitados.

Caroline lo miró, preguntándose si aquel podía ser el hombre en quien confiar. Valiente, veterano del ejército y con fama —junto al conde de Drummond y Sebastian Fairmont— de haber realizado trabajos confidenciales para Su Majestad durante la guerra. Cualquiera de ellos sería un aliado formidable, pero aquel gigante rubio, tan sólido y competente, inspiraba seguridad con solo estar cerca.

—Lo es —respondió Caroline con entusiasmo—. ¿Has tenido ocasión de hablar con ella esta mañana?

—No tanto como me habría gustado. Espero remediarlo. Le gusta montar, según me ha dicho. —Rió—. Y creo que sabe más que yo de caballos, lo cual es un placer. Me siento más cómodo en los establos que en los salones. ¿Puedo invitarla a montar conmigo en el parque una mañana? Con un mozo presente, por supuesto. Yo

pondré los caballos. Tengo en mente una yegua pequeña y dócil que quizá quiera llevarse a casa.

—Por supuesto —replicó Caroline—. Aunque no depende de mí. Es una joven de carácter. Si no quiere, te lo dirá sin rodeos. Camille tiene la fortuna de ser franca: no juega con los hombres ni revolotea cuando le hablan. Es muy distinta de la coqueta que yo fui… ya sabes.

Se detuvo, observándolo con atención.

Él le devolvió la mirada con una simpatía tan sincera que Caroline sintió el impulso de sacarlo de la sala y hablar de inmediato.

—Como eras tú antes, es cierto —admitió—. Tú y Camille sois muy distintas, pero ambas sorprendentes a vuestra manera. Verte ahora defendiéndola es algo que jamás habría imaginado. —Su expresión se volvió aún más honesta—. Me alegré al saber que te habías recuperado, pero ahora veo que lo has hecho en muchos otros sentidos. Seas hoy la Belle de la que todos hablan o la Lady Caroline que conocí, me pareces generosa y considerada por la forma en que cuidas de Camille. Y —bajó la voz— por cómo honras a tu marido.

—El tiempo nos cambia a todos —murmuró ella, distraída, preguntándose cómo conseguir unos minutos a solas con él.

—¿El tiempo? —sonrió—. ¿O Laurence? Lo conozco desde hace años y siempre he sido su amigo, aunque no nos viéramos tanto como habría querido. Nunca me sentí más feliz por él que anoche.

—¿Más que el día de nuestra boda? —preguntó Caroline, divertida, con un destello de la antigua Caroline en la sonrisa.

Su semblante se volvió serio.

—En realidad, sí. Anoche comprendí mi error. No te quitó los ojos de encima. Y tú tampoco dejaste de mirarlo, salvo cuando los tenías puestos en su hermana. Ahora sí puedo felicitarte por un

matrimonio de almas. Antes nos divertía pensar que disfrutabas atormentándonos. Ahora solo tienes ojos para él. Bien hecho, Belle.

Caroline apartó la mirada y se mordió el labio.

No Oliver Tuner, pensó. Pedirle que se quedara a solas con ella sería demasiado fácil de malinterpretar.

Tampoco el conde de Drummond. Este le tomó la mano, se inclinó y comentó:

—Belle, ¿verdad? Así te llama Camille. Tiene razón. Sigues tan encantadora como cuando nos conocimos, solo que ahora hay una luz nueva en tus ojos, una que solo se enciende —por desgracia para el resto— cuando tu marido está cerca. Confieso que echo de menos a Lady Caroline, la coqueta. Eso sí, solo lo admito porque mi Alexandria no está presente —añadió con una risilla, aunque todos conocían su devoción por su esposa—. Pero admiro profundamente a la constante Belle. Laurence tiene suerte. Y tú elegiste bien.

Tampoco Sebastian Fairmont. Le dedicó unas palabras amables, y ella se lo agradeció, pero él era parco y compartían una historia difícil.

Y desde luego no Damon, pensó al verlo con su hermosa esposa. Damon y Gilly rara vez se separaban. Qué necia parecería si intentara quedarse a solas con él. Y, peor aún, ¿qué pensaría Laurence?

Entonces advirtió que Laurence no dejaba de mirarla. ¿Porque ella tampoco dejaba de mirarlo?

La cabeza empezó a dolerle. Cerró los ojos y se frotó la frente.

—¿Te encuentras bien? —Laurence estaba a su lado cuando volvió a abrirlos.

—No del todo. No estoy acostumbrada a tanta sociabilidad. ¿Te importaría atender a los invitados tú solo? Me gustaría tumbarme un rato.

—¿Importarme? Insisto —respondió, tomándola del brazo.

La condujo fuera de la sala, con el ceño lleno de preocupación.

—¿Quieres que suba contigo?

—No, creo que solo necesito reposar un momento.

—No te inquietes —repuso—. Enviaré a Meg arriba y subiré en cuanto termine aquí. La hora de visitas casi ha concluido. Descansa, Belle.

Caroline asintió, aunque sabía que no descansaría. Necesitaba tiempo para pensar. Cualquiera de los hombres que había descartado podría ser, al final, el elegido. No disponía de mucho tiempo para encontrar al perfecto; quizá tendría que conformarse con una elección… ligeramente imperfecta.

Pero se detuvo en la escalera.

De pronto comprendió quién debía ser.

Qué tonta por no haberlo visto desde el principio.

No había opción más lógica, por peligroso que resultara.

Un hombre fuerte, inteligente; alguien a quien siempre había amado, aunque no se hubiera atrevido a admitirlo… y quizá nunca lo habría hecho de no ser por las circunstancias.

Pero era el único a quien podía acudir ahora, después de todo.

Fuera cual fuese su historia, no la decepcionaría.

Laurence la vio detenerse y se apresuró a alcanzarla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó de nuevo.

Caroline lo miró con serenidad. Y sonrió de verdad.

—Sí —respondió—. De hecho, Laurence, me siento mejor a cada minuto.

Capítulo 20

—Lo siento, señora —informó el mayordomo—, pero no está. ¿Desea dejarle un recado?

—¿Cuándo se espera que llegue? —preguntó Caroline, con una impaciencia que apenas lograba contener.

Había mentido para poder ir hasta allí. Le dijo a Laurence que ya se había recuperado del mareo de la mañana; rechazó su compañía y le pidió que atendiera sus asuntos con el abogado, como tenía previsto. Pero no era cierto que pudiera arreglárselas sola. Tenía las manos heladas dentro de los guantes y el corazón le latía con exceso. Debía hablar con aquel hombre cuanto antes.

—No puedo decirle cuándo se espera que llegue —respondió el mayordomo—. Quizá debería preguntárselo a su madre. Se espera que regrese a las seis.

Caroline ya lo sabía.

—Ya he hablado con mi madre —mintió de nuevo. Era una media verdad: le había preguntado cuánto tiempo pensaba pasar con Camille y sabía que ambas se quedarían en la modista antes de salir ella. Simplemente no había mencionado aquel recado.

—Ella sabía que él me esperaba —añadió con altivez—. Si no está aquí, no veo por qué no puede darme su dirección. Es muy importante.

El mayordomo pareció incómodo. Aquella vacilación, tan impropia de él, hizo que Caroline empezara a sospechar.

—Mi madre espera que me reúna con él hoy —insistió, con una calma que no sentía—. ¿Dónde está?

—Se espera que regrese en un día o dos —respondió él, evasivo.

Caroline casi podía palpar la ansiedad del hombre.

—Qué tedioso —dijo, fingiendo un mohín de fastidio en lugar del grito que le ardía en el pecho—. Mamá me lo dijo esta misma mañana y lo he olvidado por completo. No es de extrañar; con tanto ajetreo al restablecernos en Londres, todo ha sido una cosa tras otra. Ni sé cómo he logrado robar este rato. —Sonrió, recordándole con naturalidad que no tenía por qué justificarse ante él—. ¿Dónde está?

El hombre dudó.

—Vamos, señor Dean —apremió Caroline con su voz más lánguida e imperiosa—, estamos perdiendo el tiempo y es importante.

El mayordomo parecía ahora profundamente incómodo. Caroline advirtió unas gotas de sudor en la amplia y brillante frente del hombre. Llevaba años al servicio de la familia y siempre había obedecido sin dudar. Aquella reacción —en alguien a quien siempre había considerado casi una estatua— la inquietó más de lo que estaba dispuesta a admitir. Nada de eso se reflejó en su rostro.

—¡Oh, claro que está allí! —arriesgó, como si por fin lo recordara—. Por supuesto. —Golpeó suavemente el suelo con el pie, fingiendo irritación—. Últimamente estoy insoportable. Lo siguiente será olvidarme el sombrero. —Hizo una breve pausa, como si rebuscara en la memoria—. Sé la calle, pero no consigo acordarme del número.

Dean guardó silencio, visiblemente perturbado.

—¿Es porque estoy sola? —resopló Caroline—. Señor Dean, ya no soy la niña que usted conoció. Soy una mujer casada, perfectamente capaz de viajar sola. —Inclinó el hombro hacia el carruaje—. Y estoy deseando hacerlo. Entonces, ¿la dirección?

—¿La condesa está de acuerdo? —preguntó él aún indeciso.

—Por supuesto —respondió Caroline, sin titubear—. ¿Por qué, si no, estaría aquí ahora?

El silencio que siguió fue espeso, casi acusador. Caroline sostuvo la mirada del mayordomo con una serenidad que no sentía. Sabía que, si cedía ahora, todo se derrumbaría. No podía permitírselo.



Había sido una suposición afortunada, porque en realidad no estaba tan lejos —pensó Caroline mientras el cochero la llevaba por las concurridas calles de Londres—. Conocía el barrio por la dirección, aunque no a nadie que viviera allí. Era un distrito decente, al otro lado del parque, pero la gente de su clase no residía en esa zona. Como aves del mismo plumaje, se agrupaban en los mismos lugares, como si solo pudieran existir dentro de recintos bien delimitados. Por primera vez, Caroline se preguntó por qué. ¿Temían no ser aceptados o reconocidos como élite si vivían en otro sitio, por agradable que fuese? Sí, claro, concluyó.

Contempló las pulcras hileras de casas adosadas y sus pequeños jardines delanteros. El cochero redujo la marcha para buscar el número. El barrio era encantador, totalmente respetable. Pero ella tampoco viviría allí, porque nadie de su cuna y fortuna lo hacía. Entonces, ¿qué hacía él allí, y por qué pensaba quedarse varios días?

El carruaje se detuvo ante una hermosa casa de cuatro plantas, de piedra gris. Caroline frunció el ceño, desconcertada, pero descendió cuando el cochero abrió la portezuela.

—Espérame —pidió.

Se quedó en la acera, examinando la fachada. Reinaba la tranquilidad; solo vio a un niño que hacía rodar un aro por la calle.

Al aproximarse a ella, recogió el aro y, mirándola por encima del hombro, subió los escalones, abrió la puerta y entró.

Caroline volvió a mirar el papel con la dirección. Era esa casa. Pero seguro que él no estaba allí. Juró arrancarle al señor Dean hasta el último pelo de su cabeza calva por aquello. Primero, sin embargo, debía hacer el ridículo de preguntar si el hombre que buscaba se hallaba dentro. Luego ya podría "matar" al señor Dean con la conciencia tranquila.

Subió los escalones, alzó el llamador, lo dejó caer y aguardó.

Abrieron. Esperaba ver a un mayordomo o a un lacayo, pero apareció una mujer regordeta, de mejillas sonrosadas y mediana edad.

—¿Sí? —preguntó con curiosidad.

Caroline halló extraño que fuera un ama de llaves quien abriese y dijo:

—Vengo a ver al señor Haverton.

Las mejillas de la mujer perdieron el color. Miró fijamente a Caroline. Un reconocimiento cruzó su rostro y se quedó pálida como la cera.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, llevándose una mano al corazón —. ¿Qué ha pasado? Es decir… ¿quién dice que es?

—Su hija —respondió Caroline con dignidad, para disimular su propia confusión.

La mujer la miró, retrocedió unos pasos y, girándose de nuevo, balbuceó:

—¿No quiere pasar?

En cuanto Caroline entró, la mujer, con los ojos desorbitados, abrió una puerta y dijo, nerviosa:

—Aquí, por favor, en el salón.

Le mostró una estancia a la derecha. Era un cuarto bien proporcionado, amueblado con corrección, sin lujo. Las cortinas blancas cerradas conferían a la luz un resplandor difuso. En las paredes rosadas colgaban paisajes; sobre la repisa, figuritas de porcelana campestres. Varios asientos cómodos y un sofá. Caroline permaneció en pie, rígida.

—Aguarde aquí, por favor —pidió la mujer, sin dejar de observarla. Se mordió el labio, inclinó la cabeza en una reverencia brusca y salió apresurada.

Caroline quedó inmóvil, pensando con frenesí. Tal vez no fuera tan malo; no podía serlo. Exhaló un suspiro que no logró contener. Seguramente habría una explicación sencilla. No debía sacar conclusiones. Era obvio que él estaba allí. ¿De visita? ¿Un pariente? ¿Un viejo amigo? Sí, debía de ser eso, concluyó con alivio. Permaneció frente a la puerta, esperando.

—¿Caroline? —preguntó su padre, incrédulo.

Se detuvo en el umbral, mirándola.

—Sí, padre.

Entró y le tomó las manos.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó con gravedad—. ¿Tu madre? ¿Qué pasa?

—Mi madre está bien. Yo no —repuso ella, con una risa temblorosa.

—¿Qué sucede entonces? —insistió, estudiando su rostro—. ¿Estás enferma otra vez? ¿Dónde está Laurence? ¿Es por Laurence? ¿Por qué has venido sola?

—No estoy enferma; no es por Laurence, y él no sabe que estoy aquí. Quería hablar contigo y no estabas en casa.

—Ya veo —dijo, aliviado. Luego recapacitó—. ¿Quién te dijo que estaba aquí?

Ella retiró las manos.

—El señor Dean. Pero no es culpa suya: le mentí. Le dije que mamá me había dicho que estabas aquí. —Su educación se impuso —. No se culpa a los sirvientes de las faltas propias. —Endureció la voz—. Aun así, aunque ella jamás me lo haya dicho, es evidente que sabe dónde estás, ¿no? Toda la casa debe saberlo. Todos, excepto yo.

Dos pares de ojos azul claro, casi idénticos, se midieron. El conde fue el primero en apartar la mirada.

Asintió, respiró hondo, como si tomara una decisión.

—Sí —admitió—. Lo sabe. Desde hace años. Y ahora que eres una mujer con tu propia casa, supongo que es hora de que lo sepas tú también. —Se llevó las manos a la espalda y dio unos pasos—. Vivo aquí, Caroline. La mitad del tiempo; más, desde que te fuiste de casa. Llevo años así. Este es mi otro hogar. —Bajó la vista—. La señora Lund, la mujer que te recibió porque nuestro criado estaba en un recado, es mi compañera. Llevamos juntos quince años. Cuando la conocí, era viuda, con dos hijos y poco dinero. Es —independientemente de lo que pienses— una mujer moral, valiente y de gran corazón. Nos conocimos por un asunto sin importancia: yo era propietario de la casa en la que vivía. Hablamos; volví; seguimos hablando. Al final fui yo quien le ofreció mi corazón y un hogar.

—Ella no quería aceptar, porque es una mujer moral, como he dicho. Yo insistí. Si hay culpa, es mía. Me amaba, y yo a ella; pero sus escrúpulos se lo impedían. Mis medios y mi posición no le importaban. Quizá el hecho de que tuviera dos hijos y careciera de sustento influyera —no me engaño—, pero también creo que me amaba de veras.

Miró a Caroline, que lo escuchaba, conmocionada, y continuó:

—Aceptó mi oferta porque le prometí que nunca la abandonaría. Y no lo he hecho. Ni he querido hacerlo. Es mi amiga y mi consuelo y, sí, mi amante. Si viviésemos en un mundo en el que fuera posible, sería mi esposa. Pedir el divorcio habría llevado años y nos habría arrastrado por el fango. Huir al Continente con Elsie y sus

hijos era posible, pero significaba abandonarte. No podía. Como tampoco podía avergonzarte a ti, a tu madre ni a nuestro nombre. Elsie lo aceptó al acceder a mi propuesta. Y aquí estamos.

Caroline seguía mirándolo.

—Ya veo —dijo él con amargura—. Pero tú no lo ves, ¿verdad? —Observó su rigidez—. ¿Te sería más aceptable que hubiese tenido una sucesión de amantes, como tantos caballeros? ¿Preferirías bailarinas de ópera, "actrices" ocasionales o las cortesanas del momento? Esas son las opciones más "aceptables". No para mí.

Se acercó y le tomó las manos de nuevo. Su voz se suavizó:

—Tu madre lo sabe; siempre lo supo y, de hecho, lo aprueba. No le importa mi ausencia en su cama o en su vida, siempre que esté para llevarla donde no puede ir sola. No la culpo; ella no me culpa a mí. Nos casamos porque así lo dispusieron. No encajamos. La respeto y la honro, pero no nos amamos, ni ella lo espera de mí.

—Caroline —añadió, con sinceridad—, vivo con Elsie por quien es; mi mayor deseo es envejecer a su lado. Se ajusta a mi corazón y a mi alma y, sí, también a mi cuerpo. —Cerró las manos—. Ahora eres una mujer casada: sabrás de qué hablo, o eso espero. Sea cual sea tu juicio, háblame. Déjame al menos saberlo, porque te quiero. Por eso he mantenido esta vida en secreto; por eso he vivido dos vidas. No es fácil, ni lo hago por lo que digan. No me importa eso, y tengo medios para no preocuparme. Mis padres han muerto, tengo pocos amigos, y los que tengo me aceptan. Aun así, le he negado a Elsie la respetabilidad que deseaba. Por ti, Caroline. Solo por ti.

—¿Lo entiendes? ¿Me entiendes?

Caroline abrió la boca, pero no pudo hablar. Le dolía la garganta; sentía el pecho oprimido. En toda su enfermedad mortal, nunca se había sentido tan fría ni tan enferma. Era como si algo se rompiera dentro. Demasiado.

Ya había afrontado decepciones. Damon casándose con otra casi le partió el corazón. No del todo. Lo afrontó; incluso llegó a ser civilizada con su esposa. Se avergonzó de su propia necedad: creyó romper el corazón de Sebastian Fairmont, para descubrir que él amaba a otra. Buscó refugio en el conde de Drummond y fue rechazada. Incluso el gentil Oliver Tuner la engañó una vez. Cada hombre —todos honorables— sacudió su visión del mundo y su estima. Aun así, siguió adelante, con la cabeza alta.

Pero este engaño prolongado del hombre al que había amado más que a ninguno le quebró el corazón. Inclinó la frente sobre el hombro de su padre y, por fin, lloró. Aunque él le había asestado el golpe, necesitaba su consuelo.

—Ah, mi preciosa Belle —murmuró él—. Jamás quise esto. Pasé años tratando de evitarlo.

Al cabo, ella alzó la cabeza y retrocedió. Él soltó sus manos y le tendió un pañuelo. Ella se sonó, se secó los ojos e intentó sonreír; la sonrisa le tembló.

—Lo entiendo —aseguró—. Estoy sorprendida y herida porque nunca lo supe. Por eso querías que me casara y dejara la casa, ¿verdad?

—Quería que te casaras con un buen hombre. Que tuvieras una vida mejor. Es verdad que ahora soy más libre para ir y venir sin temor a que te enteres y te duela. Pero no soy libre; he aceptado que nunca lo seré, porque tampoco deseo mal a tu madre.

Ella vio la verdad en sus ojos y asintió.

—Ahora —dijo él, serio—, dime por qué viniste a buscarme. Esto no tenía que ver con lo que acabas de descubrir, ¿verdad?

—No —susurró—, pero ahora ya no importa.

Él apretó los labios en una línea dura.

—No mientas. Nunca has sabido mentirme. Era importante; pero ahora, como sabes la verdad sobre mi vida, ya no confías en mí, ¿es eso?

Ella respiró hondo. Su mundo se había puesto patas arriba, pero, segundo a segundo, volvía a sostenerse. Su padre tenía una compañera que no era su madre. No podía culparlo si su madre no lo tenía; y, mirando atrás, sabía que él decía la verdad. Pero la había engañado, aunque fuese para protegerla. Ya era suficiente.

—Sí, tenía un problema —concedió—. Pero ahora me alegro de no haberlo contado. Me doy cuenta de que debo resolverlo yo misma. Soy una mujer casada. Debo madurar y dejar de correr a ti o a mamá para todo.

—Sigo siendo tu padre —dijo él—. Daría mi vida por ti. ¿Estás en peligro? Tengo influencia. Me gusta pensar que doy buenos consejos. Sigo siendo diestro con los puños y buen tirador, llegado el caso. Sea lo que sea, por difícil que parezca, por favor, confía en mí.

Ella negó lentamente.

—No. Es mejor así, te lo prometo.

Él iba a hablar, pero ella lo interrumpió:

—¿Me presentarás a Elsie? ¿Y a sus hijos?

Vaciló. Suspiró.

—Con gusto. Pero Francis y Belinda están fuera, estudiando. Él en la universidad y ella termina el curso en la Academia de la señora Spence.

Caroline frunció el ceño, recordando al muchacho del aro que había entrado hacía menos de media hora.

—Estaré encantado de presentarte a Sophie y a Charles —prosiguió, observándola—. Son nuestros hijos… Bueno, han pasado quince años, Belle.

A Caroline le zumbaban los oídos; se sentía mareada. Asintió, aceptando el hecho, hasta que recordó cómo Laurence había renunciado, la noche anterior, a su propio placer para no ponerla en riesgo de embarazo. Así que se podía. ¿No habría podido su padre hacer lo mismo? Pero quizá —pensó con el corazón encogido—

Laurence no la amaba como su padre amaba a su compañera. La disciplina es más fácil cuando el corazón no está involucrado.

Basta, se ordenó. Era la vida de su padre, no la suya. Tenía sus propios asuntos. El impulso fue darse media vuelta y marcharse. Precisamente por eso comprendió que no debía hacerlo. Las cosas difíciles se afrontan; huir no resuelve nada. Su padre le había enseñado eso. Además, si se marchaba sin decir palabra, los niños de la otra habitación sentirían un dolor tan vivo como el suyo. No era justo.

Como siempre, supo lo que debía hacer, por arduo que fuera.

—Sí, me gustaría conocer a tu familia —dijo con la mayor serenidad que logró reunir—. ¿Pero es prudente? Yo no sabía nada de ellos y solo me entero ahora. ¿Saben ellos de mi existencia?

—Siempre lo han sabido. Tú no tenías por qué saber de ellos, pero dadas sus circunstancias, ellos sí debían saber de ti. —La miró con fijeza—. No los culpes. ¿Serás amable, Caroline? Si no puedes, quizá sea mejor que te vayas ahora.

Ella soltó una risa breve, sin humor.

—Soy muy hábil socialmente —respondió—. Y no sería cruel con un niño.

—¿Solo con un padre?

Ella lo ignoró.

—¿Puedo conocer a mi medio hermano y a mi media hermana? No puedo quedarme mucho. Tengo un asunto urgente.

—Ese del que te niegas a hablarme —repuso con amargura.

—Ese del que debo ocuparme yo misma. —Se irguió—. Ahora, por favor.

—Caroline —concedió él—, recuerda que si me necesitas, estaré aquí. Siempre.

—Gracias. Lo recordaré —prometió, sabiendo que eso sería todo.

Conocería a los hijos de su padre, sonreiría a la mujer a la que él deseaba por esposa y, con el tiempo, quizá lo perdonaría.

Por ahora, debía encontrar a otra persona en quien confiar, y debía hacerlo con rapidez.

Capítulo 21

Caroline había sido instruida en los modales sociales desde niña, igual que su padre, y él llevaba aún más años perfeccionándolos. Ambos eran elocuentes y encantadores en sociedad. Pero ahora, ni el padre ni la hija encontraban palabras mientras esperaban a que los otros niños entrasen en el salón para conocer a su media hermana.

El niño entró primero, vacilante y con los ojos muy abiertos. Su hermana se deslizó tras él, con aire espantado. La madre cerraba la marcha. Nadie habló. El conde observó a su hija mayor; ella clavó la vista en los niños y luego en la mujer. Esta le lanzó una mirada angustiada al conde y pareció a punto de llorar. Los niños miraron a Caroline y apartaron la vista, como avergonzados.

Eso la impulsó, al fin, a hablar.

—¿Cómo estáis? —preguntó con suavidad, inclinándose para procurar mirarles a los ojos—. Soy Caroline, Lady Whitmore. ¿Y vosotros sois?

El niño dudó y respondió:

—Soy Charles, señora. Charles Lund. —Hizo una reverencia brusca y luego empujó a su hermana—. Y esta es mi hermana, Sophie.

La niña hizo una reverencia y retrocedió hasta chocar con su madre. Se quedó con la cabeza gacha, mirando sus zapatillas.

Caroline sintió un súbito alivio al advertir que ninguno se parecía a ella ni a su padre. Sinceramente, no sabía cómo habría seguido adelante si así fuera. El niño tenía el cabello liso y castaño, los ojos color avellana; la niña, el mismo cabello y unos ojos

marrones suaves. Robustez, mejillas sonrosadas y narices respingonas. Como su madre, advirtió tras otro vistazo rápido. No comprendía cómo aquella mujer sencilla y regordeta había capturado y mantenido el afecto de su padre durante más de quince años. Pero, por muy sorprendida que estuviese, evitó estudiarla, pues cada mirada parecía azotarla.

No quería hacer la escena aún más difícil, si eso era posible. Reprimió la extraña necesidad de reír o llorar.

—Y esta es la señora Lund —anunció el conde con voz tensa, colocándose a su lado y tomándole la mano—. Esta es mi hija Caroline.

—Encantada de conocerla —susurró la señora Lund.

Siguió otro silencio.

—Siéntate, siéntate —apremió el conde, algo brusco.

Caroline tomó una silla y se sentó con elegancia en el borde. Los niños se acurrucaron juntos en el sofá, mirándola. La madre se sentó junto al conde y luego se levantó de golpe.

—Voy a preparar el té.

—Gracias, pero no tengo tiempo —empezó Caroline, justo cuando el conde replicaba:

—No, Elsie. Betty se encargará. Siéntate a mi lado.

La mujer obedeció.

Caroline oyó el tictac del reloj de caja en la esquina. Se preguntó por qué su padre no decía nada. Tal vez no supiera qué decir. La idea la dolió y la reconfortó a un tiempo. Reunió fuerzas. Ella, al menos, hablaría. Porque ella, al menos, no era responsable de nada de aquello.

—Comprendo que las circunstancias sean difíciles —dijo—, pero ya era hora de que nos conociéramos, ¿no?

Tres pares de ojos la miraron con aprensión. Su padre parecía acosado. Caroline recurrió a todo su adiestramiento, trató de olvidar

su propia pena y de pensar qué decir. Mil frases acudieron. Estuvo a punto de añadir: «Acabo de regresar a Londres; estaba de luna de miel», y al instante comprendió que aquellos niños eran quizá sus parientes más cercanos y, sin embargo, no habían sido invitados. Decirlo sería una grosería. Aunque su mera existencia era una grosería mayor para ella. Ridículo.

Se quedó sin palabras. Su adiestramiento terminó por imponerse.

—Acabo de regresar a Londres —dijo, mirando al niño, que parecía el más valiente—. Lo echaba de menos. ¿Te gusta vivir aquí?

—Sí, señora.

—Yo me crie en el campo. ¿A ti también te gusta ir?

—Me gusta la costa —se animó—. Papá nos lleva en agosto… —Se detuvo, inquieto, mirando al conde, como si supiera que había dicho algo indebido.

—Así es —confirmó el padre, con voz apurada—. A Torquay. Tenemos allí una casa junto al mar.

—He oído que es un lugar muy agradable —comentó Caroline.

Nunca había estado. Sabía que Torquay era una bonita ciudad portuaria, abierta al mar, apreciada por familias de marinos, no por gentes de su rango. Astuto su padre, al elegir un retiro encantador para su segunda familia, sin riesgo de encuentros incómodos.

Volvió el silencio.

Caroline aguardó a que alguien más hablara. También el conde. La otra familia se limitó a observarla en silencio.

Quiso decirles que no los culpaba; rogarles que no la temieran, que jamás les haría daño. Nada de aquello era culpa suya. Ella era la intrusa. De pronto se le ocurrió que quizá fuesen los hijos preferidos de su padre, y se dijo que no importaba. Nada importaba.

Se puso en pie.

—Solo he venido un momento —anunció—. Lamento interrumpir vuestro día, pero tenía algo que decirle al… al conde. Me gustaría quedarme y conoceros mejor, pero por desgracia, no dispongo de más tiempo que este instante. Quizá algún día nos volvamos a ver.

La compañera de su padre se levantó de un salto.

—Por favor, vuelva cuando guste, milady —se apresuró a decir—. Siempre será… —Miró al conde y añadió, con tristeza— bienvenida, estoy segura.

—Así es —afirmó él, alzándose—. Lo digo de veras, Belle.

—Gracias. Que tengáis un buen día —dijo Caroline, saliendo rígida del salón.

Los niños se quedaron con su madre. Tras lanzar una rápida mirada a Elsie, el conde acompañó a su hija hasta la puerta. No habló hasta que estuvieron junto al carruaje.

—Siento que te enteraras así.

—Dudo que existiera otra manera —repuso ella con una risita breve.

El conde frunció el ceño.

—Siempre quise decírtelo, pero nunca era el momento.

—Mejor así —contestó con una alegría demasiado luminosa—. Nunca habría sido buen momento, ¿verdad? Y como confesión en el lecho de muerte habría resultado demasiado melodramática, demasiado de Covent Garden, ¿no crees? —Algo le oprimió la garganta—. Pero me alegro por ti —añadió, conteniendo las lágrimas —. Nunca tuviste un hijo con mamá, y ese es el objetivo de todo noble terrateniente, ¿no? Y ahora lo has resuelto.

Él palideció.

—No tienes que preocuparte por mi legado —aseguró—. Dejaré a esos niños bien provistos, pero nunca heredarán mi título ni la propiedad.

Ella parpadeó y volvió a reír, un punto descompuesta.

—Jamás pensé en eso. Por mí, déjales todo. Me diste una buena dote y me casé con un hombre acomodado. Solo hablaba de… —Se interrumpió—. Pero tampoco importa. Que tengas un buen día, padre. Debo volver a casa.

—Caroline —la detuvo, tomándola del codo—. Escucha. Sé lo doloroso que ha sido; habría dado cualquier cosa por evitarlo.

—Y lo intentaste, ¿no? —sonrió con amargura—. Hiciste todo lo posible. La que debe disculparse por estropear tus planes soy yo. Buenas tardes. De veras, debo irme.

Se soltó, y subió al carruaje. Él la observó entrar, dio media vuelta y regresó, rígido, a su otra casa. Solo entonces ella se recostó, tan mareada y débil como en los peores días de su enfermedad. No se permitió aceptar del todo lo sucedido hasta que la puerta se cerró tras él.

Entonces lloró un poco más.

—¿Milady? —preguntó el cochero al cabo de un rato, cuando una mirada le indicó que su pasajera se había recompuesto—. ¿Regresamos a casa?

—No —exclamó—. Aún no. Demos una vuelta por el parque. Conduzca por Regent’s Park hasta que le diga adónde ir.

Seguía sin saberlo cuando el carruaje completó dos vueltas lentas. La elegancia de Londres desfilaba ante la ventanilla sin que ella la viera. Se recostó, perdida en sus pensamientos. El día se acababa. Tenía que saber qué hacer para mañana, y aún carecía de una pista.

Intentó serenarse. Primero, debía relegar el golpe reciente. Con esfuerzo, apartó la verdad sobre su padre al fondo de la mente. No podía hacer nada más, salvo lo hecho. Quizá, con tiempo, viviría con ello de forma más generosa; ahora no había nada que añadir. Aquello pertenecía al pasado; no se cambia. Debía lidiar con la amenaza a su vida nueva y a su familia.

Podía soportar muchas cosas, pero era realista: aquello era un chantaje por parte de un villano sin escrúpulos. No tenía experiencia. Necesitaba un aliado, aunque solo fuera otra perspectiva y un consejo sensato, y que guardase el secreto. ¿Quién? Conocía bien a pocas mujeres; su primer impulso había sido acudir a un hombre fuerte. Tenía una lista de antiguos pretendientes y amores. Rechazó a todos. No podía ni quería recurrir a ellos: sería como ser infiel.

Volvió a los hechos.

—Los hechos, Caroline —se reprendió—. Solo los hechos.

Hecho: había un hombre que exigía dinero para mantener oculto el pasado ilícito de la madre de su marido. Caroline se estremeció al advertir que ese sinvergüenza, en su vileza, no era tan distinto de su padre. No. Al menos su padre solo le había mentido a ella…

—Los hechos, Caroline. Solo los pertinentes.

Pensó largo rato en el amante de su suegra. Concluyó que pagar no resolvería nada. Solo alimentaría nuevas exigencias. ¿Y podía confiar en su palabra? No.

Asustarlo. Esa era la única salida.

¿Con qué? Lo obvio: solo le importaban sus placeres, y entre ellos, el dinero.

Secretos, pensó, apoyando la frente en el cristal frío. De pronto su vida era una red de secretos. Mentiras y más mentiras. Ella había cometido errores y no lo negaba, pero tenía su propio código. Sonrió con ironía. También había mentido, siempre que creyó que la protegería.

Golpeó suavemente el techo del carruaje.

El cochero descorrió la trampilla.

—A casa —ordenó—. Es hora de volver.

Mientras el carruaje se ponía en marcha, Caroline cerró los ojos.

Había tomado una decisión.



Laurence dejó de hablar con un lacayo y se volvió hacia la puerta cuando Caroline entró. Avanzó hacia ella con paso firme, los ojos claros y tensos.

—¿Estás bien? ¿Te has puesto enferma? —le tomó la mano y la miró a los ojos.

—No, te lo aseguro. Estoy bien.

—Entonces, ¿dónde estabas?

—Tenía que ocuparme de un asunto —respondió con debilidad.

Él apretó la boca y los ojos se volvieron fríos y brillantes. Caroline dio un paso atrás, sorprendida. Nunca lo había visto enfadado. Apenas contenía la furia.

—Necesito decirte unas palabras, querida —dijo entre dientes —. En mi estudio, por favor.

Solo entonces Caroline advirtió a los sirvientes reunidos al fondo del vestíbulo, observándola. Miró el alto reloj de caja y se mordió el labio. No había reparado en cuánto tiempo había pasado. Llevaba fuera horas.

—¿Dónde has estado? —preguntó Laurence en cuanto quedaron a solas.

—Fui a ver a mi padre —contestó ella, sentándose junto al escritorio. Se concentró en quitarse los guantes, evitando aquella mirada airada.

—No —repuso lentamente—. No lo hiciste. Fue el primer lugar al que fui cuando supe que habías desaparecido sin decir adónde. —Su tono siguió helado—. El señor Dean también se había ido y nadie en la casa sabía dónde estaba. Tu madre sigue aquí. Dijo que estaba demasiado nerviosa para volver hasta que tú regresaras. Está arriba con Camille, preocupada por ti. Mi propia madre ha tenido que retirarse con dolor de cabeza. —Tamborileó con los dedos en el respaldo de una silla—. Caroline, tú eres… —vaciló y cambió de rumbo—. Yo nunca te dejaría sin decir nada. Ahora soy un hombre casado y sé que no es considerado. Aunque admito que quizá no te lo diría si estuviera haciendo algo que creyese que podría molestarte.

—¿Y eso sería…? —preguntó ella con una ligereza calculada.

—Ver a otra mujer —respondió con la misma ligereza—. Entonces dime: ¿qué hacías y por qué no me lo has dicho?

Ella vio su expresión y sintió un escalofrío en la nuca. No era su marido afable y sereno. Tenía la mandíbula tensa, apretada por la ira. En aquellos ojos no había amor ni admiración, solo una valoración fría, como si la mirara a través de un cristal.

Anhelaba contarlo todo. No podía. Lo pondría en peligro si decía una palabra. Él querría saber qué urgencia la había llevado a buscar a su padre en secreto, y ella estaba demasiado agotada para inventar una historia.

Dudó un segundo de más. Él lo advirtió.

—Ya veo —dijo, sacudiendo la cabeza como quien encaja un golpe—. Es un poco pronto para desviarte, querida. El momento oportuno es tras darme uno o dos herederos, no a los pocos meses de la boda.

Caroline se irguió de un salto.

—No me he desviado —exclamó—. Es cruel decirlo. Lo sabes mejor que nadie. —Se recompuso—. Tenía fama de coqueta, nada más. Tú conocías esa fama antes de casarnos, pero también sabes

que llegué a ti virgen, así que es evidente que jamás «coqueteé» de verdad. Espero que estos meses de matrimonio te hayan convencido de que nunca te engañaría… a menos que tú me engañaras a mí, por supuesto —añadió, altiva—, porque entonces te lo devolvería con creces, querido.

Era un discurso impecable, arruinado por las lágrimas que le resbalaron.

Él se acercó y se detuvo.

—Te pido perdón —inclinó la cabeza—. Entonces, ¿por qué no me dices adónde has ido hoy?

Ella respiró hondo, temblorosa. Creía que él era aliado y amigo, además de amante. Imaginaba que la amaba… y ahí estaba, dispuesto a creer lo peor. Un vacío profundo la mareó.

—¿Quieres la verdad? —preguntó con amargura—. Pues cuidado, porque la verdad es lo peor que conozco. Hoy fui a ver a mi padre, pero no estaba en casa. El señor Dean no estaba allí cuando tú fuiste porque probablemente recorría Londres buscando a mamá para decirle dónde había ido.

—Vino más tarde y pidió hablar con ella —murmuró Laurence.

—Por eso está arriba —dijo Caroline—. No quiere enfrentarse a mí. —Alzó la cabeza—. Fui a ver a mi padre porque necesitaba hablar con él. No quise esperar a que volviese a casa. Ojalá lo hubiera hecho. Porque le mentí y averigüé su paradero. Estaba con su amante de toda la vida y con sus hijos, en la casa que comparten desde hace quince años, y nunca me lo contó.

Laurence cerró el puño y golpeó el escritorio.

—¡Maldita sea! Creía que lo sabías.

—¿Lo sabías tú? —rió ella, sin alegría—. ¿Soy la única en Londres que no lo sabía?

Él la sujetó por los hombros, mirándola a los ojos.

—No. Lo sabía porque investigué a tu familia antes de casarnos. Te deseé desde que te vi, pero solo un necio se lanza al matrimonio cegado por el deseo. Indagué sobre tu padre tanto como él sobre mí. —Bajó el tono—. Y no lo juzgué ni la mitad de severo de lo que él me juzgó a mí.

—Escúchame —apremió—. Muchos hombres de su edad y clase hacen lo mismo, y peor. No digo que esté bien ni que mentir lo esté. Aun así, no engañó a tu madre: te engañó a ti para ahorrarte dolor y escándalo.

Caroline empezó a relajarse. Entonces comprendió por qué él era tan comprensivo y sintió que la sangre se le helaba.

—Laurence —lo llamó con urgencia—. No más mentiras entre nosotros. Dime ahora: ¿es eso lo que puedo esperar de ti? Si pretendes lo mismo, dímelo. Prefiero saberlo.

Él la atrajo.

—Nunca —dijo junto a su oído—. Nunca, nunca. Nuestro matrimonio no fue por amor, no. Pero que me parta un rayo si ahora no lo es. Al menos, para mí.

Ella se apartó y lo miró.

—¿Me estás diciendo que me quieres?

—Sí.

Ella bajó la mirada.

—Yo también.

—Dilo —pidió él.

—Te quiero.

Se besaron, largo y hondo.

—Te amo —dijo él al fin—. Por completo.

Cuando la serenidad regresó, él se volvió grave.

—Entonces dime: ¿qué no puedes decirme?

Ella tragó saliva.

—Tu madre me pidió dinero antes de salir de Hollyfields. Dijo que era por el juego. Luego pidió más. Me negué. Entonces supe la verdad. —Cerró los ojos—. Es para su segundo marido. Dice que está vivo y la chantajea.

—¿Qué? —exclamó Laurence.

—Dice que nunca se casaron —añadió ella—. Y que, si no paga, lo contará todo.

Él reflexionó un instante.

—Eso podría ser cierto. Malo, pero solucionable. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque dijo que te mataría en un duelo si lo sabías —respondió Caroline—. Y le creí.

Él la miró, comprendiendo al fin.

—Gracias —dijo en voz baja—. Me has protegido.

Se abrazaron de nuevo.

—Me encargaré de ello —prometió—. Y lo haremos juntos. Sin sombras.

Ella apoyó la frente en su pecho.

—Eso es todo lo que quería oír.

Permanecieron así, en silencio. Por primera vez, no había secretos entre ellos. Y esa verdad, desnuda y difícil, era el único cimiento posible para el amor que empezaban a construir.

Capítulo 22

-No más mentiras, —pidió Laurence con firmeza. Miró a su madre y a su hermana por turno—. Esa es toda la verdad y tenemos que afrontarla. Belle ha dicho que lo hará. Ahora la pregunta es si vosotras podéis.

—¡Por supuesto! ¿Qué crees que soy? —exclamó Camille, indignada.

—Una joven con todo el mundo por delante —respondió él—. Y también impulsiva. Contrólate, Camille y piensa antes de actuar. Si Proctor cuenta al mundo la realidad de sus diez años con nosotros, estarás arruinada, mancillada por el mismo pincel. Sí, conozco a docenas de personas de la alta sociedad que conviven sin el beneficio del clero, pero ninguna de las que conozco mintió al respecto ante sus iguales. Y ninguna lo hizo con un sinvergüenza como Proctor. La mitad de Londres lo desprecia y la otra mitad lo hará cuando se entere de más, lo que, según él, sucederá si se lo impedimos. A quienes mintieron por él no les irá mejor si su secreto sale a la luz.

Se pasó la mano por el cabello.

—¿Cómo van a saber que no sabíamos que ya estaba casado? ¿Nos creerían? El adulterio abierto es una cosa: requiere valor y descaro, pero se hace. Intentar engañar a la sociedad educada es otra muy distinta. No te estoy juzgando, madre, pero esa es la verdad.

Alyce no dijo nada. Caroline no sabía si estaba ofendida o enfadada por lo que acababa de oír. Lo que más la inquietaba era que no hubiera pronunciado una sola palabra desde que Laurence

los reunió aquella mañana tras las puertas cerradas de su estudio para exponerlo todo. No se había disculpado ni había mostrado arrepentimiento. Solo permanecía sentada en silencio, mirando sin expresión a Caroline mientras su hijo hablaba. El único signo de emoción eran dos manchas de color en sus mejillas pálidas.

—No me importa —aseguró Camille con firmeza—. Aunque me importara, sería estúpido intentar ocultar la verdad.

Se estremeció.

—Lo odiaba entonces y lo desprecio ahora, pero es ridículo pagarle para que guarde silencio. Tendríamos que seguir pagándole hasta el fin de los tiempos. Acaba con esto, Laurence. No le pagues. ¿Y si habla y la gente nos culpa por el engaño? —Se encogió de hombros—. Sobreviviré. Vivir en sociedad ha sido divertido, pero también lo era estar en casa. Me las arreglaré. Cualquier hombre que no piense así es un hombre que no querría de todos modos.

Laurence sonrió.

—Eres una chica práctica. Estoy de acuerdo. ¿Mamá? No has dicho nada. ¿Qué opinas?

—Ya no tengo voz en este asunto —respondió Alyce, con voz apagada—. Te lo oculté todos estos años y ahora que lo sabes, ya no está en mis manos. Haz lo que quieras. Pero él vendrá aquí esta noche esperando recibir el dinero.

—Bien —dijo Laurence, enderezándose—. Obtendrá otra cosa. A mí.



Llegó la noche y la casa estaba en silencio. A los sirvientes se les había dado la noche libre. Alyce se quedó en su dormitorio, mientras Laurence bajaba a encontrarse con su antiguo amante. Caroline se sentó en su cuarto con Camille, porque Laurence no quería ni oír

hablar de que vieran al hombre que estaba intentando arruinar sus vidas.

—Las dos sois demasiado volátiles —había dicho, riendo—. Intentaríais cortarle la cabeza. No me importaría en circunstancias normales, pero, aunque me gustaría hacer lo mismo, lo mejor es rechazar sus demandas y despedirlo. Podría buscar una excusa para batirme en duelo. Mi trabajo no es darle ese placer.

—¿De qué le serviría batirse en duelo, salvo para arriesgar el cuello? —preguntó Caroline.

—Quién sabe lo que pasa por esa mente reptiliana. Pero si amenazó a mi madre con eso, es un riesgo. Lo bueno es que cree que se reunirá con ella en secreto. Tendré la sorpresa de mi lado. Si se atreve a amenazarme, podré tomar el asunto en mis propias manos inmediatamente. No te preocupes. Es lo bastante inteligente como para no hacerlo. También es un cobarde.

—¿Así que con negarle el chantaje se marchará otra vez?

Le acarició la barbilla con una mano y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Eso y unas cuantas amenazas firmes. No te preocupes. Hazle compañía a Camille. Está preocupada y teme desobedecer mis órdenes bajando a matarlo ella misma.

—¡Si me dejaras! —exclamó Camille.

Él rió entre dientes.

—Sí, sé que podrías. Y también milady. Estoy rodeado de amazonas, así que no tengo nada que temer. Proctor no es rival para vuestra furia. Os contaré lo que pase tan pronto como pueda.

Se dirigió a la puerta del dormitorio y miró hacia atrás.

—Y sí, tendré a un lacayo y a un amigo leal y armado escondidos en las sombras, por si planea algo aún más ruin.

Ahora Caroline se sentaba con Camille, comentando la extraña reunión que debía de estar teniendo lugar en las cocinas

oscuras.

—¿Qué cosa más ruin podría haber planeado? —se preguntó en voz alta.

—Proctor es un completo bastardo —dijo Camille, con su lenguaje de establo, que Caroline habría corregido de no estar tan alterada—. No lo dirías al verlo. Parece un caballero y es encantador. Engañó por completo a mamá. A mí también, al principio. Pero así es el capitán Sharp. Vació nuestras arcas y luego se largó. Laurence se enteró antes de que acabara con nuestra fortuna. Intentó advertir a mamá, pero ella no quiso oír nada contra su querido. Laurence tuvo que hacerse a la mar para intentar recuperar lo perdido.

—Proctor nunca nos hizo daño a Bernard, a mí o incluso a Laurence personalmente —admitió Camille—. No era su estilo. Hacía trampas en las cartas y en las carreras, tenía negocios turbios, contrabando y ahora chantaje. Pero en casa se comportaba como el señor de la mansión, y tengo que admitir que adoraba a mamá. La trataba como si fuera porcelana fina.

Caroline abrió los labios y volvió a cerrarlos. Estuvo a punto de preguntarle qué sentía su madre por aquel hombre ahora, pero tuvo la desagradable sensación de que ya lo sabía; como seguramente también lo sabía Proctor. Quizá por eso había amenazado con retar a Laurence si Alyce no pagaba. Con Laurence fuera de escena, cualquier cosa podría ocurrir con la nueva fortuna acumulada; y si Proctor fuera libre para casarse realmente con Alyce…

Caroline empezó a pasearse nerviosa por la alfombra. No por mucho tiempo.

Laurence abrió la puerta.

—Salid, salid, dondequiera que estéis —dijo con una sonrisa —. Lo digo en serio. Bajad, señoritas.

—¿Se ha ido? —preguntó Caroline con ansiedad.

—¿Le has dado una bofetada? —preguntó Camille, entusiasmada.

—Se ha ido —asintió Laurence—. Le dije lo que pensaba, y me escuchó, después de superar la sorpresa de verme allí. Me escuchó y se marchó en silencio. Se acabó. Para siempre, creo. Le ofrecí dinero para un pasaje a las Antípodas. Lo aceptó.

—Oh, Laurence… —suspiró Caroline con alivio.

Él la abrazó.

—Ahora bajemos, ¿te parece? Oliver Tuner está solo abajo y me temo que, si no le recompensamos por hacer guardia —o al menos lo distraemos—, se acabará todas las sobras de la cocina. Dice que aún no ha cenado.

El rostro ancho de Camille se sonrojó.

—Dame un minuto para cambiarme el vestido. No sabía que íbamos a tener compañía.

—Vaya, vaya —murmuró Laurence cuando ella salió apresurada.

—¿Qué dijo tu madre? —preguntó Caroline, atrayendo su atención.

Él frunció el ceño.

—Aún no se lo he dicho. Dejé lo peor para el final; gracias por recordármelo. Será mejor que lo haga ahora. Tú baja. Iré enseguida. No creo que quiera unirse a nosotros, pero lo celebraremos.

Y así lo hicieron. Laurence y Caroline, Camille y Oliver se divirtieron hasta altas horas de la noche.

Caroline estaba demasiado emocionada para dejar de hablar, incluso cuando ya estaba en la cama. A medida que la noche se desvanecía, seguía murmurando felicitaciones confusas a Laurence.

—Sí, gracias, ahora duérmete —dijo él, abrazándola—. Tendremos tiempo para hablar más tarde.

Y tiempo para hacer el amor también, pensó con una punzada de tristeza.

No lo hicieron, aunque él lo deseara. Ella estaba demasiado ansiosa por hablar. Pero él estaba contento. Tenían el resto de sus vidas para eso.

Caroline cerró los ojos y se durmió sonriendo. Y, consciente de la locura que era tentar al destino, se habría despertado gritando si hubiera oído decir algo tan peligroso.



La mañana siguiente amaneció radiante, un domingo perfecto. Como parte de su celebración, Laurence paseó por Hyde Park con su esposa del brazo y su hermana del otro. Iban espléndidamente vestidos: Laurence con una chaqueta azul superfina y pantalones beige; Caroline, una visión en azul; y Camille, muy elegante con un vestido de muselina estampado. Saludaban a sus conocidos con sonrisas y gestos, deteniéndose de vez en cuando para charlar.

El parque estaba abarrotado. Era inevitable encontrarse con gente a la que no deseaban ver. Caroline se tensó al ver a sus padres caminando hacia ellos del brazo, como si fueran la pareja más unida de Londres. Le sorprendía que pudieran hacerlo. Pero ellos vivían según otras normas, se recordó, unas que se alegraba de no tener que seguir.

Ayer, tras enfrentarse a su madre por su engaño sobre su matrimonio, esta se había mostrado a la vez defensiva y desafiante.

«No había razón para decírtelo —había dicho—. Los padres no confían sus relaciones a sus hijos, ni deben hacerlo. Los míos no lo hicieron, y yo siempre fui fiel. Pero en cuanto a tu padre, siempre te he dicho que los hombres son distintos y tienen necesidades distintas. Si él sintió que debía buscar sus placeres en otra parte, no era asunto mío ni tuyo. Así es el mundo. Ya lo verás».

Antes de que Caroline pudiera responder, la expresión de su madre se volvió ansiosa.

«Pero eso no debería cambiar nada entre nosotras. Siempre te he querido más que a nada en la vida. Lo sabes, ¿verdad?».

Era cierto, y Caroline lo sabía. Tuvo que pasarse media hora asegurándoselo, y el tema no volvió a surgir.

Pero allí estaban sus padres, caminando juntos por la elegante avenida, sonriendo como si jamás hubieran soñado con pasar días separados, y mucho menos toda una vida.

—Milord —dijo Laurence cuando se encontraron—. Que tenga un buen día. —Se inclinó sobre la mano de lady Haverton—. ¿Cómo está?

—Todo va bien —respondió el conde—. No hace falta preguntarle cómo está usted. Mi hija está radiante, su hermana florece y usted parece más contento que ningún hombre en el parque. Como debe ser.

Intercambiaron cumplidos e incluso Caroline logró esbozar una sonrisa. No creía poder confiar de nuevo en su padre, y solo consiguió hacerlo recordando que ahora tenía a un hombre más digno en quien apoyarse.

Otros paseantes los miraban con interés. Susurraban, envidiosos, sobre cómo el vizconde Whitmore había cautivado a su famosa y coqueta dama, y lo felices que parecían.

—Whitmore debe de tener algo extraordinario —murmuró una dama, evaluando los hombros de Laurence.

—Sí —respondió su acompañante—. Tiene a lady Caroline.

Ella le dio un golpecito con el abanico, pero ambos se quedaron cerca, observando a la hermosa pareja.

Si Caroline y Laurence oyeron los comentarios, no lo mostraron. Siguieron intercambiando cortesías con los Haverton hasta que ya no hubo nada más que decir sobre el tiempo.

Entonces, el conde y su esposa se despidieron, deseándoles un buen día, y ambos grupos continuaron sus paseos por sendas distintas…

…hasta que un hombre corpulento se plantó ante Laurence y le bloqueó el paso. La fila de paseantes que venía detrás tuvo que detenerse.

Camille palideció; la sonrisa de Laurence desapareció. Caroline se quedó inmóvil. El individuo no parecía una amenaza inmediata: un caballero bien alimentado, de tez oscura, mayor, bien afeitado y bien vestido. Pero su sonrisa era burlona.

—¡Whitmore! —tronó—. ¡Por fin te encuentro! Dios sabe cuánto lo he intentado desde que regresé a Inglaterra, pero te escondes de mí. No respondes a mis cartas, no recibes a mis abogados, no me dejas entrar en tu casa, a pesar de que soy tu padrastro. ¿Así es como pagas mi caridad cuando eras un niño sin un penique?

—Proctor —dijo Laurence con voz grave.

—Regreso del extranjero para retomar mi vida con mi familia —continuó Peter Proctor—. ¿Y qué descubro? Que has mentido sobre mí. Dejé a mi esposa y a mi familia para reparar la finca que tú arruinaste con tus hábitos derrochadores. Trabajé como un esclavo para administrar mis tierras en el extranjero y volver a casa a arreglar lo que desperdiciaste. ¿Y cómo me lo pagas? ¡Difamando mi nombre! Pero soy un hombre justo: confiesa todo y lo perdonaré todo. Mi amor por tu madre trasciende mi necesidad de venganza.

El rostro de Laurence parecía tallado en piedra.

—Vas demasiado lejos —le advirtió, avanzando un paso.

—¿No te disculparás? —gritó Proctor.

—Te mataré por esto —respondió Laurence en voz baja.

—¡Escuchen! —vociferó Proctor, retrocediendo—. ¡Me amenaza! ¡Soy un caballero, aunque él no lo sea!

Se quitó un guante y se lo lanzó a Laurence a la cara. Luego retrocedió varios pasos.

—Tus padrinos se pondrán en contacto contigo —gritó antes de darse la vuelta y alejarse a toda prisa.

—¡No! —dijo Caroline cuando Laurence, con los puños cerrados, intentó seguirlo. Le puso una mano en el brazo—. No puedes. Si lo derrotas, habrá ganado, y será aún peor. Oh, Laurence… ¿qué vamos a hacer?

—Bailaremos al son del flautista —respondió él con calma lúgubre, mientras la multitud elegante se agolpaba para escuchar—. Pero no le gustará la música… ni la paga que recibirá por ella. Eso te lo prometo.

Capítulo 23

—Los duelos son ilegales —repitió Caroline.

—Lo sé —respondió Laurence.

Yacía boca arriba, con los brazos cruzados tras la cabeza. Ella permanecía sentada, como llevaba media noche desde que él regresó y se metió en la cama.

—No resolverá nada.

—Al contrario. Lo resolverá todo.

—¿Eso es lo que te han dicho tus amigos esta noche? —replicó ella, tensa.

Había salido y vuelto tarde, pero Caroline sabía perfectamente con quién había estado, porque él se lo había dicho: Oliver Tuner, el conde de Drummond y otros hombres de confianza a los que llamaba amigos. Habría preferido que pasara la noche con una amante.

—No puedo ignorarlo, Belle. Los duelos son ilegales y él lo sabe. Pero ningún caballero pasa por alto un insulto así, y él también lo sabe. Hacerlo sería admitir culpa. Creo que ahora se siente libre, por eso ha reaparecido. Su intención era casarse con mi madre y hacernos la vida imposible mientras nos llevaba de nuevo a la ruina.

—Pero tu madre no tiene dinero, salvo la asignación que tú le das —objetó Caroline.

—Sí. Sin duda ya lo ha descubierto, y por eso ha recurrido al chantaje definitivo. No puedo permitirlo. Y, además, si pongo la otra mejilla, quedaré marcado para siempre como cobarde y tramposo.

La sociedad no es muy bíblica por naturaleza. Me merezco algo mejor, ¿no crees?

Ella negó con la cabeza, derrotada.

—No iré a la horca a menos que lo mate —continuó Laurence en la penumbra—. Y no pienso hacerlo, aunque se lo merezca. Puedo herirlo y declarar mi honor satisfecho. Mientras tanto, mis amigos están reuniendo pruebas. Te prometo que, si aprecia su libertad, se recuperará lejos de Inglaterra.

—Entonces ¿por qué te desafió? —preguntó ella, frotándose la frente—. Quiere matarte, aunque tú no quieras matarlo. Si tú no estás, podría casarse con tu madre. Ella necesitará a alguien en quien apoyarse. Siempre lo ha amado, y él es un mentiroso excelente. Aunque tuviera que huir del país por el duelo, encontrará la manera de volver y ganarse de nuevo su favor. Con dinero puede ir a cualquier parte.

—Bernard heredará si yo muero —dijo Laurence en voz baja.

—¿Y crees que podrá resistirse a un hombre como Proctor o a sus intrigas?

El silencio fue respuesta suficiente.

—Hay demasiadas posibilidades terribles —prosiguió Laurence con suavidad—. La vida no ofrece garantías. He elegido pistolas. Soy muy buen tirador.

—Y él es muy bueno haciendo trampas —murmuró Caroline, dejándose caer sobre la almohada y hundiendo el rostro en ella.

—Tenemos cosas mejores que hacer que discutir esto —dijo él, trazando lentos círculos en su espalda—. No hay remedio. Confía en mí —susurró junto a su oído—. Haré todo lo posible por no morir. Pero no puedo prometerlo. Ningún hombre puede hacerlo. Belle, escúchame.

Su voz se volvió persuasiva, casi tierna.

—Podría salir de casa camino del duelo y morir atropellado por un carruaje fuera de control. Podría cortarme la mano con una botella de champán celebrando su derrota, que se me infectara y morir una semana después. Podrías matarme de amor —añadió, rozando con la nariz el hueco de su cuello—. Espero sinceramente que lo intentes. ¿Belle?

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Así que, con la mejor de las intenciones —continuó—, no puedo prometerte que no moriré. Pero intentaré no hacerlo. Por tu bien.

Caroline buscó sus labios porque no sabía qué decir y lo necesitaba más que cualquier palabra.

Hicieron el amor como nunca antes, sin reservas. El miedo que ella sentía por él desató los últimos temores que aún guardaba por sí misma. Trató de memorizar su cuerpo, de recorrerlo con manos, ojos y boca, temiendo no tener otra oportunidad. En ese intento de retener cada detalle encontró algo más que la liberación de su timidez: Laurence, tan fuerte y seguro, estaba por completo a su merced. Ella no le mostró ninguna. Recordó lo que él le había hecho sentir y se lo devolvió con la misma intensidad, maravillándose al oír cómo contenía el aliento, gemía y pedía más.

Laurence la dejó hacer cuanto quiso hasta que ya no pudo resistirse a lo que ella había despertado. Entonces, asombrado por el placer inmenso de poder mezclar sin freno su amor y su pasión, se vio sobrepasado.

Se inclinó sobre ella y ella se alzó para recibirlo. Él se entregó sin preocuparse de nada más. Ella era suya y, si no podían volver a compartir aquello, al menos le dejaría toda la pasión que llevaba dentro. Ella igualó su frenesí. Cuando por fin se estremeció, jadeante, él huyó del mundo con ella.

—¿Laurence? —susurró ella más tarde, cuando sus cuerpos se enfriaron y la razón regresó—. No me dejes.

Él respiró hondo.

—Intentaré no hacerlo.

Y, con tanto por decir y ninguna forma de expresarlo, volvieron a hacer el amor.

Capítulo 24

Caroline se estiró, extendió un brazo… y solo encontró el vacío.

Se incorporó de golpe y se quedó mirando la oscuridad. Se había ido.

Lo había temido. Lo sabía. Pero no había querido creerlo.

Habían hecho el amor la noche anterior, como la noche anterior también, sin reservas, sin dejar nada que desear, hasta que el agotamiento terminó por vencerlos. Ahora, en ese amanecer —lo supo por las estrechas franjas de luz gris que se filtraban por los bordes de las cortinas—, él se había marchado.

Sabía adónde, y sintió que el corazón se le partía. Pero Caroline estaba preparada.

Apartó las mantas y saltó de la cama. Con manos temblorosas, se vistió a toda prisa con la ropa que había dejado preparada la noche anterior en el vestidor. No quería que su doncella lo supiera. Nadie debía saberlo. Estaba a punto de quebrantar una regla fundamental.

No se hacía.

Ella era un adorno de la sociedad; conocía todas sus normas, todos sus matices, y había vivido siempre conforme a ese código. Esas reglas habían gobernado su vida desde que dio sus primeros pasos. Desde la niñera hasta la institutriz, desde la preceptora hasta los labios de su propia madre, Caroline había sido instruida en lo que era correcto. Más allá del mundo educado —le habían dicho— solo existían la barbarie, la desgracia y el exilio. En resumen, una vida que no merecía ser vivida.

Así que sabía mejor que nadie que las damas no presenciaban duelos. Estaban excluidas de ellos. Debían mirar hacia otro lado mientras los caballeros se dirigían al campo del honor y luego esperar, tras cortinas cerradas, noticias de vida o muerte.

Pero ella era Lady Caroline, se repitió. Nada había cambiado eso… aunque algo estaba intentando hacerlo.

Lady Caroline había encontrado al amor de su vida, y nada le impediría estar con él. Porque, al fin y al cabo, ¿qué importaba la sociedad? Una vida sin Laurence sería un exilio, y no valía la pena vivirla.

Se echó la capa que había dejado preparada, se subió la capucha y salió al pasillo oscuro.

—¿Por qué has tardado tanto? —siseó Camille.

Caroline se sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar en un susurro áspero.

—Lo mismo que tú. Lo oí marcharse. ¿Creías que iba a quedarme en la cama? —Camille rebuscó con excitación entre los pliegues de su propia capa—. Mira. He cogido una pistola de cañón largo. ¡Estoy lista!

—Camille —dijo Caroline en voz baja, empujando el arma hasta que apuntó al suelo—. No. Traería un ejército entero si creyera que así podría acabar con esto, pero no podemos intervenir. No porque no debamos, sino porque él jamás nos perdonaría. Puede sobrevivir al duelo —rezó para que así fuera—, pero nunca soportaría la deshonra de esconderse tras las faldas de una mujer.

Al ver la expresión furiosa de su cuñada, añadió con firmeza:

—Los hombres no son tan razonables como nosotras. Viven y mueren por su honor. Así que iremos. Pero solo para observar. A menos que haya trampa —concluyó, aferrando la culata lisa de la pistola que llevaba oculta en el profundo bolsillo—. Entonces será la guerra.

Bajaron las escaleras y cruzaron el vestíbulo de puntillas. Los sirvientes aún dormían; las chimeneas estaban frías y la cocina en silencio. Salieron sigilosamente por la puerta principal y la cerraron con cuidado tras ellas.

Caroline exhaló y miró a su alrededor en la penumbra. A mitad de la calle aguardaba el carruaje que había mandado preparar. Se apresuraron a despertar al cochero y subieron.

Caroline dio la dirección.

En aquellos tiempos solo había un lugar para los duelos: un terreno abierto a las afueras de la ciudad, un páramo sin refugio. Se había asegurado de averiguarlo. Los lacayos eran hombres y compartían, en teoría, el mismo código de honor que sus amos; pero las criadas eran leales a sus amas, y siempre había oídos atentos tras las puertas.

—Ahora —dijo Caroline a Camille cuando el carruaje dio una sacudida y comenzó a rodar—, cuando lleguemos no hagas nada. No dejes que te vean. Solo observa. Pero si es necesario… —apretó los labios— hazlo todo. Y rápido.

El carruaje se internó en la madrugada, llevando consigo dos mujeres dispuestas a desafiar todas las reglas por un solo hombre.



Laurence contempló el cielo al amanecer. Llegaría a llover más tarde, pensó, aunque no antes del mediodía. El viento refrescaba, pero el sol luchaba por abrirse paso entre las brumas de la noche que se desvanecían. Pronto habría suficiente luz para ver con claridad. Mientras aguardaba la llegada de su oponente, se permitió una idea fantasiosa: ¿se habría pospuesto el duelo si hubiese llovido a cántaros?

—No —comentó su amigo, el conde de Drummond, como si le hubiera leído el pensamiento mientras observaba las nubes que se desplazaban con rapidez—. He estado en eventos como este antes. Se enfrentan incluso si llueve fuego. Bow Street, ya sabes, puede haber sido informada, y es importante hacer lo que hay que hacer antes de que lleguen. Y espero que ya lo hayan hecho —murmuró.

Laurence lo miró con dureza.

El conde alzó las manos.

—Yo no —aseguró—. No me gusta esto, pero entiendo que es necesario. Aun así, ten cuidado con él, Laurence. Tiene un as en la manga. Lo siento en mis huesos.

—Eso es todo lo que quedará de él si lo intenta —murmuró Sebastian Fairmont, deteniéndose en su vigilancia, atento a la llegada de la otra parte.

—Aquí viene un carruaje —anunció un anciano de rostro severo, mirando a través de la niebla que empezaba a levantarse—. Llega tarde para aumentar la tensión. No se lo permitas, Laurence. Eras el más sereno cuando estabas bajo mi mando.

Laurence se quitó la chaqueta, se la entregó a Sebastian y flexionó los hombros.

—Lo sé, milord. No dejaré que la ira se apodere de mis ojos ni de mis manos.

—Los trucos no pueden influir en él, lord Talwin —aseguró el conde de Drummond al anciano—. Él mismo ha utilizado demasiados.

Laurence sonrió a su amigo.

—¿Y Oliver? —preguntó en voz baja.

—Donde debe estar —informó Sebastian—. Sinclair ha tomado el otro extremo del campo. A menos que se arrastre por el bosque hacia el norte o atraviese el arroyo hacia el sur, será descubierta y detenida, si es que viene.

Laurence rió por lo bajo.

—¿Lo dudas? La conoces. Nada, absolutamente nada, mantendrá a mi hermana alejada. Así que Oliver y Sinclair tendrán mucho trabajo.

Los hombres sonrieron, hasta que vieron que el carruaje que se aproximaba se detenía cerca.

Peter Proctor descendió del carruaje, seguido por dos hombres de semblante adusto. Entregó su capa a uno de ellos y se acercó al conde sin mirar siquiera en dirección a Laurence.

—¿Se ha presentado una disculpa? —preguntó con calma.

—No —respondió Drum—. ¿Ha cambiado de opinión?

—Difícilmente, milord —replicó Proctor—. He sido difamado y debo quedar satisfecho. Ya sea con una disculpa o con este encuentro.

Esperaron mientras Proctor se quitaba la chaqueta. Era un hombre alto, corpulento aunque no obeso, de buen aspecto, pero varios años mayor que su oponente. Aun así, no iban a batirse con sables ni espadas. Las pistolas borraban la diferencia de edad: bastaban una mano firme, una cabeza fría y una mirada segura.

—¿Le gustaría inspeccionar las pistolas? —preguntó a Drum uno de los hombres que acompañaban a Proctor, abriendo el estuche plano de caoba que llevaba.

—Por supuesto —respondió Drum con ironía—. ¡Sebastian! ¡Lord Talwin! Acompáñenme, por favor.

Proctor rió.

—Vamos, milord, ¿cree que no conozco su reputación y la de sus compañeros? Lord Talwin es conocido por su influencia en el Ministerio de Guerra, y usted y su amigo Sebastian gozaron de una reputación, digamos, particular durante el último conflicto. Puede considerarme un villano, pero no tan estúpido como para manipular el peso o el cañón de ninguna pistola. Y si lo creyera, cuando haya

acabado con su amigo, estaré encantado de conocerle a usted también.

El conde alzó la nariz con desdén y lo miró fijamente.

—No creo que seas capaz de hacerlo, Proctor. De lo contrario, estaría encantado de complacerte.

Se inspeccionaron las pistolas. Los padrinos asintieron a los hombres a los que representaban. Los duelistas se dirigieron al centro del terreno llano y herboso y, al llegar, se dieron la vuelta y se colocaron espalda con espalda. Laurence miró hacia el norte y Proctor hacia el sur, de modo que ninguno tuviera que soportar el resplandor del sol naciente. El cirujano terminó de preparar sus instrumentos. Drum y Sebastian se situaron junto a Laurence; los dos acompañantes de Proctor, junto a él.

Ambos duelistas, en mangas de camisa, destacaban como dos manchas blancas sobre el verde oscuro de la maleza que enmarcaba el claro. Lord Talwin avanzó, se colocó junto a ellos y luego retrocedió.

—Quince pasos —anunció—. ¿Listos?

Ambos asintieron.

—Uno —dijo Lord Talwin.

Los duelistas comenzaron a alejarse mientras él contaba.

Caroline, agazapada entre los matorrales en una pequeña elevación junto al campo, contuvo el aliento con un sollozo. No solo porque aún le faltaba el aire tras el apresurado descenso entre los helechos, sino porque podía imaginar con dolorosa claridad una mancha carmesí extendiéndose sobre la camisa blanca que observaba.

—Quédate aquí —susurró a Camille mientras apartaba una rama para asomarse—. No podemos avanzar más. ¿Ves algo?

—Demasiado —murmuró una voz grave.

Caroline se irguió sobresaltada.

—A esta la esperaba —dijo Oliver Tuner en voz baja y con tristeza, sujetando con fuerza la muñeca de una Camille furiosa—. Pero usted, milady, me sorprende. Ella llevaba una pistola. ¿Qué lleva usted en el bolsillo? ¿Un cañón? Por favor, entréguemelo.

Caroline no le prestó atención. Su mirada estaba clavada en el claro. De pronto, todo quedó en silencio. Los hombres dejaron de moverse y permanecieron inmóviles, con las pistolas bajadas a los costados. Miraron a Lord Talwin, que se había apartado a un lado y sacó un gran pañuelo blanco.

Oliver olvidó su petición y quedó tan inmóvil como las dos mujeres.

Un pájaro cantó. Caroline no oía nada más que el martilleo de su propio corazón. Contuvo la respiración.

Los hombres alzaron los brazos con las pistolas y miraron a Lord Talwin. Este levantó el pañuelo blanco.

Entonces todo sucedió con una rapidez imposible de seguir.

Un hombre surgió de la espesura al borde del claro, alzó una pistola de cañón largo y apuntó a Laurence. Un rayo del sol naciente brilló en el metal oscuro. Laurence giró la cabeza; su brazo siguió el movimiento y disparó. Hubo una explosión, una nube de humo azulado. Otro disparo. El hombre de la maleza soltó el arma, se llevó la mano al pecho y cayó.

Un tercer disparo resonó. Otro hombre había aparecido al otro lado del claro.

Laurence giró de nuevo y vio la espalda de Proctor perdiéndose entre el humo mientras corría hacia un caballo que lo aguardaba. No llegó. Se tambaleó, tropezó y cayó. Intentó arrastrarse; la mancha de sangre en la espalda de su camisa explicaba por qué no podía. Emitió un sonido ahogado y quedó inmóvil.

El claro quedó en silencio durante un instante interminable.

Entonces Caroline levantó las faldas y bajó corriendo la colina, gritando «¡Laurence! ¡Laurence!» sin detenerse.

Él estaba arrodillado junto a Proctor. Al verla, se puso en pie y la atrapó en sus brazos. Ella se aferró a él, sollozando.

—Calla, no pasa nada —le dijo.

Cuando logró calmarse, él miró por encima de su hombro.

—Bien hecho, milord —dijo con gravedad.

Caroline alzó la cabeza y vio a su padre, pálido, respirando con dificultad, sosteniendo una pistola de la que aún se elevaba un hilo de humo azulado.

—Vi la oportunidad y la aproveché —explicó el conde Haverton—. Te disparó, igual que tú abatías a su cómplice. Por mis averiguaciones, sospechaba que intentaría algo así. —Hizo una pausa—. Escuché su desafío en el parque y tomé precauciones. Vine aquí antes del amanecer para vigilar en secreto, y parece que no me equivoqué. Si hubiera sido un enfrentamiento limpio, nunca habrías sabido que estaba aquí. Pero, tal como ocurrieron las cosas, aunque giraste al disparar, podría haberte herido de gravedad.

—Eso le habría convenido —continuó—. Habría podido difundir más mentiras o exigir dinero para callarlas. No podías matarlo sin provocar un escándalo mayor; matar a un padrastro, por vil que fuera, no se habría olvidado fácilmente. Tampoco podían hacerlo tus padrinos. Habría habido un juicio. Pero yo sí podía. Y debía hacerlo. Al menos por mi hija.

—La suya es una familia formidable, milord —señaló Laurence.

—Ahora también es la tuya —respondió el conde—. Y me alegra. Te enfrentaste al enemigo de frente y ganaste. Y conquistaste por completo a mi hija; esa era la empresa más difícil. —Sin mirarla, añadió—. Nunca pensé ver a mi Caroline comportarse de un modo tan temerario, arriesgando su reputación por un

hombre. Bien hecho, muchacho. Ahora —dijo, volviéndose hacia los amigos de Laurence—, habrá que limpiar un poco, caballeros.

—El hombre murió por una desgracia —declaró Lord Talwin con sequedad—, abatido por su propio empleado, que después se suicidó. Todos lo vimos.

—Exactamente —asintió Drum con indiferencia—. Eso fue lo que ocurrió.

Hubo un murmullo de aprobación.

—¿Doctor Godwin? —preguntó Lord Talwin.

El cirujano alzó la vista y, tras encogerse de hombros, asintió.

—Está muerto, y sin duda se lo merecía.

—El otro sinvergüenza también lo confirmará —añadió Lord Talwin, mirando al hombre que Oliver retenía—, antes de marcharse a las Antípodas para siempre, si desea conservar la vida.

El hombre asintió, tembloroso. Camille, con la pistola en la mano, lo vigilaba con severidad.

—Nunca imaginamos que tendría a alguien oculto en la maleza toda la noche —murmuró un caballero moreno que se acercó con una pistola aún humeante—. Lo siento, Laurence.

—Lo recordaremos —aseguró Drum con pesar—. Era tan ingenioso como codicioso. Pero ha terminado. Ahora, recojamos. Laurence, vete a casa con tu esposa y tu hermana. No recuerdo haberlas visto nunca tan hermosas, y preferiría no recordarlas aquí.

Laurence sonrió.

—Gracias, caballeros. Damas, la sociedad me prohíbe darles las gracias; solo puedo amarlas. Vamos a casa. —Miró a su suegro —. ¿Vendrá con nosotros?

El conde miró a su hija.

Ella no soltó la mano de Laurence.

—Por favor, ven con nosotros, padre —pidió—. No me debes nada. Fuiste y eres un buen padre, y eso es todo lo que una hija puede pedir.

—Pide más —respondió él en voz baja—. Pide mucho más y da tanto como pidas. A ningún hombre al que ames le importará.

Capítulo 25

Laurence y Caroline yacían en la amplitud silenciosa de su cama y hablaban en voz baja. No hablaban del amor como solía hacerse; sin embargo, ambos sabían que no hablaban de otra cosa.

—¿Le habrías disparado? —preguntó Laurence, con una sonrisa apenas audible.

—Le habría disparado a Oliver si hubiese intentado detenerme —repuso Caroline—. Quiero decir… si hubiera tenido ocasión de protegerte.

—Tu padre fue muy valiente.

—No más que tú.

—No tuve elección —dijo Laurence.

—Él tampoco —respondió ella con un suspiro.

Guardaron silencio un instante. El único sonido fue el leve crujir de las sábanas cuando Caroline se volvió y se apoyó en un codo para mirarlo a la luz temblorosa de la vela, que se consumía poco a poco.

—¿Y tu madre…? —preguntó al fin.

—Se irá a Bath —respondió él con gravedad—. Le he pedido que alquile una casa; si lo desea, se la compraré. El aire le sentará bien, y allí abundan los caballeros mayores que viven solos. Estaba demasiado sola en Hollyfields, y ahora lo estaría aún más si regresáramos allí. Lo sabe y lo ha aceptado. —Su tono se suavizó—. Belle, no quiero saber hasta qué punto estuvo implicada en el último plan de Proctor. Nuestros padres tienen sus propias vidas y no podemos permitir que sigan entrometiéndose en la nuestra. Algunos

saldan sus deudas; otros no, y por eso no deben formar parte de nuestro futuro. Pero me gustaría que Camille se quedara con nosotros. ¿Te molesta?

Caroline rió en voz baja.

—Ya se lo he propuesto. ¿A ti te molesta?

—Eso no importa —replicó él—, porque siempre acaba consiguiendo lo que quiere.

—Creo que siente algo por Oliver —dijo Caroline, pensativa.

—Consigue lo que quiere —repitió Laurence—, pero cada pocos meses desea algo distinto. Dejémoslo estar. Tampoco podemos vivir su vida. Ahora, en cuanto a la nuestra… ¿crees que podríamos continuar?

—¿Otra vez? —preguntó ella, con una sonrisa luminosa—. Oh, sí.

Él apartó un rizo de su frente.

—Tu cabello crece con una rapidez sorprendente. Has vuelto, Lady Caroline —dijo con seriedad—. Vuelves a ser la mujer más hermosa de la alta sociedad.

—No —respondió ella, acomodándose contra su pecho—. Ahora soy Belle. Belle, tu esposa y tu amante, y a ella no le importan tanto esas trivialidades. Bueno… no siempre.

Laurence sonrió.

—No cambies nunca lo que eres, Belle, Lady Caroline, Lady Whitmore —murmuró, rozando sus labios—, porque te amo tal como eres.

—Siempre estaremos aquí para ti —prometió ella, y añadió con suavidad—, siempre que tú también lo estés para nosotras.

—Trato hecho —dijo él—. Una promesa y un compromiso que acepto sin reservas.

—Entonces… —susurró Caroline—, ¿podemos seguir adelante?

Y así lo hicieron, con absoluta y serena felicidad.